

PALLÉS.



DE
SACRIFICIO
DE LA
VIDA.



Precio 10 rs.



1878.

L47
2636

no. Feb. 78
29

29. 1847

20.709

EL

SACRIFICIO DE LA VIDA

July 1847

NOVELA CATÓLICA

POR

JOSÉ PALLÉS

APROBADA POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

BARCELONA

IMPRENTA DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA

1878

55592

SACRIFICIO DE LA VIDA

NOVELA

JOSE FALLES

IMPRESA DE LA LIBRERIA RELIGIOSA

47-2636

20709

EL SACRIFICIO DE LA VIDA.

3332

MR. RICHARD DE LA VIGNE

EL
SACRIFICIO DE LA VIDA

NOVELA CATÓLICA

POR

JOSÉ PALLÉS

BARCELONA

IMPRENTA DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA

1877

BB

SACRIFICIO DE LA VIDA

NOVELA CATÓLICA

Es propiedad del Autor, quien ha hecho
el depósito que marca la ley.

JOSE PALLAS

BALEARES

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID

DEDICATORIA

AL

SEÑOR DON MANUEL PASTOR.

Con cuanto placer escribo su nombre amado en esta primera página de mi obrita, Dios que lee en el fondo de mi corazón lo sabe, y sabe también que mientras espero ocasión oportuna para hacerle á V. el presente de una obra de mas importancia, me felicito de poder darle hoy esta prueba pública de mi profundo aprecio, de mi sincera amistad y de la leal estimación que le profesa el que habiendo encontrado en V. un corazón tan bueno como hay pocos, tiene solo una dedicatoria que ofrecer como testimonio de admiración á las virtudes que V. atesora, y de reconocimiento á las inmerecidas bondades de que le ha hecho objeto.

Reciba, pues, este modestísimo presente, que si bien es verdad, no es digno de la persona á quien se destina, es, en cambio, ofrenda salida del corazón de su afectísimo amigo

EL AUTOR.

Hoy día de la Asunción de Nuestra Señora, del año 1877.

DEDICATORIA

SEÑOR DON MANUEL PASTOR

Este libro le dedico con el mayor respeto y amor, como un testimonio de mi gratitud por el bien que me ha hecho en su vida. Espero que sea útil para todos los que se interesan en el estudio de la historia de España. Me despido con un cordial saludo a su familia y a todos los que me quieren.

EL AUTOR

Madrid, 15 de Mayo de 1888

SECRETARÍA
DEL
GOBIERNO ECLESIAÍSTICO
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA.

*El M. I. Sr. Vicario Capitul-
tular, ha tenido á bien decre-
tar lo siguiente:*

Barcelona 14 febrero de 1878.
= En vista de la favorable cen-
sura que ha recaído en la obra
titulada: *El Sacrificio de la Vida*,
damos licencia para que pueda
publicarse, debiendo presentar-
se antes dos ejemplares visados
por el Censor á nuestra Secreta-
ría de Cámara.

Lo decretó y firma el Muy
Illre. Sr. Secretario Capitul-
de que certifico, = JUAN DE PA-
LAU Y SOLER. = Por mandato de
S. S. Lic. IGNACIO PALÁ Y MARTÍ,
Canónigo, Secretario.

Lo que traslado á V. para su
conocimiento y efectos consi-
guientes.

Dios guarde á V. muchos años.
Barcelona 16 febrero de 1878.

IGNACIO PALÁ Y MARTÍ,

Sr. D. José Pallés.

GOBIERNO REPUBLICANO

Nº 14

1911

El día 13 de mayo de 1911
se celebró en la ciudad de
San Francisco de Asís

una sesión pública de la
Comisión de Fomento y
Cultivos, para discutir el
proyecto de ley que
tiene el honor de presentar
a la consideración de V. E.

el Sr. Ministro de Fomento
y Cultivos, Sr. D. José
C. de la Cruz, en virtud
de la resolución de V. E.
de fecha 10 de mayo de
1911, en la que se le
comunicó el dictamen de
la Comisión de Fomento
y Cultivos.

En consecuencia, se
tiene el honor de presentar
a la consideración de V. E.
el presente proyecto de ley.

Sr. D. José C. de la Cruz

INTRODUCCION.

Con profunda angustia recuerda nuestro corazón honrado las tristísimas escenas de que fué teatro Barcelona algunos años atrás, cuando tres de sus mas hermosos templos cayeron en poder de las turbas desenfrenadas, y en sus recintos sagrados prostituidos se dió cita todo lo mas indigno de la sociedad para celebrar fiestas cívicas con repugnantes bacanales. Aquellas santas paredes que solo hasta entonces presenciaron las sublimes elevaciones del alma á Dios, estuvieron por un tiempo condenadas á ver espectáculos cuyo solo recuerdo sonroja y horroriza; aquel pavimento sagrado fué profanado por la meretriz y sus adoradores, bailando la danza mas inmunda de todas las que nos han venido de Francia, al compás del órgano, ese instrumento místico creado por el arte de mejores tiempos para elevar á Dios el himno de la adoracion y la plegaria del mísero mortal; las imágenes benditas de los santos hubieron, á vueltas de mil insultos y profanaciones, de presenciar escenas de abominacion que la pluma se resiste á trazar, que la historia del porvenir acaso se resista á creer, y las sagradas vestiduras sirvieron para remedar y escarnecer, por parte de seres ébrios y delirantes, las mas augustas ceremonias de la Religión de nuestros padres.

Uno de los infelices que tomaron parte en estas increíbles profanaciones, era hijo de familia virtuosa, y había sido educado en la mas pura moral evangélica, pero la perniciosa enseñanza que se daba en los establecimientos públicos, y los escándalos que se aplaudian con frenesí por las calles y que eran fomentados por quien debia reprimirlos con mano fuerte, le pusieron en la pendiente del abismo, por la cual fué rodando hasta caer en el fondo.

Con todo nuestro corazon sentíamos y deplorábamos esta desgracia, porque conocíamos la familia del extraviado jóven, y sabíamos cuán profunda era su pena y disgusto por ello, y ya temíamos que nunca mas volveria al redil santo de Jesucristo, cuando de la noche á la mañana recibimos noticia de la muerte de una hermana suya, ángel que vivia desterrado en este mundo, y á la vez la de la conversion del jóven extraviado.

Tan profunda fué nuestra pena por la muerte, como viva la alegría por la conversion que se nos comunicaba, conversion, que por juzgarla providencial, nos aguijoneó el deseo de conocer el secreto misterioso* y lleno de misericordia de que se valiera Dios para llevarla á cabo. Como era amigo nuestro el nuevo convertido, le significamos nuestros deseos la primera vez que nos vimos despues de la muerte de su hermana, y fué tan bondadoso que los satisfizo cumplidamente con la relacion que sigue, y que nosotros desfigurando personas y cambiando nombres publicamos, porque creemos que ha de dar gloria á Dios, y hacer algun bien tal vez á muchos de nuestros lectores.

Ahora hé aquí la relacion :

EL

SACRIFICIO DE LA VIDA.

I.

PRELUDIO.

Deseas conocer la historia del cambio que notas en mi vida; deseas saber el por qué aquel que ayer blasfemaba hoy llora, aquel que ayer perseguía hoy anhela ser inmolido, aquel que ayer profanaba los templos hoy concurre arrepentido á sus funciones; deseas saber por qué el que en aciago día se mofaba de Jesucristo, hoy postrado ante el tabernáculo desea disolverse en lágrimas dentro el Corazon de Cristo.

Me ves tan cambiado que tu deseo es legítimo y justo; me ves sumergido en los benéficos rayos del sol y me preguntas por la fuerza misteriosa que sin transición me ha trasladado de la noche al día. Tu deseo es justo, y me place complacerlo.

Oye la historia de las tinieblas y de la luz, del odio y del amor, de la maldad y de la virtud; oye la historia del que ciego se precipita al abismo desgarrando el corazón de un ángel, y la historia del ángel que generoso ofrece su vida y da su existencia al Señor para que yo me salve.

No debe extrañarte que mis ojos, antes tan áridos, viertan abundantes lágrimas durante la relación que te haré de mi vida. Benditas lágrimas que brotásteis en mi corazón con la última palabra de una mártir, vosotras sois la sabia, vosotras sois el espíritu de mi vida y deseo morir el día que se agote en mi pecho este manantial del dolor, por que no quisiera ver la triste flor de mi existencia sin el rocío del arrepentimiento. Estas lágrimas son el incienso que eleva al cielo un pecador convertido y fatigado de pecar; son el agua que debe lavar las enormes manchas de que está ennegrecida mi existencia.

Oye, pues, lo que parece imposible haya podido hacer un hombre rodando por la pendiente del crimen; oye lo que ha hecho una mujer sostenida é impulsada por el santo fuego de la caridad, y cuando habré terminado mi relación, te explicarás el cómo el mundo subsiste á pesar de haber hombres que cual yo hacen lo posible para que Dios lo aniquile; sabrás que aun hay ángeles sobre la tierra, que no solo desarman el brazo de Dios, sino que además le obligan á derramar su misericordia sobre los que nada han hecho para merecerla.

II.

EL CORAZON DE UNA MADRE.

La hermosa ciudad de Barcelona me vió nacer, cuando el sol despertaba la vida aletargada de la naturaleza, y las avecillas tegian un nido de amor en la enramada, y el orbe se postraba á las plantas de la Madre del amor hermoso, para consagrarle el mes mas bello del año.

Conmigo nació tambien otro ser. Dios que me habia dado la existencia en el mismo momento que á mi hermana María, quiso ya desde entonces significar que nuestros dos séres estaban unidos por un misterioso destino.

Dias de luto y amargura eran para la pobre patria aquellos en que mi hermanita y yo dormitábamos en el seno de la mas cariñosa de las madres. La guerra despedazaba nuestra España, y en las montañas y en las calles de las mas populosas ciudades los hermanos luchaban contra sus hermanos.

Barcelona sintió retronar el cañon en sus calles, y bombas caer destrozando con estruendo sus casas, y arrebatando la vida á séres inocentes que tal vez no habian tenido facilidad de salir de su recinto, presa de la discordia.

Mi familia era del número de aquellas que no

puieron abandonar la ciudad, donde tenia todos sus intereses. Mi buen padre, horas antes del bombardeo, viendo en cinta á su esposa, y temiendo por ella y por el fruto querido de sus entrañas, la dijo :

— Ya que yo no puedo salir de la ciudad, pónete tú á salvo, Cármen ; véte á Sarriá ó á Horta, donde buenos amigos te recibirán llenos de satisfaccion.

— Mi deber es estar á tu lado ; le contestó la buena esposa ; sálvate tú, y me pondré yo á salvo, pero mientras corras algun riesgo, quiero y debo participar de él. Dios nos ha unido y ¿ quiéres que nos separemos ? Cuando puedes morir, no serás tan cruel que quieras robar á tu esposa la bendicion de tu última mirada. Si me mandas que salga, que te abandone en medio del peligro, obedeceré, Miguel, porque Dios me lo manda, pero al darte el adios de despedida, caeré á tus plantas, me abrazaré á tus rodillas para suplicarte me dejes participar de tu suerte.

El acento de mi madre era penetrante, era seguro, era resuelto, y á la par humilde : era á la vez una súplica y una protesta de amor. Mi padre conmovido la dijo :

— Cármen ; si abandono la ciudad para ponerte á salvo, tal vez cuando regresemos los hijos que Dios nos dé estarán arruinados.

— Y si yo abandono en la ciudad á mi esposo y mi fortuna, y mientras me pongo á salvo parece mi esposo y desaparece mi fortuna, ¿ qué le quedará á mi vida mas que un eterno desconsuelo, y

á mi hijo mas que la miseria y la desgracia de no haber conocido á su padre?

Mi padre quedó pensativo: estaba profundamente conmovido y no se atrevia á resolver. Por fin, dijo:

— Espero que el Señor nos librárá de todo mal; pero en la escena del bombardeo no podrás evitar muchos sustos, Cármen, y esos sustos pueden ser la causa de que se apague la tierna vida que llevas en tus entrañas.

— No lo serán: contestó la amante esposa con admirable seguridad, que llenó de asombro á mi padre.

— Esa seguridad no puede satisfacerme.

— Y sin embargo, deberia satisfacerte si supieras...

— ¿Qué? preguntó mi padre lleno de curiosidad.

— Es una historia que debes perdonarme no te haya referido antes.

— Tú no eres supersticiosa, porque eres buena cristiana; tú no crees en la mágia, ni en todas sus necias ó malvadas ramificaciones, porque crees en Jesucristo, vencedor del infierno... la historia que me anuncias, tiene por lo mismo, no sé qué de misterioso para mí.

— No creo en la mágia, no creo en el sonambulismo, no creo en supercherías, ni en todas esas supersticiones que abundan tanto mas en los pueblos, cuanto mas ignoran los santos principios del Catolicismo; pero si no creo que el infierno tenga poder alguno sobre los que permanecen

fieles á Cristo, creo en cambio que la Madre de misericordia tiene poder para preservar de la muerte á una criatura que no haya tenido tiempo de ser regenerada en las aguas del bautismo.

La amorosa entonacion con que fueron proferidas estas palabras; la inmensa fe que las producía; la seguridad y aplomo con que aquella tierna mujer las pronunció, subyugaron el alma de mi padre, que en medio de la zozobra que hacia latir su corazon intranquilo bendijo á Dios que le habia dado la felicidad de una esposa angelical. Las palabras de mi madre triunfaron de su resistencia. Vivir á su lado la vida era un eden; morir léjos de ella debia ser una desdicha muy grande. En aquel momento esta idea conmovió las entrañas de mi padre y se estremecieron, y su corazon palpitó de sobresalto, y envió una mirada de gratitud inmensa á la dulce compañera de su vida. ¿Quién sabe si la voz del alma susurraba tristes presentimientos á su corazon? Antes suplicaba á mi madre que se ausentara, que se pusiera á salvo, que salvara al hijo de sus entrañas y si en aquel momento la hubiese visto dispuesta á partir, tal vez hubiera caído á sus piés para suplicarle no le abandonase cuando podia morir; tal vez huyendo con ella hubiera abandonado la fortuna del hijo que con tanta alegría esperaba, á merced del que hubiera querido apoderarse de ella; y si mi madre hubiese partido y él se hubiera quedado, la agonía del amor habria paralizado los latidos de su corazon en el acto de decirle *adios*.

Mi madre leía en el alma del compañero de su vida con la facilidad que se lee á través de un límpido cristal, porque el alma de mi padre se retrataba siempre en su noble, franco y bondadoso rostro. Acaso el mismo presentimiento que á mi padre le dominaba á ella; tal vez la cuerda de su ternura vibró antes que la de la ternura de su esposo, con alborotado y tétrico sonido, entre los pliegues mas sensibles de su pecho, y quién sabe si estos presentimientos la impulsaron á insistir tanto en quedarse á su lado...

Delicada y tierna como alma de esposa cristiana, procuró distraer los melancólicos presentimientos de mi padre, y reuniendo en su acento la dulzura y el irresistible encanto de la mujer que habla de la Virgen María y del fruto de su amor á su marido, con fuego de entusiasmo amoroso, á través del que se escapaba alguna nota falsa, que la vendia revelando su febril ansiedad, hablóle de esta manera:

—Perdóname, Miguel, si he dado el paso que te voy á referir, sin tu consentimiento, pero hay ocasiones que el corazon de la madre es impaciente, y se figura que perder un minuto es perder la eternidad.

Yo no sé lo que soñé una noche, pero sé que soñé á mi hijo y sería muy triste mi sueño, pues me dejó sobresaltado el corazon y una melancolía tan profunda, que hubieron de ser grandes mis esfuerzos para ocultarte las lágrimas que derramaba al despertar, y que insensibles asomaban á

mis ojos un dia y otro dia. Yo no veia en el porvenir sino tinieblas pavorosas y en medio de esas tinieblas no hallaba sino una cosa; el recuerdo de mi hijo, que se me figuraba envuelto en aquella desconsoladora oscuridad. Aunque lloraba, aunque me parecia que el corazon queria caer-seme á los piés, procuré despreciar estas aprehensiones, achacándolas á los innumerables fenómenos así físicos como morales de que es objeto una madre durante el período de la gestacion, pero tanto se prolongaron mis temores, tanto aumentaron los sobresaltos y las angustias de mi pecho, que por fin llegué á creer que la voz de mi alma podia ser la voz del cielo; podia ser un llamamiento de la misericordia divina dirigida á mis entrañas maternales.

Mi padre sonrió bondadosamente al ver la manera como su excelenté esposa apreciaba lo que para él era solo un fenómeno de la gestacion, pero no la interrumpió. La oia complacido, y sus palabras empapadas en la mas noble, regalada y dulce de las ternuras, llegaban á su alma como las notas misteriosas de una armonía celestial. Mi madre continuó:

— Tú juzgas mis sobresaltos como hombre; y yo los juzgo como madre; tú tal vez hubieras buscado en tu inteligencia medios para acallarlos, y yo los busqué en mi corazon, que es el oráculo de Dios para una madre cristiana, que desea cumplir fielmente con los deberes que la maternidad impone.

— ¿Y qué hiciste? — preguntóla el cariñoso esposo sin apagar la indulgente y bondadosa sonrisa que vagaba por sus labios, mas como expresion de complacencia que de duda y recriminacion.

— Un dia que amanecí mas triste y apesarada que nunca, fui á comunicar mis penas con el amigo de los afligidos; llamé llena de confianza á las puertas del tabernáculo, y dije al Corazon de Jesús: «Mi alma conturbada viene á buscar el consuelo que prometiste á los que acudieran á tí. Aquí me tienes, Señor.» Y una voz salió del tabernáculo y hablando á mi corazon me dijo: «¿Por qué no acudes en busca de consuelo á la Madre de los afligidos?» Entonces me postré á las plantas de la que es la alegría de los cielos y la delicia de las almas: derramé allí toda la tristeza de mi corazon conturbado por una causa misteriosa, y me parecia que á medida que iba exponiendo mi pena, descendia sobre mi pecho un celestial rocío, que mitigaba con su benéfica y santa frescura los ardores con que la zozobra me abrasaba.

No sé entonces lo que pasó por mí; oraba, lloraba de gratitud, mi corazon suspiraba de amor y así de una manera insensible perdí por momentos el conocimiento de mí misma, subyugada por la mirada arrobadora de María... Parecíame que la felicidad me mataba; parecíame que mi vida en una fruicion indefinible se iba extinguendo; parecíame que mi existencia se disolvía consumida por el fuego de amor que brotaba de los

ojos de la Madre de Dios, que compasiva y protectora me miraba. ¡Qué feliz era entonces, y qué buena se me figuraba la muerte!...

Ignoro como sucedió, pero de improviso parecióme que me hallaba sumergida en unas tinieblas muy densas: ya no habia allí los ojos de María para alegrarme, y todos los sobresaltos, todos los temores cayeron de improviso sobre mi corazón. Temblaba como la hoja azotada por el viento; un frio glacial circulaba por mis venas. Yo, pobre mujer, viéndome débil y sola tuve miedo, y elevé al trono de María una plegaria tan ferviente como la que en medio de las encrespadas olas dirige el pobre náufrago. Al eco de mi voz las tinieblas se dispararon y en un cielo melancólico como una tarde de otoño aparecieron dos astros. Mi corazón les amaba como si fueran mis hijos, y mis ojos se deleitaban mirando su gracia y su hermosura: yo les trazaba el camino que debian seguir por el anchuroso espacio del firmamento, y ellos pagaban mi solicitud enviándome sus débiles rayos, tanto mas queridos de mi corazón, cuanto mas delicados y débiles eran, porque su delicadeza me parecia mas tierna y mas sublime. Hubiera deseado que los dos astros que amaba no llegaran nunca á luceros, no llegaran nunca á luminares, porque se me figuraba que mientras su luz fuera pálida, débil, poética, llena de melancolía, yo podría mostrarles el camino que debian seguir por el espacio, y temia que cuando el astro humilde llegara á luminar, acaso no admi-

tiria siquiera mi ternura en concepto de satélite.

Llegó un momento en que uno de los dos, el mas brillante, se conmovió, y empezó á perder el brillo y á perderlo sin cesar: el otro parecia que aumentaba en luz pero disminuia en volúmen, como si el exceso de luz que daba consumiese su naturaleza. Yo sentia las angustias de la muerte, y amarga agonía apagaba la luz de mi existencia con un sopro glacial.

Un cuerpo opaco, un cuerpo de una oscuridad profunda, vino á chocar con el lucero que se apagaba; este vaciló por unos momentos como llamado por dos fuerzas contrarias, pero por fin siguió al cuerpo opaco, que le arrastró á la region de las tinieblas, y lo llevó léjos, muy léjos, á un punto donde todo eran sombras, luto y horror, mientras el otro astro brillaba mas consumiendo rápidamente su existencia. Yo me sentí morir; mi alma abandonó mi cuerpo como una llama, y fué á arder en el seno del lucero que lloraba y que moria, enviando rayos de luz al astro apagado, rayos que no llegaban á él, porque se agitaba en un horizonte de cieno y de sangre. Le llamábamos con los nombres mas dulces y nos parecia que á nuestras voces contestaba con blasfemias; le decíamos hijo y hermano y contestaba con estridente carcajada...

Una voz decia á mi corazon que aquellos dos astros eran emanaciones de mi vida; que habian salido de mis entrañas; y el corazon lloraba y pedia misericordia al Señor. ¿Qué horrible destino es el

mio? me preguntaba : ¿qué negro porvenir amenaza al hijo de mis entrañas? ¿Quién oirá la voz de la triste madre que muere de angustia llorando sobre la suerte de aquellos á quienes dió el ser? ¿Quién consolará mi corazon devolviendo la luz al astro que la ha perdido, y vaga errante entre las sombras del error? Y el astro salido de mis entrañas ardia como el fuego del sacrificio, y toda su vida se consumia en llamas ardorosas que subiéndolo al trono del Eterno, clamaban sin cesar diciendo : «Misericordia, Señor, misericordia para el astro perdido entre las sombras... Mi vida te doy para que vuelva á la luz, mi vida toda!... ¿qué importa mi vida si él vuelve á brillar?» Y parecia que Dios aceptaba su ofrenda, porque á medida que brillaba mas, consumia mas rápidamente su existencia.

Y hubo un momento en que rojizas llamas se agitaron en torno del lucero apagado: y hubo allí clamores y algazara horrible, mientras por otra parte parecia que se debatía en las congojas de la agonía. Las voces del astro cada vez mas brillante eran mas amorosas, mas intensas, mas repetidas: aquello parecia una escena de muerte... Y los clamores del astro luminoso tuvieron una fuerza inmensa. Empezó á elevarse como una llama, y atrajo á la luz al lucero apagado, sin que las sombras pudieran detenerlo... Y á medida que el uno iba subiendo, el otro iba recobrando la luz. Y hubo un momento en que el que se elevaba se abismó en el seno de la claridad eterna cantando

un himno de gratitud, mientras que el otro con los rayos vueltos al cielo, lucia puro y ardiente como el sol del medio dia.

Aquí terminó mi vision. Yo temblorosa, con el pecho lleno de presentimientos y temores, pensando ver en los dos luceros los destinos de dos de mis hijos, sentí la necesidad de ponerlos al amparo de una proteccion contra la que nada pudieran las borrascas de la vida, ni las tempestades que contra los hombres levanta el infierno. Mi corazon me lo exigia imperiosamente; no tenia calma, y me parecia que iba á recobrarla tan luego como hubiese dado á la débil hiedra que brota en mis entrañas el tronco de una frondosa y maternal encina, que no sacuden los huracanes, ni conmueven las tempestades.

Pensé en María, Madre de Dios; pensé que ella es quien, bondadosa Madre, se complace en amparar al débil hijo del hombre, y en depararle, al abrigo de su sombra, los goces mas tranquilos y dulces de la vida, y recordando lo que otras madres habian hecho antes de nacer sus hijos, abriendo mi corazon de par en par, llena de filial confianza, le dije:

—Tierna Madre, refugio de los pecadores, y amparo seguro del hombre débil; yo, madre como tú, busco una proteccion mas valedera que la mia para el fruto de mis entrañas, y esa proteccion solo la veo en tí: permite, pues, á esta madre con-

turbada por no sé qué temores, que te haga donacion de sus hijos. Sí, yo te los doy; yo los criaré para tí; yo procuraré cimentar tu santo amor en sus pechos; protégelos, Madre mia, ampáralos, sálvalos y no permitas que les acontezca ningun mal. Por las angustias que desolaron tu corazon de Madre te lo imploro; por los terrores que agitaron tus maternales entrañas te lo suplico. No desoigas la voz de esta débil mujer que se postra á tus plantas para ofrecerte las flores de su vida, los dulces frutos de su amor.

Lágrimas apacibles brotaron de mis ojos luego que hube proferido estas palabras; la congoja que por espacio de tantos dias destrozaba mi corazon se disipó como una ligera neblina... No sé si fué ilusion, pero en aquel momento me pareció que la benigna mirada de María se ponía en mí, protectora, llena de consuelo y alegría, diciéndome que mi súplica era atendida, y que tomaba bajo su amparo á mis tiernos hijos.

Conmovida profundamente, llena de amor el alma, bañados en alegres lágrimas los ojos, entonando un himno de gratitud mi corazon, volví á nuestra casa. La tempestad habia desaparecido del horizonte de mi alma: habia puesto mis hijos bajo la proteccion omnipotente de María, y una voz interior me decia á cada instante con una seguridad absoluta:

—No temas: «lo que se ha dado á María no puede perecer.»

Al llegar á este punto mi madre estaba fatigada; la conmoción de su alma se traslucía á través de su límpida y húmeda mirada; el amor á la Madre de Dios, á su esposo y al fruto de sus entrañas, hervía en su pecho tierno y daba calor y encendidas tintas á su hermoso rostro, ordinariamente pálido como las hojas de una rosa blanca. Hizo una pausa en la que complacida miraba á mi padre, como si quisiera escudriñar los pliegues mas secretos de su alma. Luego bajando modestamente la frente, é inclinando los ojos, dijo á media voz:

— Ahora bien; ¿qué debo temer por mis hijos, cuando se extiende sobre ellos el manto protector de María?

Mi padre conmovido hasta derramar una lágrima de ternura, tomó una de las manos de su esposa; apretóla con la fiebre temblorosa del amor mas puro, y acercándola despues á sus labios, con el acento embargado por la emoción de su pecho, dijo:

— Carmen; hace poco te rogaba que partieras; seré tal vez un egoista, pero ahora te suplico que no me abandones. No sé, ángel mio; pero me parece que si tú te fueras, me quedaria solo con la muerte.

— ¡ Con la muerte! exclamó sobresaltada mi madre.

— Es un modo de expresarte la tristeza profunda que se apoderaria de mí.

Los autores de mis dias se quedaron pensativos, silenciosos, profundamente tristes. Las palabras de mi padre, que asomaron á sus labios sin ser pensadas, si no tenian el valor de la profecía, impresionaban como las misteriosas palabras de un vaticinio.

III.

Á LOS PIÉS DE MARÍA.

Un estallido espantoso se hizo oír algunas horas despues no léjos de mi casa. Al oirlo mi padre se estremeció, y mi madre dió un ligero grito de de terror, mientras que las paredes temblaban y los cristales rotos, con el ruido que producian al caer, venian á aumentar las proporciones de aquel cuadro de ansiedad y de angustia, ante las imaginaciones alarmadas de los tímidos habitantes de nuestro barrio. Habia empezado aquella escena de luto, de horror, de incendio, de muerte y de ruinas que se llama el bombardeo.

— ¡Dios nos asista! — murmuró mi padre, talvez pesaroso entonces de no haber salido de la ciudad.

— Madre mia, no nos abandoneis! exclamó mi madre arrimándose llena de terror al autor de mis dias, y levantando su rostro pálido y sus temblorosas manos al cielo.

Resonó un nuevo cañonazo en Monjuí; mi madre se abrazó con su amado esposo; algun tiempo despues se percibió el horripilante silvido que produce la bomba cuando rasga el aire con la rapidez del rayo, y á este silvido sucedió casi sin intermision otro estallido, el desplome de algunas pa-

redes, y á mi madre le pareció oír á lo léjos gritos ahogados como de quien pide socorro...

—¿Qué será de nosotros? balbuceó con voz apagada por el miedo, y mirando á todas partes sin que viera nada.

—Cármén, ámate; Dios nos protegerá.

—Debíamos haber salido de la ciudad; continuó mi madre con la voz mas apagada, y entrecortando las palabras en fuerza de los violentos latidos que le daba el corazon.

—Cármén, no te asustes; revístete de valor y espera en Dios, que si nos conviene nos salvará.

Pero mi madre no daba oidos mas que al sobresalto de su pecho, y dijo entre dientes:

—Me parece que caban una tumba!...

—¿Qué dices? preguntóla mi padre que no habia oido bien las sobresaltadas palabras de su esposa.

Y mi madre con la clara inteligencia que la distinguia, temiendo affigir demasiado al compañero de su vida con palabras de separacion eterna, sobreponiéndose al sobresalto, contestó:

—Me parece que viene clamando una turba. ¿Oyes? Tal vez el bombardeo ha cesado.

—Ó tal vez los que son dueños de Barcelona quieren añadir nuevos horrores á los del bombardeo:—contestó mi padre aguzando el oido, para ver si podia comprender alguna voz del clamor lejano que en efecto se oia.

—¿Y se atreverian?... preguntó mi madre mas sobresaltada aun.

— ¿Por qué no? Para ciertas gentes la guerra lo justifica todo.

El clamoreo, el alboroto aumentaba y se iba acercando rápidamente, mientras que las bombas estallaban hundiendo las casas, y arrebatando muchas y preciosas vidas. En aquellos momentos todo era espanto y horror en el barrio donde moraban mis padres.

Mi madre, pobre alma delicada y fina como una sensitiva, estaba pálida como las hojas de la azucena, fría como el mármol, temerosa como la corza que huyendo de los cazadores ha logrado esconderse en la enramada, donde no cree estar segura. Temblando cogióse del brazo de mi padre, que estaba pálido también, y aun que intranquilo, procuraba disimular la zozobra para no aumentar la de su amada compañera, que le dijo en voz muy baja, como si temiera ser oída de las turbas que se acercaban:

— Miguel, tengo miedo; vamos al cuarto de la Madre de Dios, y encendámos la lámpara delante de su bendita Imágen para que nos preserve de todo mal.

Habia en el centro de mi casa una habitacion que los piadosos autores de mi vida habilitaran para oratorio, y en él veneraban una hermosa imágen de la Madre de Dios, representada en el mas bello de sus misterios, en su Inmaculada Concepcion. Aquel retrete del amor celestial tenia un balcon que daba á una claraboya de la casa, y el gus-

to de mi madre se habia complacido en adornarlo con cuanto mas bello, con cuanto mas rico, en punto á objetos piadosos, habia con sus ahorros podido atesorar.

Delante de la bendita Imágen de María pasaba mi madre las horas mas dulces y apacibles de su vida, y mirando el hermoso rostro de la devota efigie, habia sentido crecer el ardiente amor que profesaba á la Reina de los ángeles, y la tierna y absoluta confianza que tenia en ella. Allí se reunia dos veces al dia mi familia para rezar en comun las oraciones de la mañana y de la noche, y para implorar la bendicion del cielo sobre los asuntos de la casa. Mi padre, un dia que contemplaba aquella Imágen santa, dijo á mi madre estas palabras:

— Me parece que morir á tu lado, y amparado por la mirada amorosa y protectora de esa Imágen, ha de ser una muerte dulce.

Y dirigiéndose á la Vírgen santísima, le dijo suspirando:

— Si no es mucho lo que pido, Madre mia, alcanzadme esta gracia. Me aterra la muerte si no he de morir en brazos de mi Cármén, á los piés de vuestro altar, y viendo en esos labios tan hermosos la sonrisa protectora de vuestra misericordia.

Mi madre pensando en la muerte del autor de mis dias, lloraba en silencio. Este, despues de una solemne pausa, continuó:

— No sé si es ilusion, pero me parece que la Madre de Dios me ha oido.

En este retrete, pues, entraron mis padres, para encender la lámpara ante la bendita Imágen, y pedir á María les protegiera. Mi madre formuló la súplica; mi padre al terminarla, reconviéndola amorosamente dijo:

— Has echado en olvido, Cármen, que siempre que pedimos á Dios alguna cosa, debemos pedirle nos la conceda si nos conviene, ya que ignoramos lo que realmente nos importa. Pongámonos, pues, en manos de María, que son manos de Madre, y no dudemos que ora sea próspero, ora al parecer adverso lo que nos suceda, ello será lo que realmente nos conviene, porque ante todo y sobre todo conviene que se haga en el hombre la santa voluntad de Dios.

Mi madre asintió á esta observacion inclinando resignadamente la cabeza, y por algunos momentos los amantes esposos oraron en silencio, silencio interrumpido tan solo por el silvido de las bombas al cortar el aire, por su estallido al caer y por el lejano clamoreo de las turbas, que muy debilitado llegaba á la habitacion donde se hallaban reunidos aquellós dos santos corazones.

Mi padre como si presintiera una desgracia, volvió los ojos á su amada esposa, cojió sus manos apretándolas febrilmente, y la dijo:

— Cármen mia; ignoro lo que va á suceder, pero bueno es que lo prevenga, aun cuando hablándote así destroce tu amante corazon.

— ¡ Calla! exclamó mi madre, que penetró en

aquel momento la intencion de su esposo; calla, no me hables de una separacion eterna: no aumentes mis tèmores y presentimientos con la narracion de los temores y presentimientos que alborotan tu pecho; déjame, siquiera por unos momentos en la triste ansiedad que me domina; no vayas á confirmarla con tu ansiedad... ¿Quién sabe? Las circunstancias por que atravesamos alborotan sin duda nuestra imaginacion: no todos los que estamos en Barcelona vamos á morir.

— Pero morirán algunos, y de este número puedo ser yo, puedes ser tú. Hablemos, pues, previniendo lo que puede acontecer. Si Dios dispone de mi vida...

— No, no, Dios mio; si una de las dos habeis de tomar, aceptad la mia, pero dejadla á Miguel, que tanto bien puede hacer! — exclamó la amante esposa, cayendo de rodillas, derramando generosas lágrimas de amor y de ternura, y poniendo la mirada suplicante en la bendita Imágen de María.

Mi padre, que hasta entonces habia dominado el llanto, al ver la tierna generosidad de la amada compañera de su vida, exhaló un grito de horror, levantó los brazos suplicantes á María, cual si quisiera detener la súplica de mi madre, y con voz entrecortada por los sollozos, exclamó:

— ¡ No la oigais, Madre mia, no la oigais! Mirad que es una mujer enamorada la que os pide, y el amor la tiene loca. Madre de mi corazon; en sus entrañas se agita una tierna vida; si Cármen muere ¿ qué será de esta vida? Criada para ver á Dios,

no le verá nunca; tiene el ser para alabaros y no os conocerá! por amor al hijo de mi vida no oigais á la mujer amante que loca no sabe lo que pide. Si uno de los dos ha de morir, Madre de mi corazón, yo os ofrezco mi vida en sacrificio; tomadla, y salvad á mi esposa y á mi hijo.

El amor, la conmocion, la ternura, la generosidad de sus almas, las circunstancias especiales porque atravesaban, todo esto les tenia temblorosos y sumergidos en una atmósfera especial; atmósfera donde el alma respiraba á placer las emociones del amor; atmósfera en que agitadas por la brisa de la ternura vibraban las cuerdas de los mas levantados sentimientos, produciendo un himno que el hombre no comprende, himno de un fuego tan ardoroso, que disuelve los años de la vida en el crisol del corazón. Mis padres cayeron el uno en brazos del otro á los piés de María que tierna les miraba desde el altar: allí confundian en uno sus suspiros y sus lágrimas, y latian á un mismo compás sus corazones. Como si temiese que se lo arrebataran, mi madre, que no osaba repetir su ofrenda, tenia apoyada la cabeza en el pecho del autor de mi vida. Este, presintiendo tal vez que iba á dejarla, mal disimulando sus lágrimas, así decia á mi madre, que escuchaba en silencio:

— Si el Señor dispone de mi vida, Cármen, no te olvides nunca de que Dios y la Virgen María son los mejores protectores, y que si puedes perder al esposo, no los perderás á ellos, si no te empeñas en dejarlos. Estarás bajo su amparo si se lo imploras,

y no te abandonarán jamás. Vive, pues, como has vivido hasta aquí, amada mía, y tendrás seguro el auxilio poderoso del cielo. No te dejes engañar por el mundo; no te dejes seducir por las necias y malvadas corrientes de este siglo; si él es infiel á Dios, por eso es tan infeliz; si tú eres fiel al Señor, vivirás dichosa en compañía de tu hijo. Á este, edúcamelo cristianamente; haz que sepa pronunciar el nombre del Padre celestial antes que el de su padre de la tierra; graba en su corazón tierno las eternas máximas del Evangelio, y labrarás así su ventura y tu felicidad; así lograrás que te ame y respete como debe ser amada y respetada una madre.

— ¡Dios mío, Dios mío! suspiró mi madre: ¡qué tristemente resuenan esas palabras queridas en el fondo de mi corazón!

— No las olvides, Cármen de mi vida.

— No, no; el punzon del dolor las graba en la masa de mi corazón, reblandecida por el amor. Si llega á él el soplo de las auras de tu sepulcro, no podrá borrarlas sino la descomposición de la muerte: en mí vivirán mientras yo viva.

Hubo una breve pausa, en la que los dos esposos se hacían de corazón á corazón confidencias íntimas; revelábanse en silencio dulces y tiernos secretos; escuchaban y producían á la vez una armonía de amor, que uno y otro oían embelesados, extáticos. Mi padre rompió este silencio misterioso, con las siguientes palabras:

— Rogerio, nuestro primo, si bien no participa

de nuestras ideas en punto á religion, pues, como sabes nos tiene por unos fanáticos, con todo, su indiferentismo y tibieza no ha podido destruir las buenas cualidades de que le dotó el Señor, y es íntegro, es recto, es incapaz de hacer á nadie una felonía, y además nos ama mucho. Como en punto á negocios es bastante entendido, si muero, te encargo le ruegues en mi nombre que realice los intereses de nuestra casa, con los cuales podréis vivir con algun desahogo tú y el hijo de nuestro amor.

— Parece que estás haciendo tu testamento! díjole la amante esposa, figurando que se chanceaba, para disimular la honda impresion que aquellas palabras hacian en su alma desolada, y llena de presentimientos y terrores.

— Sí; testamento que como has dicho muy bien, alma mia, el amor escribe con un punzon en tu pecho, para que solo tu muerte pueda borrar de él las palabras con que lo formulo.

Mi madre abatida ocultó su rostro en el pecho de su esposo, y desahogó allí su pena con un torrente de lágrimas. Parecíale que lloraba sobre el cadáver del único amor de su hermosa vida, llena siempre de inocencia, siempre derramando ternura, como rocío derrama la aurora, como fresca derraman las brisas de la tarde, como pálida, tranquila y melancólica luz derrama en un cielo sereno la luna plateada. El autor de mis dias contemplóla con encanto, apretóla tiernamente sobre su corazon y puso un beso apasionado en su rubia y undosa cabellera. Luego continuó:

— Despues del bienestar moral el material ; despues de la esposa y del hijo que quedan en el mundo, el esposo y su memoria. Cármen ; por el amor de que por tí está lleno mi corazon ; por el cuidado con que he procurado desvelarme por tí para que nada te faltara si vieses mi muerte ; por el dulce recuerdo de las horas felices que hemos pasado el uno junto al otro aquí, en este retrete que nuestro amor ha dedicado á la mas tierna, buena y santa de las Madres, á la Madre de Dios, té ruego no te olvides de mí si es que me sobrevives ; te ruego que te acuerdes del alma de tu pobre Miguel, que tal vez padeciendo espere en el purgatorio los sufragios que desde este mundo le envie la cariñosa esposa, y las oraciones de su hijo, puras é inocentes.

Mi madre sollozaba de tal modo al oir estas palabras, que parecia debia ahogarse. Mi padre prosiguió :

— Virgen Santísima ; Madre de mi corazon, vida, dulzura y esperanza mia ; si es que llegan á tí las oraciones y las plegarias de tus devotos, yo te suplico no permitas que mi Cármen ponga los ojos en tu hermoso rostro sin acordarse de mí, para recomendar á tu misericordia mi pobre alma.

La amante esposa, medio desvanecida por el influjo de las palabras que acababa de oir de los labios del compañero de su vida, cayó de hinojos, estendió sus manos hácia la veneranda Imágen como para jurarle por ella que siempre le tendria presente en su corazon, y cuando iba á proferir

no sé que palabras, los sollozos que envió el alma á su garganta se lo impidieron, temiendo sin duda que la lengua quitara á aquel juramento mudo todo su valor, toda su enerjía.

En aquel momento un silvido estridente, rápido se deja oír; un objeto pesado cae con estruendo al fondo de la claraboya; óyese una espantosa detonacion que deja á mi madre sin sentido, y el cuerpo de mi padre cae desplomado y herido de muerte. El casco de una bomba ha destrozado su pecho, entrando precisamente por donde poco antes descansaba la amante cabeza de mi madre. A permanecer reclinada un minuto mas sobre el corazon de mi padre, ambos hubieran sido víctimas, y yo no existiría. La Madre de Dios habia salvado mi existencia; la Madre de Dios habia oído la plegaria del autor de mis días, del santo varon cuya sangre llevo con orgullo en mis venas. ¡Cuán buena es la Madre de Dios!

Al caer desplomado mi padre, levantó los ojos á la bendita Imágen de María, y puso en ella una mirada de inmensa gratitud, al tiempo que con voz desfallecida decia:

— Les habeis salvado; habeis aceptado el sacrificio de mi vida, tomándola por la suya... Gracias, Madre mia, gracias!

La herida era mortal; era una de esas heridas que quien las recibe vive por milagro algunos momentos. Dios los concedió á mi bondadoso padre para que pudiera despedirse de su amada esposa, y hablarla por última vez del fruto de sus entra-

ñas. Conociendo, pues, que se moría, y viendo á su lado desmayada á mi madre, pidió tal vez á la Virgen Santísima la devolviese el sentido, para que oyera sus últimas palabras, y la Madre de Dios, que escucha siempre la plegaria del pobre moribundo, no desatendió por cierto la del autor de mi vida.

Renuncio á describir el terrible efecto que produjo en mi madre, cuando volvió en sí, hallar á su amante esposo pálido, frío, bañado en copiosa sangre, destrozado aquel pecho sobre el que pocos momentos antes reclinara la cabeza con tanto amor y abandono, y mirando con apagados ojos ora la santa Imágen de María, toda su esperanza en aquella hora suprema, ora á mi madre, que era todo su amor en este mundo, del que pronto iba á partir para siempre.

Mi madre se puso instintivamente en pié, dió un grito desgarrador, uno de esos gritos que salen del fondo de las entrañas, y quedó como atontada, como loca, y sin poderse mover. Miraba aquel cuadro con atonismo, saltábanle los ojos, y parecía que tras ellos quería saltarle el corazón. Mientras tanto mi padre oraba, y aquella oración que pocos momentos antes tuvo fuerza para hacerla volver en sí, no podía dejar de tenerla también entonces para devolverle el pleno uso de sus facultades.

— ¡Miguel! gritó rompiendo en un torrente de lágrimas al tiempo que caía de rodillas á su lado, temblorosa como el avecilla que ha visto el gavi-lan, pálida como las flores que solo se abren á la luz de las estrellas.

— La Madre de Dios me ha oído; díjole mi padre con desmayado acento: oye, oye las últimas palabras que quiero decirte antes de morir.

— ¡Dios mio; Dios mio!... No, tú no morirás; mi corazón te necesita para vivir, como mis ojos necesitan la luz para verte: no, tú no morirás!... Espera; llamaré al médico... Pero ¿y cómo dejo solo aquí á la luz de mis ojos, á la vida de mi alma?... Llamaré, pediré socorro; algún vecino me oirá... Pero si estamos aislados! Pero si nadie se atreve á salir... Y yo que le veo morir entre mis brazos al dulce aliento de mi vida; yo que veo morir al amparo de mi existencia, yo pobre mujer desvalida no puedo darle mas que mi desconsuelo, no tengo á mano mas que mi impotencia!... Dios mio, Dios mio!...

Mi madre ocultó su rostro entre sus descoloridas manos, y las lágrimas de sus ojos brotaban á través de los dedos como gotas del rocío de la vida, como emanaciones condensadas del amor.

— Cármen, mi amada Cármen! díjole mi padre con voz desfallecida; sin resignacion solo conseguirás aumentar tu desconsuelo: piensa que si me pierdes á mí, la Madre de Dios perdió á su Hijo por tí, y se consoló pensando en tí. Y tú por amor á ella ¿no te consolarás?

Y con voz mas desmayada, mas débil, mas pausada, continuó:

— Mi corazón me lo decia que iba á separarme de tí para siempre, Cármen de mi alma. Oye mis últimas palabras; quiero cumplir con mi deber postrero; acércate mas...

La amante esposa halló valor y fuerza en su virtud y en su amor: en un momento cambió del todo. Había orado á la Madre de Dios, y terminada la oracion era ya otra. El cielo habia acudido en su auxilio. Levantóse, procuró enjugar sus ojos y dijo.

— Ya que no puedo prestarte socorro alguno; ya que la Madre de Dios viene por tí; ya que le has ofrecido la vida para que salvara la mia y la de mi hijo, la Madre de Dios recibirá tu alma de mi mano... Yo tambien voy á ofrecerle lo que mas amo en el mundo; yo tambien voy á ofrecerle tu vida en sacrificio, como ella ofreció en sacrificio al Eterno la de su divino Hijo por mí. Miguel; tu morirás en mis brazos, reclinando tu cabeza en mi pecho amante... Yo presentaré tu vida á la Madre de mi Dios, y solo cuando hayas espirado las lágrimas mojarán mis párpados, para caer como una plegaria sobre tu frente. Madre mia; exclamó; no solo os hago el sacrificio de la vida del amado de mi corazon, sino que os hago tambien el de no llorar hasta que haya espirado. ¡ Ay! Vos que sabeis lo que me costará, tenedlo en cuenta, y por él dulcificad la agonía del pobre moribundo.

Y levantó con cuidado el cuerpo de mi padre, é hizo descansar su cabeza, sin fuerza ya, como un tallo tronchado, sobre su amante regazo, prodigándole todos aquellos cuidados cuyo secreto solo posee el corazon de la mujer cristiana, secreto que tiene la virtud dulcificar la agonía del pobre que va á morir.

— ¡Ay! murmuró el moribundo esposo; en tus brazos qué bien estoy! qué bien estoy amparado por la mirada de María, y á los piés de su altar! Si hubiese sabido cuán dulce es morir así, cuántas veces suspirára por la muerte!... Pero esta se acerca; siento ya su soplo en el corazon... no hay tiempo que perder... Cármen, oye; oye.

Y dirigiendo los velados ojos, que apenas reunian algun rayo de luz á la Imágen de la Madre de misericordia, con acento débil, pero milagrosamente resuelto, dijo:

— Débiles, quedan, Madre mia; débiles y sin amparo las dulces prendas de mi corazon, en este valle de lágrimas. Muero, y no sé qué pavorosas sombras descubro en el porvenir de mis amores. Tú que eres la luz del alma y la Protectora del pobre desvalido; tú que no desoyes la súplica del moribundo, toma á mi Cármen bajo tu proteccion; sé su amparo en las tempestades que contra ella levantará el mundo, y recibe la última ofrenda que puede hacerte un moribundo; recibe, Madre mia, el fruto de mi amor, que debe nacer aun. Yo te lo doy en la tierra, devuélvelo tú en el cielo al padre que te lo consagra.

Al proferir esta última palabra mi padre habia agotado todas sus fuerzas. Sus ojos vidriosos se fijaron tristemente en la Imágen santa de María, y sus lábios sin color se agitaron como pronunciando una fervorosa plegaria. Sus párpados se humedecieron, suspiró y con voz apenas perceptible dijo:

— ¡Pobre Cármen! El cáliz de tu vida se llenará

del licor de la amargura hácia tus últimos dias... Pero espera en Jesús, espera en María; ellos no te abandonarán; ellos serán tu consuelo y tu esperanza.

Y haciendo el supremo esfuerzo, dirigiéndose á María Santísima prosiguió:

— Yo os lo consagro, Madre mia, yo os lo doy el fruto de nuestro amor, para que Vos le protejais, y por Vos sea salvo.

Hubo una breve pausa, despues de la cual con semblante risueño, como si hubiese leído en el libro del porvenir, pronunció sus últimas palabras.

— Muero tranquilo porque ya os pertenece, Madre mia, y se que su salvacion corre de cuenta vuestra... Gracias, Madre, gracias os da el pobre moribundo!... Cármen, Cármen! espera siempre en Jesús y María; ellos te ampararán, ellos serán tu consuelo..... no temas por nuestros hijos..... Ahora adios... adios... hasta el cielo.....

Con estas palabras se apagó la hermosa luz de la vida de mi padre, y en el momento que exhalaba su alma santa y generosa, cayeron sobre su frente pálida dos lágrimas ardientes, y los lábios de mi madre entreabiertos para dar paso á los suspiros de su corazon, y á las oraciones de su alma, se pusieron en aquella frente con veneracion amorosa, con santo respeto, con resignacion cristiana.

Cuando los sollozos la dejaron hablar, hincóse de rodillas, plegó las manos, y exclamó:

— Madre de mi corazon, Vos que sois el amparo de los desvalidos, sedlo de esta pobre y affigida

hija vuestra ; oid la plegaria del moribundo y proteged á la infortunada viuda , que sola y sin consejo en el mar alborotado de la vida , no tiene otra proteccion , no tiene ni quiere otro refugio que Vos ; y si la resignacion de mi alma en este amargo desconsuelo vale algo á vuestra presencia , por ella os ruego que presentéis el alma de mi esposo al Juez eterno , que defendais su causa y la introduzcáis en la bienaventuranza de la gloria.

Y le pareció que la Santa Imágen sonreía bondadosa , como diciéndole que viviese tranquila porque su oracion ferviente habia sido atendida.

¡ Desgraciados los que no tienen fe ! Ellos ignoran lo que es ese rocío divino que desciende del cielo sobre las almas , y las consuela ; ese bálsamo santo que mitiga los acerbos dolores que producen las llagas del corazon ; esa paz bendita que en un momento se apodera del espíritu atribulado , cuando ha elevado al cielo la plegaria que le inspira su confianza en Dios ; esa tranquilidad sobrenatural que el mas afligido encuentra siempre en la oracion ; esa quietud , ese reposo , ese sosiego que en medio de su infortunio se apoderó del corazon dolorido de mi madre.

IV.

UN ÁNGEL EN LA TIERRA.

La vision de mi madre habia sido profética. En sus entrañas se agitaban dos vidas que algun tiempo despues vieron la luz. Los dos recién nacidos fueron una niña y un niño. El mismo dia de nuestro nacimiento fuimos bautizados, porque la santa mujer que nos trajo en sus entrañas no quiso darnos el pecho antes de vernos regenerados por las aguas del bautismo. Algunos, y sobre todo su primo Rogerio, se oponian á que fuésemos bautizados tan pronto, porque decia :

— Es ir contra la corriente eso de bautizar el mismo dia del nacimiento. Esperemos que la madre se ponga buena, y entonces podrá asistir á la fiesta del bautizo, como ordinariamente se hace. Por otra parte lo que indico, que no es ningun mal, es de buen tono en nuestros dias, y vamos á correr un ridiculo cuando nuestros conocidos sepan nuestra precipitacion.

— Podrá ser contra la corriente del siglo bautizar el mismo dia del nacimiento, dijo mi madre ; pero las corrientes del siglo no van por los caminos de Dios. ¿No se averguenza el siglo acaso de llamarse cristiano? Yo no quiero que en este punto

marchen mis hijos por el camino del siglo; yo quiero que su mayor gloria sea el ser discípulos de Jesucristo, y se me hacen interminables los momentos que tardan en pertenecer á la grey de Cristo. Me llamará fanática el mundo, pero mira, Rogerio, me estremezco cuando considero que ahora mis hijos pertenecen á Satanás, y que si murieran en este momento no verian á Dios por toda la eternidad; serian eternamente unos ángeles desterrados. Ante el interés eterno de sus hijos, ¿no comprendes que una madre ha de reirse del mundo y sus dicterios?

Rogerio se sonrió como se sonrien los que alucinados por las preocupaciones del mundo, hacen arder de buena fe, en su ignorancia, una vela á Dios y otra al diablo.

— Pero no consideras que las tiernas criaturas sacadas tan pronto de casa pueden resfriarse? le preguntó luego.

— Nuestros padres, Rogerio, y las generaciones que les precedieron, fueron bautizados en el dia de su nacimiento, y el resfriado que pudo darles sacándolos tan pronto de la casa, no les impidió vivir mas sanos y mas años que nosotros.

Esta contestacion no tenia réplica, y ante la insistencia de mi madre, preciso fué regenerarnos aquel mismo dia en las aguas del bautismo, en las que mi hermanita recibió el nombre de María, y á mí me impusieron el de Pio.

Aquella santa mujer no consintió bajo ningun concepto que nos separáramos de ella, y á los que

la advertían que criarse los hijos era de mal tono, siempre les contestaba :

— Las señoras y mujeres del mundo se reirán de mí, y Dios, y la naturaleza y yo nos reiremos de las que teniendo hijos los dan á una mercenaria, para poder á su vez criar un faldero; yo no pertenezco á la clase de las que prefieren las caricias de un perro á las caricias de sus hijos.

— Pero es que criando te desmejorarás... le objetaban.

— Eso no es cierto; nunca la madre está mas lozana y fresca que cuando amamanta á sus hijos... Por otra parte á mí me tiene sin cuidado la pérdida de la hermosura : cuando mi esposo vivía, me preocupaba de ella para agradarle; mas hoy ¿de qué me sirve la hermosura cuando no pienso agradar á nadie? ¿Acaso los hijos de mis entrañas no me amarán con igual ternura tanto si soy hermosa como si me he marchitado?

No hubo tampoco medio de hacerla desistir en este punto, y todo lo mas que de ella se consiguió, fué obligarla á tomar una nodriza para que con ella compartiera indistintamente nuestra lactancia.

— Si no lo hace V. así, le dijo el médico, dentro de breves dias se verá en la triste precision de no poder criar ni á uno siquiera de sus hijos, porque su naturaleza debilitada no podrá resistir un esfuerzo superior á ella.

Esta observacion del facultativo alarmó su amor maternal, profundo como el mar, y la obligó á cuidarse mas, para poder dar el pecho cuando me-

nos á uno de nosotros. Para ella hubiera sido el mas grande infortunio no poder nutrir á los hijos de sus entrañas con la sabia de su vida. Dios, siempre bondadoso, no quiso sujetarla á esta prueba terrible.

Mi hermanita y yo crecimos al calor santo de su regazo, como dos plantas bien cultivadas; ella débil, delicada, encantadora, vaporosa como planta del cielo brotando en la tierra; yo robusto, fuerte, varonil, como árbol plantado en su tierra natal, que hunde sus raices para poder ensanchar su copa y cimbrarse gallardo bajo los rayos de un sol que le enamora. María parecíase á una sensitiva; una palabra áspera la estremecia, una mirada hacíala palidecer; solo cuando miraba el ancho espacio del cielo, iluminado por los rayos melancólicos de la luna, allá en la callada noche, se apoderaba de ella un espíritu de vida singular; subia de su corazon á sus lábios un suspiro, se humedecian sus ojos, se abria su boca para dar paso á una respiracion ardiente, y se teñian sus mejillas, siempre pálidas, con el color sonrosado del capullo de la rosa. Entonces, aunque muy niña, me decia palabras extrañas; me referia sueños celestiales que yo nunca llegué á comprender, pero que me subyugaban; me hablaba con una viveza tan especial, que á veces admirado suspendia mi natural bullicioso aturdimiento, para mirarla y preguntarme si aquella que me dirigia la palabra era mi hermanita María.

Quiero referirte uno de los episodios de esta naturaleza que mas profundamente se grabaron en

mi corazón. Tanto me impresionó aquel episodio, con todo y ser yo un niño aturdido y bullicioso como las auras de la tarde, que todas las palabras de María se quedaron impresas de una manera indeleble, no en mi memoria, sino en mi alma, y desde aquel momento, obligado por no sé qué misterioso influjo, la miré con un respeto inexplicable, á la par que la amé con mas ardor, y la protegí con mas decision, y la traté con mas ternura. Desde entonces cuando soñaba en cosas hermosas, en todas hallaba á María; cuando pensaba en los ángeles, se me figuraba que se le parecían, que tenían su modo de mirar, el dulce timbre de su voz que tan poderosamente subyugaba y fascinaba mi corazón, su esbeltez parecida á la gallardía de la palma que se mece en la region del aire, y no podia sufrir aquellos ángeles que algunos malos artistas nos pintan tan gordos y rollizos, porque nada se parecia menos á la hermana de mi alma. Con qué ardor besaba la arrogante y cándida azucena; con qué frenesí aspiraba su puro aroma, por figurárseme que era el emblema de María; porque se me antojaba que entre las dos habia cierta semejanza! ; Fenómeno extraño del alma! No me atrevia abrazar á María, por temor de verla caer en mis brazos marchitada; hubiera querido matarla abrazándola, y morir con el deleite de haberla muerto por amor, y con todo, cuando tenia su mano entre las mias, no osaba estrecharla por temor de que se hiciera pedazos aquella mano de ángel: en cambio me vengaba en la azucena á la que estre-

chaba con frenesí sobre mi pecho, absorbía locamente su aroma, la mordia y no me daba por satisfecho hasta ver sus pétalos marchitos entre mis manos.

Era una noche apacible como la sonrisa de mi hermanita; la brisa perfumada rizaba sus cabellos juguetona como mi bulliciosa niñez; la luna brillaba en un cielo puro como nuestras almas, con la melancolía dulce y tranquila de nuestra santa madre. Largos momentos estuvo contemplando la luna tan hermosa, el cielo tan sereno, la nuvecilla rica en profundas sombras y variados cambiantes, las estrellas brillantes como las facetas de un diamante herido por la luz eléctrica. Era de verano aquella hermosa noche, y los altos y copudos árboles á través de cuyas sombras fantásticas miraba el cielo, y los aromas de las magnolias y de las flores del jardín, y el plácido y débil ruido de un pequeño chorro de agua que saltaba sobre el tazon de una fuente, completaban el cuadro, y hacian borbotar y crecer en el fondo del alma de mi hermanita las aguas misteriosas de aquel extraño manantial de vida, que brotaba de vez en cuando de las ignotas profundidades de su ser.

De improviso temblorosa me cogió la mano; sus labios palpitaban como buscando una plabra, sus ojos miraban de una manera tan particular, tan sobrehumana, que su mirada me subyugó, me llenó de respeto y turbacion.

— Pio, hermanito mio; me dijo con una voz tan dulce que no sé á qué comparar; ¿te gusta vivir?

— ¡Mira que pregunta! contestéla sin saber lo que me decia.

— A mí me gustaria morirme.

— ¡Tú morirte! exclamé consternado y abrazándola, como si quisiera disputar aquella presa tan querida al sepulcro.

— Si yo muriera ¿no te gustaria acompañarme? ¿No te parece mas hermoso el cielo que la tierra? ¿No te agradaria vivir mas allá de las estrellas, junto al trono de María que tanto ama á los niños, y al lado de nuestro padre, que segun mamá nos cuenta nos amaba tanto? Yo te digo en verdad que me gustaria morirme.

— Y despues; acá en la tierra tiene uno tantos quebraderos de cabeza! Ya ves; continué ya reconciliado y hasta apeteciendo la muerte, que tan hermosa sabia pintarme mi hermanita; ya ves los disgustos que pasa mamá, á la que dias atrás encontré llorando. A buen seguro que si estuviese en el cielo, nada tendria de que llorar.

— No, porque María Santísima la protegeria, ya que sabe que Dios no quiere en el cielo mas que gente que viva alegre... cómo que canta siempre en él!

— ¡Y aquí lloramos tanto! En el cielo no debe uno ir á la escuela; en el cielo no hay niños malos que le aporreen á uno, ni que le fastidien; en el cielo nunca nos dolerá la cabeza, ni tendrémos frio, ni tendrémos calor, ni por causa de la lluvia debe uno dejar de salir de casa, porque en el cielo no llueve nunca...

— ¡Qué bueno debe ser tener por amigos á los ángeles, y oír cantar canciones muy lindas, y tener por Madre á la Virgen Santísima, y ser siempre buena y no ser nunca mala, y estar, como nos decía el Padre Ignacio, sentadita una junto á papá!... ¡Ay! qué ganas me dan de morirme cuando llega la noche y bajo al jardín, y miro la luna, y pienso en María Santísima, y en papá y en el cielo!

— Y á mí me las dan también ahora!... Y mira; dijela después de una pausa; si he de morirme yo, es á condición de que mueras tú también; no fuese caso que me engañaras, y me encontrase solito en el cielo.

— No, no; es que yo tengo verdaderas ganas de morirme; mas ganas que tú.

— Pues murámonos; dije con resolución, y como quien no sabe qué cosa es morir.

— Pero ¿cómo?

— ¿Cómo?... Tienes razón; ¿cómo lo hace uno para morirse? pregunté rascándome la cabeza.

— Ahora me acuerdo que días atrás al tío Rogelio se le murió la Angelina del garrotillo. Mamá al darnos esta noticia recuerdas que nos dijo: «Dichosa Angelina que está en el cielo?» Pues bien; nada más fácil que le dé á una el garrotillo, y dándonos el garrotillo, ya ves; es cosa de pocos días eso de morirse.

— ¿Y cómo nos arreglamos para que nos dé el garrotillo y nos muramos? pregunté.

María se mordió el labio inferior, puso sus hermosos ojos azules en la luna, arrugó la frente co-

mo si buscara una solución á la dificultad que acababa de ponerle, y al cabo de un rato me dijo sonriendo complacida:

— ¿No recuerdas lo que días atrás nos decía el Padre Ignacio? Nos decía: « La Virgen Santísima es la Madre de los niños buenos; y así como vuestra mamá no sabe negaros nada de lo que le pedís si ha de haceros bien, tampoco la Madre de Dios os negará nada de cuanto le pidais si ha de ser para vuestro bien. Probadlo; pedidle alguna gracia á María Santísima, y ya veréis como os la concede en seguida.» El Padre Ignacio no es mentiroso, y cuando él lo dice, es prueba de que sabe que María Santísima oye las súplicas de los niños. ¿Qué perdemos, pues, con probarlo?

— Tienes razón; exclamé batiendo palmas; tienes razón. Nada perdemos con probarlo, y yo sería de parecer que se lo pidiéramos esta noche á María Santísima que nos dé el garrotillo, para que en tres ó cuatro días nos muramos y *tras, tras*, al cielo para siempre.

Y dicho esto me quedé tan complacido que el gozo me retozaba por todo el cuerpo, de manera que no pude abstenerme de dar algunos saltos mirando la luna. Mientras tanto María se quedaba pensativa, y conocí que mi regocijo la afligia.

— Y bien; la pregunté; ¿ nos vamos al cielo y te pones triste? Se me figura que me harás la picardía de dejarme morir y quedarte para ser la heredera.

Cómo si no hubiese oído mis palabras, mi hermanita me dijo:

— Si estoy pensativa es porque pienso en cuán triste se quedará mamá si nosotros nos morimos. Parecerá un árbol cuando le han caido las flores... ¡Pobre mamá! cuando pienso que nos ama tanto, me dá mucha compasion.

— Cuando yo digo que eres una tonta, bien me constará. ¿Por qué no hemos de pedir tambien á María Santísima que le dé el garrotillo á mamá y nos muramos todos en un mismo dia? Y es cosa clara que María Santísima nos escuchará, y entonces ya se ha concluido el padecer.

— Tienes razon, Pio, tienes razon. Sí, esta noche misma le pedimos á María Santísima que nos dé el garrotillo á mamá, á tí y á mí, para que muriéndonos todos á los tres dias como Angelina, vayamos al cielo á reunirnos con la Madre de Dios, y á sentarnos en las sillas que papá nos guarda á su lado.

Aquí llegábamos de nuestra conversacion cuando se apartaron unas ramas de olorosa maría luisa; un suspiro llegó á nuestros oidos, y dos regalados brazos nos estrecharon sobre amoroso seno, henchido de ternura maternal; en nuestras puras frentes se puso la bendicion de un beso y de una lágrima, y mi madre conmovida profundamente nos dijo:

— Vida mia, luz de mis ojos! pedid siempre á Dios que se haga su santa voluntad.

— Y qué! ¿no es acaso la voluntad de Dios el que vayamos al cielo? la pregunté.

— Sí, hijos míos, sí; para esto habeis sido cria-

dos, pero el Señor quiere que unos vayan al cielo de niños y que otros vayan de hombres. ¿No veis? á vuestra prima Angelina la quiso de niña en el cielo, y á vuestro santo padre lo quiso de hombre. Por eso habeis de pedirle siempre á María Santísima que se haga en mamá y en vosotros la santa voluntad de Dios.

Con esta cristiana leccion, que se quedó grabada en nuestros pechos con indelebles caractéres, terminó aquella escena, superior á las facultades de una niña, que mi hermana María habia iniciado y sostenido tan en carácter. Es porque oculto y mal disimulado por los pliegues de un cuerpo mortal, habia en ella el espíritu de un ángel!... ¡Oh! sí; del ángel del amor y del sacrificio, que debia cubrirme con sus alas protectoras, en medio de las densas sombras donde me precipitó mas adelante la locura de nuestro siglo, que se apoderó de mí como un ave de rapiña se apodera de la paloma indefensa y descuidada.

V.

CELOS.

Desde este día inolvidable se apoderó de mi alma un sentimiento de veneración profunda por mi hermanita. Yo era muy atolondrado, muy vivo, muy decididor, muy irascible, pero me bastaba una mirada de María para trocarme en un momento. Si á veces resistía á las órdenes de nuestra madre, María ponía en mí sus hermosos ojos de un azul profundo como el mar, y acto seguido me arrodillaba á las plantas de la santa mujer que me trajera en sus entrañas, para pedirle perdón de mi desobediencia; si me resistía á estudiar, maldiciendo en mi interior los libros y renegando de los maestros, me bastaba que María se sentara á mi lado, para que estudiara la lección señalada, y lo hiciera con frenesí; si maltrataba algún animalito, cosa por cierto bien común en los niños, bastábame que le amparara la triste mirada de María para que yo sintiese un profundo remordimiento por haberlo hecho; si me resistía á rezar, y si las oraciones me fatigaban, era suficiente que María se arrodillara á mi lado, y que la viese poner sus hermosos ojos en la santa Imágen de la Reina de los ángeles, para que yo

rezara con fervor, y ¡cosa extraña en un niño! entonces encontraba gusto rezando. Esta veneración, este profundo amor que la profesaba, crecía todos los días, y me ponía triste si al llegar del colegio no la encontraba en mi casa, y estaba malhumorado hasta que volvía. Entonces enviándome una sonrisa de ángel, restablecía el humor en mi ser de ordinario tan bullicioso.

Ella por su parte me amaba entrañablemente, y pensaba en mí á todas horas, y gozaba cuando me hacía alguna corbata, y era feliz cuando podía dar un paseo conmigo por el campo, mientras nuestra madre hablaba con su primo Rogerio, y con la familia de este. María evitaba las conversaciones con otras niñas cuando me tenía cerca de sí, y yo estaba celoso cuando la veía hablar con Enrique nuestro primo, que la distinguía siempre con un particular afecto, con una inclinación invencible.

Contaríamos unos catorce años. María era una de esas flores precoces que se abren á las primeras auras de primavera; yo era una de esas plantas comunes que nunca se distinguen de las demás, y que echan botones cuando muchas hermanas suyas ya ostentan fruto; quiero decir, que María era una mujer muy bella, muy inocente, muy seductora, muy juiciosa, y sobre todo muy pura, como que su mirada sólo se ponía en el cielo: yo era un muchacho con pretensiones de hombre, reuniendo en mí los vicios del niño y las pequeñeces del adolescente. Habíamos salido

á pasar un dia por el campo con la familia de nuestro deudo Rogerio, y María habia aceptado un ramito de flores de azahar, que le diera Enrique nuestro primo, quien tenia pocos años mas que nosotros. Viendo que llevaba aquel ramito prendido del pecho, yo me puse triste de modo que no me fué posible ocultar mi mal humor. María comprendió la causa, hizo de manera que nos halláramos como por casualidad en una glorieta cubierta de olorosa vainilla, y tomándome de la mano, me dijo :

— ¿ Por qué te has puesto triste, Pio ?

— Yo no me he puesto triste. Mira tú si habia de hacer caso porque ese necio de Enrique, que tiene mas pretensiones que un tonto, te haya regalado un ramo de flores de azahar.

— Sí, Pio, sí ; tu te has puesto triste porque Enrique me ha regalado este ramito, y porque yo lo he prendido en mi pecho. Pero mira, no debes ser envidioso, hermano mio, porque María te quiere.

— Pero tambien quieres á Enrique, y eso yo no lo puedo resistir ; es que ya sé que Enrique es tu novio y esto me da grima... Yo pensaba que tú no amarías á nadie mas que á tu hermano, y me he engañado !

— Yo no tengo novio... Yo no lo tendré nunca ! añadió con una entonacion profunda, melancólica, extraña, indefinible, que me subyugó de tal manera, que me hizo asomar las lágrimas á los ojos, si bien se las oculté.

Aquella frase dicha con el acento con que fué

proferida, parecia la voz de otro ser que no era María; tenia algo de la misteriosa melancolía del que habla desde el borde de la tumba. La flor que muere sin abrirse y siente su capullo lleno de suavísimos aromas; la estrella cadente que se apaga en el primer momento de contemplar la hermosura de su luz; la paloma torcaz que canta su desdicha y su viudez porque el milano le ha robado en la estacion del amor la compañera de su ventura, podrian decir tal vez lo que significaba la expresion extraña de María, pero nunca lo podré decir yo que no llegué á comprender toda la noble hermosura, toda la sublime grandeza de su alma.

— Pues entonces, ¿por qué has aceptado ese ramo de flores, María? ¿por qué lo has puesto para adorno de tu pecho?

— Porque este ramo de flores es una reparacion.

— No te entiendo.

— Dias atrás, cuando salimos á paseo con Enrique, yo cogí unas flores para adornar con ellas el altar de la Madre de misericordia, como suelo hacerlo mientras las hay. Enrique me pidió una de ellas cuando regresábamos á nuestra casa, y se la negué, diciéndole que eran para el altar de nuestra Madre del cielo, y entonces se burló de mí, y como quien juega, me quitó la mas hermosa, echándome á perder el ramo, y dejándome á mí muy triste, porque aquella flor era de María Santísima. Viendo mi tristeza me devolvió la flor, pero entonces ya ni ella ni el ramo valian gran co-

sa : se habian deshojado algunas, y otras marchitado. Yo conocí que le supo mal haberme echado á perder el ramo, y hoy ha aprovechado la ocasion para cogermelo :—María, toma este ramito: no es tan bello como el del otro dia, pero es blanco como la pureza y perfumado como la inocente ternura que te inspira la Madre de Dios. ¿Quiéres ofrecérselo en mi nombre?—Por eso guardo este ramito sobre mi pecho, y no lo guardo por ser regalo de Enrique, sino porque está consagrado á María Santísima; sino porque es una reparacion de nuestro primo ofrecida á la Madre de Dios.

María dichas estas tiernas palabras puso los ojos en tierra; subieron los colores mas bellos á su delicado rostro, y estaba confusa, no osaba mirarme. La incomparable niña comprendia que acababa de levantar á mis ojos una punta del velo que cubria su alma de ángel, y esto, aun sin explicárselo, sonrojaba su bello rostro, tenia confuso su corazon celestial. Yo, como siempre, me ví subyugado por aquel sublime ejemplo de virtud; me sentí dominado por la dulcísima poesía que brotaba de su corazon como las aguas cristalinas brotan de un manantial purísimo. Luego avergonzado de que Enrique diera á mi hermanita un ramo para la Madre de clemencia, y que yo no pensara en ello antes que él, cuando tantas flores habia en torno mio, la dije :

— Espera; yo tambien quiero darte un ramo,

para que en nombre mio lo ofrezcas á María Santísima.

Luego cogiendo sus trasparentes manos, que parecian dos pétalos de azucena por lo finas, por lo blancas y por lo frescas, apretándolas amorosamente, continué:

— María, hermanita mia; me has de perdonar si cada momento te aflijo con mi malvado genio, pero si no te amase tanto, no me enfadaria siempre que pienso que amas á otro que no es tu hermano.

— ¡Pobre Pio! no es que me ofendas cuando te enfadas; es que padezco solo porque conozco que tú entonces padeces mucho, y yo quisiera que estuvieses muy contento siempre.

— ¡Qué regalada hermanita me habeis dado, Dios mio! ¡Qué rica es esta María, y qué dichoso soy hablando á solas con ella!

— ¿No has dicho que querias coger un ramo de flores para nuestra dulce Madre del cielo?

— Sí, sí: vamos. Lo cogeré bien oloroso, bien bonito, bien variado; tú lo harás y cuando lo presentemos de noche á la Purísima Concepcion, yo le pediré perdon de haberte afligido y me perdonará; le rogaré que me trueque en otro hombre y me oirá, y madre y tú estaréis muy contentas de mí...

— Pero, Señor; ¿qué estás charlando? La hora de retirarnos no está lejana y si perdemos el tiempo, pobre ramo podremos presentar á la Madre de Dios: dijo cortando con una exquisita delicadeza mi discurso, que la apenaba mucho.

— ¿Y no contais conmigo para nada? preguntó Enrique saliéndonos al encuentro.

Yo hice un gesto de disgusto. Su presencia me mortificaba. Estaba verdaderamente celoso.

— ¿Por qué no? dijóle María poniendo en mí los ojos suplicantes; ¿por qué no? Vamos á hacer un ramo para la Madre de Dios, que así es Madre tuya, Enrique, como lo es de Pio, como lo es mia; ella por consiguiente mirará complacida un ramo de flores que le hayamos hecho los tres, deseosos de obsequiarla.

— Propongo una idea; dije yo regocijado, porque me parecía que si se adoptaba mi proposicion no estarian juntos María y Enrique.

— ¿Cuál? preguntaron los dos á una.

— Que tú y yo, Enrique, cojamos las flores, y que María sentada en este poyo haga el ramo.

— Aceptada, aceptada! exclamó Enrique.

Y María se sentó, mientras nosotros dos íbamos en busca de las flores mas blancas, mas olorosas y mas lozanas del jardin. Así mi hermanita dispuso un hermoso ramo, que puesto delante de la Madre de Dios, bien podia simbolizar la inocencia y pureza de su alma, y el ardoroso fuego en que por ella se abrasaba su corazon, ya que entre las azucenas y los jazmines y la jeringuilla, flores aprisionadas por una cintura de maría luisa y de modesta y aromosa vainilla, se destacaban de vez en cuando algunos claveles rojos como el fuego, apasionados como los purísimos deseos que enardecian el pecho de María. Yo en un extremo del

jardin habia descubierto una gallarda y arrogante flor de lis. Pensando merecer un aplauso de mi hermanita, y vencer á Enrique, fuí por ella para que coronara el ramo. Mi primo aprovechando mi ausencia, acercóse á María, y la dijo :

— Yo no sé porque cuando estoy á tu lado me agrada hablar de la Madre de Dios; yo no sé porque cuando estoy pensando en tí, me complace pensar en María Santísima. ¿ Quiéres creer, querida prima, que la escena de las flores de dias atrás me tiene lleno de congoja ?

— ¿ Aun te acuerdas de ello ? La verdad es que yo fuí demasiado severa contigo, y debo pedirte que me perdones.

— No, no; tú defendias lo que habias consagrado á la Virgen Santísima, é hiciste bien; yo solo obré mal en aquella circunstancia. Te lo confieso sinceramente, María. No suelo pensar en la Madre de Dios sino cuando pienso en tí, pero por esta vez el hecho me ha preocupado tanto, que temo me castigue. Por eso quiero que hoy le presentes ese ramo en nombre mio. ¿ Lo harás ?

— Sí, Enrique, sí; y le pediré que te haga la gracia de ocupar tu pensamiento mas de lo que le ocupa. ¡ Oh! si tú supieses, Enrique, que dulces momentos se pasan pensando en María Santísima, no pensarias en otra mujer.

Este sublime pensamiento fué dicho con tal delicadeza, que Enrique entendió lo que con él quiso decirle mi hermana, y con todo no se ofendió.

— Otra cosa deseo le pidas tambien por mí, Ma-

ría: tú que eres tan buena, no me negarás ese favor.

— Habla, que aunque valgan muy poco mis oraciones, la Reina de los ángeles es tan buena, que se complace en oír la del ser mas humilde. Yo que estoy persuadida de esta verdad, te prometo por consiguiente rogar á ella por tí.

— Dentro breves dias debo examinarme, y los resultados del exámen me espantan, pero una voz del corazon me dice que si tú le pides á María Santísima por mí, ella me hará la gracia de que salga airoso del exámen.

— Yo le rogaré por tí cuando le presente estas flores, y tengo la seguridad de que te amparará si la invocas cuando vayas á examinarte.

— Lo haré; te lo prometo.

A este punto de la conversacion llegaban cuando yo ufano deposité en manos de María la flor de lis, perfumada como las auras del eden, gallarda y erguida como la inocencia.

Algunos minutos despues regresábamos á Barcelona. El sol se ocultaba detrás de la montaña de San Pedro Mártir; sus últimos rayos brillaban como en un espejo en la tranquila superficie del mar, que cerraba allá léjos el horizonte, arrullando la ciudad que á sus plantas descansa; las auras tías y embalsamadas murmuraban besando las rosas no sé qué palabras de amor; el labrador cansado regresaba á su hogar con los aperos al hombro; el ruiseñor preludiaba en la enramada espesa cántico dulce y apasionado, y la alondra

se remontaba al espacio para descubrir el último rayo del sol, y despedirse de él con melancólico y quejumbroso trino.

La naturaleza convidaba al silencio y á la meditacion en aquel delicioso ocaso, y silenciosos y meditabundos regresamos á Barcelona. ¿Quién de nosotros habia de tener el mal gusto de interrumpir las notas de aquel magestuoso y poético canto que la naturaleza entonaba á su Criador con las últimas claridades del crepúsculo de la tarde? Por otra parte María estaba sumergida en una contemplacion sublime, estaba casi extática mirando el cielo y el mar y percibiendo aquel variado concento formado por el susurro de las auras, y el canto de las aves, y los varios confusos ruidos que llegaban á nosotros; ¿quién habia de tener la crueldad de arrebatarla al sublime y poético trasporte de sus sentidos, para recordarla que estaba entre la repugnante prosa de este mundo? Cuando los ángeles de la tierra despliegan sus alas, dejadles que se remonten al cielo, dejadles que vaguen por las regiones etéreas de que están desterrados; no seais crueles; ellos no gozan, ellos padecen en el mundo: tiempo les quedará para llorar su destierro en la soledad de su corazon, cuando vuelvan en sí, cuando despierten; dejadles vagar, dejadles sumergir en la luz, dejadles saludar los horizontes de dicha sin fin que descubren desde aquellas alturas.

Yo aunque de sentimiento grosero sabia respetar estas horas sublimes de mi buena hermana:

era tal vez porque el ángel de su guarda la defendía de mi ligereza habitual.

De esta especie de éxtasis no volvió María hasta que estuvimos en nuestra casa. Entonces tomé de la mano sin decirme palabra; me dejé conducir por ella como un corderillo; entramos en la habitacion que nos servia de oratorio; puso el ramo en un hermoso jarro de porcelana, y luego arrodillándose á las plantas de aquella Imágen santa que habia recibido el espíritu de mi padre para introducirlo en el cielo, con una especie de fascinacion me dijo:

— Roguemos á María Santísima por Enrique.

— ¡ Por Enrique ! le dije con la ira que los celos producian instantáneamente en mi alma, ira parecida á la chispa eléctrica.

Y sin hacer caso, ni parar mientes en mi violenta exclamacion, continuó:

— Por Enrique que uno de estos dias debe ser examinado, y teme que la Madre de Dios le castigue por haber querido quitarme una flor que á ella habia yo consagrado; por Enrique, que tan poco piensa en María Santísima !

Y dicho esto plegó sus blanquísimas manos, y sus labios se movieron imperceptiblemente, alombrando las plantas de la Reina de los ángeles con las flores mas hermosas de su caridad y de su inocente candidez.

Yo oré, es cierto, pero al pensar que oraba por Enrique, estaba tentado de pedir á María Santísi-

ma todo lo contrario de lo que mi hermanita la suplicaba.

Tal era ella; tal era yo. Ahora que conoces nuestros respectivos caracteres, no te extrañarán ciertos detalles que notarás en el resto de la historia que te voy narrando: no te extrañará el sacrificio santo de aquel ángel de pureza y de amor, y la conducta repugnante y malvada del que no apreció la grandeza de su alma, hasta tanto que esta alma hubo abandonado el mundo que no la comprendía, y reunióse en el cielo con los ángeles sus hermanos, que la lloraban desterrada sobre la tierra; sobre la tierra que fue para mí un vergel y para ella un erial; sobre esta tierra que su amor plantaba para mí de rosas, mientras que ella desgarraba sus tiernos piés con las espinas que yo aglomeraba en su camino.

— María; si es que desde el cielo te deja el Señor poner sobre mí tu bondadosa mirada; si es que ves mi tardío arrepentimiento, te ruego me perdones, ángel mio, el mal que te hice, y las amargas lágrimas que arranqué, ingrato, á tus hermosos ojos, y á tu bondadoso corazon.

VI.

VERDADES Y TERRORES.

¡Quién me dijera á mí que habia de pisotear aquella perla; que habia de deshojar aquella flor; que habia de apagar la luz de aquel lucero; que habia de renegar de aquel precioso aliento de mi alma; que habia de borrar aquel nombre tan dulce y tan amado de las telas de mi corazon en las que lo tenia escrito! ¡Quién me dijera á mí que habia de inundar de lágrimas aquellos ojos tan puros como los de un ángel, y tan serenos como los de un niño; y que habia de marchitar aquellas megillas tan finas y blancas como la hoja del lirio; y que habia de forjar un círculo de acero que apretara su corazon hasta estrujarlo y obligarlo á dejar de latir! Al que me dijera esto durante los dias de mi infancia, y los primeros años de mi adolescencia, le hubiera muerto con una mirada, si la mirada del hombre tuviese á veces la fuerza del rayo, así como tiene la intencion. Y sin embargo, el vate que esto me hubiera anunciado, apenas se aproximara á la verdad. ¡Tan cierto es que el hombre cuando rueda por la pendiente del abismo es peor cien veces que todo lo que se puede imaginar!

¿Pero á qué divago ahora en consideraciones

inútiles? Con todo, me has de permitir que á veces desahogue con algunas exclamaciones la profunda pena de mi corazon; la válvula de seguridad que da paso al vapor que sobra en la caldera, está puesta por el hombre para evitar una explosion; los lamentos y los suspiros están puestos por Dios en el fondo del corazon arrepentido, para evitar que estalle en fuerza del dolor que se acumula en el pecho. Bendito sea Dios, que ha tenido misericordia del hombre pecador, y ha puesto en el fondo de su corazon el manantial de las lágrimas y la dicha de los suspiros!

Tres años pasaron desde la escena que acabo de narrar. Yo era un hombre, ó cuando menos pretendia serlo. Fumaba; burlando la vigilancia de mi santa madre, iba todos los dias á reunirme en el café con mis compañeros; querría hablar de política y decidir las mas árduas cuestiones sociales; pretendia juzgar las actrices del Liceo, y con desparpajo, propiedad de la ignorancia, hacer la crítica de las óperas que se representaban. Sobre todo, (y esto daba profunda pena á mi madre y hermanita), yo que tanto me jactaba de conocer el arte y de amar la buena música, me habia apasionado por esos espectáculos inmundos llamados zarzuelas bufas, escoria del arte, insulto á la moral, bofetada dada á un pueblo que presume de honrado y decente. Por otra parte hablabo de mujeres, y aunque me repugnaba en lo secreto de mi corazon, jactábame de maldiciente. Para mí no habia mujer digna, no habia mujer

que no encontrara en la punta de mi lengua cuando menos un epigrama que dejara suponer una historia, de la que fingia ser poseedor, pero lo mas regular era que las calumniase abiertamente.

En lo mas secreto de mi corazon, he dicho, me repugnaba lo que hacia, porque la educacion que recibiera, y la memoria de mi madre y hermana me acusaban y confundian, pero yo pensaba que era mas hombre cuanto mas depravado me fingia, y aquello que debia confundirme me halagaba. Cuando con una de mis infamias conseguia arrancar á mis compañeros una carcajada, ó lograba que mis epigramas fuesen celebrados, ó que mis historias de tal ó cual señorita circularan al oido de otros que se llamaban calaveras, entonces me ponia hueco como un pavo, y al llegar á mi casa estaba tan pagado de mí mismo, que si mamá me reprendia yo le contestaba muchas veces con una dureza, con una procacidad, con una destemplanza, que en otras épocas solo concibiera en boca de un carretero, ó cosa así.

Inútil es decir que leia, á escondidas de mi madre, todas las novelas de Dumas, de Sue, de Víctor Hugo, de Balzac y de Ayguals de Izco, pareciéndome mejores y mas interesantes aquellas que eran mas terroríficas, aquellas que eran mas inmorales, aquellas que contenian mas veneno. Y así empezando por reirme con Dumas de la Religion, admitia sin reserva y sin protesta las calumnias de Sue y de Ayguals de Izco, para ter-

minar al fin por detestarla como Víctor Hugo y Jorge Sand.

Pero esto no vayas á suponer que se hizo de improviso, sino por grados, insensiblemente : el que tiene inculcado el virus de la hidrofobia, no muere de rabia hasta algunos dias despues , cuando toda su sangre envenenada hierva dentro de sus venas como fuego derretido , pero á medida que los dias pasan va sintiendo los efectos del mal que le trabaja. Inútil es decir tambien , que las ideas socialistas de Ayguals , de Sue , y de Víctor Hugo acabaron al fin por parecerme las ideas santas y regeneradoras, y así de grado en grado, á medida que iban faltándome las creencias, descendia por la pendiente del socialismo, y cuando carecí de ellas , me encontré hecho un héroe de barricada, porque á la verdad ; se empieza por no ir á misa, y se acaba por ser comunista : ¡ tan íntimamente unidas van la Religion y la cuestion social !

Pero, ¿ cómo, me preguntarás, pude llegar á tal extremo de vileza y depravacion? La autoridad de mi madre , siendo tan jóven yo, no prevalecia sobre mí? Ninguna influencia tiene en el hombre esa vida del corazon que llaman educacion , para que con tanta facilidad se pierda uno, y queme lo que adoraba, y adore lo que le envilece y degrada? No quiero contestar á todas estas justísimas preguntas, porque en los hechos que me quedan por referir, hallarás cumplida explicacion y respuesta á ellas.

Habia llegado á la edad en que era preciso me

diesen una carrera, si no querian que fuese uno de esos muchos séres inútiles que consumen su vida en la inaccion, consumiendo en locuras su patrimonio y su alma. Mi madre estaba profundamente afectada y dolorida. Tal vez recordando la misteriosa vision que tuviera cuando me agitaba en sus entrañas, y las últimas palabras de mi santo padre, tenia el presentimiento de que entonces iba yo á deslizarme por la pendiente del abismo, porque la pobre mujer decia al Padre Ignacio, sábio y santo jesuita, que era á la vez el amigo y el consultor de mi familia:

— ¡ Cuán triste es, Dios mio, considerar el afan y la solicitud con que un padre procura guiar á sus hijos por el camino del bien, y hallarse luego con una enseñanza descreida que les arranca poco á poco de sus almas las máximas y el espíritu religioso, y con una juventud procaz y desmoralizada, que pervierte el corazon y tizna el alma que con tanto cuidado se ha procurado mantener limpia y pura ! ¡ Ah ! ¡ los que á tal extremo han puesto las cosas; los que tantas amarguras y sobresaltos causan al corazon de los padres; los que deben velar por la moral pública y patrocinan latentemente la inmoralidad y la irreligion, no tienen perdon de Dios !

— ¡ Cuán amargas son esas verdades ! Estamos tranquilos porque la irreligion no hace progresos en España, pero no consideramos que si no los hace en nosotros, porque hemos sido educados cuidadosamente en las santas máximas del Evan-

gelio, los hará en la generacion que viene, porque esa generacion no habrá recibido la instruccion religiosa, que hoy por hoy es el valladar que se ofrece insuperable á los esfuerzos de la impiedad!

—¿Y qué debe hacer el padre, puesto en la alternativa de que su hijo consuma la vida en la inaccion, no siendo útil para nada á la sociedad, si no le da carrera, ó bien se desmoralice y pierda si le da esta carrera?

—Afortunadamente hay aun catedráticos excelentes en Barcelona, que consideran como á la mayor de las glorias el ser y proclamarse hijos adictos y humildes de la Iglesia católica.

—Pero no son todos así, por desgracia. ¿Y qué hago, padre mio, puesta en tan dura alternativa? Si los catedráticos son buenos, ¿es buena la juventud que frecuenta las aulas? ¿No hace profesion de una desmoralizacion espantosa? ¿Y qué aprenderá al lado de esos jóvenes mi hijo sino el mal? ¿Y puedo evitar yo que lo aprenda?

—Pero la iniciativa, la voz, la súplica y el consejo de una madre, pueden mucho en un hijo como Pio, y aun puede mas la oracion. Tu hijo no debe estarse toda la vida mano sobre mano; Dios le ha dado un hermoso talento y debe utilizarlo en su honra y gloria, en provecho de su propia alma, y en bien del prójimo; tú le has dado una santa y cristiana educacion y no es de creer que ella quede sin efecto. Pio puede extraviarse desgraciadamente en la universidad, pero ¿acaso

puedes responderme de que no se extraviará dejando de frecuentar las aulas?

— Pero, padre mio; aquella vision, aquellas últimas palabras de Miguel que tengo tan presentes, me llenan el alma de terror!

— ¿Y quién te ha dicho á tí que la vision no fuera una ilusion? ¿Y quién te ha dicho á tí que fueran proféticas las palabras del pobre Miguel? Así lo que tú llamas vision, como estas palabras, produjeron un bien inapreciable; fueron causa de que consagrarseis vuestros hijos á la Madre de Dios, y esta consagracion es de tan buen agüero, que yo te aseguro que si tu hijo llegara por desgracia á extraviarse, no morirá en su extravío, porque la Madre de clemencia no ha permitido nunca que un hijo suyo se pierda.

Hubo una pausa. Mi madre meditaba las palabras del Padre Ignacio, y este con un tacto exquisito dejaba que aquellas palabras fuesen poco á poco produciendo el efecto apetecido.

— Bien; yo siempre he creído; dijo despues mi madre; que María Santísima no dejaria perecer á mi hijo eternamente, pero esto no quita que tiemble y me espante ante el peligro que corre de perder temporalmente la fe, ó su práctica, que viene á ser lo mismo, y de una manera muy singular con la carrera que quiere emprender, con la carrera de médico. V. ya sabe, padre mio, la reputacion que tienen los estudiantes de medicina.

El Padre Ignacio se quedó pensativo. Despues dijo:

— Hubiera querido que prefiriera Pio otra carrera, pero el hombre muchas veces no sabe lo que quiere. Si Dios le llama al ejercicio de la medicina, en ninguna otra carrera podrá tan fácilmente santificarse, puesto que para esta le habrá dado el Señor todas las dotes que necesita, dotes que no podría utilizar, ó utilizaria mal, sin duda, en otra profesion. Verdad es que de las escuelas de medicina, que es de donde deberian salir mas fervientes adoradores de Dios, puesto que tocan y examinan minuciosamente la obra maestra de Dios que es el hombre, verdad es, repito, que de esas escuelas salen muchos materialistas, (que en un médico es el contrasentido de los contrasentidos), pero tambien es verdad que de esa misma escuela salen excelentes campeones de la fe, que hacen un gran bien á la humanidad: yo los conozco, yo los venero, yo los amo con todo mi corazon, como conozco estudiantes que en medio de la corrupcion de sus condiscípulos saben conservarse dignos de Dios y con su conducta ejemplar honran á sus padres. ¿Qué dificultad hay en suponer que Pio sea uno de tantos, mayormente si tú sabes dirigirle; si tú le recuerdas á menudo las santas máximas que hasta ahora le has enseñado?

Despues de esta conversacion quedó decidido que el Padre Ignacio examinaria mi vocacion, con aquel admirable tacto que para ello tienen los jesuitas, y se resolvió que en caso de ser Dios quien me llamara á la carrera de la medicina, me ma-

tricularia en el próximo setiembre, para poder ganar el inmediato curso. De las varias pruebas á que me sujetó con una delicadeza y una maestría admirables, salió el Padre Ignacio convencido de mi vocacion á la medicina, y en su consecuencia me matriculé, no sin que los terrores de mi madre rugieran en su corazon de vez en cuando, como tormenta lejana que amenaza acercarse.

El corazon de aquella santa mujer no la engañaba. Su vida tan apacible y dulce, que merecia un término conforme con ella, iba á tener un fin amargo como la hiel de que yo debia abreviarla en su última hora. ¡Infeliz de mí! ¡Pobre y santa madre de mi corazon!...

VII.

CÓMO MUERE UN CORAZON.

Empecé mi carrera científica, y á la vez empecéla tambien por el camino del mal. Prolijo en demasía fuera si quisiera referirte punto por punto los pasos primeros que me introdujeron en la senda de la perdicion, y por otra parte dificilmente podria hacerte ese relato, porque yo mismo ignoro la sùtil manera como se introdujo en mi alma el soplo letal de la corrupcion, que es por donde empieza su camino el que en dia no lejano ha de dar á su familia y su patria dias de llanto y de dolor. Con todo, te diré que viéndome tan cándido, tan inocente, tan sencillo, los estudiantes mis condiscípulos empezaron por hacerme objeto de sus cínicas mofas, y notando que sus conversaciones libres tenian á veces el secreto de sonrojarme, se complacian en sostenerlas junto á mí, en dirigirme preguntas, en hacerme insinuaciones, que acabaron por derribar mi inocencia. ¡Ay! aquella flor que tan fácilmente se abria en mis mejillas con sonrosadas tintas al comenzar mis estudios, la flor de la inocencia, no tardó en marchitarse para siempre en mi sér, y desde entonces sentí dentro de mi pecho los efectos de la corrupcion que la sigue al marchitarse!

Desde entonces se despertó en mí una sed devoradora de placeres ; y alborotaron mi vida sueños que me fatigaban y me tenían enloquecido ; y ya no me deleitaba el santo y purísimo amor de mi hermana María , la que me rodeaba de mas atenciones y cariños cuanto mas notaba mi desvío, pero aun respetaba á mi santa madre ; aun á veces cual una reminiscencia encantadora y melancólica, surgia como un vapor de mi corazon, lleno de recuerdos y poesía ; lleno de los recuerdos de mi infancia, y de las horas felices que con mi hermanita habia pasado cuando á la luz de la luna hablábamos de nuestros padres, de María Santísima, del cielo, y nos prometíamos amarnos siempre , y siempre ser buenos. Pero estos recuerdos que primero eran frecuentes, luego se fueron dissipando con la gradacion con que se disipa la luz en la hora del crepúsculo vespertino, y finalmente solo de tarde en tarde se me presentaban como fuegos fátuos en calurosa y oscura noche , como estrellas cadentes que brillan un momento, como las últimas notas de una armonía oída de léjos, como el postrer suspiro de la brisa que espira en la enramada ; débiles, lánguidos, sin vida...

Y mi hermanita , que con su ojo y penetracion de ángel leia en el fondo de mi corazon, y sin explicarse en su inocencia las causas, conocia que mi desvío hacía ella y mi indiferencia hacía mamá eran producto de mi alejamiento de Dios, pasaba largas horas á los piés de la santa Imágen de María Santísima rogándole por su hermano que no

era feliz, y los suspiros salian á borbotones de su corazon puro y tierno, como salen á borbotones las aguas del cristalino manantial, y sus ojos quemados por lágrimas ocultas se enrojecian, y sus mejillas volvíanse mas blancas, y su mirada mas amorosa, mas llena de ternura, que á torrentes derramaba en torno mio sin que la viera yo, porque estaba ciego para ver cosas tan sublimes; porque no era digno de percibir la armonía angélica que en torno mio producía su corazon tan bueno.

Ella y mamá queriendo retenerme á su lado, procuraban tejerme cadenas de flores; procuraban convertir la casa en un paraíso, y se desvelaban por mí de una manera imponderable. Nada encomendaban á las muchachas de servicio de todo lo que á mí se referia, porque una mano mercenaria no sabe inspirarse en el amor en que se inspiraban ellas, amor que hacia que todo lo que á mí tocaba estuviese hecho con una delicadeza, con una perfeccion admirable, delicadeza y perfeccion cuyo secreto solo lo posee una madre ó una hermana como la mia. Ellas mullian mi cama, ellas barrian mi cuarto, ellas limpiaban mi mesa de estudio, ellas adornaban mis habitaciones, ellas me arreglaban la luz, María me la llevaba, ligera como un cervatillo; dirigíame alguna pregunta tierna á la que yo solia contestar con una grosería, ó no contestarla; parecia pedirme á veces una mirada por amor de Dios, y cuando despues de un buen rato de esperar habia de volverse

sin aquella mirada, retirábase de puntillas, ahogaba un suspiro, y cuando estaba fuera de mi habitacion enjugaba una lágrima, que en sus hermosos ojos parecia una gota de rocío en la corola de una campanilla azul. Luego exhalaba otro suspiro y se retiraba diciendo :

— ¿ En qué le habré ofendido, Dios mio ?

Pero en su alma, he dicho, una voz secreta la decia que mi desvío no era porque me hubiese ofendido, sino porque mi corazon no se calentaba ya como antes al apacible fuego del amor de la familia ; sino porque en brazos del viento la semilla débil sentíase arrebatada de la region del amor á la del desamor, del trópico á la Siberia. Entonces si era muy vivo su desconsuelo solia ir á consolar-se á las plantas de la Madre de Dios, donde exhalaba su tristeza ya con suspiros, ya con lágrimas, y siempre con plegarias dirigidas á la Reina de la clemencia, no para ella, sino para mí, que tan poco lo merecia. ¡ Y cuántas veces sucedió allá en las veladas largas del invierno entrar María para consolarse en aquel santo retrete, y los suspiros que llegaban á sus oidos, revelarle que allí habia tambien otro corazon que lloraba por la misma causa ! Entonces mi tierna madre y mi dulce hermanita se abrazaban, se daban un beso, y sin decirse una palabra, ambas volvian á caer de rodillas para continuar su oracion.

Y en mí se desplegaba formidable la tempestad, á medida que adelantaba en años, y cuanto mas me creia hombre, tanto mas me complacia en pi-

sotear las flores de que la ternura de aquellas santas mujeres me rodeaba. Presumiendo de independencia, di al traste con la obediencia á mi madre, y sabiendo que de mi parte estaba la fuerza, no tardé mucho en imponerme brutalmente. El Padre Ignacio afligido hasta el fondo del alma por mi proceder, y empezando á pensar si serian verdaderas la vision de mi madre, y las palabras proféticas de mi padre al morir, hizome algunas reflexiones, puso de su parte todo cuanto pudo para detenerme por la rápida corriente de la perdicion; intentó hacer vibrar en mi alma la cuerda de la ternura, recurrió á la de la generosidad, no descuidó la de la nobleza, y viéndome á todo insensible, y viendo aletargados todos mis sentimientos hubiera desesperado de mi suerte, si no supiera de una parte que no se pierde el hombre que ha sido dado á la Madre de misericordia; sino supiera de otra que las oraciones de dos almas buenas, que los sufrimientos y las lágrimas de dos seres inocentes y mártires del amor, ofrecidos á Dios en la copa de la resignacion, no son nunca desechados por el Señor, que al fin acaba por oír las plegarias cuando son constantes, y por tocar el corazon del pecador cuando llorando y padeciendo se lo piden dos ángeles hoy, y mañana, y hasta el momento en que lo han obtenido.

Estas dos razones movieron al Padre Ignacio á esperar en mi vuelta al buen camino, pero lamentándose en su interior de la tempestad que se cernia por mi causa sobre mi familia, procuró decir

algunas palabras de consuelo á mi madre, que hicieran las veces de un bálsamo derramado sobre las llagas sangrientas de su corazón. ¡La infeliz lo necesitaba tanto!... Sí; que debe ser muy amargo para una madre ver que le llevan su hijo á la guerra, pero mucho mas debe serlo para una madre tierna y cristiana, ver que su hijo es conducido de precipicio en precipicio al abismo de la perdicion; considerar que el sér que ha llevado en sus entrañas huye de sus brazos porque con ellos está Dios, para arrojarse en brazos de las pasiones, donde están los de Satanás, ganoso de robarlo eternamente al amor de Dios, y al cariño de su madre!...

Pero ¿cómo se comprende que un hombre que cual yo era tan amante de su familia, y habia sido tan bien educado, se trueque radicalmente en poco tiempo, y venga á ser lo que era yo, es decir, un ser indigno de fijar la mirada de un hombre honrado? ¡Ay! las pasiones que bullen en el corazón humano despeñan á la juventud y la arrojan al abismo de la perdicion, y si aquel jóven carece del ascendiente, del vigor y de la energía de un padre que le domine, no es raro verle como me ví yo correr frenéticamente hasta alcanzar la meta de la degradacion. Entonces uno empieza por tomar por niñerías el tranquilo y apacible amor de una hermana como María; sigue luego por desobedecer é insolentarse con su madre; se atreve á prescindir de vez en cuando de sus deberes religiosos; califica de antiguallas, y como tal las

ataca, las santas costumbres que hicieron la felicidad de nuestros antepasados y de nuestra patria, y por fin se considera un grande hombre cuando tiene la loca audacia de escupir al cielo en presencia de los que le enseñaron á orar, sin advertir que se escupe al rostro y baña en lágrimas amargas como la hiel, la vida de los séres que verdaderamente le aman.

El hombre nacido y criado sin educacion cristiana, es siempre en enemigo del Cristianismo, como enemiga del dia es la noche, pero no deben temerse de este los grandes males, porque en último resultado no puede hacerse una guerra con probabilidades de éxito por parte de quien no conoce á su enemigo, ni el terreno donde debe combatir: la guerra terrible, la guerra formidable, la guerra á sangre y fuego contra la religion, procede de los apóstatas, de los que vencidos por sus pasiones han dado al traste con el freno que las sugetaba, y quieren vengarse de su propia ignominia, y de la vergüenza que se dan á sí mismos, cayendo con la rabia y el frenesí de la desesperacion sobre la santa roca en donde deben estrellarse todas sus furias; sobre la roca que se burla y burlará de cuantos pretendan quebrantarla. Entonces el hombre ciego es un torbellino que desata el infierno; es una tempestad que rompe; es una ola que muge zarandeada por el viento, pero toda la ira de esta ola se resuelve en ligera y débil espuma, que despues de haber chocado contra la roca inmutable se vuelve confundida al mar;

pero la tempestad termina en unos truenos y ruido que olvidan los nacidos luego que ha pasado, y deja el beneficio del agua á la tierra que pretendia destruir; pero el torbellino se disipa como si fuera humo, y el que intentaba derribar las altísimas montañas, solo ha conseguido romper algunas encinas carcomidas, y en suma ha purificado la atmósfera, tal vez cargada de miasmas deletéreos y que sin él hubieran producido numerosas enfermedades. Cayó Luzbel y Dios le ha obligado siempre á proclamar la omnipotencia divina, contra la que en vano se rebela constantemente; cayó Lutero para purificar el cielo de la Iglesia y separar el trigo de la cizaña; y muchos han caido en nuestros tiempos para despertar el celo adormecido de los católicos, y volver á poner el mundo al pié de la cruz; pero así Luzbel contra Dios, como Lutero y sus discípulos en nuestra época contra la Iglesia, no hubieran perseguido con tanto ensañamiento la verdad suprema, si no la conocieran, si arrebatados por el torbellino de las pasiones mas repugnantes y mas inmundas, no quisieran acallar con sus gritos contra la Iglesia los gritos de su conciencia que les llama apóstatas y traidores; si no quisieran sepultar entre escombros y ruinas los santos recuerdos de su infancia cuando oraban en brazos de su madre ante el altar, porque estos recuerdos son su infierno en la tierra.

Esto da una cabal explicacion del por qué mi perversidad llegó hasta el frenesí, hasta el parojismo, desde el momento en que en un acceso de

delirio rompí las santas y dulces cadenas que me unian á mi Dios y á mi familia, para forjarme otras pesadísimas y ominosas, que me dejaron sin libertad, sin dignidad, sin paz, sin dicha, entregado á una especie de rábia continua, que me hacia á veces pensar si en mí habia dos hombres, el hombre de la ira y del frenesí, que venia á ser como el vapor en la máquina, y el hombre ordinario, el hombre habitual, que venia á ser la máquina movida por el vapor.

Las sociedades secretas, esa fuerza, esa inteligencia infernal, esa rueda que movida por Sata-nás da juego al mecanismo de la revolucion; esas sociedades que si fueran amigas del bien y de la luz no se reunirían en las sombras y se presentarían en público con la conciencia tranquila del que nada debe temer; esas sociedades dueñas del mundo, buscan con particular empeño sus reclutas en el terreno de los que como yo habiendo creído, están dispuestos á no creer porque así conviene á sus pasiones; no los buscan con gran interés entre aquellos que no han creído nunca, porque saben que estos el dia de la batalla contra la Iglesia estarán á su lado. Buscan apóstatas para hacer capitanes. Yo fuí una de las víctimas en quien la francmasonería puso sus malvados ojos, con miras de perdicion para el Padre Ignacio, al que por el bien que hacia, habia jurado un odio de muerte; al Padre Ignacio, que arrebatara á sus garras mas de una presa muy importante. Y el odio de la francmasonería es el odio del diablo,

con mas poder que el diablo, ya que tiene el poder de asesinar, de que carece el espíritu de las tinieblas. Sobre aquella cabeza santa y venerable se cernia amenazadora la espada de la venganza; contra aquel corazon tan bueno, enardecido por el sacro fuego de la caridad, se dirigia la punta del puñal homicida, desde el momento en que entré á formar parte de una sociedad secreta, y sin un milagro de la Providencia, aquel hombre tan santo y tan venerable, aquel hombre que solo habia hecho bien á sus semejantes, debia caer víctima noble de los enemigos de Jesucristo.

No quiero pasar en silencio la manera como aquel que de niño oraba con tanto fervor á las plantas de María Inmaculada, entró á los veinte años á formar parte de una de esas iglesias del demonio que se llaman *lógias masónicas* en el lenguaje híbrido, nécio y jactancioso de la francmasonería; en esa especie de *caló* con que se entienden los *hermanos* del mandil y de la escuadra, la vida de los cuales es un carnaval eterno.

VIII.

EL LAZO.

Así como el pez cuando lo sacan del agua no tarda en morir porque está fuera de su elemento, y se agita en penosa agonía con las violentas convulsiones de la asfixia, así yo fuera del elemento en que habia nacido y sido educado; fuera del santo amor de la familia, y sin que la Religion diera calma apacible á mi pecho, experimentaba una agitacion extraordinaria, un descontento supremo que no bastaban á calmar todas las satisfacciones viles de los sentidos; un vacío inmenso, que en vez de llenarse con cuanto hacia para lograrlo, iba ensanchándose, iba agrandándose sin cesar.

La inquietud, la agitacion en que vivia, la desesperacion que se apoderára de mí porque no hallaba la paz y la felicidad tras de las cuales desalado corria, me daban unas noches tan intranquilas, cuanto sosegado era mi sueño cuando en los dias de mi infancia me dormia en el regazo de mi madre con los dulcísimos nombres de Jesús y María en la boca.

Y cuanto mas huian de mí la paz y la felicidad, tanto mas corria yo en pos de ellas, y las llamaba á mí, y las abria los brazos; y si á veces los cer-

raba pensando estrecharlas sobre mi pecho con delirante frenesí, entonces, ¡ay! cuán profunda era mi desesperacion viendo que me abrazaba con la nada, y que allí donde pensara encontrar la triaca encontraba el veneno, y que allí donde pensaba apurar la dulce copa del placer, hallaba el licor de la muerte, miel al paladar que se convertia luego en amarguísimo acíbar cuando llegaba á mis entrañas.

Ojos habia que estaban siempre fijos en mí, y ojos que no anhelaban mi bien. Esos ojos vieron mi agitacion, comprendieron mi tortura, adivinaron lo que pasaba por el fondo alborotado del mar de mi alma, cuyo cieno subiera á la superficie enturbiando las aguas, antes tan apacibles, de mi vida. Esos ojos fueron los de uno de los que se decian mis amigos, y en el cual yo no me habia fijado mucho, aun cuando parecia distinguirme con afecto singular. Ese falso amigo mereciera menos mis simpatías que los demás, porque al parecer no gustaba de bromas estrepitosas, y aun cuando nos acompañaba á ellas, fingia no disfrutar mucho en nuestras disipaciones y locuras. Este, que por lo que verás, era el peor de todos mis amigos; este, que tan profunda amistad me demostraba, era el lazo que me tendian las sociedades secretas, seguras de que mas pronto ó mas tarde caeria en él, sin advertirlo.

Parecia jóven, pero no lo era; parecia franco, pero era la misma astucia; parecia bueno, pero

era todo lo malvado que te puedes imaginar; parecia sensible, pero su corazon era mas duro que el acero. Era alto, buen mozo, apuesto, hermoso, pero á su hermosura le faltaba el soplo indefinible que comunica la juventud; tenia talento y sagacidad, pero solo para el mal; se le veia á veces en los templos, con la posicion mas devota que puede darse, y en aquellos momentos meditaba como hundir el templo en que se hallaba; como desterrar del mundo á Jesús, delante del cual tan devotamente fingia orar. En una palabra; cuando convenia á las sociedades secretas, era uno de esos que las sirven maravillosamente introduciéndose entre las gentes honradas, y haciendo por inspirarles confianza todo cuanto un malvado calculador puede hacer. Este hombre, este amigo mio se llamaba Lázaro.

Cierto dia en que mas grande era mi desesperacion, y estaba muy hastiado de la vida, mis ordinarios compañeros no se reunieron conmigo, pero encontré á Lázaro con quien me uní para huir de mí mismo. Aquel dia este me dió mas pruebas de amistad, me habló con mas interés, y cual si leyera en el fondo de mi alma, procuró inducirme poco á poco al terreno de la confianza. Tantas fueron las muestras de interés que me dió, que al fin logró despertar en mí el deseo de abrir á su fingida ternura mi corazon para mostrarle las llagas que lo desgarraban. Esto era lo que Lázaro queria, y para esto habíame aquella tarde aislado de los demás compañeros.

— Cuanto tiempo hace, Pio; me dijo afectando sentimiento; que habia leido en tu rostro, en tus palabras, en tu mirada, y sobre todo en la agitacion febril de tu espíritu, el estado lastimero de tu alma! Cuanto tiempo hace que si me hubiese atrevido, te hubiera dicho: «Pio, tú padeces; ¿por qué no abres tu pecho á un sincero amigo, que tal vez tiene un bálsamo que ha de curar las heridas, y matar el dolor que despedaza tu corazon?» Pero yo no me atrevia, porque temia merecer de tu parte un desaire; porque yo temia dijeras ó pensaras que nadie me habia autorizado para penetrar los secretos de tu vida. Hoy, sin embargo, movido del interés que me inspiras, y puesto que has abierto un poco á mi amistad las puertas de tu corazon, deja que participe de tu pena, deja que calme tus dolores morales con un rayo de esperanza; deja te diga que estás muy enfermo, pero que puedes curar fácilmente; que puede aparecer ante tu mirada el horizonte mas bello y delicioso que te sea dable imaginar.

Yo moví la cabeza en son de duda, y sonreí con la sonrisa mas incrédula y amarga que pude hallar en mis labios; y si bien en aquel movimiento y en esta sonrisa habia mucho de verdadero, hábalo tambien de fingido, puesto que hay jóvenes que hacen cuanto pueden por parecer viejos, y corazones enfermos que se complacen en publicarse muertos, y hacer gala de ello.

— ¿Dudas? me preguntó Lázaro.

— ¿Á qué negarlo? ¿Quién devuelve la vida á un muerto?

— Y ¿ha muerto por desgracia tu corazón? La flor de la dicha, que lozana brota en el tallo de la juventud, se ha marchitado ya en tí?

— El viento de la desgracia se ha llevado á no sé qué regiones los pétalos de esa flor tan anhelada por mí, y yo que la he visto apenas florecer, he de llorarla muerta, y muerta para siempre! Ahora ha quedado el tallo árido y seco de mi alma, esperando otro soplo de viento que lo tronche y le dé la quietud y la paz del sepulcro. Tal vez hallaré entre los muertos lo que la vida me ha negado!

— No; ese tallo de que me hablas no ha muerto; vive, y acumula nueva sábia, como los árboles desnudos y al parecer secos en invierno, para cubrirse de hermosas y lozanas flores y gozar de todos los encantos de la existencia, no bien desaparezcan las brumas hiemales, y sonría y llame á las puertas de la vida la gentil primavera, convidando al placer, á la alegría, á la dicha de gozar de la vida renovada y esplendorosa.

— Y bien; le dije mirándole fijamente; ¿por qué te complaces en torturar mi corazón, ya de sí tan angustiado? ¿Por qué me pintas divinos éxtasis, delirios celestiales, si han de pasar como los soplos de la brisa, como los sueños del que delira, como las palabras de la mujer que miente amor á quien no la cree? No me hagas soñar, Lázaro, porque el despertar es muy cruel; porque el despertar de esos sueños es peor que la muerte.

— Pio; interrumpió poniéndome la mano sobre

el hombro; en nombre de esa felicidad que tan anhelante buscas, y que tanto mereces, te suplico no te empeñes en tronchar el hermoso árbol de tu juventud, que tantos dias de ventura ha de darte. Yo he sondeado el mar de tus amarguras, y al encontrar el fondo con la sonda, héme convencido de que tu corazon no tiene otro mal que una exhuberancia de vida, si mal debe llamarse á lo que es el colmo de los bienes.

— Tambien mata una pleura; le contesté.

— Pero no al que la previene con tiempo.

— ¿Y hay tiempo aun para curar la enfermedad de mi alma?

— Yo creo que lo hay, porque creo que tu enfermedad es aun muy leve.

— No opino yo así.

— Pero bien; si crees que tu enfermedad existe, aun cuando tu estado fuese desesperado, tendrías el deber de llamar al médico.

— ¿Y quién es el médico caracterizado para curar el horrible mal que tanto me hace sufrir?

— Yo no lo sé, pero sé quién le conoce, y si quieres puedo conducirte á él.

— Permite que dude. Devolver la vida al corazon que agoniza, es hacer un prodigio, y tú sabes que si un tiempo creí en los milagros, hoy no creo ya en ellos... Y sin embargo; continué tristemente; cuando creia era feliz!...

— ¿Y por qué no has de creer? ¿Por qué no has de creer en que la sociedad va regenerándose merced á los prodigios de los apóstoles de las

nuevas ideas, prodigios de valor, de constancia, de trabajo, de filantropía, de actividad y de sacrificio? ¿Por qué no has de creer en la eficacia del amor, que enciende, cuando es noble y puro, la antorcha de la vida y de la ventura en el alma; que hace de esta vida un cielo; que convierte el mundo en un paraíso? Yo no digo que creas en los milagros del Catolicismo, que es una cuestion trasnochada; añadió astutamente; que es una cuestion vencida por la ciencia, y sepultada ya en las tinieblas de la muerte, pero debes creer en lo que es innegable, en lo que pasa por tus ojos; debes creer en los milagros del amor; debes creer en el sorprendente milagro de la regeneracion social, que se va obrando á despecho y pesar de tantas oposiciones, de tantas y tan encontradas fuerzas como desesperadamente la combaten.

— Yo he creido en eso, y no me ha dado la felicidad de que gozaba cuando creía en lo que el Catolicismo me obligaba á creer: ¡ay! cuando creía en todo, mi corazon alegre se abria con expansion á los goces puros de la vida, y desde que no creo, mi corazon se ha vuelto árido como tierra sobre la que no cae la bendicion de una gota de agua!

Mi racionamiento hijo de la desesperacion de mi alma, y tan verdadero como amargo, hubiera sorprendido y desbaratado á otro que no fuese tan sagaz como mi interlocutor, que me contestó de esta manera:

— El hombre no puede vivir feliz sin estar dominado por lo sobrenatural; sin que reconozca un

Sér supremo que le imponga su justa voluntad, y dé inspiracion á sus deseos, y enardezca su alma con ideas generosas, y le impulse á obrar el bien. No hablo del Dios de los católicos, sino del Dios que fecunda en el alma la idea santa de la regeneracion del mundo, como fecunda en el seno del abismo las criaturas que allí se producen; como fecunda en un puñado de tierra la semilla que ha de perpetuar la especie de una planta.

—¿De qué Dios me hablas, pues? le pregunté sorprendido ante aquel cúmulo de palabras, entre las que sobresalía alguna barbaridad, como en un campo de cardos sobresale de vez en cuando una espiga rodeada de aceradas espinas.

—Hablo del verdadero Autor de la naturaleza; hablo de ese Ser supremo que ha criado los hombres para que unos sean útiles á los otros y todos sean felices constituyendo la sociedad; hablo de ese Dios que castiga con una muerte aparente del corazon á los que como tú viven en la inercia, y no emplean las fuerzas que han recibido en la reconstruccion del edificio social.

—¿Y ese Dios devolverá la paz á mi alma, aquella paz dulcísima de que gozaba cuando creia y oraba junto á mi hermana y en el regazo de mi madre?

—Pruébalo y lo verás.

—No me decido: si hubiese de creer en algo, volveria al Catolicismo que tan apacibles dichas me ha dado á gustar; volveria á la religion de los únicos seres que me aman en el mundo, y lloran

desconsolados viendo mi desvío y mi indiferencia.

— Sí, sí; tú que has saludado la luz vuelve al seno de las tinieblas y verás qué dicha será la tuya; verás como vuelven á aparecer ante tus ojos de hombre ilustrado aquellos horizontes que se abrian ante los ojos del niño fanatizado por la voz y el influjo de una mujer, que sabrá amarte mucho, pero que no deja de ser una mujer que vive dos siglos atrás; verás qué delicia experimenta tu alma formada al calor de nuestro siglo, al lado de un alma criada para vivir en paz con la santa Inquisicion en sus mejores tiempos. Tus amigos te llamaremos el modelo de los hijos, y cuando el público te vea acudir á los sermones que hacen mas furor, llevando el taburete donde deben sentarse tu madre ó tu hermana, ese público que se ha fijado en tí y espera de tí mucho, ese público dirá: ¡mirad que buen chico es! mirad; no pasa nunca por delante de la puerta de un templo sin que dé muestras de su buena educacion quitándose el sombrero; no hay procesion ni viático al que no asista con vela, y no desconfiamos de verle con la sotana mugrienta y verdosa del sacristan, llevando con gentil continente la cruz el dia de la procesion del Corpus... ¡Oh! sí, sí; créeme, amigo Pio; si haces todo esto, si vuelves á tan dulce y tranquila vida, ya verás como resucita tu corazon; ya verás qué apaciblemente se desliza tu existencia por entre cruces y flores y faldas, y no desconfio de verte algun dia paseando esas calles de

Dios con el santo hábito de la Hermana de la Caridad.

El pobrísimo razonamiento de Lázaro, cuando me hablaba de un Dios desconocido y estúpido, levantaba en el fondo de mi corazón las dulces reminiscencias del pasado, y no tenía empacho lamentándome, en confesar mi felicidad de otros tiempos, y hacer justicia á la dulce Religión de mi madre y de mi hermana, pero no bien observó que el efecto que pensaba causarme era contraproducente, acudió al terreno de la burla, á ese terreno donde les condujo Voltaire, el maestro de de todos los impíos de nuestra época. Yo no supe resistir á la burla; el ridículo me venció.

—No me hables así, te lo suplico, porque tus palabras me ofenden. ¿Has podido nunca presumir que volvería á las creencias que abandoné? ¿Podría perdonarme nunca el Dios de los cristianos las lágrimas que han derramado mi madre y mi hermana por haberle yo abandonado? ¿Podría perdonarme que hubiese despedazado sus corazones que me aman con mas fuerza hoy que ayer? No; el que ha saludado la luz de la civilización moderna, no volverá nunca á los tiempos del oscurantismo. El día que dí al traste con la oración, lo hice para siempre.

—Así me agrada verte; así te presentas digno de las grandes facultades que has recibido del Autor de la naturaleza, facultades que si dejas en la inacción serán la muerte de tu alma, porque así como una rueda se oxida, y el orin la convierte en inservible si no trabaja, así el alma del hombre se

embota, y se corrompen todas sus facultades, si no se emplea en el noble trabajo de la regeneracion social.

El tono zumbon y sarcástico con que Lázaro me hablara poco antes, resonaba en el fondo de mi alma produciéndome un efecto indecible: me avergonzaba de haber merecido aquellas palabras, y para demostrarle que no las mereceria en adelante, dando un giro á la conversacion, que era lo que él queria, le dije con palabra resuelta:

—Hace poco me indicabas, Lázaro, que sabias quien podia curarme: ¿tienes inconveniente en decírmelo?

—Dios.

—¿Te chanceas?

—No: Dios te hablará, si eres bastante fuerte para oír sus palabras y no aterrarte.

—¿Y cómo? pregunté con una ligera sonrisa burlona, porque á la verdad no creia lo que mi amigo me estaba diciendo.

—No importa el cómo, con tal que sea.

—¿Pero ese Dios me hablará en persona, ó por conducto de otro ser?

—Te hablará por conducto del ser que mas ames de cuantos te han precedido en la muerte. Tu padre ha muerto, ¿no es verdad? pues si quieres te hablará por conducto de tu padre; me contestó con gran formalidad.

—No es posible; no lo creo: dije resueltamente. Si es que hay otra vida, los muertos no la dejan cediendo á las evocaciones de los que viven en

este mundo. Los espiritistas son unos ilusos ó unos malvados.

—Yo soy espiritista ; yo que no puedo presumir me cuentas entre el número de los malvados, puedo asegurarte que no soy un iluso, y que creo porque he visto, porque he tocado ; y hasta desde que pertenezco á su número me siento mejor ; soy otro hombre.

— ¡ Tú ! exclamé mirándole con extrañeza de hito á hito, no pudiéndome convencer de lo que oía.

—Yo : me contestó, sosteniendo con serenidad la mirada.

—¿Y es cierto que no te chanceas ?

—Tanto es así , que no hace mucho tiempo yo era uno de los que padecian como tú esas arideces, esas angustias y esa desesperacion que desgarran tu pecho, y hacen tan triste y lamentable tu vida. Yo entonces tampoco creia como tú en el espiritismo, pero un corazon bueno se me acercó, me hizo dudar, quise disipar mi duda, y desde aquel momento brilla en mi pecho la antorcha de la mas suprema ventura. Ahora te digo á mi vez : duda, y ven á disipar como yo las espesas sombras de tu alma.

Me quedé pensativo. Lázaro continuó :

—¿Qué pierdes con probar? Si el espiritismo te hace bien, ese bien tendrás ; si lo que ves no te satisface, piensa que no has perdido nada.

Yo continuaba pensativo, creyendo tal vez que Lázaro queria burlarse de mí ; pero por otra parte la duda empezaba á abrirse paso en mi espíritu,

dispuesto á recibir todos los errores, ya que le habia abandonado la verdad, la verdad única y salvadora que solo se encuentra en el Catolicismo, y á favor de cuyas santas claridades se disipan todas las sombras que el infierno derrama sin cesar por el mundo para perder á los hombres de fe muerta, y hacerles caer en las mas abominables y denigrantes aberraciones.

—¿Qué me contestas? me preguntó por fin.

—Iré donde quieras conducirme, para no darte un desaire, y pagar, siquiera con una condescendencia de mi parte, el interés que te tomas por mí.

—Me alegro; dijo con verdadero regocijo; con el regocijo infernal de la idea que le animaba, porque tenia por seguro que las fantasmagorías y las abominaciones del espiritismo, que es la magia moderna, producirian en mí el resultado que la masonería deseaba; me atraerian al campo de maldicion; inscribirian de una manera mas formal mi nombre en los registros de ese ejército cosmopolita que el infierno ha levantado contra la Iglesia de Jesucristo para perder al mundo.

—Y ¿qué debo hacer? le pregunté: para que el Dios de los espiritistas me hable, cómo me debo presentar á él?

—Con sincero espíritu de conocer la verdad y de obrar el bien.

—Y de qué naturaleza es ese bien, porque todas las religiones nos lo presentan vestido de distinta manera?

—Se entiende por bien entre nosotros, todo

aquello que no se opone, sino que secunda las inspiraciones que Dios se cuida de levantar en el corazón.

—Y si á ese Dios se le ocurre inspirarme que asesine á mi madre ó á mi hermana, ¿ese horrible asesinato será un bien? Y si es bien, ¿por qué razones lo condenará la sociedad castigándome por ello?

—Largo sería entrar hoy en explicaciones sobre ese punto, y nada de provecho sacaríamos con entablar una discusión. Ya te irás enterando de los dogmas espiritistas, si es que llegas á creer en el espiritismo, y entonces sabrás á qué debes atenerte sobre todas cuantas dudas se te ocurran.

Por estas palabras deduje que la moral espiritista era una moral muy singular, pero no quise insistir en mis preguntas, y bastante prevenido continué enterándome de lo que debía hacer para obligar al dios del espiritismo á hablarme.

—¿Me has dicho que podía evocar el espíritu de mi padre?

—Sí.

—Y ese espíritu acudirá á mi llamamiento?

—Siempre que al evocarle lo hagas con un vivo deseo de conocer y practicar el bien: si este deseo no te anima, puede ser que un espíritu burlon se empeñe en burlarse á su vez del profanador de la religión espiritista.

—Con qué, el espiritismo tiene salida para todo: si se obtiene una respuesta seria, es un espíritu bueno el que habla, y hay que practicar lo que

dice ; si es una respuesta bufa, entonces es un espíritu burlon el que nos contesta, y hay que encogerse de hombros y aguantar la burla, sin saber á qué atenerse. Realmente el espiritismo puede decir á sus adeptos que el que no se consuela es que no quiere.

—Temo que con esas disposiciones nada vas á conseguir.

—Deseo sinceramente curar mi alma del mal gravísimo que le aqueja, y con ese deseo iré donde quieras conducirme, pero á mí que no creo aun en los espíritus, ni en el espiritismo, deben serme permitidas ciertas dudas, que en otras circunstancias serian criminales. Ahora dime ; ¿cuándo quieres conducirme al lugar donde debo consultar con el dios del espiritismo, ni mas ni menos que Juliano el Apóstata en épocas bien remotas ; ni mas ni menos que Saul con la Pitonisa de Endor, en época mas remota aun ?

—Esta noche.

—Está bien. Esta noche sabré si mi mal es mortal ; esta noche sabré si puede llenar el vacío de mi corazón el dios de los espiritistas.

—Esta noche la voz de tu padre, evocado y consultado por tí, te dirá lo que debes hacer para ser feliz.

Aquí llegaba la conversacion cuando nos separamos, él visiblemente satisfecho, y yo muy pensativo y llena de dudas el alma.

¿Era verdad lo que Lázaro me habia dicho ?
¿Era verdad que mi padre iba á hablarme aquella

misma noche? ¿Era verdad que me diría su voz amada lo que debía hacer para desterrar de mi corazón la honda pena que me devoraba? Dentro de breves horas iba á saberlo.

Estos pensamientos, aun cuando estuviese poco dispuesto en favor del espiritismo, me tenian sobrecogido, impresionado, excitado, y mi imaginacion exaltada creia ver fantasmas, y oir ora el acento de mi padre contestando á mis preguntas, ora las chocarrerías de un espíritu burlon mofándose de mí, ya la carcajada del buen sentido burlándose de mi inconcebible necedad, ya, por fin, la voz del remordimiento que roia mi conciencia.

Bajo la impresion de todos estos pensamientos me uní por la noche en la Rambla del Centro con Lázaro, para asistir á una sesion de espiritistas, donde la masonería lo tenia todo preparado para seducirme, con aquella calculada habilidad que solo ella sabe emplear en ciertas circunstancias y cuando mas conviene á sus propósitos infernales.

Pero estaba allí tambien Dios para protegerme, y sacar á su tiempo del abismo del mal todo el bien que en su misericordia se propusiera.

IX.

ABOMINACIONES ESPIRITISTAS.

Se me introdujo en una sala convenientemente dispuesta para los diabólicos misterios del espiritismo, en cuyas paredes sobresalía un gran triángulo, significando, según ellos, la divinidad. Notábanse aquí y allí algunos simbolismos dispuestos hábilmente para excitar la imaginación impresionable de ciertas constituciones nerviosas como la mía. En el centro se hallaba una mesa redonda, muy ligera y de pequeñas dimensiones. Sobre la mesa había un tintero en forma de triángulo, tres plumas coronadas por un triángulo, y algunas cuartillas, junto á las cuales se veía un timbre. La sala estaba llena de hombres y mujeres. En la mayor parte de los concurrentes se advertía una impresión profunda, cierto recogimiento, y en los ojos de algunos, sobre todo de las mujeres, noté la expresión de un respetuoso temor, ó de un temor lleno de respeto, mezclados de curiosidad. Tres hombres graves, uno de ellos anciano, presidían ó dirigían la ceremonia, haciendo las veces de sacerdotes del diablo, al que allí se daba culto.

Lázaro anunció á la reunión que yo deseaba cerciorarme de la verdad del espiritismo, para en-

trar á formar parte de él caso de llegar al convencimiento, y los que presidian me dirigieron un pequeño discurso tan confuso, tan lleno de palabras híbridas y extrañas, formado por tan singulares conceptos, que no entendí de él una palabra. Por otra parte, aquello llamaba poco mi atención, dominado como estaba por el deseo de ver algo maravilloso. Se me preguntó si deseaba consultar con los espíritus y dije que á eso habia venido, pero que si no les parecia mal, presenciaria antes alguna de las ceremonias y evocaciones.

— No hay inconveniente; me contestó el mas anciano de los tres que presidian. Mientras tanto, vosotros hermanos, rogad al Espíritu Supremo se digne abrir los ojos al ciego, que ganoso de gozar de la luz, viene para que le conduzcamos al radio de la claridad infinita.

Hubo un momento de silencio, en que al parecer la concurrencia oraba por mí al dios del espiritismo. Luego el mismo que acababa de hablar preguntó á la reunion si habia alguien que deseara proponer alguna de las dificultades que siempre se presentan á los noveles convertidos, y hasta á los que hace tiempo abren sus ojos en medio de aquello que los espiritistas llamaban claridad indefectible, espíritu de vida que todo lo purifica y perfecciona.

Un pobre hombre se levantó de en medio de la reunion y empezó á hablar con las mayores muestras de un pánico indescriptible.

— ¿Qué desea proponer el hermano? se le preguntó.

— Quisiera pedir consejo para librarme de los espíritus burlones que me persiguen sin cesar, dándome á veces grandes sustos, como me sucedió anoche.

— Debe el hermano precaverse por medio de la serenidad, y si consulta con los espíritus cosas de importancia; si está animado del deseo de conocer la verdad, los espíritus serios y bondadosos acabarán por ceder á sus evocaciones. Una voluntad fuerte y decidida sujeta ó ahuyenta á un espíritu informal. Pero refiera el hermano lo que le aconteció:

— Hallábame ayer en la fonda del C... (1), y deseoso de consultar con los espíritus sobre si el alma de mi caballo era el alma de uno de mis amigos que acababa de morir, para poder tratarla en tal caso con el cariño que le trataba antes de su muerte, me encerré en mi cuarto, y empecé á evocar aquel espíritu querido para que contestara á mis preguntas. Mucho tardó en presentarse un espíritu, pero no el que evocaba, aun cuando habia tomado su figura y su acento. Al verle, mis entrañas se conmovieron, y empecé á hablarle con toda la ternura de mi corazón, pero á mis preguntas contestaba de una manera cáustica y sar-

(1) El autor fue testigo de la escena que va á narrarse. Por muy chocarrera que sea respondemos de que es histórica. Acaeció la noche del 3 de julio del año 1871.

cástica, como nunca me habia hablado mi amigo, lo que me tenia confundido y pesaroso, porque pensaba si habia manchado la pureza de mi alma con alguna enorme culpa, que me hiciera indigno de recibir la contestacion que apetecia. Observando que no obtenia ninguna contestacion séria, le pregunté si habia ofendido al Ser Supremo, pues me trataba mi amigo de una manera tan dura y desusada. A esta pregunta se puso furioso, y apretando los puños y echando fuego de ira por los ojos, me contestó: «Por los pecados que cometiste por mi causa, el Espíritu Supremo me ha condenado á vivir largos años en el cuerpo inmundado de un burro, y tú en castigo de los mismos pecados, en vez de perfeccionarte despues de la muerte, irás á animar el innoble cuerpo de un tábano, que continuamente estará dándome tormento con su aguijon. Por esto el odio que te profeso es tan grande, que aquí mismo quiero estrangularte, aunque sepa que esta noche has de clavar ya tu aguijon en las partes mas delicadas de mi cuerpo.» Dichas estas palabras se abalanzó sobre mí con tal furia, que lleno de terror hube de asomarme al balcon que da á la calle de Z... y pedir socorro varias veces con gran necesidad. Es indecible lo que en los pocos minutos que duró aquella escena aterradora padecí, y la congoja que llenó mi alma de espanto, y mi cuerpo de sudor copioso. Por fin, cansado de luchar, para huir de sus manos tal vez me hubiera echado por el balcon á la calle, cuando los dependien-

tes de la fonda, acompañados de un gefe de policía, hicieron saltar la cerradura de la puerta, y al penetrar estos en el cuarto, desapareció el espíritu que me persiguiera, soltando una burlona carcajada... Yo pedí perdon al dueño de la fonda, por la publicidad que habia dado, ya que mucha gente se hallaba reunida en la calle, y despues que hube explicado cuanto acababa de sucederme, me arrojó ignominiosamente de la casa, mientras que el gefe de policía relataba á los curiosos la causa de mis voces. Por este motivo, cuando confuso y avergonzado, bañado en sudor y erizados los cabellos, tembloroso, en mangas de camisa y con la levita al hombro me abrí paso por en medio de aquella multitud, resonó á mis oidos la mayor y mas terrible carcajada que he oido en mi vida, carcajada que venia á ser la segunda edicion corregida y aumentada de la que soltára el espíritu burlon cuando me abandonó.

El presidente mas anciano de los tres se puso muy grave oida esta relacion, (que aquella tarde habian hecho los periódicos de Barcelona excitando con ella la hilaridad universal), y le dijo :

— Los imprudentes, los necios, y los espíritus burlones se han empeñado en desacreditar la excelsa religion del espiritismo, y escenas de la naturaleza de la que habeis referido, derribarian el santo edificio de nuestra religion, si no fuese providencial su venida al mundo; si no estuviera destinada por el Ser Supremo á sustituir al Catolicismo en un no lejano porvenir.

— ¿Y qué he de hacer para librarme de los espíritus burlones? preguntó aquel necio, casi temblando, y lleno de la mayor confusion.

— Enmudecer para siempre, porque con la escena que habeis descrito, tanto se ha irritado el Ser Supremo, que no dudo ha de castigaros convirtiéndoos realmente en tábano. Y á fe que esto y mucho mas mereceis por vuestra ignorancia. ¿Acaso no sabíais que la voluntad firme y resuelta sujeta al espíritu mas atrabiliario y mas burlon? ¿Tuvisteis fuerza para evocarle y no teníais la misma fuerza para sujetarlo y obligarlo á desaparecer? Sois indigno de llamar á los espíritus para que os hagan objeto de sus comunicaciones y confidencias divinas, y en castigo se os conjura á no evocarlos mas, so pena de ser objeto de escenas mas espantosas que la que habeis referido.

Y luego de haber largado esta filípica á aquel mentecato, que temblaba como un azogado, dirigiéndose el presidente á toda la concurrencia, dijo:

— Seamos cautos, hermanos, porque el honor del espiritismo está en nuestras manos, y si ve el Ser Supremo que nos hacemos indignos de tan gran bien, tal vez nos castigue justamente retirándonos sus comunicaciones, y permitiendo que divaguemos por mucho tiempo en las sombras del error, como divagábamos pocos años atrás.

Esta escena grotesca produjo en mí una hilaridad tan grande, que á duras penas pude contener la carcajada, y aun ahora que tantas amarguras

pesan sobre mi corazon , al recordarla me es imposible dejar de reir. Inútil es que te diga cuan mal me dispuso lo que acababa de pasar para que diese crédito á las necias y pueriles abominaciones del espiritismo, donde parece imposible haya un hombre formal, pero con todo, continué en la sala, ganoso de que se repitieran escenas de aquella naturaleza ; mas, estas cambiaron y de lo chocarrero no se tardó en pasar á lo maravilloso diabólico, que me sujetó y aprisionó en sus redes. Dios, siempre bondadoso, me habia prevenido con la relacion de la escena que tanto me divirtiera, pero yo en aquellos dias solia no preocuparme de lo que me hablaba el Señor con un lenguaje mas ó menos claro.

Despues de ceremonias extrañas, ridículas y chocarreras, porque todo entra indefectiblemente en el culto del diablo, (al que san Agustin aplicó el calificativo justísimo de *mona de Dios*), un hombre á quien conocia por ignorante, un hombre de quien me constaba no saber leer siquiera, tomó una silla y la acercó á la mesa. Luego se sentó. Cogió una pluma y con gran curiosidad mia se dispuso á escribir. Yo me preguntaba qué podia poner sobre el papel aquel idiota, cuando todos los circunstantes menos él se pusieron en pié y á excitacion del que presidia la reunion evocaron el espíritu de un muerto. Con la curiosidad que puedes suponer contemplaba esta escena, y pensaba si el que iba á escribir trazaria sobre el papel líneas irregulares, que se me darian por letras espiritistas,

cuando el rostro del *medium* (pues este es el nombre que reciben de los espiritistas los que les ponen en comunicacion con el mundo diabólico), se encendió en un momento, los cabellos se le erizaron como si tuviera sobre la cabeza una pila eléctrica, empezó á temblar, y su mano se movió sobre el papel con vertiginosa rapidez. Se le preguntaba al espíritu y el *medium* escribía la respuesta acto seguido, con la misma soltura y rapidez con que se habla. Esta escena se prolongó por algunos minutos, pero como no se daba por terminada, al espíritu se le ocurrió despedirse de la concurrencia, alegando el pretexto de que estaba fatigado, ocurrencia que me chocó sobremanera, y que me hizo pensar que necesariamente aquel espíritu debía haber hecho aquel día muchas leguas de camino, ó largos discursos sobre la metemsis, para fatigarse tanto en tan breves minutos. Ya te he dicho otra vez que en todo lo del diablo hay siempre algo de chocarrero, algo de mona, como decia san Agustin, y esto no podia faltar en aquella circunstancia.

Leyóse el escrito que al levantarse dejara el *medium* sobre la mesa, y á la verdad, yo que lo examiné, debo decirte que estaba en una letra redonda y clara, y que los pensamientos que contenia eran sobre la revolucion, y se parecian á los pensamientos disolventes de Espronceda y Mirabeau. Como conocia al hombre de todo punto ignorante que escribiera aquello, me impresioné profundamente, y mi imaginacion se exaltó en vista de lo

maravilloso que habia sido lo que acababa de presenciar.

Una señorita habia allí que consultó por conducto de otro *medium* no sé qué cosas sobre el estado de un jóven, muerto hacia poco, y recibió por contestacion que el alma de su amante animaba un canario al que ella cuidaba mucho, y que el afecto que el pajarillo la demostraba de algun tiempo acá, era la expresion de amor por ella del alma de su amante. Al mismo tiempo se la exhortaba á entonar himnos al Ser Supremo, para alabarle de comun acuerdo con el canario en cuestion. Esta sangrienta burla del diablo, que se complace en degradar á los que le hacen señor de sus almas, fue por todos creida sin género alguno de duda; fué creida hasta por mí, que poco antes tan dispuesto estaba á reirme de los que creian. Tan cierto es que puesto el hombre en la pendiente de la degradacion, apenas ha dado el primer paso, la recorre con pasmosa rapidez!

Mi amigo Lázaro hablándome entonces al oido me preguntó :

— ¿Empiezas á creer?

— ¡Qué sé yo! Esas evocaciones, esas misteriosas ceremonias tienen turbada mi razon; estoy fascinado, y si no creo, por lo menos dudo.

— Hoy por hoy no necesitas mas para que los espíritus se dignen llamarte de las tinieblas á la luz.

— Insistes, pues, ¿ en que me hablará mi padre si le evoco?

— Estoy seguro que contestará á las preguntas que le dirijas.

Yo me estremecí. Tan despreocupado como me creia, y con todo tenia miedo, un miedo profundo, como si saliera de la médula de mis huesos, pero miedo que me hacia desear que mi padre me hablara!

— ¿Tiembblas? me preguntó Lázaro afectuosamente.

— Sí. Ya te he dicho que esas ceremonias y esas evocaciones me tenian fascinado.

— Es que el Ser Supremo te demuestra la impotencia y la pequenez de la criatura, que no puede vivir sin él. Esa voz misteriosa que con lenguaje desconocido te habla desde el fondo de tu corazon aterrado; esa voz dulce y terrible ¿no te induce á creer?

— ¡Qué sé yo! le contesté suspirando: solo siento y conozco que la atmósfera que aquí se respira ó envenena, ó vivifica el alma, y bajo la pression de esta angustia, no sé si creo ó no creo, solo sé que quiero hablar con mi padre, á quien no he conocido; solo sé que para decidirme á seguir el espiritismo, necesito una prueba indudable, evidente, de que es mi padre el que ha contestado á mis preguntas.

— Esa prueba la tendrás dentro de breves momentos; el corazon me lo dice.

— ¿Entónces qué espèramos? pregunté con un frenesí, con una impaciencia indecible. Quiero abrir el libro de mi vida cerrado á mis ojos; quie-

ro leer la página donde está escrito mi porvenir.

Lázaro se adelantó dos pasos llevándome de la mano : saludó á los de la presidencia, y luego afectando un respeto , que por lo grande parecia cómico, dijo :

— Este pobre ciego desea abrir los ojos á la luz, pero antes quiere consultar con los espíritus tocante á su porvenir , y saber á qué atenerse sobre el misterio de su vida.

— Justos son sus deseos ; contestó el mas anciano de la presidencia. Roguemos, hermanos, al Espíritu Supremo para que se digne hacer caer la catarata que tiene ciego al postulante.

Todos se pusieron en pié, pero antes de proceder á la evocacion se me preguntó :

— ¿Deseais poneros directamente en comunicacion con los espíritus, ó quereis hacerlo por medio de otra persona ?

Tuve miedo ; me faltó el valor para hacer por mí mismo la experiencia, y con balbuciente entonacion contesté que preferia valerme de una tercera persona.

— Acércate , alma pura , á la que los espíritus sonrien, y de cuyo corazon hacen un nido regalado ; acércate tú que tan grande amor profesas á tus hermanos, y ruega al Espíritu Supremo, que te ha hecho tan bella , se digne elegirte por instrumento de la regeneracion de este hombre. Ven Lia.

A estas palabras del anciano presidente se adelantó una mujer hermosa como el crepúsculo de

la mañana, joven como la flor que acaba de abrir su broche, gallarda como el tallo de la azucena, mórvida como un niño, vestida de blanco como un cisne, con los cabellos sueltos, que caían sobre sus hombros como una cascada de aguas fuertemente doradas. Sus ojos eran grandes y lánguidos, su boca pequeña, fina, plegada con suma gracia; sus labios colorados como la flor del granado; sus mejillas sonrosadas como los pétalos de la rosa: su frente ancha parecía dar constantemente vida á un pensamiento generoso.

Mi fascinación al verla aumentó de punto, y rayó hasta los últimos límites. Parecióme una visión celestial que se iba acercando á mí para tomarme de la mano, y emprender conmigo el vuelo por los espacios infinitos, cantando un himno de amor eterno.

Lia me alargó la mano y al tocar la mía todo mi cuerpo se estremeció, y mi corazón dió saltos terribles dentro de mi pecho. Me ahogaba; mis ojos solo veían aquella mujer fascinadora; mi mano apretaba la suya y no podía comunicarla el fuego en que ardía. ¿Qué filtro infernal me había dado aquella mujer ó aquella visión, pues desde el momento en que toqué su mano circulaba por todo mi ser á torrentes el fuego de una nueva y desconocida vida, que me abrasaba, que me ahogaba, que me dejaba ciego, que paralizaba mi cuerpo y mi inteligencia, que consumía mis entrañas, que derretía la médula dentro de la caja de mis huesos, y parecía querer evaporarme?

Lia me miraba con ojos serenos, sin sorpresa y sin temor, y ¡ay! sus ojos, de un azul profundo como el del mar, completaban el extraño efecto que me producía. Miróme un momento y me dijo con una voz tan dulce, tan regalada, tan blanda, tan armoniosa que solo supe compararla con la voz de un ángel:

— ¿Qué quieres de mí, pobre ciego?

— ¡Morir! le contesté sin saber lo que me decía.

— La vida se abre con todas sus galas ante tus ojos; brillantes horizontes nadando en un mar de luz te esperan; la humanidad necesita de tí; tendrás sujeto el corazón y el destino por medio de una cadena de flores, ¿y quieres morir?

— Sí: contesté apretando con fuerza su mórvida, fría y delicada mano, blanca como el copo de nieve que no ha llegado al suelo.

— Serénate: díjome con imperio, fijando en mí extrañamente su mirada, y apretando mi mano cual si me comunicara una orden imperiosa.

Y en un momento desapareció aquella fascinación que me dominaba, y quedé otra vez en posesión de mis sentidos y de mis potencias.

— ¿Qué quieres de mí? volvió á preguntarme con su armoniosa voz.

— Deseo ponerme en comunicacion con el espíritu de mi padre. ¿Puedes hacerlo tú?

— Yo solo soy un instrumento. Si las evocaciones de nuestros hermanos le atraen á mí, gustosamente prestaré á complacerte.

Lia tomó asiento, cogió una pluma, y se dispu-

so á escribir, mientras que los allí congregados, y entre ellos aquella hermosa mujer, evocaban al que decían espíritu de mi padre. Yo temblaba como la hoja azotada por el viento; hallábame poseído de una emoción indescriptible, mientras que Lia dió un pequeño grito, sintióse agitada por una fuerza oculta y misteriosa, y tomó un aspecto imponente. No debió ser otro el de la Sibila de Cumas ante el emperador Octavio, cuando le anunció que nacería un Niño mas grande que él, y al cual debía adorar.

— ¡El espíritu! ¡el espíritu! exclamó con una voz extraña.

— ¿Qué deseais preguntarle? me dijo el anciano que hasta entonces llevara la voz.

Yo me quedé mudo. Abrí los labios y no acerté á proferir una palabra. Lázaro vino en mi ayuda y dijo:

— Si es el espíritu del padre de mi amigo, que conteste por medio del timbre.

Acto seguido vibró el timbre con una voz sonora, penetrante, viva, frenética; casi me atreveré á decir nerviosa.

— Demos gracias al Espíritu Supremo por haber oído las voces de estos pobres mortales, y porque se digna llamar á la luz á un pobre ciego. Espíritu de amor, ¿estás dispuesto á contestar á las preguntas que tu hijo te dirija, ó que te dirijamos en nombre de tu hijo?

De nuevo vibró el timbre con el mismo sonido misterioso, febril, imponente. Diríase que

estaba empapado de toda la ternura paternal. Los ojos me saltaban de las órbitas; el corazón parecía querer salirse del pecho. Yo no dudaba ya de que allí estaba mi padre... ¡Pobre padre mio! tú estás en el cielo; un espíritu de tinieblas te suplantaba, y yo te hacía la ofensa de creerte allí, en aquel alquedarre donde se conspiraba contra Dios! ¡Cuán cierto es que el hombre admite los mayores desatinos cuando ha despedido la fe de su corazón!

—¿Qué deseáis saber del espíritu de vuestro padre, presente aquí para dar contestación á todas vuestras preguntas?

Yo no podía hablar. Mi turbación alcanzaba los últimos límites á que puede llegar la turbación de un hombre. Lázaro preguntó en mi nombre:

—Dí, espíritu de amor; ¿qué debe hacer tu hijo para ser feliz, y llenar el inmenso vacío de su corazón?

La mano de Lia se agitó vertiginosamente sobre el papel que tenía delante, y de los puntos de su pluma parecióme ver brotar diminutas chispas de fuego. De pronto cesó de escribir. Lázaro siguió preguntando:

—¿La enfermedad del alma de Pio, espíritu de amor, es enfermedad mortal? ¿Su corazón verá agotado el manantial de los nobles y generosos sentimientos?

De nuevo la mano de Lia se agitó con vertiginosa rapidez. Luego se detuvo como esperando una tercera consulta. Lázaro me preguntó

si queria saber algo mas , y contesté que no con un atonismo que nunca creyera en mí , tan procaz, tan altanero en otras circunstancias. Viendo el espíritu que no deseaba saber mas, se despidió de mí moviendo por tercera vez la mano de Lia, y escribiendo sobre el papel algunas palabras.

La evocacion estaba terminada. Lia aun temblorosa se levantó, y presentándome el papel en que habia escrito automáticamente, me dijo :

— Esta es la respuesta de tu padre. Si sigues sus consejos serás feliz.

Luego se retiró con paso magestuoso , pero sin afectacion , al lugar de donde saliera. Parecia hallarse fatigada.

Mientras tanto procuré serenarme un poco , y cuando me pareció hallarme tranquilo , puse los ojos en aquel escrito que abrasaba mi mano, y hacia hervir la sangre en mis venas. Al mirarlo pensé volverme loco ó morir : la letra que tenia delante era la misma letra de mi padre. Habia pedido al demonio una prueba convincente , y el maligno espíritu al sustituir á mi padre, suplantaba el carácter de letra que éste tuviera cuando vivia. No se necesitaba mas para que me entregara en cuerpo y alma al espiritismo , y siguiendo al pié de la letra los consejos que Satanás me diera por la mano de Lia , penetrase resuelto en el campo de la revolucion , como caballo desbocado que recorre una inmensa llanura. Pero no quiero adelantar los sucesos.

Leí el papel que abrasaba mi mano , y la pri-

mera pregunta vi que tenia esta malvada contestacion :

«¿ Por qué se pierden en la inaccion las facultades que has recibido del Espíritu Supremo? ¿ Por qué mi hijo no trabaja con todas sus fuerzas en la obra de la regeneracion social? Cuando los hijos de la esclava trabajan con tanto afan por hacer desaparecer los monumentos de una edad que ha pasado , ¿ por qué mi hijo no les ayuda á plantar el triángulo en donde hay una cruz? Si contribuyes á que ese triángulo , símbolo de la divinidad y de la igualdad social , se plante en los monumentos, en las inteligencias y en los corazones, desaparecerá el vacío de tu corazón, y en tu actividad encontrarás la fuente de una nueva vida, que el Espíritu Supremo hará brotar en tu pecho para recompensarte.»

En otras circunstancias estos monstruosos errores me hubieran dicho de una manera evidente que no podian ser de mi padre ; me hubieran revelado la procedencia de tan espantosas blasfemias, pero en aquellas circunstancias en que con la fe me habia abandonado hasta el buen sentido, las creí á piés juntillas. Solo me molestaba la frase *los hijos de la esclava*. ¿ A quién aludia en ella el espíritu ? ¿ De quién hablaba ?

Pensando resolver esta duda merced á la ayuda de Lázaro , leí la contestacion á la segunda pregunta ; contestacion formulada así :

«El corazón muere si no respira en su elemento que es el amor. La criatura ha nacido para

amar, y saludar los horizontes divinos al impulso del fuego de vida que arde en su pecho. Anida en el corazón del ángel que has visto hoy, y vive para trabajar en la regeneración de la sociedad. El Espíritu Supremo oyendo mis votos os ha acercado porque desea haceros felices. Encontrarás oposición por parte de los que te aman, como la hubieras encontrado en mí cuando vivía en ese mundo, pero desde el seno de la luz en que ahora vivo, he conocido que estábamos fanatizados. El hombre debe obedecer á su destino, y mostrarse inflexible cuando le impulsa la fuerza del deber.»

No podían ser de mi santo padre estas palabras, que inauguraban una nueva etapa en el camino doloroso del martirio de mi pobre y bondadosa madre; no, estas palabras crueles solo podían proceder del que es cruel por toda la eternidad, y sin embargo, ni mi corazón corrompido, ni mi inteligencia fanatizada supieron comprender lo que hubiera comprendido el ser más ignorante. ¡ Ah ! ¿ y esta es lo que llaman los espiritistas religión verdadera, religión de amor ? Este error monstruoso ; cuántas espinas iba á clavar en el corazón incomparable de mi santa madre y de mi angelical hermana ! ; Cuán cierto es que lo que es enemigo de Dios, lo es también de la felicidad de los hombres !

El espíritu infernal, que se me presentaba revestido de ángel de luz, hablábame de un corazón de ángel que había visto aquel día, corazón

que el Espíritu Supremo habia criado para mí. ¿Quién era ese corazón? ¿Era Lia que impresion tan nueva me causara así como la viera por primera vez? ¿Era Lia que habia encendido fuego devorador en mi pecho? Si hubiese sido otra mujer, hubiera renegado del Supremo Espíritu de los espiritistas, porque desde el mismo momento que ví á Lia, una pasión ardiente germinaba por ella dentro de mí, pasión resuelta á vencer todos los obstáculos que se le presentaran, aunque para ello me fuese necesario recurrir al crimen.

Leí las últimas palabras del escrito, que decían así:

«Queda en paz, hijo de mi amor, y sabe que tu padre te bendice. Prosigue por la senda que acabo de trazarte si quieres ser feliz, porque solo en ella encontrarás la paz y la dicha que mereces; procura conducir á María, mi dulce hija, al camino que desde hoy debes emprender, pero hazlo insensiblemente, apagando sábia y cautelosamente en su pecho la adhesión que profesa al Catolicismo, verdad ayer, y hoy religion del pasado. ¡Qué dicha será la mía cuando pueda comunicarme con ella cual hoy me he comunicado contigo! Adios. Estoy contigo; velo por tí.»

¿Qué protervos conceptos eran los que acababa de leer? ¿Era mi padre quien me aconsejaba pervertiese el corazón de mi hermana, de aquel ángel de luz, de aquel tesoro de pureza y de bondad? ¿Era mi padre quien me aconsejaba hiciera pedazos de aquel corazón tan dulce y bueno; que

abrasara las alas del ángel; que envenenara su vida tan pura; que la robara el único consuelo que en su profunda tristeza le quedaba, el consuelo de la Religión de Cristo? Era imposible, y con todo yo seguía creyendo que mi padre acababa de hablarme!... ¡Desdichada madre, desdichada hermana mía! ¡Qué amargos y tristes días os esperaban, cuando el verdugo de vuestros corazones redoblara su crueldad y los martirios con que os atormentaba hacia ya algún tiempo!

Aquella sesión diabólica, que tan importante papel debía representar en el drama de mi vida, terminó sin que me fijara en los detalles, preocupado como estaba por el contenido del papel que abrasaba mi mano, y por la honda impresión que Lia produjera en mi pecho, sobre el que desató las tempestades de las más turbulentas pasiones.

Salí preocupado y meditabundo de la sala donde había pasado cuanto acabo de referir. Mi único pensamiento era hablar con Lia, decirle no sé qué, robarla si era preciso, cubrirla de abominaciones si era necesario, para unirla de grado ó por fuerza conmigo, y obligarla á quererme.

Lia salió del brazo de un hombre joven, quien la decía al oído palabras que no pude comprender: los flotantes pliegues de su vestido rozaron conmigo, pero ni siquiera puso una mirada en mí. Mi corazón sintió el aguijón de los celos clavarse en él con una fuerza desconocida.

—¿Quién es ese hombre? me pregunté: ¿con qué derecho lleva del brazo el ángel que los su-

premos espíritus han designado para hacer mi felicidad? ¿Quién es el atrevido que habla confidencialmente con la mujer que amo?

Y sin aconsejarme con la prudencia me precipitara sobre aquel hombre que se atravesaba en mi camino, si Lázaro deteniéndome no me dijera:

— ¿Dónde vas?

— A matarle.

— Cálmate, y si quieres triunfar lucha.

— ¿Pero no ves que se me la lleva?

— ¿Y quién te ha dado derecho á ella?

— Mi corazon; mi corazon que es su dueño; mi corazon que la ama con locura, con frenesí, con un amor que no sé si procede del cielo ó del infierno; con un amor que ignoro si hará mi dicha ó mi desgracia, pero que abrasa mi alma, que evapora mi espíritu, que consume mi pecho, que hace hervir mi sangre, que liquida mis huesos, que acaba mi vida... Déjame, déjame, Lázaro: necesito hablar esta noche misma de grado ó por fuerza con esa mujer; necesito decirla ó ámame ó mátame, porque si no me amas y me dejas con vida, viviré solo el tiempo que necesito para estrangularte con mis propias manos, á fin de que no puedas pertenecer á nadie mas.

Lázaro me dejó viendo el tempestuoso efecto que obrara en mí la reunion espiritista, mientras que yo adelantaba el paso para alcanzar á Lia. Mas ¡ay! la casualidad me perseguia, ó el lazo estaba muy bien parado, porque aquella mujer habia desaparecido, dejándome en la desespera-

cion, blasfemando de Dios, de los espíritus, de
Lázaro, de Lia, y del que la llevaba de bracero.

La pasion rugia en mi pecho, con la rabia que
el toro contenido ruge en los meses del celo.

X.

CONSECUENCIAS DE LA SESION ESPIRITISTA.

El huracan rugia en mi pecho cuando me retiré á mi casa: mi estado de exaltacion y frenesi era imponderable. Habia ido á buscar la paz del alma en una reunion espiritista, y no tenia memoria de haberme visto nunca tan agitado; no tenia memoria de haber sido nunca tan infeliz como en aquellos momentos. Mi deseo contrariado; la pasion violenta que bramaba en mis entrañas encadenada por la impotencia; los celos que rugian como rabiosos leones en mi pecho; el veneno infernal que absorbiera el alma en la atmósfera emponzoñada por Satanás que respirara en la sala de las evocaciones; las palabras del espíritu que suponía de mi padre, impregnadas de la rebelion del infierno, y cubiertas con una mal disimulada capa de ternura; todo lo que viera, todo lo que entendiera, todo lo que sintiera aquella noche, todo de golpe caía sobre mi imaginacion, sobre mi naturaleza avezada á ser obedecida, y te repito, desencadenaba sobre mí la tempestad de la desesperacion. Al regresar á mi casa el frenesí que me dominaba necesitaba descargar, necesitaba una víctima. Así suele siempre acontecer que los inocentes son quienes reciben los

efectos de las tempestades que alborotan el alma de los culpables!

Era muy tarde cuando me retiré; mas tarde de lo que tenia de costumbre. Mi pobre hermana, que iba palideciendo de algunos meses á aquella parte, como flor que no ve el sol, me esperaba. Era tan buena, que para no mortificar á los criados preferia mortificarse ella. Cuando me abrió la puerta, la dije:

— Ignoro porque los dueños de esta casa pagan á los criados.

— Pio; contestóme dulce y tristemente; es muy tarde y los pobres mañana han de madrugar; por eso les he dicho que podian acostarse, que ya te esperaria yo.

— ¿Y para qué pagamos á los criados, María, sino para que nos sirvan? ¿Les pagamos acaso para que ganen su jornal estando mano sobre mano? le pregunté con violencia.

— Ellos trabajan todo el dia, y nosotros tenemos el deber de darles el tiempo que necesitan para descansar. Por otra parte, tú sabes, Pio, que en nuestra casa siempre los criados han sido considerados como unos amigos.

— Yo no he visto nada mas tonto que esas mujeres; en esta casa los amos serán siempre los criados de los criados, gracias á las bestiales teorías que rigen en ella.

— No califiques así, hermano mio, lo que ha hecho la felicidad de nuestros padres y de todos los que han estado á su lado.

—¿Es que nuestros padres lo han hecho todo bien? pregunté con fiereza y mirándola con ira y despecho.

—Nuestros padres, Pio, nuestros padres son unos santos, y mucho deberíamos rogar á Dios que nos hiciera lo que ellos son... Pero se me olvidaba decirte que mamá está un poco delicada...

—No temas; no será nada: dije tomando la luz y entrando en mi habitacion.

Aquel ángel de mi vida suspiró, enjugó una lágrima arrancada á su corazon por mi incalificable desvío, vaciló por un momento, y luego entrando en mi cuarto con un pretesto cualquiera, me dijo con mas humildad, con mas dulzura de lo que solia hablarme:

—Pio, la pobre de nuestra madre espera de tus labios el beso de la noche.

—¡Bah! ¿y no han de acabar nunca esas niñerías fastidiosas?

María se estremeció oyendo mi contestacion, y percibiendo el tono con que la dije. Despues con voz temblorosa y profundamente conmovida observó:

—Es nuestra madre, hermano mio; es aquel corazon que nos ha amado tanto el que implora esta demostracion de ternura á tu alma; es la que nos trajo en sus entrañas y nos crió á sus pechos la que está enferma, y tal vez solo necesita una palabra de tu boca y un beso de tus labios para mejorar.

Hubiera deseado apartar de allí aquella voz que

tan dulcemente me acriminaba , pero no tuve valor y me quedé pensativo. Maria tomándome una mano, que acarició con ternura, añadió:

— Pio , hermano mio , no seas cruel con quien te amo tanto. Cuando tienes á mano el bálsamo que puede mitigar los dolores de su corazon , ¿le negarás una gota al alma generosa que te ha dado la vida y todo su amor? Ven , ven conmigo ; llégate á su cuarto ; acércate á recibir el beso de sus labios y la dulce palabra que te dará una noche tranquila y apacible... Y ella tambien despues de haberte visto estará mejor ; ella que está consumida y trabajada por una enfermedad lenta, cuyos progresos sigo tristemente de mucho tiempo á esta parte , pasará tal vez una noche sosegada.

María sin soltarme, fascinándome con su angelical ternura, me condujo al cuarto de mi santa madre , que pálida , ojerosa , abatida y sudorienta estaba recostada en un sofá.

Al verla , léjos de caer á sus plantas para besar su mano y decirla una palabra de ternura , con acento malhumorado guturé :

— Si V. se empeña en matarse, no será milagro que en poco tiempo nos deje huérfanos. Necesita vivir y cuida tan poco su salud que estando delicada y calenturienta no se ha acostado aun ! Estos desaciertos V. los pagará y los pagaremos nosotros.

Y volviéndome á mi hermana , con tono de severa recriminacion la dije :

— Tú , María , tienes la culpa de eso. ¿Por qué

no has obligado á mamá á meterse en cama? ¿No veias su estado? ¿No sabias que los enfermos de ninguna manera están mejor que acostados? ¿No podias llamar al médico?

María bajó la frente, acercó el pañuelo á sus ojos y sollozó:

— Sí, Pio, sí, tienes razon. ¡Yo no merezco una madre como la nuestra!

Los sollozos embargaban su voz y no dejaron continuar aquel ángel, acusándose en su profunda humildad de culpas que no eran suyas. Mi madre salió en su defensa. La bondad de aquella criatura celestial tenia profundamente conmovidas sus entrañas.

— Hijo mio, no es tu pobre hermana la culpable aquí. Ella ha insistido queriendo que me acostara, pero como estoy mejor recostada en el sofá, al fin convencida de ello ha desistido. Me ha propuesto llamar al médico, pero el médico, hijo mio, no tiene medicina para mi mal. Las entrañas lacradas de una madre solo las cura Dios, solo mitiga sus dolores la ternura de los hijos, y María la derrama á torrentes sobre el corazon de su pobre madre... pero esto no basta; añadió tristísimamente: ¡yo tengo dos hijos!...

— ¿De manera que yo me porto indignamente para con V.? pregunté con insolencia.

— Pregúntalo á tu corazon y él te contestará por mí; pregunta á tu corazon si se porta como debe el hijo que apenas se acuerda de su madre para otra cosa que para afligirla; pregunta á tu

corazon si hace bien el hijo que sabiendo que su madre está delicada, al retirarse tarde no va siquiera á preguntarla por su estado, y tu corazon contestará por mí.

— Es que V. se ha empeñado en matarnos á todos, siempre con ese eterno sonsonete de quejas; es que V. se ha empeñado en...

— ¡Pio! exclamó mi hermana plegando las manos en actitud suplicante; Pio, calla, que es á nuestra madre á quien hablas: no tortures mas su pobre corazon, no te empeñes en precipitar su muerte; no levantes ante ella la voz altanera, ni la frente que debes humillar.

— ¿Y á tí quién te mete á corregirme? grité con ira.

— El deber, hermano mio, el deber que me obliga á ponerme de parte de nuestra pobre madre enferma, cuyas dolencias agravas con tus palabras.

— María, no me irrites mas, porque entonces no sé si podré contenerme.

Y cometí la bajeza de levantar la mano, indicando con el ademan lo que con las palabras no decia. Mi madre temblorosa, calenturienta, pálida, apenas sin fuerza para levantarse, se puso en pié y con autoridad imponente dijo:

— La mano que se levante para caer sobre María, encontrará mi rostro en su camino, y el hombre habrá cometido la infamia de abofetear á una señora enferma, y el hijo habrá cometido su último crimen poniendo la mano en el rostro de su madre.

Yo incliné la cabeza. Aquellas solemnes palabras tuvieron fuerza suficiente para reducir á polvo toda mi altanería, toda mi insolencia, y me obligaron á presentarme por unos momentos como el reo delante del juez. Mi madre despues de una pausa continuó :

— Puedes retirarte.

Salí de la habitacion sin decir una palabra, sin saludar aquellas pobres mujeres cuya ternura de una manera tan infame acababa de insultar; en cuyo corazon acababa de undir una nueva espina. Y una de aquellas mujeres era mi madre, que estaba enferma, y á la cual en vez de consolar habia atropellado con criminales, con indignos, con miserables ultrajes, con palabras que destrozaban su desolado corazon! Y la otra de aquellas mujeres era mi hermana gemela, ángel de amor que no vacilaba en aceptar mis inculpaciones á trueque de no acriminarme, y que en pago de tanta delicadeza solo groserías é insultos merecia de mi parte, cuando defendiendo á mi madre me recordaba mi deber!

Apenas habe salido de la habitacion de mi madre, se percibieron sollozos en ella, sollozos amargos como la esencia de la mirra. Era que lloraba el corazon angustiado y enfermo de la mas buena de las madres la abominable conducta de su hijo; era que lloraba el corazon de un ángel la conducta criminal de su hermano para con aquella dulce y santa mujer, que era todo su amparo en la tierra.

— ¡ Dios mio, Dios mio! sollozó mi madre. Me

matan su desvío y su insolencia, y no conoce el desdichado que cuando haya muerto yo no encontraré en la tierra otra madre! Tened piedad de mi hijo, dulce Madre de misericordia; tenedla por las penas que devoran mi corazón por su causa, y tenedla también de este ángel de ternura, que si muero yo va á verse sola y abandonada á merced de su hermano extraviado; á merced de su infeliz hermano, que si de esta manera me trata á mí, mucho peor la tratará á ella cuando no se vea protegida por la débil sombra de amparo que puede darla mi derribada autoridad.

— No tema V., mamá: dijóla María abrazándola tiernamente y cubriéndola de besos, con el intento de mitigar el efecto que produjera en su corazón maternal la escena pasada; no tema V.; Pío se reconocerá, V. recobrará la salud, y yo volveré á poseer una madre y un hermano á los que amo tanto.

— Al hermano tal vez sí, María, que le volverás á poseer, porque el extraviado puede volver al camino que abandonó, pero los muertos no vuelven.

— ¿Y por qué me habla V. de muerte? ¿Por qué aflige su corazón con tétricos pensamientos, y me aflige á mí también, presentándome como próxima la hora de nuestra separación?

— María, porque yo siento dentro de mí el soplo letal que me conducirá al sepulcro; que me arrebatará á tus brazos y á tu ternura. Siento decírtelo, pobre hija mía, pero empieza á ser necesario que te prepare para recibir el golpe tremen-

do de tu desamparo... Hija de mi amor; flor de mis entrañas! tu madre desaparecerá de este mundo, y tú, sola, á merced de tu hermano extraviado, no tardarás en seguirme, si es que el cielo no te da un nuevo amparo.

— La Virgen Santísima nos ayudará; Dios vendrá en nuestro socorro, porque no deja nunca abandonadas á sus criaturas.

— Pero quiere los ángeles en el cielo, porque en la tierra viven desterrados, y no es raro verles atormentados cruelmente en el mundo antes que tiendan el vuelo á la inmensidad.

— ¡ Pero mamá!... dijo María poniéndose muy colorada con las últimas palabras de la santa mujer que le habia dado la vida.

Y gracias á la solicitud y cuidado de mi hermanita y á su exquisito tacto, la conversacion cambió de cariz, mas ni sus caricias, ni la ternura de que procuraba rodear á nuestra pobre madre, pudieron curar la herida que con mis palabras recibiera su corazon enfermo á causa de mi conducta criminal.

Yo por mi parte llegando á mi cuarto caí con desaliento sobre un sofá, y á los elementos que formaban la tempestad que rugia en mi interior, se añadieron la voz del remordimiento que me recordaba mi conducta execrable para con mi madre y hermana, echándomela en cara con una energía aterradora. Tantos afectos distintos como luchaban dentro de mí, tantos alborotados sentimientos, movidos por el frenesí que me roia las

entrañas, me tenían medio loco, medio tonto, y del todo encendido en ira, ira que venia á recaer y hacer objeto de sus efectos á mi hermana, á aquella naturaleza delicada y sublime que no tuviera en su inocencia una palabra que contestarme cuando la acusaba, y que habia encontrado frases tan poderosas como suaves para recordarme que estaba groseramente faltando á mi madre. ¡ Ah! este recuerdo que me humillaba; aquellas palabras que yo calificaba de atrevimiento, me tenían muy excitado contra ella, y hacian hervir en mi corazon distintos propósitos de venganza. Pensaba:

— Cuando las circunstancias se me brinden, la cubriré de baldones; desahogaré en ella toda la rabia de mi corazon, y me complaceré en sacudir mi mano sobre su rostro; la haré llorar mucho, y me gozaré mirando sus lágrimas... Y cuando muera nuestra madre, entonces que estará bajo mi poder conocerá el alcance de la audacia que ha tenido hoy conmigo. María, tú eras muy amada de mi corazon, pero desde hoy el amor ha cedido su lugar al odio... Mas, ¿ es digno de un hombre atormentar y cebarse en una mujer? ¡ Bah! bah! bah!... esto son chucherías de los católicos: por eso las mujeres que conocen lo que les importa, se agarran tenazmente á esa religion que las ha emancipado, mas no saben que esa religion ha muerto, y deben morir con ella todos los sentimientos que levantaba en el corazon de la humanidad.

Así iba discurriendo y embriagándome en el

vino de la degradacion que da el fruto de las pasiones mas tempestuosas, cuando se me presentó la memoria de Lia tan bella, tan seductora, que tal fuego encendiera en mi pecho, y recordé los obstáculos insuperables que se me ofrecieron para llegar á ella, y los celos que despertára en mí el verla de bracero con otro hombre. Y mi agitacion redobló, y la ira y el frenesí aumentaron hasta la locura, hasta el parojismo; y las ideas se me agolpaban cada vez mas alborotadas, cada vez mas fogosas, cada vez mas indignas, cada vez eco y palabra mas gráfica del infierno de pasiones que ardia en mis entrañas.

— ¡Las mujeres! me decia; las mujeres nacidas solo para solaz del hombre, le atormentan con una crueldad imponderable! ¡Qué dichosa será la humanidad el dia en que vuelvan á su estado primitivo; el dia que recobren su puesto en la naturaleza; el dia que tornen á ser lo que nunca debieron dejar de ser; el dia en que se las obligue á satisfacer todos los caprichos del hombre, y caiga por tierra el castillo de su altanería, convenciéndolas á viva fuerza de que son un suplemento de la creacion. ¡Maldito el amor que como veneno se infiltra en el alma, y obliga al hombre á cometer las mas incalificables bajezas! Maldito el amor que pone al hombre á los piés de una mujerzuela para suplicarla le ame, cuando tiene derecho á mandárselo, á exigirselo, porque al fin y al cabo el hombre, poseedor de la inteligencia y de la fuerza, es el rey de la creacion, y todo debe sujetársele y

obedecerle, y sobre todo debe tener imperio, y en todo hallar obediencia ciega.

De esta manera hablaba, cuando llegó á mis oídos el prelude de una armonía, que en los jardines donde miraban los balcones de mi cuarto, una manomaestra arrancaba en la soledad de la noche, á la luz de la luna, y bajo la sombra de una aromosa magnolia, á las cuerdas de un arpa. Aquellos arpeggios, la quietud de la noche, la novedad del caso, la necesidad que mi alma tenia de algo que apaciguara la tormenta que bramaba en mi interior, me obligaron á cortar el hilo de mis repugnantes divagaciones por el campo del epicurismo, para oír la armonía que se anunciaba.

La tocata empezó. Sus notas eran misteriosas como la sombra vista de lejos que de noche proyectan los árboles frondosos; vagas como los suspiros de la brisa que cimbrea la copa de los pinos; ardientes como las voces de un alma en pena: se apoderaban del espíritu dándole malestar é inquietud; encendian en el pecho no sé qué deseos, no sé qué ansias; no sé qué inquietudes despertaban en el corazon, inquietudes que le obligaban á suspirar, y los suspiros no le llenaban. Parecian notas salidas de un sepulcro. Yo no las habia oido nunca.

Una voz de mujer, voz dulcísima y arrebatadora, se unió á los acompasados suspiros del arpa para acompañar aquella armonía con una cancion. Yo escuché aquella voz arrobado, estático, y olvidé por unos momentos el estado de mi alma, ó

mejor, todas las afecciones de mi corazón se redujeron á una, y el nombre y la memoria de Lia se me presentaron con mayor y mas irresistible encanto, porque aquella voz tan blanda, tan pastosa, tan suave y melancólica, me pareció la voz de Lia, la cual en un lenguaje misterioso, y con una armonía mas misteriosa aun, cantaba, al compás de las vibraciones de su sentimiento, el amor que brotara de repente en su pecho, como en el tranquilo azul del firmamento estrellado brota de repente la vivísima ráfaga de luz de un lucero que luego desaparece.

—¿Y desaparecerá este lucero de mi vida, se preguntaba aquella voz, ó seguirá brillando cada vez con mayor intensidad, hasta que su llama amorosa se pierda para siempre en el seno de la luz indefectible?

No pude contenerme. La voz aquella, no me cabía duda, era la voz de Lia, ó era la de un espíritu que la representaba; voz de alma amante que me llamaba para confundir en una sola las aspiraciones de nuestros pechos, y disolver en uno los destinos de nuestra vida, y aspirar á un mismo término pisando la tierra sembrada de flores, y respirar el ambiente impregnado de los aromas del azahar y del lirio, y alegres encaminarnos al templo de la felicidad, que los hombres en vano han buscado desde que nuestra raza fué arrojada del Eden.

Podía ser aquella la voz de Lia, pero podía ser también la de otra mujer, y en este caso iba á re-

cibir una decepcion muy cruel. Yo sin embargo no lo tuve en cuenta, y pensando solo en que la mujer misteriosa de aquella víspera era la que cantaba y hacia suspirar el arpa, bajé al jardin de mi casa, teatro de tan tiernas escenas en los dias de mi infancia, y sin parar mientes en lo que podia comprometerme mi irreflexiva audacia, salté al jardin de donde procedia aquel regalado acento.

Apenas hube puesto mis piés en él, cuando un grito de mujer espantada llegó á mis oidos; y ví á favor de la luna un ser vestido de blanco como un ángel, subir huyendo la escalera que debia conducirle al piso principal. Yo corrí tras ella desalado, deseando caer á sus piés para decirle que no temiera, porque el que allí estaba no era un ladrón, sino un hombre que iba á pedirla le devolviese la tranquilidad que le habia robado, cuando al llegar á la magnólia, al pié de cuyo tronco habia un arpa por el suelo, una mano robusta salida de la sombra cayó sobre mi pecho deteniéndome.

— ¡Alto! me dijo con imperio.

Por grande que fuera la impresion inesperada que acababa de recibir, era mayor aun el empuje de mi pasion, la cual me arrojaba como la cuerda del arco arroja la flecha, hácia aquella mujer que acababa de ganar la puerta de su casa. En su consecuencia hice un esfuerzo para continuar mi carrera, pero la mano que se pusiera sobre mi pecho, era una mano inflexible como el hierro, y á pesar mio hube de pararme.

— ¡ Maldito seas ! guturé apretando los puños, mordiendo mi lengua y sacudiendo la cabeza con la desesperacion que debe sacudir sus melenas el leon aprisionado, mientras que con los ojos inyectados en sangre por la ira, procuraba buscar en la sombra al hombre misterioso que me detenía, y cuyo rostro, poblado de una barba negra y sombreado por las anchas alas de un sombrero de Panamá, no podía distinguir.

— El que á estas horas saltando tapias entra en la casa que no es suya, recibe de la sociedad el nombre de ladron. ¿ Quién eres tú ?

— Y tú, ¿ con qué derecho estabas al lado de la mujer que adoro ? le pregunté con una audacia de la que apenas puedo darme cuenta, y que solo me explico por la desesperacion que se apoderara de mí.

— Señor ladron de honras, ya que no de bolsas; sepa V. que aquí solo hay uno que tenga derecho á preguntar, y ese soy yo.

Y cogiéndome por el brazo y apretándomelo con sus manos, que parecían unas tenazas, continuó:

— Dí ; ¿ que venias á buscar aquí ?

— Iba á buscar lo que no te importa ; iba á buscar lo que no te pertenece ; iba á buscar el amor de la mujer que ha desaparecido.

— Y la mujer que ha desaparecido ; esa mujer que nunca será tuya, me ordena arrojarte de aquí como un perro, porque no quiere entregarte á la policia como un ladron. Vuélvete, pues, por donde has venido y dá gracias á la generosidad de la

mujer que insultas, si no sales de aquí con una cuerda para la cárcel.

— A pesar tuyo yo la veré.

Y con un repentino é inopinado movimiento logré desprenderme de sus manos para correr hácia la casa, cuya puerta quedara entornada. Aquella mano de hierro cayó con la rapidez del rayo sobre mi cabeza y me cogió de los cabellos, deteniéndome cuando habia dado el primer impulso á mi cuerpo para la carrera y derribándome de espaldas.

— ¡Nécio! dijo con calma el misterioso: y yo te digo á mi vez que sin verla volverás allí de donde has salido.

Y levantándome en peso, me llevó á la barda que habia saltado poco antes y me arrojó al jardin de mi casa, despidiéndome como si fuera una pelota. Al llegar al suelo, derengado por el golpe, ensangrentada la cabeza por los cabellos que el misterioso me arrancara en el acto de caer en el jardin vecino, y magullado el brazo por las férreas tenazas de su mano, dí un grito de rábía, grito inarticulado y fiero como lo es el de la hiena, y con mucha dificultad pude decir:

— ¡Maldito seas!

Y por única contestacion obtuve una carcajada, de esas que no sé porque se ha dado en llamar homéricas; carcajada la cual tanto escitó mi rabiosa desesperacion, que no sé como no quedé muerto á consecuencia de un derramen en el cerebro, don-

de, aturdiéndome con sordo ruido, bullia toda la sangre de mi cuerpo. Quizá me salvó la que brotaba de las heridas abiertas en mi cabeza por los mechones de cabellos arrancados por la mano hercúlea del desconocido protector de aquella mujer, que con mas ó menos motivo me habia figurado ser la Lia de la sesion espiritista.

Mucho tardé en poderme levantar.

Con paso vacilante y á duras penas conseguí llegar á mi habitacion. Tenia fiebre y fiebre violenta. La cabeza me dolia con un dolor intenso, profundo, agudísimo. Con todo me asomé al balcon, porque me pareció ver luz en la habitacion de enfrente, y oir que dos séres hablaban en ella. Hubiera dado diez años de mi vida por saber lo que decian. Apoyé la cabeza en las palmas de las manos, y los codos sobre la baranda del balcon. Poco á poco se me figuró ver séres desconocidos que se agitaban en torno mio y delante de mí; luego una mujer vestida de blanco, con los cabellos flotando sobre su espalda y redondos hombros, entreabiertos los labios de coral como para dar paso á un suspiro continuo de amor; luego oir notas misteriosas que llevadas por el espíritu de la noche venian á decirme que me amaba, que su vida era mia... despues, que un brazo, brazo solo, movido por un ser invisible, me separaba de ella y me arrojaba del cielo al abismo... De pronto sentí un golpe en la cabeza, vacilaron mis piernas, oscureciéronse mis ojos con una nube san-

griente, mientras que una armonía vaga llegaba á mí, apagada como el último suspiro de la brisa que muere en la enredada... Luego la quietud del no ser, el olvido de mí mismo, una cosa como la muerte...

XI.

LA CONVALECENCIA.

Parecióme despertar de un profundo y fatigoso sueño. Volví la mirada en torno mio, y me chocó el aspecto de mi cuarto, donde ardía una luz mitigada por una pantalla de porcelana. Sobre una mesa habia algunas botellas, y á mi cabecera una mujer mirándome con inmensa ternura. Era mi hermana María, mas pálida, mas ojerosa, pero mas solícita y tierna que nunca. Cuando observó la mirada que puse en ella y la extrañeza con que examinaba los objetos que me rodeaban, tomó la mano que tenia yo sobre la cama, apretóla estrechamente entre las suyas calenturientas, exhaló un suspiro profundo poniendo los ojos en el cielo, y cayó de rodillas sollozando al pié de mi cama. Me pareció distinguir en sus labios estas palabras:

— Gracias, Madre de misericordia; gracias, Madre mia !...

— ¿Dónde estoy? la pregunté con voz desfallecida. ¿Qué me ha pasado?

— Estás en tu lecho, hermano mio; estás al lado de la pobre María que te ama tanto: me contestó sollozando y sonriendo á la vez, y besando mi descarnada mano, que conservaba aun entre

las tuyas. Luego me preguntó: ¿Cómo estás?

— Muy abatido; la cabeza me duele bastante y á duras penas me puedo mover.

— Animo, Pio, ánimo y esperanza en la Madre de misericordia.

Yo la miré con extrañeza. Las palabras que acababa de oír eran para mí muy misteriosas; tan misteriosas como el estado de mi salud. Moví los labios como quien tiene sed, y María me presentó en una cuchara un líquido fresco y reparador que me pareció agua. Mientras que yo bebía, dijo entre dientes:

— ¡Inmaculada Virgen de Lourdes, protégedle y amparadle!

— ¿Qué dices? la pregunté.

— ¡Calla! me contestó poniendo su mano sobre mis labios; no te fatigues, porque entonces te volverías á poner malo. Ya hablaremos mas adelante; y entonces lo sabrás todo.

Hice con los ojos y los hombros un movimiento como de quien se resigna y obedece, y fingiendo que me dormía, procuré concentrarme y ver si lograba recordar el cómo me sobreviniera la enfermedad que me aquejaba. Vagos recuerdos del día fatal que conoces, envueltos en densas sombras se presentaron á mi memoria enferma, y como una vision cruzó por ella la etérea y vaporosa figura de Lia, haciendo latir con desusada fuerza mi corazón; pero tenía tan débil y enferma la cabeza, que no podía recordar los hechos con sus detalles, y vagaba en torno de ellos con la insta-

bilidad y torpeza que una mariposa vaga en torno de la luz.

A pesar de ser tan confusos estos recuerdos, me complacia en examinarlos y en traerlos una y otra vez á mi memoria, y estaba tan bien de esta manera, mi respiracion era tan tranquila y apacible, que María creyéndome dormido salió de la habitacion, á la que volvió poco despues con mi pobre y delicada madre. Ambas sollozaban. Aquellos sollozos eran de alegría, de gratitud á Dios; aquellos sollozos eran un himno que el amor reconocido elevaba al cielo, despues de no sé cuantos dias pasados en la intranquilidad y en la plegaria.

— Duerme; dijo María contemplándome.

— ¡ Qué apacible es tu sueño, hijo mio! ¡ Ay! ¡ qué de noches hacia que mi corazon no te viera reposar con tanta tranquilidad! Virgen María, Madre de inagotable clemencia; Vos que habeis oido las plegarias de estas desoladas mujeres devolviéndonos á Pio, completad vuestra obra; devolvednos su corazon, volviéndolo á Dios!

Y hablando así los labios de mi madre se pusieron levemente en mi rostro: y á la par lo sentí humedecido por una lágrima de ternura. En aquel momento probé toda la dulzura del amor de aquellas incomparables mujeres; mi corazon se conmovió y no pude impedir que una lágrima asomara á mis ojos, cuyos párpados la retuvieron prisionera por algunos momentos. ¡ Cuánto bien me hizo aquella lágrima! ¡ Qué enorme peso levantó de mi corazon!

Mi madre embriagada por la dicha de su alma no hacia memoria de que tambien ella estaba enferma. ¿Qué madre piensa en su salud cuando está á la cabecera del lecho del dolor del hijo de sus entrañas, por mal que se haya portado con ella? ¿Qué madre no espera con ánsias indefinibles ver como su hijo abre los ojos, para leer en ellos la sentencia de vida ó de muerte de aquella emanacion de su vida?

Y cuando despues de tantos dias de ansiedad y terrores aquella santa mujer esperaba ver la mirada ya lúcida de su hijo, y oir una dichosa frase, que la anunciara que la naturaleza habia vencido al mal, júzguese con qué afan me contemplaria, con qué ternura pondria sus ojos en mi rostro, surcado por las huellas de la enfermedad mortal que empezaba á ceder.

— Madre mia; le dijo en voz muy baja mi buena hermana; V. necesita descansar; le ha visto ya y debe retirarse.

— No, no lo esperes, María, sin que antes mi corazon saboree la primera palabra lúcida de Pio. Tú no comprendes con cuanta ansia la anhela mi pecho, despues de tantos dias de tortura y angustia incalificable; yo necesito esa palabra como la planta marchita por la sed necesita el agua que debe devolverle la lozanía perdida: yo estoy mejor aquí que fuera de aquí: este es ahora mi puesto; una palabra de Pio será mi mejor medicina.

—Lo comprendo, madre mia, y no insisto, pero

la ruego que por lo menos tome asiento, y me prometa acostarse tan luego como haya podido hablar con el hermano de mi alma.

— Tú acabas siempre por querer tener razon, y á veces la tengo yo, como por ejemplo ahora. Muchas noches has perdido y necesitas descansar mas que yo, así es que hoy velaré á mi hijo y tú tomarás el descanso necesario.

— ¡Madre mia! por piedad le suplico no me mande separarme de aquí, porque tampoco pegaría el ojo; por piedad le suplico recuerde lo que le ha ordenado el médico; por piedad le suplico cuide de su vida, tan necesaria á esta su pobre hija, que muerta V. quizá quedaria sola en el mundo, como la débil hiedra á la que el huracan ha derribado la encina que le servia de apoyo.

— Tú acabas siempre por tener razon. Bien; te prometo acostarme tan luego como haya tenido la dicha de hablar con Pio. ¿Estás contenta?

— ¡Oh! ¡qué buena y dulce madre me habeis dado, Dios mio! exclamó María abrazándola tiernamente. Refugio de los pecadores, conservadme la tierna madre que me ha dado el Señor; conservádmela; os lo suplico por el amor inmenso que profesabais á vuestro adorado Jesús.

— Ahora que has salido con la tuya; dijóla mi madre con bondad; necesito que tomes un poco de descanso. No has querido que le velára nadie hoy, y te pondrias enferma despues de haber perdido tantas noches.

— ¿Y cómo quiere V. que confiára el cuidado

de Pio, cuando de tanto necesita, á manos mercenarias, ó todo lo mas á las de un amigo? ¿Quién le ama como yo, para que pueda rodearle de las atenciones y solicitudes del amor que necesita el pobre enfermo? Dios me ha dado fuerzas, y no creo que pierda yo por ello la salud, pero si enfermára, con tal que pudiese decir que á mi hermano no le han faltado ni amor, ni cuidado, bendeciría la enfermedad que por esta causa me sobreviniera.

— Pero Dios quiere que tengamos juicio, y que nos cuidemos, porque dice: *Ayúdate y te ayudará.* Con que, véte á descansar, y te prometo llamarte luego que haya tenido la dicha de hablar con mi hijo; de ver que me conoce despues de tantos dias de delirio y exaltacion.

— Accedo con una condicion y una promesa.

— Dílas.

— La condicion es que tomaré un poco de descanso en aquel sofá: y señaló uno que habia en mi habitacion: la promesa es que me llamará tan luego como haya hablado con Pio, si da el caso que llegue á dormirme, lo que no creo, porque la tristeza y el pesar llaman el sueño, y la alegría y la ventura lo ahuyentan de mis ojos.

— Te prometo lo último, pero no admito la condicion.

— Pero, madre mia... dijo, con acento suplicante como una plegaria, mi bondadosa, mi incomparable hermana. V. tiene la felicidad de quedarse junto á Pio, y quiere negármela á mí!

No pude continuar escuchando impasible aquella conversacion, de la que era el único inspirador yo que la merecia tan poco; aquella conversacion inspirada por el profundo, el acendrado, el purísimo y santo amor que me profesaban tan incomparables mujeres, á quienes tantas y tan amargas lágrimas habia hecho derramar. Su amor á toda prueba derritió el bronce de mi pecho... No pude contenerme por mas tiempo, y rompí en sollozos y en gemidos. Alarmadas mi madre y hermana se precipitaron á los dos lados de mi cama: las pobres pensaban sin duda que habia vuelto la fiebre y con ella el delirio. Abrí los ojos preñados de lágrimas y los puse en el rostro desenchajado de la santa mujer que me llevara en sus entrañas:

— ¡Madre mia! la dije tendiéndola mis brazos cási sin fuerza.

— ¡Hijo de mi vida; vida de mi alma! bendita sea la Madre de Dios, que me da la dicha de poder ver la luz de tus ojos, y oir el acento de tus labios, y mirar disipada la nube cruel que oscurecia tu razon!

Y diciendo esto me abrazaba, me besaba, me cubria de caricias, mezclaba sus lágrimas con mis lágrimas, y sus gemidos con mis suspiros, mientras que María postrada de hinojos, enternecida lloraba de gratitud al cielo al otro lado de la cama.

—María, hermanita mia; la dije despues, acercando su cabeza á mi pecho y poniendo un beso de

amor en su frente: ¿cómo te pagaré la inmensidad de ternuras y de cuidados de que me has rodeado? Merezco tan poco ese amor inextinguible que me profesas! merezco tan poco los desvelos de que me has pródigoado y los sacrificios que has debido hacer por mí!...

— Si algo mereciera, te suplicaría por ello que no me hablaras así, y que no te acordaras de otra cosa sino de ponerte bueno, para que con tu salud vuelva á esta casa la dicha y la alegría de los dias venturosos de nuestra infancia... Y ahora, hermano mio, apacíguate, porque mucho temo que con esta escitacion vuelvas á empeorar.

— Te prometo sosegar-me, mas con una condicion.

— ¿Cuál? preguntáronme entrambas á la vez.

— Que iréis á acostaros, dejando aquí á uno de los criados con las necesarias instrucciones. Os doy palabra de mandaros llamar si necesito algo.

— No es posible: dijo María. Cuando tan dichosa iba yo á ser esta noche, ¿pretendes arrebatarme ahora esta felicidad?

— Pero, ¿y si el criado se duerme, hijo mio?

— No se dormirá.

— Pero si es preciso darte la medicina con tanta exactitud, y el agua azucarada, y renovar los paños de la cabeza...

— Y tambien es preciso que descanse, para que mañana me encuentre mejor; y si V., madre mia, que tanto necesita de reposo; y si tú, María, que no lo necesitas menos, no os retirais, ¿quién con-

tendrá nuestros corazones? Y esto será una imprudencia. Retiraos, pues; os lo suplico por vosotras y por mí.

A este recurso hube de apelar para obligarlas á tomar un descanso que de muchas noches no se permitian sus naturalezas, las cuales empezaban á flaquear. Mi madre y hermana se retiraron despues de haberme arreglado cuidadosamente la cama, y renovado el paño de la cabeza, y presentádome una cucharadita de aquella agua fresca y reparadora que poco antes me diera María, diciendo:

—Inmaculada Virgen de Lourdes, protegedle y amparadle.

Yo sonreí al ver la fe de mi hermanita, y las dí las buenas noches, encargándolas de nuevo que reposaran tranquilas, porque si algo necesitaba ya mandaria llamarlas.

Cuando salieron de mi cuarto estaba satisfecho, estaba alegre; sentia en el fondo de mi corazon una felicidad pura, dulce, tranquila, parecida á la felicidad de que gozara en los dias de mi infancia, cuando calentaba mi alma al fuego del amor de Dios y de la familia. Cerré los ojos y pensé en mi madre y en María, con una complacencia igual á la del desterrado que vuelve á su patria, y divisa los horizontes por los que vagaron sus miradas en los mejores dias de su vida, y saluda llorando de dicha los paisajes que contempló recostado en el amoroso regazo de su madre.

Cuando aquellas dos almas tan buenas hubieron salido de mi cuarto, la santa mujer que me trajo en sus entrañas, dijo á mi hermana:

—María; antes de acostarnos vamos á dar gracias á la Virgen santísima por el insigne favor que nos ha dispensado devolviendo la razon y el sentimiento al hijo de mis entrañas.

Y las dos, que tanto necesitaban del descanso, fueron á derramar la gratitud de sus almas, dichas en aquellos momentos, á las plantas de la Inmaculada Madre de clemencia, y á dirigirla una nueva plegaria por mi salud.

¡Santa vida que te produces al calor del Cristianismo, en el seno de las familias que tienen por norma la ley de Dios! ¡cuán distinta eres de la vida tempestuosa y llena de odio y de pasiones que brota como árbol de maldicion en aquella tierra que no reconoce por Rey á Cristo, Señor del mundo, y fuente de inagotable paz y ventura!...

Algunos dias despues, ya fuera de todo peligro, estaba en plena convalecencia, que se anticipó gracias á los cuidados de aquellas dos incomparables mujeres. Entre las visitas que recibia de los amigos de mi familia habia la del Padre Ignacio, que no dejaba de ir á verme todos los dias, pasando una hora á mi lado, y procurando suavemente sondear mi corazon, y los efectos que hiciera en mí la enfermedad. Y no debia quedar muy contento, cuando en su rostro se trasparentaba una tristeza, un pesar especial, profundo,

amargo como las aguas del mar y las hojas del ajeno.

—¿Qué le parece á V., Padre? le preguntó cierto dia mi hermana.

—Que ha curado el cuerpo, pero me temo que siga enfermo su corazon.

—¿Es posible? dijo tristemente.

—Es que la enfermedad de su alma es mucho mas grave que la de su cuerpo; es que esos infames corruptores de la juventud han envenenado su espíritu, tan recto, tan sano hace pocos años, y los efectos de este veneno son mucho mas terribles que los de cualquiera enfermedad corporal.

—¡Dios mio, Dios mio! balbuceó mi hermana plegando las manos y dejando caer los brazos.

—Con todo no hay que desesperar, María. Tal vez yo me equivoque, y ojalá sea así, pero desgraciadamente no vuelve los ojos á Dios, no habla de Dios, y temo que tampoco piensa en Dios, y esto es de mal agüero en un convaleciente.

—Y ¿qué he de hacer, pobre de mí, para devolver el corazon de mi hermano al Señor? ¡Ah! si V., Padre mio, conoce un medio, por penoso que sea, le suplico por caridad me lo indique, porque estoy dispuesta á todo.

—No hay mas medio que la oracion y vuestro cariño. Seguid implorando á su favor la misericordia divina, y hacedlo sin desmayar; ofreced al Señor todas vuestras acciones, todos vuestros pesares y dolores, todos vuestros pensamientos y afectos en espíritu de sacrificio por Pio, y el Co-

razon de Jesús que vino á sacrificarse por todos los hombres, no podrá dejar de oir vuestras plegarias, no podrá dejar al fin de atender á vuestro sacrificio. Pero no es esto todo: el refran castellano dice: «A Dios rogando y con el mazo dando.» Debeis, pues, con vuestro cariño, con vuestra solicitud y ternura atraerle á vosotras; discretamente levantar en el fondo de su pecho las dulces reminiscencias de dias que pasaron, y hacer que comparando su desdicha y desasosiego en el mundo con la dicha y paz de que goce entre vosotras, se decida á vivir en el seno y al calor de su amante familia, y vuelva poco á poco enardeciéndose en su pecho la llama casi extinguida de la fe. Pero mira, hija mia; obrad con tino y prudencia; no hagais fastidiosa la religion al que intentais vuelva á enamorarse de sus encantos; no pretendais hacer brotar por fuerza en su pecho unos sentimientos que deben brotar espontáneamente; no le hagais odioso lo que intentais hacerle amar; procurad hablarle mas con los hechos que con las palabras, porque no se necesita instruir á Pio, sino despertar su corazon aletargado. No se si me has entendido.

— Me parece que sí. V. quiere que le atraigamos con el amor, con la ternura, con el desvelo: V. quiere que le hagamos vislumbrar el cielo para que entre en deseos de penetrar en él.

— Ni más ni ménos; pero no vayas á presumir tampoco que no sea conveniente soltar de intento en la conversacion alguna de esas frases que se

dirigen directamente al alma, y la elevan á Dios. Estas frases, estos toques que tan buen efecto producen si son oportunos, pierden la fuerza si se prodigan, y llegan á cansar.

— Gracias mil, Padre Ignacio, por sus inapreciables consejos: díjole María besando afectuosa y respetuosamente su mano.

— ¡Ay del árbol que no da fruto, María, porque no tarda en ser cortado y arrojado al fuego! ay de mí si no cumplo con mi destino de dirigir las almas á Dios y de trabajar por su felicidad temporal y eterna!

El Padre Ignacio y María se despidieron después de haber convenido mutuamente en rogar por mí, y ofrecer al Señor todas sus oraciones, obras y sufrimientos, y no solo hoy, sino mañana, y otro y otro día, hasta que hubiesen conseguido mi total conversion á Dios. Y mientras ellos trabajaban en este sentido por mí, pobre y desdichado ingrato, yo volvía á recordar las escenas anteriores á mi enfermedad, y si bien estaba tan indiferente para el espiritismo como para la santa Religion de mis padres, no sucedia lo propio con la pasion que Lia despertara en mí.

Deseaba restablecerme para volver á verla, y mientras esto no era posible, hubiera dado no sé cuántos años de vida por tener noticias suyas, y por saber si era ella la mujer causa del peligro gravísimo de muerte que habia corrido, pero nadie me hablaba de Lia, nadie me daba de ella noticias, y mis amigos si se acercaban á mi cama era pocas

veces, y aun estas hallándose presentes mi madre ó María, de manera que no era aquella circunstancia oportuna para dirigirles preguntas que hubieran parecido sospechosas á mi familia, que justísimamente con tanto recelo miraba á todos mis conocimientos.

Cuando pude, ayudado de mi hermana, llegar hasta el balcon de mi cuarto, puse mis ojos en el de enfrente con el afan que el sediento pone sus labios en el manantial de cristalinas aguas que encuentra en el desierto, y lo contemplé inmóvil como una estatua, esperando que apareciera en él una mujer ó un fantasma vestido de blanco, con los cabellos sueltos, con los labios rojos, con los ojos azules, con la tez blanca y tersa como los pétalos de la azucena, con la gallardía del lirio, con la seductora hermosura de la luna nadando en las tranquilas ondas del eter azul salpicado de estrellas. Y la mujer no aparecia por mas que mis ojos la llamaran, por mas que mi corazon abatido para todo menos para su recuerdo, la evocara. Viendo cuán inútiles resultaban todos mis deseos, suspiré, y María que no sé qué cosas estaba temiendo al ver mi inmovilidad y ensimismamiento, se estremeció como se extremece el avecilla que ha visto el gavilan.

— ¿Estás malo? me preguntó.

— No, María, pero deseo sentarme. La vista de esos árboles alegra mi alma.

— ¡Qué extraña alegría la que te hace suspirar!

musitó mi hermana acercando una butaca, en que tomé asiento.

Ella tomó asiento frente á mí, y me miraba intranquila y fijamente, mientras yo miraba á mi vez al balcon de la casa de enfrente. El silencio fue prolongado, y cuando exhalé un nuevo suspiro, María me dijo :

— Tú me engañas, Pio; tú no estás bien, y te suplico te tiendas en la cama. Un poco de descanso te probará.

— No, María, no; déjame aquí, y no hagas caso de mis suspiros, porque cuando la vida se replega en el corazon nos hace suspirar.

Y hubo una nueva pausa.

De improviso fijé mis ojos escrutadores en María, y la dije :

— Ya sé que me amas con toda tu alma, hermana mia.

— Y te amaré hasta que se apaguen los latidos de mi corazon.

— ¡ Oh ! si todos los seres que yo quiero me amarán como tú, ¡ qué feliz sería !

— Las flores sin espinas, hermano mio, solo podrás hallarlas en la misma planta de donde brotaste; bajo el mismo sol al calor de cuyos rayos te criaste. Yo no quiero otras flores, yo no quiero que arrullen mi alma otros aromas que los que se emanan del santo tallo en que quiso el Señor se abriera el capullo de mi vida. ¿ No lo tengo todo acaso en el amor de nuestra buena madre, y en tu amor,

hermano mio? ¿Á qué buscar la felicidad donde acaso no está, para dejar la que tenemos segura al alcance de nuestra mano?

— Pero si á una felicidad le añades otra...

— Entonces puede suceder que te quedes sin ninguna.

— Pero es lo mas natural que aumenten por mitad los grados de la que gozabas. No en vano *la naturaleza* ha puesto en el corazon distintos sentimientos, que se desenvuelven simultáneamente sin perjudicarse, como crecen varias plantas en un jardin sin que la una afecte al desarrollo de la otra, formando todas al hermoso compuesto que encanta nuestras miradas, y recrea nuestro olfato, y alegra nuestra alma.

— *Dios*, siempre bondadoso con el hombre, lo ha dispuesto así ¡bendito sea! pero Dios no ha vinculado de un modo absoluto nuestra felicidad en la suma de todos esos afectos á que aludes. Por eso yo no quiero exponer mi dicha presente uniéndola á otra dicha problemática, que así como puede aumentar los grados de mi actual ventura, puede tambien destruirla de una vez. No sé lo que es perder la santa paz del alma, y no quiero aventurarme á saberlo. El cielo de mi vida ha estado siempre tranquilo hasta ahora y no quiero verle turbado por una racha de viento que podria levantar en él una tempestad.

Yo callé y pocos momentos despues un suspiro profundo escapóse de nuevo de mi alma. Qué bien sabia mi hermana ofrecerme la bienhechora tria-

ca! qué delicadamente me insinuaba lo que debía hacer para que disipadas las sombras que oscurecían la paz de mi espíritu, volviera á la tranquilidad de unos días, por mi mal, pasados! con cuánta bondad había corregido mi insinuación impía dé atribuir á la naturaleza lo que solo se debe á la bondad inagotable de Dios!

Hubo una pausa. Ella al parecer discurría acerca la llaga de mi alma, que acababa de descubrir, y yo pensaba en Lia, en la sesión espiritista y me juzgaba un hombre completamente infeliz. Después de un momento de silencio dije:

— Mis amigos se han olvidado de mí, excepción hecha de Lázaro y de algunos pocos.

— No por eso han faltado á mi hermano todos los cuidados, todas las atenciones de que los hombres podían rodearle. El amor de una madre como la nuestra no es cosa comun.

— Ni es comun el amor de una hermana como tú, pero sin querer ofender vuestra delicada ternura para conmigo, hubiera deseado ver recompensaba mi amistad con algunas pruebas de parte de mis compañeros, y estas pruebas nunca como ahora podían dárseme.

— Muchos de tus amigos han venido á preguntar por tu salud, amigos que hubiera querido no recibirlos, porque algunos me miraban de una manera...

— Siempre serás apocada y tonta: la dije sonriendo. ¿Qué mal puede hacerte la mirada de un hombre, ni la de una docena de hombres?

— Recuerdo haber visto flores marchitas por un soplo de viento.

— Y tú temías que una mirada marchitara la candidez de tu alma? Siento, María, la poca confianza que tienes en el valor de tu pureza.

— Por eso procuro guardarla con nimioso cuidado.

— Permite te diga que eso son escrúpulos ridículos.

— Con todo, pienso que ha de gustarte mas verme tan escrupulosa, que desenvuelta.

— Pero hay un justo medio, hermana mia.

— Creo que por ese justo medio empiezan todas aquellas que llegan á un desastrado fin.

La conclusion de María era de aquellas que, como vulgarmente se dice, no tienen vuelta de hoja, y hacen enmudecer al *moralista á la moderna* mas consumado. Mi hermana tenia mucha razon. No hay mujer de candidez perdida, que no haya antes formado en las filas del partido del justo medio en materias de pudor. ¿Cuántos grados ha de bajar una mujer de mundo para llegar á ser una mujer mundana?

Una nueva pausa se hizo en nuestra conversacion. Como si María adivinara el objeto de mis preguntas, con un tacto admirable la volvia á otra parte, deseosa al parecer de no contestar á lo que yo con tanto interés anhelaba saber. Por último me decidí á abordar de frente la cuestion:

— Y todos los que han venido á preguntar por

mi salud en los dias de mi enfermedad han sido amigos míos?

— Lo ignoro, porque tus conocimientos me son en gran parte desconocidos.

— Quiero decir, hermana mía, si ha mandado enterarse de mi estado alguna señora.

— Que yo sepa no. Solo una que vive ahí en frente, de balcon á balcon me preguntó hace pocos dias si estabas enfermo, puesto que veia cerrados los balcones de tu cuarto, y no parecias en ninguna parte.

Mi hermana María al darme esta noticia pareció ahogar un suspiro. Yo regocijado inmensamente por aquella noticia, no advertí su turbacion y su pesar, tanto más vivo, cuanto mas violentamente lo encerraba en su pecho y procuraba hacerlo pasar desapercibido á mis ojos.

— ¿Con qué, ha preguntado por mí? ¿El estado de mi salud no la es indiferente? Sin duda será ella; ella...

— ¿Quién?

— La mujer que el Espiritu Supremo ha criado para labrar mi felicidad.

María inclinó la cabeza bien á su pesar, y aunque procuró dominar una lágrima que aparecia en sus ojos, no pudo conseguirlo. Yo no pensaba en la verdadera causa de aquella ardiente lágrima, y cometí la injusticia de juzgarla inspirada por los celos, por esa funesta pasion, por ese egoismo refinado que no se alberga en las almas generosas como la de María.

— ¿Por qué lloras? la pregunté. ¿No comprendes, hermana mia, que el hombre no ha nacido para vegetar como el hongo?

— No es por eso. Yo sé que dia ha de venir en que unas tu destino al de otra mujer, y porque seas feliz dirijo mis súplicas á Dios; á ese Dios misericordioso y bueno, que con paternal solitud cuida y dirige á su mayor gloria los destinos de los hombres; á ese Dios que siendo feliz, quiere que sus criaturas sean dichosas; á ese Dios que para la ventura temporal y eterna de los hombres no vaciló en sufrir la muerte mas cruel y afrentosa que se ha visto jamás en la tierra.

— Si tal es el deseo que te anima por mi felicidad; observé volviendo á otro asunto la cuestion, despues de haber penetrado y comprendido la causa de las lágrimas de María por la insistencia con que acababa de hablarme de Dios; no debe affigirte el que una mujer se haya captado mis simpatías y hasta mi amor; por al contrario, parece-me que deberías alegrarte de ello.

— Me alegraria si supiese que con esa mujer vas á ser feliz, con esa felicidad santa, apacible y tranquila que siempre ha reinado en nuestra familia, pero no sé porque temo que no será así; no sé porque temo que tu vida se verá rodeada de terribles espinas que desgarrarán tu pecho, y te harán desgraciado.

— Preocupaciones hijas del egoismo del amor que me tienes.

— ¿Quién sabe? ¿Acaso esa mujer no ha sido la

causa de la mortal enfermedad, de la que, gracias á Dios, te veo libre ya? ¿Si está destinada á labrar tu felicidad, no es de mal augurio haberte causado la desgracia que podia conducirte al sepulcro?

—Y ¿quién te ha dicho, María; le pregunté con alguna dureza; que esa mujer ha sido la causa de la enfermedad de que convalezco?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí: tú, que en tus delirios nos has referido cómo corríste á ella; cómo fuiste detenido por un desconocido mas poderoso que tú y cómo te arrojó al jardin, donde el dia siguiente se veia la arena teñida en la sangre que brotara de tu cabeza. Tal vez no hubiera dado crédito á lo que delirando decias á todas horas, pero para confirmarme en la verdad de tu relato estaban las arenas ensangrentadas del jardin, la extraña pregunta que la señora de ahí en frente me dirigió sobre tu salud, el interés con que miras el balcon que tenemos delante, y el entusiasmo febril con que me hablas de esa mujer.

Yo incliné confundido la cabeza ante las revelaciones que María acababa de hacerme. La voz dulce con que me hablaba; el acento amoroso y tierno con que me dirigia la palabra, eran para mí terribles acriminaciones que me avergozaban. No osaba mirar á mi hermana por temor de caer anonadado al poder de su mirada llena de inmensa ternura.

Á este punto llegábamos de la conversacion,

cuando se abrió el balcon de la casa de enfrente, y mis ojos vieron de perfil una mujer gallarda, arrebatadora, que puso su mirada en mi balcon. Y en el momento en que dí un grito de alborozo, se corrió un transparente que la ocultó á mi vista. ¡Ay! no habia podido cerciorarme de si en efecto era ó no era Lia, y la casa y la mujer continuaban siendo un misterio para mí, misterio que atormentaba cruelmente mi corazon.

— ¡Qué crueles sois las mujeres! dije á la pobre María, estrujando con rabia el pañuelo entre mis manos.

— Mi incomparable hermana suspiró profundamente; sus ojos se enrojecieron; hizo violentos esfuerzos por contener las lágrimas, pero no pudo evitar que de ellas se llenaran abundantemente sus tristes y hermosos ojos de paloma. Cuando vió que era imposible ocultarme su llanto, inclinó su hermosa cabeza como la sensitiva privada de los rayos del sol, y dió paso por sus labios á sollozos amargos, que traducian fielmente la honda pena de su corazon. Aquellos sollozos, aquel desconsuelo, aquellas lágrimas me estaban diciendo:

— ¡Qué cruel es el hombre!

Y tenia razon. Mi crueldad, mi ingratitud para con ella excedian los límites de lo verosímil. Y atento solo á mi pasion y á mi egoismo, me complacia en atormentar su alma angelical, sin advertir que la mataba.

XII.

EL MILAGRO.

Iba á dirigir algunas palabras de consuelo á María, siquiera por pura fórmula, palabras que acaso hubieran afligido mas su corazon puesto que no las inspiraba el mio, cuando vinieron á herir mis oidos las notas de un arpegio arrancadas á las teclas de un piano. Suspendí toda mi atencion y mi alma de aquellas notas, que me parecian las mas enamoradas, las mas arrobadoras que nunca llegarán á mí. María apagó sus gemidos, encerrando su dolor y su tristeza en el fondo del corazon, y yo me olvidé de ella y de todo cuanto me rodeaba, para abstraerme todo en la ardiente melodía que salia á torrentes de la habitacion de aquella mujer, tan fatal como misteriosa para mí.

La ejecucion era de mano maestra, movida por un alma apasionada y ardiente; era un quejido del amor, pero de ese amor de fuego que solo germina en ciertos corazones que mueren pronto, porque viven un siglo en un momento. Yo estaba conmovido; una excitacion nerviosa me tenia tembloroso; mi corazon parecia querer saltar del pecho, y al mismo tiempo sentia una postracion

extraña, como si me abandonaran las fuerzas por concentrarse toda mi vida en el pecho. A pesar de todo, como por un movimiento instintivo probé de levantarme, y caí en el sillón.

—¿Qué quieres? preguntome María viniendo en mi auxilio.

—Salir al balcón: me parece que el aire libre me haría bien.

—¡Qué disparate!

—Abre, María, abre.

—Eso sí que no lo haré yo. No quiero que recaigas por mi culpa.

—¿Pero no oyes que es ella la que arranca esa armonía tan apasionada al piano? ¿No conoces que tengo necesidad de absorber una á una esas notas arrebatadoras, ese poema ardiente de amor?

—Pío! exclamó mi hermanita plegando las manos y cayendo á mis piés al ver mi exaltacion.

—Abre, abre el balcón, María.

—No puede ser.

—Pues bien; aunque carezca de fuerzas abriré yo, y aunque haya de morir despues, oiré con el balcón abierto el quejido y la protesta de amor de aquella que ha robado la paz de mi alma.

Y diciendo esto intenté de nuevo levantarme y abrir las puertas del balcón, pero como mi debilidad y mi conmoción nerviosa eran tan grandes, de nuevo caí en el sillón, sin poder lograr mi ferviente deseo. Entonces con voz empapada en toda la amargura de mi despecho dije á mi hermana:

—¿Y eres tú la que dices que me amas?

María ocultó el rostro con entrambas manos, y las lágrimas que saltaban por entre sus pálidos dedos, y los sollozos que brotaban con histérico frenesí de su garganta, hubieran dicho á otro que no fuera yo lo que pasaba por su pobre corazón al dirigirla aquella pregunta tan amarga; pero yo irritado y sin tener en cuenta su profundo dolor, la dije:

—Tú me mientes amor; tú no eres la María de otros tiempos; tú viendo que puedes ahora torturar mi corazón, te vales de mi impotencia para matarme!.....

Y haciendo un supremo esfuerzo me levanté; abrí con rabia el balcón, y salí desesperado del cuarto, reclinándome en la barandilla, para hundir la mirada en el balcón de enfrente, y dejarme arrebatar en extraño éxtasis por mis recuerdos, y por las armonías que aquella mujer arrancaba al piano.

La pobre y desconsolada María medio desmayada no tuvo por de pronto fuerzas para levantarse. Su incomparable corazón acababa de recibir con mis palabras una de aquellas heridas que no se cicatrizan, y que el hombre lleva hasta el sepulcro. Con todo, poco después acercóse á mí, viendo que vacilaba y me iba á caer, y sin proferir una palabra, porque no podía, tocóme del brazo, señalóme la butaca que había puesto en el balcón, y cuando me hube sentado entró en el cuarto para seguir sollozando por la suerte de aquel hermano tan cruel como querido.

— Pero á mí qué me importaban los dolores de mi hermana, cuando los torrentes de armonía llegaban á mis oídos mas apasionados, mas vertiginosos, mas arrebatadores que nunca, y cuando tenía por cierto, tal vez cándidamente, que yo los inspiraba, que eran el ambiente misterioso en que se confundían el corazón de Lia y mi corazón para decirse que se amaban, y que se amarían mientras la tierra diera flores, cantos las aves, luz las estrellas; mientras se albergara la vida en nuestros dos seres inmortales?

La tocata acabó y yo pensé que por qué no seguía eternamente, ó, cuando menos hasta que nuestros corazones estallaran dentro del pecho, y nuestros espíritus felices y libres de las enojosas trabas de la materia se confundieran para siempre como dos rayos de luz en uno, cuando se oyó otro preludio, pero no ya en el piano, sino en un instrumento mas á propósito para expresar los quejidos del alma; en el arpa, cuyas vibraciones melancólicas y nerviosas hacían estremecer la fibra mas delicada de mi sensibilidad, harto escitada ya. La tocata empezó con sentimiento indefinible, y para completar la ilusión y enloquecerme del todo, aquella voz tan pastosa, tan dulce, tan tiernamente vibrante que noches atrás llegara á mis oídos, vino á estremecer mi alma, arrancando lágrimas á mis ojos. La mujer misteriosa cantaba una canción de amor con música triste y enamorada como mis suspiros. Era lo bastante

para hacerme enloquecer, ó hacerme morir, porque yo daba por sentado que letra y música iban dirigidas á mí, á mí que tenia un volcan en el pecho, y la cabeza llena de lava. No llegué á comprender la primera estancia de la cancion, pero recuerdo bien la segunda, ya que al parecer pretendia la cantatriz que todas sus sílabas llegaran á mis oidos. Permite que la recite, amigo mio, y por ella vendrás en conocimiento del efecto que debia producirme, dadas mi escitacion, mi debilidad y mi amor ó ilusion :

Se me estremece el alma

con tus suspiros :

toda la noche lloro

y en tí deliro.

Piensa, alma mia,

en la que llora á mares

de agonía.

Pensé perder el juicio al oir estas palabras tan enamoradas, cantadas con todo el sentimiento de una verdadera pasion, y llevadas por una música mas apasionada aun á mi pobre alma, alborotada como la mar cuando un violento temblor de tierra agita las algas de su fondo. Apenas podia respirar; la cabeza volvia á dolerme bastante, pero yo no me acordaba de mí mismo en mi locura amorosa, y aquella voz, y aquella música, cada vez mas eróticas y espresivas, parecian haberse conjurado para darme la muerte. La mujer cantó por última vez. Decia :

Mi loco pensamiento
sueña que toca
con sus labios de oro
tu linda boca ;
pero despierto,
y hallo en la eterna noche
solo un desierto !

Creíame feliz ; ya no me importaba morir ; sabia, ó cuando menos me formaba la ilusion de que Lia era la que habia cantado, y que todo aquel sentimiento, toda aquella amorosa pasion me estaban dedicados ; y ya casi estaba á punto de publicar como un loco mi ventura, cuando todo mi gozo se evaporó como una ténue nuvecilla, y cayó deshojada la flor de mis ilusiones, y vino al suelo el castillo de naipes de mi felicidad, porque la misma arpa dió el mismo prelude, y al compás de aquella melodía que tanto me extasiára, una voz varonil, llena de sentimiento y amor, como si fuese el arrullo con que la paloma contesta á su compañera, me parece que cantó :

Escucha mis cantares,
blanca azucena,
que ellos nacen de un alma
de tu alma presa.
Angel querido,
puro como las ondas
del manso rio.

Toda la sangre de mi cuerpo afluyó á mi cabeza ; el huracan de los celos bramaba en mi corazon, que parecia querer estallar, y se debatia dentro de mi pecho con una irregularidad mor-

tal. Sentia frio en la médula, y fuego en las venas, y un ruido atronador en el cerebro, y mi lengua tartamudeaba, y mi cuerpo se agitaba tembloroso. Ignoro cuanto tiempo permanecí en este estado; fácil es que solo fuera momentos y me parecieron siglos. Por fin, despues de haber proseguido cantando en la casa de enfrente, un hombre y una mujer, ambos gallardos, ambos jóvenes se asomaron al balcon. Pareciome distinguir en ella á Lia; pareciome que ni el uno ni el otro se fijaban en mí; pareciome que luego me miraron, se miraron y sonrieron; pero era tal mi turbacion, tan turbia era mi mirada, tan inyectados estaban mis ojos, que seria locura decirte lo que ví, puesto que es fácil que mirando al balcon de enfrente solo viera lo que tenia en el alma, y no lo que en él pasaba. Con todo, en aquella suerte de delirio quise proferir una maldicion, y solo dí un grito ronco é inarticulado. María corrió desalada á mi lado, exhalando uno de esos gritos que solo produce el que pide auxilio en una gran necesidad, mientras que los vecinos de enfrente se retiraban del balcon, y yo de nuevo volvía á perder el sentido.

Mucho tiempo estuve como muerto, y por tal me lloraron mi madre y mi hermana, pero por fin los revulsivos, y mas que ellos las oraciones de aquellas mujeres santas y el agua milagrosa de Lourdes, volvieron á mi cuerpo la vida, pero no volvieron á mi cerebro la razon, ya que se desar-

rolló en mí desde el mismo momento un delirio espantoso. ¿Y de qué había de hablar en él sino de lo que traía tan alborotada mi alma, de lo que ocupaba todo mi corazón? ¡Desdichado de mí! Con mis inconcientes palabras ponía en evidencia á los ojos de aquellas santas mujeres toda la miseria, que como letal carcoma devoraba á la vez mi alma y mi cuerpo, y al considerar el tristísimo estado de mi conciencia, se estremecían espantadas, y levantando las manos al cielo se horripilaban pensando lo que sería de aquel hijo, de aquel hermano tan querido, si llegaba á morir en semejante estado, como el médico y el Padre Ignacio fundadamente temían.

Juzga del efecto que en sus corazones produciría este delirio:

—El espíritu supremo ha enviado á la tierra mi ángel, porque había un corazón moribundo que necesitaba amor, amor de mujer que enciende la vida. Y el ángel es Lia, y yo soy el corazón que necesita vivir, ese corazón que hasta hoy había solo vejetado. Nuevos horizontes se abren á mis ojos, horizontes de luz y de amor; de luz para la humanidad que necesita de mí para impulsarla al progreso, de amor para mi alma que necesita libar la copa de las inefables dulzuras de la vida... ¿Quién me arrebatará el corazón de la mujer que el espíritu supremo ha criado para mí? Todos los hombres juntos no son bastantes, no; mi padre ha salido de la tumba para decírmelo, mi padre que anhela mi felicidad. Es en vano que tú, mal-

dito, trates de arrebatármela; lo que el espíritu supremo ha dispuesto, lo que mi padre ha venido á decirme dejando la quietud del sepulcro, se cumplirá; Lia será mia, Lia pertenece á mi corazon, y mi corazon pertenece á Lia... ¿No ois? Regalada música de amor llega á mis oidos; es ella que canta, es ella que conociendo mi inquietud quiere apaciguarla comunicándome la inquietud de su alma... Ese canto es un suspiro, ese suspiro busca mi corazon para descansar; allí me promete amor y fidelidad eternas; deja en mi pecho la esencia de su vida, y se lleva de mi pecho la esencia de mi vida, para perfumar con ella su hermoso corazon... Me preguntas ¿si te amo? Sí, Lia, sí; te amo, y desearia que muriésemos para amarnos eternamente donde no hay hombres malvados que se interpongan entre nosotros, y te esclavicen y me atormenten; desearia que muriésemos para sumergirnos eternamente en el seno del espíritu supremo, y en él derritirnos al calor de nuestros besos, al calor de nuestras miradas, al calor del fuego amoroso que arderá eternamente en nuestros espíritus... Pero no podemos morir aun; hemos de resignarnos al castigo de la vida, por duro que nos parezca; el espíritu supremo lo hará mas llevadero si nos empleamos en trabajar por ilustrar á la humanidad, y sembrar en ella la semilla del progreso, del progreso impulsado por los hijos del espíritu supremo y por los hijos de la viuda... fué mi padre quien dejó la tumba para decírmelo, tú lo sabes, Lia,

mi padre cuyo espíritu de bendición se apoderó de tí para hablarme, y para llenar del amor tuyo mi corazón, y del amor mio tu hermoso espíritu, y unir en indisoluble lazo nuestros destinos... ¡Oh ángel criado para mi felicidad! ¡cuánto te amo!...

Arrasados en lágrimas los ojos, llenos de mortal congoja los corazones me oían mi incomparable madre y mi angelical hermana, puestas á uno y á otro lado de mi cama, mientras que el Padre Ignacio á los piés de ella, con las manos cruzadas me contemplaba profundamente afligido, haciendo esfuerzos supremos por contener el llanto de su corazón bondadoso, que trataba de asomar á sus ojos.

—Padre, exclamó la santa mujer que me trajó en sus entrañas, retorciendo sus manos convulsivamente; ¿qué habla mi hijo infortunado? ¿Qué dice del espíritu de Miguel? ¿quién es ese espíritu supremo, quién es esa malvada mujer que me lo ha perdido, que ha muerto su alma y su cuerpo; quiénes son los hijos de la viuda, y qué infernal progreso es ese de que habla el infeliz?

El Padre Ignacio agitó tristemente la cabeza, y murmuró:

—¡Desdichado, Pio! ¡Cómo te han fanatizado esos malvados seductores de la juventud!

—Déme V. una palabra de consuelo, porque mi pobre corazón agoniza.

—El Dios que ha muerto para darle la vida eterna; el Dios que le ha redimido con su sangre; el Dios á cuya Madre lo has consagrado, Carmen, y

que ve vuestras amargas lágrimas, y oye vuestras humildes y fervorosas súplicas, ese Dios de misericordia no le dejará perecer. Roguemos por él, hijas mías, roguemos y hagamos rogar por el pobre extraviado.

—Morir, y morir eternamente, qué horrible, qué espantoso destino! No gozar de Dios, no ver nunca su infinita hermosura, aborrecerle y maldecirle siempre, siempre!... esto horripila, esto hiela la sangre de mis venas!... Y si mi hijo muere en este estado, ese hijo que eduqué con tanto cuidado para Dios, se perderá invariablemente!... Acuérdate, Corazon adorable de Jesús, acuérdate de las agonías que te desolaron en la cruz, cuando te viste abandonado de todos, y por ellas, Señor misericordioso, compadécete del infeliz que blasfema de tí cuando va á morir; compadécete de esta infortunada madre que desolada te pide la conversion del hijo de sus entrañas; no te pido ya su vida, Señor, te pido solo un rayo de luz para su inteligencia, un rayo de misericordia para su corazon; te pido en mi amarga agonía, no permitas que muera enemigo tuyo.

Mi madre postrada de hinojos á los piés del lecho de mi dolor lloraba á mares, y tenia fija su mirada suplicante en una imágen del Sagrado Corazon que trajera el Padre Ignacio aquel mismo dia, imágen que era todo su consuelo y toda su esperanza en aquella hora suprema. El Padre Ignacio y María se hincaron tambien de rodillas, para pedir fervorosamente al Corazon amoroso de

Cristo, si no mi salud, cuando menos mi conversion. El Dios de bondad no podia oir indiferente aquellas súplicas, y si no las atendia desde luego, era solo para que se mostrara con mas evidencia su inagotable misericordia.

De pronto mi hermanita se levantó como cediendo á una inspiracion súbita. Estaba trasformada; parecia un ángel: un destello de divina luz brillaba en sus ojos y en su demacrado rostro. Abandonó el lado de mi cama, y presurosamente llegué á una mesita de la que tomó un frasco vacío; mirólo contra la luz, y viendo que quedaban aun en su fondo algunas gotas de un líquido trasparente y claro como el agua, con la sonrisa de la esperanza en los labios, con lágrimas de tierno consuelo en los ojos, vino presurosamente á la cabecera de mi lecho, miró al Padre Ignacio y á mi desconsolada madre, y con un acento extraño, como sobrenatural, dijo:

— Va á manifestarse la gloria del Corazon de Jesús por medio de su Madre Inmaculada. Si Pio no se convierte vivirá para convertirse.

Y vertiendo las gotas del agua milagrosa sobre mi frente, con voz imperativa y sobrenatural, dijo:

— En nombre de la Inmaculada Virgen de Lourdes, Pio, levántate!

Tan luego como hubieron caido sobre mi frente aquellas gotas de agua, sentí en la cabeza, como si me arrancaran de cuajo yo no sé qué; di un gran grito; aquellos corazones se abalanzaron á mi cama, pensando tal vez si habia muerto, y

juzga de su inefable consuelo cuando vieron que me sonreía, me incorporaba y les decía que me hallaba perfectamente bien, no sintiendo otra molestia que una extrema debilidad.

— ¿Qué ha pasado por mí? pregunté extrañado, pues no recordaba absolutamente nada de un momento antes.

Todos lloraban; todos elevaban sus corazones á la Virgen Santísima para darle infinitas gracias por el milagro que acababa de obrar á mi favor, y eran tanto los sollozos de gratitud que embargaban su voz, que no pudieron por de pronto contestarme. Yo extrañaba mucho la escena que se representaba en torno de mi cama, y tal vez me impacientaba ya por no obtener contestación á la pregunta que hiciera, cuando el Padre Ignacio me dijo:

—Pío; la Inmaculada Madre de Dios acaba de salvarte por un milagro. Hace un momento que delirando y blasfemando te hallabas á las puertas de la muerte, y no había remedio para tu cuerpo ni para tu alma, pero el Corazón divino de tu Redentor y nuestro, compadecido de tí y del desconsuelo de tu madre y hermana, ha querido inspirar á ésta que derramara sobre tu frente algunas gotas de agua de Lourdes, y en el mismo momento te han serenado, y no dudo de que has curado. ¡Dichoso tú si volviendo los ojos á la Virgen tu salvadora, y á tu Redentor Jesús, procuras seguir por la senda que tu interés y tu gratitud deben trazarte!

—Ello es cierto; dije como para mí; que hace un momento yo no tenia conciencia ni siquiera de mí mismo; ello es cierto que de pronto he sentido como si arrancaran de cuajo no sé qué cosa que tenia profundamente hundidas sus raíces por todo mi cuerpo, y especialmente en mi cabeza, y que esto me ha hecho dar un grito de dolor, porque me parecia que me arrancaban á la vez todos los nervios; ello es cierto que no recuerdo nada de un momento antes, y que no sé cómo explicarme lo que me ha sucedido, pero un milagro... un milagro y en mi favor...

— Pretenden hacerlos los espiritistas evocando los séres que descansan en el Señor y se negaran á la religion de Cristo. ¿Pretenderán hacerte creer que tu santo padre ha dejado su descanso eterno para aconsejarte lo que te ha puesto al borde de la muerte temporal y eterna, y cuando estás tocando el que en tí ha obrado la Madre de Dios, dudarás, infeliz, del verdadero milagro? me dijo el Padre Ignacio con energía y dulzura.

Yo callé, pero dudaba, ¡desdichado de mí! dudaba de que la Madre de Dios hubiese podido devolverme en un momento la salud, mas ni estaba en disposicion de esponer y defender mis dudas, ni aquel momento era para ello momento oportuno. El bondadoso jesuita, tan acostumbrado á leer en el corazon humano, vió lo que estaba pasando por mi espíritu pervertido, y procuró ahogar un suspiro de profunda pena. Poco despues entró el médico en mi cuarto, y su sorpresa fué

grande al mirarme incorporado, cuando creía verme en la agonía.

—¿Qué es eso? preguntó lleno de extrañeza despues de haberme tomado el pulso y examinádome atentamente. ¿Los muertos resucitan?

—¿Qué dice V.? preguntéle sorprendido.

—Que hace un par de horas estaba V. agonizando, Pio, y que ahora está tan bien como yo. No solo ha desaparecido la agonía, sino tambien la enfermedad, de tal modo, que no necesita ya mas que alimentos y un buen régimen de vida para reparar sus fuerzas.

—Doctor, ¿V. me engaña? ¿Esas palabras no son del género de aquellas que se dicen á los moribundos para que mueran creyendo que van á convalecer?

—Tanto está V. curado, Pio, que le faculto para comer lo que bien le parezca, y levantarse si se considera ahora mismo con fuerzas para hacerlo.

Aquellas palabras me impresionaron profundamente. ¿Era verdad lo que el médico me decia? ¿Era verdad que estaba perfectamente curado, y que el agente de mi curacion habian sido unas gotas de agua? ¿No era víctima de un piadoso engaño dispuesto por mi familia, de consuno con el médico, para hacerme volver con un simulado milagro á la religion de mi madre y de mi hermana?

Y mientras yo, ¡desdichado! me formulaba estas preguntas, el médico dirigiéndose á mi madre, que lloraba á mares, de gratitud al cielo y de pena viendo mi incredulidad, la dijo:

—Desearia, señora, me hiciese V. el obsequio de referirme la manera como Pio ha vuelto de la muerte á la vida, por que un cambio tan radical como opuesto á todas las reglas de la ciencia, me tiene completamente sorprendido.

—De manera, doctor; preguntó el Padre Ignacio con toda intencion; qué la ciencia no puede explicarse el cambio radical obrado en Pio?

—No; es un fenómeno singular, como el cual no registran otro los anales de la medicina.

—Y la medicina ¿no podia salvarlo?

—No: estoy persuadido de ello.

—Entonces la curacion radical é instantánea de Pio es un milagro en concepto de V.?

—¡Milagro!... ¡milagro!... ¿Y cree V. en milagros, Padre?

—No solo creo yo en ellos, sino que V. se ve obligado á reconocer uno en el repentino cambio del estado de Pio. No hace dos horas aun le ha encontrado moribundo; hános asegurado no haber en todo su cuerpo una gota de sangre que no fuese corrompida, y contestando á las preguntas de su afligida madre, le ha dicho que para que Pio volviese á la vida se necesitaba un milagro. De la misma opinion ha sido la junta de médicos, y cuando dos horas despues le ha encontrado no solo fuera de peligro, sino completamente curado; cuando V. cree que la medicina no podia devolver la vida que huia de Pio, y encuentra tan bien como está V. al moribundo, por Dios no rehuse dar el nombre de milagro á lo que toca y ve;

por Dios no rehuse V. dar á esta repentina y radical curacion el mismo nombre que le daba cuando nos decia que solo podia curar por milagro.

—Es que la ciencia... objetó el médico algo desconcertado por las razones del padre Ignacio.

—La ciencia ha declarado hace poco por boca de la junta de médicos, y ahora mismo por boca de V., que era impotente para devolver la vida á un cuerpo que no tenia en las venas otra cosa que pus en vez de sangre, y la ciencia habia venido ahora á esta casa, en la persona de V., no para asistir á un moribundo, sino para consolar á la familia. Por Dios, querido doctor, demos á las cosas sus propios nombres, y no queramos negar á Dios el poder que tiene de devolver la vida á los muertos.

—Realmente; dijo entonces el médico; si eso no es un milagro, es una cosa muy singular, es un fenómeno como el cual no registran otro los anales de la medicina.

—Pero los registran á centenares los *Anales de Nuestra Señora de Lourdes*; indicó mi santa y bondadosa madre.

—¡ Ah! ¿ ha sido con el agua de la fuente de Lourdes que han obtenido Vds. tan lisongero resultado?

—Sí, señor; contestó mi madre.

—Realmente esa agua obra, segun dicen, curas estupendas, y muy salutíferos principios debe contener para ello.

— Sí; el principio salutífero por excelencia; la bendición de María, Madre de Dios, que la hizo brotar para devolver la salud á los que teniendo-la perdida se la imploraran; y si no, doctor, ¿cómo se explica que unas pocas gotas de esa agua santa, caídas sobre la frente de Pio le devolvieran en el acto la vida y la salud? ¿Cuál es el específico conocido por la medicina que obra de tal manera?

— Es V., padre Ignacio, un defensor decidido del agua de Lourdes.

— Es ella la que se defiende, amigo mio; yo solo relato los hechos. La prueba está patente, y V. menos que nadie puede negarla.

— No niego que sea ésta cosa muy singular, y superior á todos los cálculos y datos de la ciencia.

— Pero no quiere darle su verdadero nombre; no quiere hacer justicia á la Madre de misericordia confesando que ha obrado un milagro en la persona de Pio.

— Es que esa palabra alarma en nuestros dias, y le pone á uno en ridículo.

— Tristes tiempos, amigo mio, serán los que corremos, cuando un hombre probo y grave teme ponerse en ridículo dando á las cosas su verdadero nombre. ¡Ah! los buenos temen ponerse en ridículo llamando por sus nombres á las cosas que vienen de Dios, pero no temen por cierto ese ridículo los que tributan culto al diablo por medio de las abominables evocaciones del espiritismo! Estos publican los milagros diabólicos con voz al-

ta, y con la frente serena; estos pretenden hacer creer que los muertos dejan el lugar de su reposo para responder á las impertinencias del primero de los vivos que quiera consultarles, mientras que los católicos no nos atrevemos á decir, por ejemplo: Pio estaba moribundo; no tenia una gota de sangre buena en el cuerpo; los médicos mas afa- mados y hábiles de Barcelona habian declarado dos horas antes que la muerte era fatalmente inevitable para dentro de poco; á María, llena de fe en la Madre de Dios le ha dado la inspiracion de verter sobre la frente del moribundo unas gotas de agua de la fuente milagrosa de Lourdes, y en el mismo momento ha quedado perfectamente curado Pio, sin que la ciencia pretenda explicar la curacion! Si esto no es milagro, que me digan qué cosa lo es, y si un hecho tan sorprendente no ha de publicarse por su propio nombre, por temor al ridículo, á qué hablan los hombres de los fue- ros de la verdad?

— Es cierto, es cierto, padre Ignacio; pero qué le hará? Y quien hace caso del espiritismo, que es la hechicería de nuestros abuelos, á la que se ha dado un baño de ilustracion moderna? El espiri- tismo es la escuela de la locura: las salas donde los espiritistas se reunen son las antecámaras de los manicomios, y no hay hombre de espíritu rec- to que se deje arrastrar por sus malvadas ó necias evocaciones. Cómo puedo tolerar yo ser juguete de un espíritu burlon? y cuando tengo mi espíri- tu, cómo he de permitir que me dirija otro á

quien no conozco, y de quién ignoro si es sério ó burlon?

Yo escuchaba atentamente la conversacion sostenida por el padre Ignacio y el médico, que en vista de mi estado hallábase indeciso y vacilante, y aquella conversacion, prolongada por la sabia y santa táctica del bondadoso jesuita, disipaba mis dudas, y me llenaba de confusion ante mi indigna correspondencia á la bondad inagotable de Dios. Las palabras del médico sobre el espiritismo, y el supremo desden con que acababa de tratarlo, me dispusieron poco en favor de las fantasmagorías espiritistas, puesto que para mí y para muchos *espiritus fuertes*, gozaba el doctor de gran fama de despreocupado.

— Y bien; quieren tener Vds. la bondad de referirme lo que ha pasado aquí, y la manera cómo se ha producido este hecho, que si no es milagro lo parece mucho? Preguntó el doctor.

— María, nadie como tú podrá satisfacer el justo deseo del señor. Refiérenos lo que ha pasado por tí, y dínos cómo te ha venido la inspiracion de verter sobre la frente de Pio aquella agua saludable; dijo el padre Ignacio á mi hermanita.

María se sonrojó, porque aquella relacion la obligaba á levantar una de las puntas del cándido cendal que cubria su hermosa alma, pero pensando, con justicia, que de su relacion habia de resultar gloria á la Madre Inmaculada de Dios, habló, con voz conmovida é insegura, á causa de las emociones que dominaban en aquellos momen-

tos solemnes su corazón incomparable, y dijo:

—La conmovedora súplica que el alma angustiada de mi buena madre ha dirigido al Corazón adorable de Jesús por la salud espiritual y temporal de mi hermano Pio, ha producido en mí un efecto extraño, indecible. En aquel momento me ha parecido oír una voz celestial que me decía: Aun te quedan algunas gotas del agua de la fuente de la Madre de misericordia; viértelas en la frente de tu hermano, é invoca el nombre de María, porque ella le curará..... Esta voz era tan dulce, tan llena de esperanza, si no de seguridad; era al mismo tiempo tan enérgica, que sin poderlo evitar me he levantado, he tomado la botellita donde quedaban algunas gotas aun del agua milagrosa de la fuente de María, é invocando el nombre santo de la Virgen Inmaculada, las he derramado sobre la frente de Pio, segura, con una seguridad absoluta, de que la Madre de Dios le devolvería la salud, ó cuando menos la razón, para que pudiera reconciliarse con Dios antes de morir, y espirar en el ósculo del Señor. El grito que ha dado Pio, léjos de hacer vacilar mi fe la ha confirmado, y tenía razón en confiar, porque en aquel momento la Virgen Inmaculada arrancaba de raíz la enfermedad mortal de mi pobre hermano, para dejarle completamente curado. Cuando he visto que se incorporaba, y que su mirada era lucida y serena, no he podido evitar el caer de rodillas, para dar con lágrimas de ternura las gracias á la Reina de los ángeles, por ha-

berse dignado mirar con ojos de misericordia al hermano de mi corazon, devolviéndole la salud en el momento en que esperábamos verle agonizar. Esto es todo lo que sé, y no dudo que el Corazon adorable de Jesús, invocado tan tiernamente por mi pobre madre, ha sido el que me ha hablado, ha sido el que me ha dado fuerza, ha sido el que me ha infundido la fe que me animaba, aquella fe absoluta que se necesita tener para que se obren los milagros.

María bajó humildemente la cabeza, y procuró evitar las miradas que la dirigíamos. Aquel ángel de mi vida estaba profundamente corrido y avergonzado por haberse visto en la necesidad de referir el hecho de mi curacion con las palabras con que lo hiciera, para que no dejara de tributarse á Dios toda la gloria que le era debida por un hecho tan insigne.

Mi madre lloraba enternecida, y sus lágrimas eran el himno de la gratitud que su alma elevaba al cielo por haberle dado el consuelo de semejante hija, y haberme devuelto á mí la vida de un modo tan sobrenatural: el padre Ignacio consideraba las vias porque conduce el Señor á sus criaturas; yo me hallaba confundido y corrido porque el remordimiento levantaba su poderosa voz en el fondo de mi alma. El médico estaba pensativo y meditabundo, como quien resuelve un árduo problema. Luego dirigiéndome la voz me dijo:

— Y por qué ha dado V. aquel grito, Pio?

— Por haberme parecido que por unos momentos me arrancaban de cuajo todos los nervios, todo el espíritu de vida que habia en mi cuerpo, y no vacilo en asegurar haber padecido mas durante aquel momento, de lo que hubiera padecido en el instante supremo de la muerte. Despues me ha quedado tan despejada la cabeza, tan bien mi cuerpo todo, que si me hubiese atrevido, hubiera pedido permiso para dejar la cama. Desde entonces, y á pesar de las emociones que he debido experimentar, estoy tan perfectamente bien, que á cada momento me convengo de que es mucha verdad lo dicho por V. doctor, esto es, que estoy tan bien como V. mismo.

— Entónces se levantaría V. ?

— Quiere darme su permiso ?

— No tengo ningun inconveniente. Necesito persuadirme de su completa curacion, y voy á ver si el milagro puede llamarse tal.

Las mujeres salieron de mi cuarto, quedando en él el padre Ignacio y el médico. El primero estaba satisfecho, el segundo continuaba visiblemente preocupado. Parecia que á su pesar se le presentaba la resolucion de un importante problema, y que una fuerza misteriosa y oculta le obligaba á fijarse en su estudio para que lo resolviera. Conoció el sábio jesuita lo que pasaba por el alma del doctor ? llegó á penetrar la naturaleza del problema que resolvía el médico ? Es muy posible ; por eso era tan grande su complacencia en aquella circunstancia.

Mientras tanto me vestía con soltura tal como si nunca hubiese estado enfermo, y cuando ya corriente iba el médico á ofrecerme su apoyo para que diera algunos pasos por la habitacion, yo que me sentia ágil, pero débil á consecuencia de las dietas y sangrías, le supliqué me dejára libre, y si bien con paso vacilante recorrí dos ó tres veces la habitacion.

— Siéntese V., Pio, y hablemos.

Tomé asiento en una butaca, y el doctor y el padre Ignacio sentáronse junto á mí en el sofá. Aquel me tomó el pulso y me estuvo examinando largo rato.

— Parece V. un chico que no ha comido en una semana; me dijo chanceándose.

— Como quiera que al pobre hace almenos siete dias que le tiene V. en rigurosa dieta: observó el jesuita con jovialidad. Me parece que de hoy en adelante está en el caso de protestar contra la tiranía del médico.

— Lo mismo se le figura á mi estómago, que tiene el apetito de un cosaco; dije yo, que me sentia alborozado, con un alborozo puro y comunicativo, cual el de quien ha recobrado la salud del cuerpo, y no está tal vez muy léjos de recobrar la del alma.

— Con qué; comería V.? preguntóme el discípulo de Galeno.

— Oh sí!

Estos dos monosílabos, pronunciados por mí con una entonacion particular, les parecerían á

mis respetables amigos el poema del hambre, cantado por un hombre muy feliz, porque se echaron á reir. Oyendo su alegre carcajada las pobres de mi madre y hermana, que temblorosas por la emocion de la felicidad esperaban á la puerta que las llamaran, no pudieron contenerse por mas tiempo, y preguntaron si se podia pasar.

— Adelante, señoras, adelante; les dijo el padre Ignacio.

Ambas entraron á la vez; ambas se arrojaron á mis brazos; ambas á un mismo tiempo pusieron sus lábios en mis mejillas, y las lágrimas de los tres se confundieron en una misma lágrima, que el ángel de la guarda de aquellas santas mujeres presentaría ante el trono de la Madre de misericordia, como el tributo mas puro de la gratitud de sus amantes corazones.

Pasados algunos momentos, el padre Ignacio puso fin á aquella escena diciendo:

— Hijas mias, el hombre no vive solo de emociones, y Vds. en su felicidad se olvidan que tienen en sus brazos á un pobre chico que gasta el apetito de un cosaco que no ha comido en toda una semana.

Todos nos reimos con esa alegría pura, que nace de la felicidad, y María en su contento, me dijo:

— Bueno; iré á prepararte yo misma las viandas que mas te placen. Oh! ya verás, hermano mio, como se luce hoy la pobre María.

— Alto ahí; exclamó el médico. Y no ha de pe-

dirse el consentimiento de la ciencia para el caso?

— Y es acaso la ciencia quien ha dado á Pio el apetito de un cosaco, como dice el padre Ignacio? preguntó risueña la hermana de mi alma.

— Pero la ciencia está aquí para dar testimonio de la verdad, y el médico no se despedirá hasta mañana. No se impacienta, pues, señorita, y resignese á estar bajo la férula de las órdenes del médico, siquiera por un dia mas.

Luego volviéndose á mí me preguntó:

— Bueno; estoy dispuesto á permitir al señorito la comida, pero con una condicion.

— Aceptada, aceptada.

— Que ha de comer todo lo que se le antoje, y en la cantidad que le parezca bien. ¡Qué barbaridad! exclamarán tal vez Vds.; pero, señores, yo tengo una duda, y se me ocurre resolverla; estoy repasando una suma, y me falta solo este dato para convencerme de que han sumado Vds. bien.

— El dato no faltará, doctor; dijo el padre Ignacio; estoy de ello tan convencido, como de que no es V. un matasiete, por mas que se empeñe en llevar una espada por alfiler en la corbata.

El experto jesuita sacó entonces con toda intencion su reloj, pendiente de una de esas cadenas que por ser imitacion de aquellas en que estuvo amarrado en la cárcel el Príncipe de los Apóstoles, se llaman *cadenas de San Pedro*, y despues de haber mirado la hora volvió á ponerlo en el bolsillo, mientras el médico decia:

— Yo presenciare la comida ; tráiganla lo mas pronto posible al pobre Pio, y si el dato no falta, entonces, Padre, me permitiré proponer á V. un cambio, que sea un recuerdo inviolable para los dos de este dia, del motivo que nos tiene reunidos aquí y de la conversacion y discusion que hemos sostenido.

— Y ¿qué cambio es este? Veamos; observó alegremente el Padre; por que si yo he de salir perdiendo, no me conviene.

— ¡Quizá, quizá!... El cambio es el de la cadena de su reloj por el alfiler de mi corbata.

— ¡Cadenas en estos tiempos de libertad! ¡Cadenas de San Pedro, amigo mio, V., el hombre de la ciencia, el hombre de mundo!... Cadenas cuando nos gobierna *esa espada*, símbolo de la felicidad que desborda hoy el mundo por sus cuatro costados, ó si quiere V., por sus cuatro puntos cardinales!... Está V. loco, amigo mio? está V. loco? Deje V. las cadenas para aquel á quien el siglo llama *intrigante jesuita*, por que en mi reloj están tan en su lugar, como esa espada está en el suyo clavada en la corbata de V.

— Y con todo, ahí verá V. que raro capricho el mio: hace poco estaba ufano con llevar una espada por alfiler en la corbata, y se me antoja trocar esta espada, símbolo de la libertad moderna, por esa cadena, y la cruz que de ella pende, y los grillos y todos esos adminículos, emblema de la terrible y espantosa tiranía de la época en que las gentes creían en Dios y en los milagros, y se lla-

maba brujos y brujas á los espiritistas, y en que los tahures y charlatanes habian de alimentarse del hambre, y honrarse con el desprecio de las gentes, fanatizadas, eso sí, por creer en Dios y en los milagros.

— Acepto, y haga V. cuenta, amigo mio, de que me ve ya pavonearme con la espada del hijo del siglo de las luces; (el padre Ignacio cambió una sonrisa de inteligencia con el doctor); como yo hago cuenta de que le veo oprimido por el peso enorme de esta cadena del hijo... ¿á qué no decirlo? del hijo de la cruz, hoy objeto de befa y escarnio para muchos desdichados, partidarios inconcientes de esa espada, que al fin y al cabo es un instrumento de muerte y destruccion; de esa espada, merced á la cual se quiere edificar, sin tener en cuenta que es un instrumento y un emblema de ruina.

— Con todo, Padre, debo advertirle antes que mi espada puede costarle cara.

— Tan cara como á V. mi cadena, doctor: replicó el jesuita con una sonrisa muy significativa.

— En tal caso quedaremos en paz.

Y dicho esto, el médico volviéndose á mí me preguntó:

— Y ¿cómo estamos?

— Perfectamente bien, pero no tengo la cabeza tan segura que pueda acertar á descifrar el logográfico que les ocupa á Vds.

— ¿Qué importa? Dichoso V., Pio, si siempre se

halla en el caso de no saber dar con la llave de estos fatales logogrifos.

Y diciendo esto el médico hacia, por parecer risueño, pero se conocia que le dominaba una pena profunda. Entonces mi madre y hermana me sirvieron una comida muy abundante, que yo devoré con el ansia y el afán de un hambriento, sin que me detuviera en examinar la clase de viandas que se me presentaban, las cuales me parecieron todas excelentes. Todos me miraban complacidos y en silencio, mientras que yo miraba solo al plato, cuyo contenido despachaba con una rapidez extraordinaria. Las viandas se concluyeron, y el médico preguntó:

—¿Qué tal?

—Me parece que comeria mas aun.

—¿Mucho mas?

—¡Oh! sí; ¡mucho mas! contesté con el aire mas natural del mundo.

—¡Jesús! exclamaron asombradas mi madre y hermana, que no comprendian las pobres como habia podido sepultar en mi cuerpo tanto alimento.

—Bien; se hace preciso que guarde el apetito que le queda, para mejor ocasion, pero le advierto, Pio, que en adelante procure moderar su comida, porque si se ha terminado la enfermedad de la cabeza, no seria nada extraño que empezara una en el estómago, á proseguir V. comiendo como acaba de hacerlo. La Madre de Dios permite

á los médicos que hagan pruebas, para que se convenzan de que no hay médico mas bueno, mas inteligente y mas sabio que ella, pero quiere tambien que aquellos á quienes ella ha curado tengan un poco de juicio.

Luego se levantó, diciendo:

— He pasado aquí mucho mas tiempo del regular, pero no me pesa, porque voy obteniendo el dato que busco; mañana, padre Ignacio, tendré ese dato, y para mañana á estas horas vuelvo á citarle á V. Entonces trocarémos V. su cadena, y yo mi espada. Mientras tanto, vea V. como me propongo cumplir mi palabra: guardaré para V. el alfiler de mi corbata en la cartera; será mas fácil que no lo pierda... Adios, señores; añadió saludando; adios, Pio, y permítame le diga que tenga por la Madre de Dios, siquiera la misma gratitud que hubiera tenido por mí, si hubiese sido yo, como ha sido ella, quien le ha arrebatado á los brazos de una muerte segura.

— Entonces; le pregunté: ¿cree V., doctor, que lo que me ha pasado es un milagro?

— Mañana tendré el último dato para contarle: si digiere V. bien la enorme cantidad de alimentos que ha tomado, será imposible resistir á la evidencia.

— Y ¿qué régimen debemos seguir? preguntaron mi madre y mi hermana.

— ¿No han llamado Vds. acaso un médico del cielo? Pues, consulten Vds. con él; yo nada tengo que hacer aquí.

Y dicho esto se retiró. Estaba profundamente impresionado, y en verdad que no había para menos, si tenemos en cuenta el milagro obrado en mí, y la misteriosa conversacion que sostuvo con el padre Ignacio sobre la espada y la cadena.

Al dia siguiente volvió. El padre Ignacio y mi familia, dichosa y sonriente, le esperaban sentados á mi lado en mi habitacion. Yo me encontraba, si bien que algo débil, tan perfectamente como nunca habia estado en mi vida. Habia hecho no una, sino dos digestiones, y dormido toda la noche de un tiron. La alegría asomaba á mi rostro, la salud empezaba á teñirlo con las sonrosadas tintas de mi infancia; estaba ágil, locuaz, y tenia ganas de reir y hasta de retozar como un niño.

— ¿Qué tal estamos? me preguntó el médico.

— Doctor; tan perfectamente bien como el que goza de mas buena salud en Barcelona. He hecho dos veces magníficamente la digestion, he dormido como un liron toda la noche, y tengo verdaderas ganas de dar un paseo.

Examinó atentamente mi pulso, y luego sacando la cartera dijo al padre Ignacio:

— Aquí está el alfiler de mi corbata; venga la cadena de su reloj.

— Sea; contestóle el prudente jesuita, pero con una condicion.

— Dígala.

— Que ni V. por ahora ostentará esa cadena, ni yo conservaré el alfiler mas que como el recuerdo de un milagro.

— De dos; sí, de dos, señores; añadió volviéndose á nosotros el médico; porque han de saber que se han obrado aquí dos portentos; el primero, es el que Vds. conocen; el segundo, es el que me callo; pero no duden que se han obrado dos portentos, dos verdaderos milagros aquí... Padre Ignacio; continuó; nos volveremos á ver pronto, porque debo hablar largo rato á solas con V..

— En esta tarjeta hallará V., amigo mio, las señas de mi domicilio, y no necesito encarecerle con cuanto gusto recibiré á V. en mi humilde habitacion.

Iba á retirarse el médico, cuando yo, que vacilaba en proponer un deseo vivísimo que me animaba, me resolví á hablar.

— La última palabra sobre mi estado, amigo mio: Desearia emprender un viaje algo largo, y quisiera conocer lo que opina V. sobre el particular.

— ¿Un viaje? exclamaron sorprendidas mi madre y mi hermana.

— Sí: ¿No es la Inmaculada Virgen de Lourdes quien me ha devuelto la salud y la vida? Pues entonces me parece natural que el enfermo y las enfermeras vayan á postrarse á las plantas de la Virgen Inmaculada, para darle gracias por la misericordia que ha obrado en mí.

Aquellas dos santas mujeres me abrazaron y cubrieron de besos y de lágrimas, mientras que el padre Ignacio apretaba mi mano conmovido. Acaso veían en mis palabras la resurreccion de mi al-

ma, y por ello me daban tantas muestras de ternura aquellos corazones incomparables. Yo estaba contento y satisfecho de mí mismo. Parecíame que acababa de vencer al mundo; me parecía que desechando el tonto respeto humano, que me dominara hasta aquel momento, acababa de entregarme á Jesucristo, y mi alma lloraba tambien por mis ojos lágrimas de consuelo y de inefable dicha. El médico apretando afectuosamente la mano que me quedaba libre, conmovido tambien me dijo:

— Puede V. emprender ese viaje de aquí á cuatro dias, pero no olvide que acaba de curar de una gravísima enfermedad, y que Dios nos ha dado el juicio para que nos utilicemos de él.

Retiróse el médico, y despues lo hizo el padre Ignacio, quien me dijo con acento de bondad suma:

— Pio; que este dia solemne no se borre nunca de tu memoria: escríbelo en tu corazon con letras de amor y gratitud á la Madre de Dios, porque es mas fácil volver la vida á un cadáver, que volverla á un alma arrebatada por el torbellino de la impiedad, y muerta para Dios.

Yo besé la mano del padre Ignacio, que nos dejó para que empezáramos á echar planes, y disponer las cosas para la espedicion que íbamos á emprender dentro de cuatro dias.

XIII.

LA OVEJA EN EL REDIL.

Los días felices de mi infancia habían renacido para mi familia, como renace la naturaleza, cuando sacudida la escarcha, y despedido el frío por la fuerza benéfica de los rayos del sol, se presenta la risueña primavera vestida de tiernas hojas y adornada de primorosas flores. Aquello era una nueva vida, un nuevo ser, una purísima alegría, sombreada tan solo por las trazas que en la naturaleza debilitada de mi pobre madre dejara la enfermedad lenta que la consumía, producida por las amarguras y los disgustos con que la abrevara durante algún tiempo mi extraviado corazón.

— ¡Pobre madre! decía yo á mi bondadosa hermana. Cuando pienso que soy yo el que la ha puesto á tal extremo, un pesar amargo se apodera de mi corazón y suspiro y lloro. ¿Quién la devolverá á nuestras almas amantes cuando la hayamos perdido?

— ¿Por qué si los pesares la han puesto enferma, hermanito mio, no han de volverle la salud las satisfacciones? Las hojas que hace brotar en los árboles la primavera, es cierto que caen en el invierno, pero mientras quede el árbol, y en él

haya savia y vida, la nueva primavera no solo le vuelve á cubrir de hojas, sino tambien de flores... Por otra parte, ¿á qué affigirnos? ¿No vamos acaso á Lourdes? ¿No nos ha mirado la Madre de Dios con un cariño especial? ¿Ha oido nuestras súplicas por tu salud, y dejará de oir las nuestras cuando la imploremos por la de nuestra santa madre?

— ¡Qué ingrato, qué cruel, qué malvado he sido, María; y cómo he torturado vuestros corazones! ¡Oh! se necesita tener mucha virtud para perdonarme, y para seguir amándome con la ternura con que me amais!... Infames compañeros, que separándome de Dios, me habeis convertido en verdugo de la mas buena de las madres y de la mas dulce de las hermanas; recuerdos de perdicion que me habeis puesto á las puertas de la muerte corporal y eterna, y que tantas lágrimas habeis hecho derramar á la madre y á la hermana de mi corazon, apartaos para siempre de mí! Mas ¡ay! que un temor espantoso, María, tiene alborotada mi alma! yo me libraré de mis compañeros, no volviendo á reunirme con ellos, pero no sé libramme de mi corazon; de mi corazon que va conmigo; de mi corazon que grita en el fondo de de mi pecho trayendo á mi memoria recuerdos malditos, que alborotan y enturbian las cristalinhas y puras aguas de mi dicha!

— Pio, hermano mio; un esfuerzo sobre tí mismo, confianza en el cielo, y vencerás.

— ¡Ah! ¿por qué la Madre de Dios al devolverme la salud del cuerpo, no ha borrado de mi al-

ma el recuerdo funesto de aquella mujer? ¿por qué no ha apagado el fuego de amor, la pasión vehemente que ruge en mis entrañas?

— Y ¿para qué, hermano mío, te ha dado el Señor la fuerza de voluntad y la energía de carácter de que tales pruebas has dado más de una vez? Dios permite las tentaciones, para que venciendo-las hagamos méritos, y conquistemos la corona del triunfo, que se nos dará en la gloria; su gracia asiste siempre al que la implora, y la bondad divina nunca permite que el empuje de la tentación sea superior á nuestras fuerzas. Si el hombre no fuera libre para obrar como quiere, ¿qué méritos haría para la gloria eterna de los cielos?

— Es verdad, es verdad: se necesita luchar para vencer, y la voluntad decidida es un arma invencible en manos de quien la maneja confiando en Dios. Por eso mismo yo me separaré de mis compañeros, y procuraré vencer en la lucha terrible que presiento me van á presentar de consumo el mundo, el demonio y la carne; pero, tú, dulce y bondadosa hermana mía, tú que has sido siempre mi ángel bueno; tú, cuyas oraciones tan poderosas son á los ojos del Señor, no me abandones; acuérdate de tu pobre hermano cuando te postres á las plantas de la Madre de misericordia, y ruégala, por caridad, me asista de una manera especial en el rudo empuje, en el tremendo asalto que presiento han de darme los enemigos de mi alma.

— No sé por qué has de hablarme de esa manera, Pio; no sé porque profanas el nombre de los ángeles aplicándomelo siempre; no sé porque has de tenerme en el concepto de una santa cuyos ruegos aceptos á Dios son siempre escuchados... Si supieras cuánto me sonroja y mortifica ese lenguaje, tengo por cierto que no lo emplearias. Valen poco mis oraciones, por lo cual siempre procuro acompañarlas de los méritos infinitos de Jesucristo, y por esto, sin duda, se ven muchas veces atendidas; pero valgan lo que valieren, yo que nunca te he olvidado en ellas; yo que al dirigirme al cielo he rogado antes por tí que por mí, procuraré redoblar mi fervor, procuraré ofrecer por tí al Altísimo con mas pureza de intencion los méritos del Corazon de Jesús, y si tú haces de tu parte lo que debes, no dudo que en breve tiempo tu alma gozará de paz, y tu corazon verá deshecha la tempestad que en él dices que ruje, y aparecerá á tus ojos el horizonte puro y limpio, brindándote un eterno y sereno dia de venturas y puras alegrías.

— María; gracias, gracias por todo.

Mientras estaba hablando de esta manera, uno de los criados me anunció la visita de Lázaro; de aquel lazo fatal que me tenían parado las sociedades secretas, que como he dicho ya, mostraban grande empeño en hacerme caer en su tenebroso abismo.

— ¿Le recibirás? preguntóme María llena de sobresalto.

— Sí; le recibiré.

— Pio, por amor de Dios, porque no sé que voz secreta dice á mi corazón que ese es el peor de todos tus enemigos.

— Confía en mí; Dios me asistirá. Por otra parte esta será mi última entrevista. Por lo mismo te suplico, hermana mía, que por unos momentos me dejes á solas con él.

Y dirigiéndome al criado, le dije:

— Que pase al recibimiento.

El criado desapareció, y mi hermanita, solícita y cuidadosa por mí, con acento tierno y suplicante me dijo:

— Al menos, Pio, deja que por esta vez sea el ángel de tu guarda; permite que te acompañe al recibimiento.

— Cálmate y no temas, María; pero lo que me pides no puede ser. Deja que lleve á cabo uno de los actos de energía de que poco ha me estabas hablando. Es preciso que mis antiguos amigos sepan que Pio obra con resolución y por convicción.

— Dios te asista.

— Vuelvo pronto, hermana mía.

Y abandoné mi cuarto para trasladarme á la sala donde recibíamos las visitas de cumplido. Allí estaba Lázaro examinando algunas pinturas que tal vez carecían de mérito artístico, pero que en cambio eran muy piadosas, y desde luego inspiraban un saludable recogimiento.

Cuando Lázaro me vió, afectando una grande alegría corrió á abrazarme, pero yo no correspondí á su abrazo mas que con una frialdad ceremo-

niosa y estudiada. Hízole tomar asiento, y entonces me dijo :

— Por lo que veo me llevaban engañado : habíanme dicho que estabas moribundo, y afortunadamente nada mas léjos de eso, por lo que me felicito y te felicito.

— No te habían engañado, Lázaro ; ayer á estas horas estaba muriéndome, y hoy ya ves que cambio tan radical se observa en mí.

— Dudaria de ello si no fueses tú quien me lo asegura. Pero ¿ cómo se ha logrado ese cambio ?

— Unas gotas de agua de Lourdes derramadas sobre mi frente por la santa mano de mi hermana, que invocaba á mi favor el auxilio y el amparo de María, Madre de Dios, me devolvieron en un momento la salud perdida y la vida que se escapaba de mi ser.

— ¡ Ah ja ! ¿ un milagro ? preguntó con entonacion y sonrisa sarcásticas.

— Sí ; un milagro evidente, un milagro palpable, pues no otro nombre puede darse á una curacion tan súbita é inexplicable ; repuse yo con firme entonacion, con seguridad absoluta.

— Cuando eres tú , hombre tan despreocupado, quien me lo dice ; y cuando lo que me cuentas ha pasado por tí , no me es posible dudar de la verdad de tu rotunda aseveracion ; pero si lo que me cuentas me lo refirieses de otro, entonces tal vez tendria lugar á pensar si ha habido en esa curacion súbita, instantánea, lo que los franceses llaman una *mistificación*, porque á la verdad, se juega muy fino en nuestros tiempos.

— Y el milagro ha sido doble; contesté con mas firmeza á sus malvadas insinuaciones.

— ¡ Hombre! exclamó afectando cierto asombro cómico y burlon.

— Sí, doble, ya que ha devuelto la vida y la salud al cuerpo y alma, que ambos tenia muy enfermos. Recuerdo que dias atrás me dijiste no desconfiabas verme llevando debajo del brazo la silla de tijera en que habrian de sentarse mi madre ó mi hermana cuando concurriera con ellas á los sermones de los oradores mas famosos, y me cumplí anunciarte que tu vaticinio va á cumplirse, pero antes debo dar un paso, y para el efecto me vienes como de molde. Quiero dar un adios á todo lo que amaba el día de ponerme enfermo, y espero de tu amistad que no te negarás á escusarme ante los que fueron nuestros respectivos amigos, porque como comprenderás muy bien, dado el estado de mi salud debo ahorrarme las mas emociones posibles, y siempre es una emocion eso de separarse para siempre los que se amaban.

— Y yo con gusto cumpliré tu encargo, deseoso de ahorrarte una emocion que podria serte fatal, pero ya que una vez he sido profeta, deja que en la mania de profetizar, te anuncie que si algun dia, con la cabeza mas serena, buscas á los amigos de quienes te despides, siempre mis brazos estarán dispuestos á recibirte.

— Agradezco la bondad; le dije inclinándome sarcásticamente.

Lázaro se levantó y se habia despedido de mí,

y estaba ya en la puerta del salon, cuando se volvió, y me dijo:

— Se me olvidaba un encargo, pero no sé ya hasta qué punto puedo cumplirlo.

— ¿Qué?

— Esta carta de un corazon que agoniza de amor.

Y sacó una carta, y me la presentó, al mismo tiempo que ponía los ojos escrutadores en mi rostro, para conocer el efecto que aquel malvado recurso me producía. Debo confesar que me conmoví profundamente, y que un ligero temblor, producido por la emocion que me embargaba, agitó mi cuerpo, al mismo tiempo que mi rostro se cubría de palidez mortal. Con todo levanté los ojos al cielo, implorando el auxilio de la Madre de Dios, y me sentí revestido de valor para rechazar la carta y decir:

— Dile á la mujer que te ha entregado esa carta, que no puedo admitirla; y como mentiría si negara que la amo aun, añádele que separándonos un abismo, haga por borrar mi recuerdo de su corazon, como yo haré por borrar del mio su recuerdo.

— Recíbela siquiera por delicadeza, aun cuando sea para arrojarla al fuego sin haberla leído, porque me parece una crueldad muy grande, y una manifiesta descortesía rechazar este papel.

— Cómo quieras llamarle: contesté encogiéndome de hombros.

— Salud, pues.

— Vete con Dios.

El criado le acompañó hasta la puerta, y como notara algunos bultos y cierto movimiento en la casa, Lázaro, obedeciendo al malvado pensamiento que le dominaba, preguntóle :

— ¿Se va de viaje?

— Sí, señor.

— ¿Muy cerca?

— No, señor; muy lejos. Esta mañana he recogido los pasaportes en la gobernacion.

— Entonces es para el extranjero.

— Para Francia. A Lourdes creo que vamos.

— ¡Ah! ya; por lo del milagro, ¿no es verdad?

— Así parece.

— Entonces que vaya bien, y que te diviertas mucho con los franchutes.

— Se hará lo posible, señorito; dijole el criado con cierto *sans fason*, pues para él un viaje á Francia era un acontecimiento de primera magnitud.

— Y ¿qué tal? ¿Llevamos el bolsillo muy repleto?

— ¡Ca! no, señor; en estos tiempos no se gana ni siquiera para botas.

— Entonces no te vendrá mal un regalillo. Toma.

Y le puso en la mano dos piezas de cinco duros. Extrañado el criado de tan singular prodigalidad no queria admitir los centines, pensando ser objeto de una burla, cuando Lázaro instó obligándole á recibir las monedas.

— Pero bien, ¿por qué me da V. este dinero, señorito?

— Para que te diviertas.

— Gracias mil, señorito, gracias mil; decia el criado deshaciéndose en cumplidos y reverencias.

Se habian ya despedido, y Lázaro bajado algunos peldaños de la escalera, cuando dándose una palmada en la frente volvió á subir, diciendo:

— Y ahora que recuerdo... En Lourdes debe estar tambien una persona amiga de Pio y mia; la escribiré, y como podria ser que se le ocurriese algo, estimaria te pusieras á sus órdenes; por supuesto; sin que nadie lo advierta, y sin faltar en lo mas mínimo á tus amos, y como es rica y generosa, es probable que pague bien tus servicios...

— Descuide V., señorito, descuide V., porque para qué estamos los pobres sino para ganar dinero sirviendo á los ricos?

Si hubiese tenido yo noticia de esta escena, el criado, contra la costumbre de mi familia, no hubiera dormido ya en mi casa, porque el criado que recibe dinero de otro que no sea su amo se ha vendido, y desde aquel momento inconcientemente ó á sabiendas conspira contra su señor.

Si te he referido la conversacion de mi ayuda de cámara con Lázaro, no ha sido con propósito de ocupar tu atencion con hojarasca, sino porque ello me evitará explicarte mas adelante ciertos hechos que sin esta inteligencia parecerían muy misteriosos, y tal vez sobrenaturales.

Cuando me hallé de vuelta á mi habitacion, me arrojé á los brazos de María, que estaba como

transformada como la viera algunas veces en los dias de mi infancia, y particularmente aquella noche en que á la luz de la luna me propuso morirnos del garrotillo para ir al cielo. Es que habia orado fervientemente, y su oración sin duda me dió las fuerzas necesarias para presentarme tan enérgico ante Lázaro, y rechazar aquella carta, para lo cual tan violento esfuerzo hube de hacerme.

— Tiemblas? me preguntó cariñosa. Estás pálido y conmovido.....

— Sí, María, sí; tiemblo, estoy conmovido profundamente, pero he cumplido la palabra que te habia dado. Me he despedido de mis amigos para siempre; he tenido valor para no avergonzarme de Cristo mi Redentor, y de María mi salvadora... y hasta he roto el lazo que unia mi corazón con aquella mujer á quien á pesar de todo, amo tanto.

— Pio, confía en Dios, que vendrá en tu ayuda, y no te espante el horizonte cerrado que se ofrece á tus ojos, porque alumbrarán para tí dias de inefable consuelo y alegría, dias serenos como los mas hermosos y límpidos de la primavera. Si esa flor de tu amor primero permite el cielo que se marchite, es porque quiere probar tu fidelidad, para hacer despues que brote otra flor purísima que rodee de encanto los dias todos de tu vida. Lucha, hermano mio, y vencerás.

— Sostenme, María, sostenme tú con tus plegarias, y con tus palabras, y con tu ternura, porque temo que si el asalto se repite, yo no sabré, yo no podré vencer.

— Vencerás siempre si pides á Dios las fuerzas que necesitas; vencerás siempre que no confíes demasiado en tus propias fuerzas; y si mi amor y mis oraciones pueden servirte de algo, hermano mio, aquí estoy yo para sacrificarte..... hasta mi vida; sí; repuso con fuerza y decision; hasta mi vida!

— Gracias, gracias, incomparable hermana mia..... Oye, oye la tremenda lucha que ha debido sostener mi corazon. Lázaro me traía una carta de aquella mujer, que ha envenenado los dias de mi existencia; Lázaro me ha dicho que era carta de un corazon que agoniza de amor, como agoniza el mio, y yo que me sentia desfallecer, he levantado el alma á Dios, y sintiendo que las entrañas se me dilaceraban, ni siquiera he querido tocar dicho papel. Ha instado para que lo recibiera, y me he mantenido firme en mi negativa; háme dicho que lo tomára, aunque sin leerlo lo arrojase al fuego, y me he negado tambien; me ha hecho notar que era una grosería lo que estaba haciendo, y tambien me he negado.... Y mientras me denegaba, una voz salida de mi rebelde corazon me decia: «Toma y lee ese papel; una mujer que vive de tu recuerdo se anticipa en él á hablarte de amor: oh! qué dulces y regaladas palabras ha vertido en él su alma enamorada; aquella alma que tú amas con toda la fuerza de tu vida; aquella alma que amas aun á despecho tuyo!...» Oh hermana mia, qué Dios bondadoso te libre de una lucha semejante!....

— Pobre Pio; mucho has debido padecer, pero el Señor á quien has pedido fuerzas para resistir, te las ha dado bondadosamente. Si en adelante vuelves á encontrarte en parecida situacion, levanta como hoy tu espíritu á Dios, y vencerás tambien, porque la misericordia del Eterno viene siempre en ayuda de la criatura que humildemente confiesa su debilidad, y le pide fuerzas para resistir la tentacion. No eches en olvido esta máxima, hermano mio, y serás feliz.

XV.

LOURDES.

Podíamos ir á Lourdes por Cataluña y por el Norte. El viaje por Cataluña era mucho mas económico, pero como gracias á Dios, nuestra posición era desahogada, preferimos tomar el camino mas largo, con ánimo de visitar antes dos santuarios españoles de fama tan universal como la del santuario de Nuestra Señora de Lourdes. Hablo de la Perla de nuestras montañas, de aquel santuario desde el cual vela la Virgen santísima por su amada Cataluña; de Montserrat, esa soledad admirable que convida á la oracion, que inspira recogimiento; de esa montaña perfumada, que eleva constantemente aromas y cantos al Señor que la ha hecho tan hermosa y mística, despues de haber arrullado y embalsamado el trono de María con ellos: hablo del Pilar, de aquella columna inmóvil bajada del cielo y traída á España por la Madre de Dios en vida mortal; de aquella columna sagrada, baluarte de la fe de nuestra patria, estribo inquebrantable de la religion de Cristo en España, roca fortísima, contra la que se han estrellado las olas de la persecucion de los tiranos desde Neron á Juliano el Apóstata, desde los go-

dos arrianos hasta los árabes mahometanos, desde los franceses de Napoleon hasta los revolucionarios de nuestra infortunada época. ¡Oh! ¡cómo plugo el plan de esta verdadera peregrinacion, propuesto por mí, á mi madre y á mi hermana! ¡Oh! ¡qué dulces emociones se prometian cuando pensaban que dentro de poco podrian derramar sus almas á las plantas de María en Montserrat, á las plantas de María en el Pilar, á las plantas de María en Lourdes! ¡Cuánta era su alegría; cuán puro su regocijo; cuán indescriptible su contento! La una acompañaría á su hijo, curado milagrosamente, á las plantas de la Madre de Dios; la otra á su hermano, y las dos confundirian sus latidos, sus oraciones, sus suspiros, sus plegarias, sus lágrimas, sus nobles y generosas almas, para pedir á la Virgen Santísima una sola cosa; la perseverancia de aquel hijo tan amado, de aquel hermano tan entrañablemente querido!.. Nobles y generosos corazones, cuán dignos erais de tener por hijo y por hermano á un ángel!... mas ¡ay! ¡el que habia sido y debia continuar siendo vuestro tirano, ángel era, pero ángel de la raza de los caidos, que al desprenderse de la luz y del cendal de la inocencia, se convertia para vosotros en lo mas execrable que la sociedad conoce, en el verdugo de vuestros amantes corazones!

Oramos en Montserrat, en uno de cuyos remansos fabricó Dios un nido de amor para su Madre, y no te diré lo que sintió mi corazon, porque tú sabes lo que pasa al que visita allí á la Virgen

Santísima; oramos en el Pilar, y es imposible te refiera lo que pasó por mí bajo las bóvedas del *Pequeño Vaticano*, á los piés de aquella Imágen sagrada, prenda de amor traída del cielo y dada á los españoles por la Madre de Dios, cuando respiraba aun la atmósfera de la tierra; oramos en Lourdes; pusimos los ojos bañados en dulces lágrimas en aquella cueva santa desde la cual dijo la Virgen á Bernardina: *Anda á la fuente, bebe de sus aguas y lávate en ellas*; y me pareció oír aun la voz misteriosa y maternal de María Inmaculada diciendo á los hombres: *¡Penitencia! ¡penitencia! ¡penitencia!* Parece que el eco de su celeste acento repercute aun en las ondulaciones sonoras de las rocas de Massavielle, y por esto allí aquella voz de penitencia hiere y conmueve profundamente el alma; y aquellas yerbas que crecen en el nicho á los piés de la Imágen, que con las manos plegadas y el rostro vuelto al cielo parece interceder aun por la tierra, aquellas yerbas cuando se mueven agitadas por el viento, parece que repiten aun al pecador, *¡penitencia! ¡penitencia! ¡penitencia!* y á los justos las otras palabras de María Inmaculada á Bernardina: *¡Besa muchas veces la tierra por la conversion de los pecadores!* Y ¿qué era yo sino un pecador abominable, el mas ingrato y malvado de los hijos? Yo ví que mi madre y mi hermana ponian sus lábios varias veces en el suelo, y á la vez que sus besos, ponian tambien sus lágrimas: yo pensé con razon que besaban al suelo pidiendo á la Madre de Dios obtuvie-

ra del Señor el perdón de mis pecados y mi perseverancia en el bien, y aquella humildad, aquel amor entrañable, aquel santo fervor, me hicieron exclamar:

—Madre de mi corazón; ¡compadeceos de este vuestro hijo, tan criminal como ingrato!...

Y luego puse mis labios y mi frente en el suelo, y besé aquella tierra bendita; y recé con fervor muchas veces el santo rosario; y no sabía apartar mis ojos de aquel nicho donde la Imágen ocupa el lugar mismo que ocupaba en él la Madre de Dios, durante las diez y ocho veces que apareció allí á una pobre niña, para llamar allí á todo el mundo, ya en persona, ya en espíritu; y no me cansaba de beber muchos vasos de aquella cristalina y abundante agua, algunas gotas de la cual, derramadas sobre mi frente algunos días atrás, me devolvieron la vida que se me estaba acabando. Allí quise pasar el día; allí quise pasar la noche... Noche solemne, misteriosa, arrobadora, que me diste á probar las emociones más dulces, más inefables, más celestiales y deleitosas de mi vida; noche santa, en la que estuve arrebatado por una especie de éxtasis; ¿cómo es posible que te borres de mi memoria, si tu recuerdo está grabado indeleblemente en las tablas de mi pecho?

Deja que la recuerde aquella noche de inefable ventura para mí. A mi lado estaba mi hermanita suspirando de dicha; á mis espaldas el Gave, cuyo murmullo era apacible, solemne y magestuoso; á mi izquierda la ciudad de Lourdes, proyectando

fantásticas y poéticas siluetas de caprichosos contornos; sobre mi cabeza un cielo transparente, azul, radiante, casi tan hermoso como el cielo de nuestra España, y en él nadando apacible y tranquila la plateada luna, como débil barquilla en las aguas de un mar sin playas; en el fondo, por una y otra parte, los Pirineos cerrando el paisaje, y entre sus gargantas gimiendo el viento fresco de la noche, que me llevaba recuerdos de Montserrat y del Pilar, puesto que soplabá de parte del vecino Aragón... Y allí; ante mis ojos, la blanca imágen de la Inmaculada Concepcion, rogando incesantemente al cielo desde el nicho de las apariciones, alumbrada débilmente y al escorzo por la clara luz de las velas que ardian en gran número dentro de la cueva... y la luz, llegada de la cueva al nicho de las apariciones por la abertura interior de este, proyectando en torno de la Virgen Inmaculada una aureola misteriosa, que á veces me figuraba ser los primeros destellos del nimbo celestial que rodea en la gloria á la Madre de clemencia. Si para completar el cuadro mezclás á todo esto la campanada que de vez en cuando se dejaba oír, bajando á la plazoleta de la gótica torre del templo que sobre la montaña se eleva á la gloria de María, y si á esta campanada mística mezclás el silvido ronco de la locomotora, que arrastrando largos trenes pasaba sin cesar á la otra parte del rio, haciendo retemblar el suelo, y repercutiendo á lo léjos en las ondulaciones de la montaña, el silvido estentóreo con que se anun-

cia, tendrás un cuadro pálido de aquella noche, y comprenderás el efecto que debia producir en mí, tan impresionable y soñador por naturaleza.

¡Cómo se elevaba el alma mia á la Virgen Inmaculada, en la quietud de aquella poética y apacible noche, poetizada aun mas por mi imaginacion y por mi corazon, quien en el brasero de mi pecho quemaba á la Madre de Dios el incienso de la gratitud! ¡Cómo suspiraba por ella, y viendo cuán indigno de ella me hicieran mis culpas, las lloraba, ganoso de atraerme una mirada suya que me dijera hallarme ya perdonado! ¡Cómo oraba por mi madre, cuya salud estaba tan quebrantada por mi culpa, y por mi hermana, tan digna de un amor eterno y delicado como ella! ¡Cómo pensaba en el Papa perseguido, en la España infortunada, y en la mas infortunada Francia! ¡Cómo rogaba por mis amigos, por mis enemigos, por aquellos que habian sido la causa de mi extravío, y por Lia, tan separada del redil de Jesucristo, tan entregada á la abominacion del espiritismo!... ¡Con cuánto interés la pedia á la Virgen Inmaculada que ó borrarse de mi corazon el amor de aquella mujer, ó la convirtiera para que pudiese unir sus destinos á mis destinos! ¡Cuántas veces, despues de haber orado con la frente y los lábios por el suelo, iba á la fuente á lavar mi mi pecho con el agua milagrosa, para ver si con ella lograba desalojar de allí aquel amor, ó borrarlo por completo! pero ¡ay! que no tenia la fe necesaria, y queria aquel amor que era mi tor-

mento, y debia ser mi perdicion, al mismo tiempo que imploraba de la Madre de Dios que me librase de él!... Con todo, no pienses que la Madre de misericordia me dejara sin inspiraciones saludables, no; porque cuantas veces la pedí me hiciera olvidar aquel amor, otras tantas me pareció oír una voz misteriosa que me decia:—«Invoca mi nombre cuando te asalte y combata esa pasion desastrosa, y yo si me llamas, acudiré prontamente en tu ayuda.» ¡Ay! ¡ojalá hubiese sido fiel á la voz de María Inmaculada! No llorarian mis ojos las lágrimas que lloran; no pesarian sobre mi conciencia los enormes crímenes que he cometido, y cuando vuelvo la mirada en torno mio para depositar mis querellas en pecho que me comprenda, no me veria tan tristemente solo, porque no me faltarian, no, los corazones de mi madre y de mi hermanita, (muertas por mi culpa), para brindarme en la copa de su inagotable ternura el licor santo del consuelo, que falta á mi alma porque no lo merece!... ¡Ay de mí!...

Al despuntar el alba nos reunimos con mi pobre madre, que á causa de su delicada salud, y del cansancio del camino, con pena se vió en el caso de no poder acompañarnos en la oracion de la noche ante la cueva milagrosa, y los tres juntos entramos en el templo de la cripta, para purificar nuestras almas en la piscina saludable de la penitencia, y recibir el Pan de los fuertes. Entonces oré con mas fervor; sentia que me animaba una vida nueva desde el momento de recibir á Je-

sús Sacramentado, y me creia con fuerzas para desafiar al mundo, al demonio y á la carne, porque conmigo, vertiendo á mares las mas puras delicias, estaba Aquel que es la vida y la fuerza de los que se las imploran. Cuando salimos de la cripta estaba risueño como el esplendoroso dia, como el azul firmamento, inundado por torrentes de luz, y recamado allá en el horizonte por unas blanquísimas nubes, que parecian copos de nieve.

— ¡Qué feliz soy! dije involuntariamente.

— ¡Cuánto mas dulces, y puras, y permanentes son las delicias con que brinda la religion al hombre, en el seno de la familia, que aquellas que se disfrutan en brazos de los placeres mentidos con que nos brinda el mundo para nuestra perdicion! observó mi buena madre, contenta tambien por ver restablecida la paz y la salud de mi alma, gracias á la Madre de clemencia.

— Sí; soy feliz, y solo una cosa amarga mi ventura; es el recuerdo de lo mucho que os he afligido; es el pensamiento de que si V., madre mia, no ha podido compartir con nosotros la dicha de la pasada noche, ha sido por mi culpa.

— ¡Por tu culpa! exclamó mi madre, olvidando generosamente cuanto la habia hecho sufrir.

— Sí; por mi culpa, porque á no ser por mi infame conducta pasada, V., madre mia, gozaria aun, apesar de sus años, de una salud envidiable; pero por la Virgen Santísima aparecida en estos sitios, le juro á V., y te juro á tí tambien, María, que en adelante seré lo que debo ser, y procuraré

reparar mis pasadas infamias con una adhesion inquebrantable, con un cariño y asistencia á toda prueba. No ; no podrán apartarme de vosotras las seducciones del mundo, porque no podrán apartarme de Dios, y desafío á quien quiera que sea, hombre ó demonio, á que me haga olvidar los propósitos santos que acabo de hacer aquí.

— Dios lo quiera, hijo mio ; Dios lo quiera. Tus propósitos dan la vida á mi corazon, Pio, y el Señor te recompensará el bien que con tus palabras me haces ; pero permite que tu madre te dé un consejo, y te haga una cariñosa advertencia, hija de la experiencia que los años me han dado.

— Hable V., hable V. Sus palabras caerán en mi corazon como semilla en tierra bien dispuesta para recibirla : interrumpíla yo con verdadera cordialidad.

— Tu carácter es impresionable, Pio, y en esto no te culpo ya que has nacido en un clima meridional, pero tú tienes un buen juicio, y no has de dejarte llevar por los arranques de un momento. Piensa bien lo que quieras prometer, y promete solo lo que veas puedes cumplir ; ten presente que quien mucho abarca poco aprieta, como dice el refran. Creo de buena gana que tus propósitos y juramentos son sinceros, y espero con la ayuda de Dios que no serán palabras dadas al viento, pero puesto que conozco tu carácter, puesto que conozco que te son naturales esos arranques generosos, y puesto que sé tambien que la fragilidad humana nos arrastra casi siempre por distinta

senda de la que debemos seguir, te ruego que al hacer un propósito, medites y consultes antes con tus fuerzas, que no te jactes de poder desafiar al mundo, que te ha vencido una vez, y que mas vale que prudentemente te retires que no que imprudentemente te ofrezcas á ser blanco de sus envenenados dardos. La fuerza que aquí has adquirido, hijo mio, es fuerza de la cual debes dar gracias á Dios, pero no te creas invencible por ello, ya que invencible solo lo serás en Jesucristo, y por Jesucristo, que es la fortaleza del cristiano; y Jesucristo nos dice que debemos ser cautos y prudentes como la serpiente, es decir, que debemos siempre desconfiar de nosotros mismos, y por lo tanto, no salir á desafiar las pasiones, sino esperar el ataque de los enemigos del alma, guareciéndonos en el invencible bahuarte del cristiano, en el Corazon adorable de Jesús.

Al hablarme así mi madre usaba de aquella delicada prudencia que acababa de aconsejarme: no quiso decirme claramente que era débil y confiaba demasiado en mí mismo; no quiso decirme claramente que alardeaba demasiado de fuerza, pero supo decírmelo de manera que no se ofendiera mi susceptibilidad. Yo que á la vez comprendí su pensamiento todo, y su bondadosa y fina delicadeza, la dije:

—Agradezco, madre mia, el consejo, y procuraré seguir su advertencia; ya sé que soy débil, ya sé que no puedo salir alardeando valor al encuentro de los enemigos de mi alma; por eso pro-

curaré resistir su choque desde el baluarte del Corazon de Jesús, dirigido por las sábias indicaciones que V. me haga.

— Mis indicaciones, Pio, valen poca cosa, pero valen mucho las que podrán hacerte personas sábias y virtuosas como el padre Ignacio. Si tienes la docilidad de seguirlas humilde y fielmente, dichoso tú, y dichosas nosotras, que viviremos felices viéndote venturoso.

— Pero, cuántas veces me sucederá no tener á mano al padre Ignacio !

— Entonces procura recogerte en tí mismo; eleva sinceramente el alma á Jesucristo y á su dulce Madre ; pídeles consejo y fortaleza ; procura estar animado de un vivo deseo de complacerles, y ellos te infundirán en aquella circunstancia la inspiracion y la fuerza que necesites para resolver las dificultades, y vencer las tentaciones. No te olvides de estas mis advertencias, hijo mio, que ellas no dudo, están inspiradas por tu bienhechora la Madre de Dios, y han de servirte de mucho en el curso de tu vida.

— Las grabaré, madre mia, en las tablas de mi corazon, como un eterno recuerdo del amor entrañable que me profesa ; como una memoria dulce y santa de este dia, el mas dichoso de mi vida.

XV.

LA TENTACION.

Cuán pródigo es el Señor, y con cuanto amor é interés mira á sus criaturas, sin exceptuar aquellas que menos merecen su misericordia! Verdad es que no concede la paz y el sosiego, sino al que ha luchado firme y constantemente; verdad es que la oveja vuelta al redil se ve atacada con un empuje desesperado por parte del lobo infernal que la tuviera ya entre sus dientes, de los cuales la libertó el Buen Pastor en su misericordia infinita, pero tambien es verdad que el Señor permite dichos ataques para que el culpable resistiéndolos le pruebe su fidelidad, y es verdad asimismo que allí está Él junto á la oveja arrepentida para darle con su ayuda la victoria, si es que implora dicha ayuda, y así de triunfo en triunfo debilita al enemigo, y por fin, éste se retire avergonzado y la deje libre para siempre.

La bondad del Señor, pues, sabiendo cuán rudo asalto debia sufrir mi debilidad, quiso que llegaran á mí las advertencias saludables de mi madre, á fin de prevenirme contra mi flaqueza, y poner en mi mano el arma que debia darme la victoria, y de triunfo en triunfo hacerme invencible, si la

blandia segun las sábias reglas que se me acababan de dar para el efecto. Pero ¿lo hice yo así? ¿Busqué en el Señor y en la Virgen Inmaculada el amparo y la inspiracion necesarias en los duros trances en que me puso el enemigo de mi alma? ¿No confié demasiado en mis propias fuerzas, como justamente temió al oirme mi madre en el momento de salir de la cripta? ¿Cómo iba á salir de la prueba primera la fidelidad jurada por mí á Dios y á mi familia? ¡Ay! al empezar este espantoso capítulo de mi vida, mi corazon desmaya, me veo el hombre mas detestable de la tierra, y es tan grande mi dolor, que hasta niega lágrimas á mis ojos. Quisiera poner aquí fin á mi narracion, pero la proseguiré, porque la bondad divina tomará en cuenta mi dolor y mi vergüenza para la espiacion de mis enormes iniquidades.

Feliz y tranquilo se deslizó para mí el segundo dia de nuestra estancia en Lourdes, que empleamos casi todo á las benditas plantas de María Inmaculada. Las tempestades de mi alma parecian haber muerto, y yo risueño y venturoso parecia haber recobrado un nuevo ser, una nueva vida, una existencia nueva. Mi corazon tranquilo solo latia al impulso de los amores santos, y hasta mi pobre madre parecia recobrar la salud contemplando mi piedad, mi amor y mi ventura. Por eso creia ya que nada faltaba á mi dicha, y me complacia en trazar planes de incomparable felicidad para el porvenir, y en hablar de aquellos planes con mi hermanita, que risueña y dichosa me

ayudaba á delinearlos en el cuadro incierto del mañana; pero el vendabal está oculto detrás de la opalada nubecilla que poetiza con sus cambiantes la puesta solar en una tarde apacible de marzo, arrullada por el plácido rumor de la ola mansa que lame las arenas de la playa.

Estábamos á los postres de la comida de aquel segundo día, cuando de la mesa á la que nos hallábamos sentados unos cincuenta individuos, se levantó un jóven, y anduvo preguntándonos á todos si por acaso deseábamos formar parte de una escursion á los Pirineos, que se proyectaba para el día siguiente, con el fin de admirar las incomparables perspectivas que se ofrecen al ojo del viajero ávido de las emociones que producen esta clase de escursiones. Consulté con mi madre y hermana la proposicion que se me acababa de hacer, y con su consentimiento acepté la invitacion. Despues de la comida salimos de la fonda para hacer nuestra última visita á la Virgen Santísima aquel día. Mi madre guardó silencio hasta que nos hallamos fuera de la ciudad, y entonces me dijo:

—Mañana pasarás todo el día en la montaña; mañana no podrás acompañarnos á visitar á la bondadosa Madre de Dios.

El acento de mi madre era triste; tal vez era la voz de un presentimiento. Yo la contesté con dulzura:

—Deseo no salir de Lourdes sin haber antes visitado á la Madre de Dios.

— Ruégale, hijo mio, que te preserve de todo mal.

Y volvió á quedar silenciosa y tal vez perturbada. Cuando regresábamos de la cueva santa, donde las luces ardian por centenares, suspiró y me dijo:

— Qué largo se me hará el dia de mañana! Si no temiera disgustarte; si no temiera que fueses á tomarlo como un punto de refinado egoismo, te suplicaria un favor, hijo mio.

— Hable V., madre mia; yo no puedo pensar nunca en que tratándose de mí es V. egoista.

— Pues bien, te ruego que renuncies á tu excursion á los Pirineos.

La súplica de mi madre me contrarió bastante; parecióme un capricho injustificable, y como me halagaba mucho la excursion á las montañas vecinas, con entonacion en la que se traslucia la contrariedad que experimentaba, dije:

— Si V. se empeña, madre mia, renunciaré á mi excursion, pero hubiera deseado que cuando en la fonda he consultado con V. antes de decidirme, me hubiese insinuado lo que acaba de decirme: ahora, despues de haberme comprometido, voy á jugar un mal papel con los que ya cuentan conmigo.

— Pues bien, Pio; retiro mi súplica, y te dejo en libertad de hacer lo que te pareciere. Ve, y que la Madre de Dios guie tus pasos y te libre de todo mal.

— Así será: yo lo espero.

Mi madre suspiró imperceptiblemente, y yo no hice caso de aquel suspiro, preocupado como me hallaba por las emociones que esperaba de la proyectada escursion á los picos mas altos, y á los valles mas sombríos de la vecina montaña; de los golpes de vista y de los efectos de luz que descubriria desde las escuetas cumbres, ó desde los frondosós y umbríos abismos, aquellas cubiertas de nieve, y estos poblados de copudos árboles y surcados por cristalinas corrientes.

Mi madre y hermana se retiraron silenciosas y tristes, y yo me retiré tambien, un poco pesaroso y afectado de tan inopinada tristeza, pero mas resuelto que nunca á no renunciar á los placeres de la escursion que se preparaba.

En este estado entré en mi cuarto, y tomé asiento en una butaca para pensar en la Madre de Dios, en mi madre, en el dia de mañana, y debatirme con una voz interior, la cual cada vez con mas fuerza me estaba diciendo que accediera al deseo de la santa mujer que me trajera en sus entrañas. Cuando me levanté para acostarme, ví encima de la mesa un papel cerrado en forma de carta. En el sobre se leia mi nombre á secas: la letra me era desconocida. No podia haber venido por el correo, porque no llevaba mi direccion, ni sello alguno. ¿Quién era el misterioso personaje que me escribia? ¿Quién conocia mi nombre en Lourdes? ¿Qué podia quererme el sér que me dirigia aquel papel? Suponiendo haber sido mi criado quien recibiera la carta en cuestion, le llamé para pre-

guntarle por la persona que se la entregara, pero él con un admirable aplomo me contestó no haber recibido papel ni carta de nadie, en un país donde no solo no tenia ningun conocimiento, sino que ni siquiera entendia el habla. Como no tenia motivos para dudar de él, hube de creerle, aunque se me hacia muy estraña la introduccion de dicha carta en mi habitacion, y suponiendo que serian los dueños de la fonda los que la depositaran encima de la mesa, despedí á mi ayuda de cámara, para rasgar el sobre y leer lo que en aquel misterioso escrito podian decirme.

Rasgué el sobre, y por una curiosidad natural busqué la firma al pié de aquel papel, pero no la tenia; puse entonces los ojos en la carta, y ésta se me cayó de las manos, subió la sangre toda de mi cuerpo á la cabeza, y el corazon me dió saltos tan fuertes, tan desusados, que pensé si queria abrirse con ellos paso para caer á mis piés.

— ¡Dios mio! exclamé, cayendo en una butaca; ¿qué es esto?

Y temblaba como un azogado, con los ojos fijos en el papel, cuyas letras me parecian séres misteriosos y fosforescentes que se agitaban en confusa, infernal danza delante de mí. Juzgarás tú de si era justificada mi turbacion, cuando sepas que la letra de aquella carta era la misma letra, ó cuando menos una imitacion muy exacta de la letra de mi padre.

Yo ¡desdichado! no acudí en aquel momento al cielo en busca de fuerza para vencer la tentacion;

no me acordé de los sábios consejos que por la mañana me diera mi madre, y me encontré solo en presencia del poderoso empuje con que inopinadamente me asaltaba el infierno; ¿qué iba á ser de mí? ¿qué iba á sucederme allí? ¿Qué debia hacer? La voz de mi ángel custodio me decia al oido que rasgara aquel papel y lo redujera á cenizas, y que luego fuese á ampararme bajo la sombra protectora de mi madre y hermana, invocando á la Virgen santísima; pero otra voz, eco de mis pasados extravíos y de mi no apagado amor, introduciendo cautelosamente la duda en mi pecho, despues de haberme dicho que seria una impertinencia ir á turbar el sueño de objetos tan queridos, me instaba á que leyera aquel papel, siquiera fuese por curiosità.

—¿Qué se me puede decir? me pregunté. ¿Qué mella pueden hacer en mi fe los conceptos que vengan expresados aquí? ¿Por qué no leer ese papel, siquiera sea por curiosità? ¿Tengo ya nada que ver con el mundo? Mi conversion es tan débil que no puede resistir á la primera prueba? ¡Bah! leeré ese papel; me enteraré de lo que en él me dicen los espiritistas, suplantando á mi santo padre, y despues lo quemaré. Me siento fuerte y nada debo temer. ¿Soy acaso un niño ó una mujerzuela, para que me espante y retire cobardemente sin combatir? ¿Tan poca consistencia tienen los lazos santos que me ligan afortunadamente con la religion sagrada, en cuyo seno he vuelto á penetrar para no salir ya de él?

Y haciendo una suspension, variaba de ideas para decirme :

—Es una temeridad el ponerme en peligro de caer de nuevo. Ya que he roto con todos los lazos que me unian al espiritismo ; ya que he vuelto, por la misericordia divina, al seno de la verdad, ¿ no es una imprudencia incalificable ponerme en peligro de prevaricar ? Alardeo tanto de valor, cuando me consta mi debilidad, y puesto que soy débil, es casi seguro que caeré vencido : en tal caso ¿ no es un acto de prudencia retirarse y rehuir la batalla ? Rechacé en Barcelona la carta de Lia, y leeré ahora ese papel, cien veces mas fatal, porque viene en él á hablarme de Lia el mismo infierno ? No, no ; resgaré esa carta y abrasaré sus pedazos, para que no me dé la tentacion de unirlos despues y leerlos. Dios no lo quiere ; yo no quiero hacer traicion á Dios !

Y luego el sagaz y maldito espíritu del infierno me hacia decir :

— ¡ Dios ! ¿ Y sé yo por acaso si es de Dios esa carta ? Me consta de una manera indudable que no es por la voluntad de Dios que yo la he hallado de una manera tan misteriosa sobre esta mesa ? ¿ Quién sino Dios omnipotente ha podido ponerla aquí ? ¿ No es esta la letra de mi santo padre ? ¿ Puedo rehusar leer lo que su espíritu amado me dice en este papel ? ¿ No se irritará el Señor si falto de tal manera á mi padre, despreciando las instrucciones que me dirige ? ¿ Y no puede ser la misma Virgen Santísima la que conociendo cuán

dispuesto estoy á cambiar de vida, haya querido que sepa por ese escrito lo que debo hacer para agradarla? Sí, sí; leeré ese papel misterioso, y si veo que su contenido es contrario á la fe católica, entonces lo rasgaré, lo abrasaré y arrojaré sus cenizas al viento.

Y recogí la carta todo tembloroso: su contacto me abrasó la mano como me la abrasara el papel de la misma letra que me dió Lia allá en la sala de sesiones espiritistas de Barcelona, y aquel fuego del infierno circuló luego por todo mi cuerpo, diluyendo la médula de mis huesos. Mi corazón estaba sobresaltado, con un sobresalto aterrador: dos voces á cuál mas enérgicas gritaban dentro de mí aturdiéndome: la una me decia: *Lee; es tu padre el que te escribe desde la otra vida!* la otra me decia: *Quema ese escrito infernal; es el demonio quien suplanta á tu padre, porque quiere perderte!* Ay! esta era la voz dulcísima de la Virgen Inmaculada, y aquella la voz ardiente de un amor carnal que encendiéra en mi pecho Satanás. Y cerré los ojos, y no escuché el acento de la Madre de Dios, á la cual no me acordara de invocar en aquella tremenda lucha; y oí solo el grito ardiente de mis pasiones, que volvian á alborotar mi corazón, por algunos dias tan tranquilo; y leí aquel papel, puesto encima de la mesa de mi cuarto, entonces creí prodigiosamente, pero no era así, pues tiempo despues supe haberlo hecho mi criado, vendido ya á los que meditaban mi perdicion.

Hé aquí lo que decía aquel infernal escrito, trazado con la misma letra de mi padre :

«En vano huyes del Espíritu Supremo, y como
«si fueras un necio, te dejas engañar por los que
«tienen empeño en embrutecer la sociedad para
«que no se escape de sus manos el dominio del
«mundo. Los farsantes juegan muy fino en la épo-
«ca en que vives, y tú has sido un juguete de sus
«infames manejos. Todo estaba hábilmente dis-
«puesto, y has caído víctima de las habilidades de
«aquel poder que se debe exterminar; pero esta
«es la época de su agonía, porque irremisiblemente
«perecerá en breve, y tú serás uno de los ins-
«trumentos de su ruina, ya que á pesar tuyo velo
«por tí desde la vida donde se goza de la verdad,
«en la plenitud de la luz.»

— ¡ Mentira ! exclamé, poniéndome en pié, como obligado por una fuerza misteriosa y estrujando con rabia entre mis manos aquel papel. ¡ Mentira ! no puede ser mi padre el que habla así ; no pueden venir del cielo estas palabras que solo respiran odio y destruccion, en vez de paz y amor : nó ; el Cristianismo no se hizo de esta manera un lugar en la sociedad ; no llegó á dominar en el mundo por estos procedimientos, y los mismos espiritistas confiesan que un tiempo el Cristianismo fué la religion verdadera, la religion por medio de la cual se daba culto al Dios único, al Dios de amor. Si su época ha pasado para llegar á un culto mas perfecto, ¿ cómo se comprende que la transicion se haga

por medio del odio y de la destruccion? ¿Es Dios variable como el hombre, y odia hoy lo que amaba ayer, y destruye con ira lo que fundó con amor? ¡Mentira! Si tal fuese Dios, mi hermana, ese ángel de mi vida, que solo amor respira, seria mejor que él. Espiritistas, lazo malvado que tiende el demonio á los tontos; si creísteis por acaso enredarme de nuevo en vuestras necias telas, os habeis lucido, porque empiezo á creer que ni siquiera el demonio, por quien trabajais, os inspira, ya que el demonio no es tan necio para escribir este papel...

Y dicho esto con todo el coraje de mi pecho, puse el papel en la llama de la bujía y me complací en verlo arder. Cuando sus cenizas revolotearon por el cuarto como negras mariposas, dirigiendo el pensamiento á mi madre, con un sentimiento de infinita complacencia en mí mismo, sentimiento que distaba mucho de la humildad cristiana, y de la desconfianza con que debe mirarse el pecador, exclamé:

— ¡Ya sabia yo que no era tan débil; ya sabia yo que venceria!...

¡Desdichado de mí! el lazo que me tendiera Satanás era múltiple; no era un lazo tan torpe como creia, ya que acababa de caer en sus redes mas sútiles.

XVI.

TEMPESTADES DEL CORAZON.

Juzgo inútil decirte que en vano traté aquella noche de conciliar el sueño, y que el alborocar de la mañana vino á sorprenderme cuando no me habia acostado aun. Múltiples pensamientos alborotaban á la vez mi mente, privando entre todos ellos la satisfaccion de mí mismo por haber vencido en aquella lucha gigantesca, en aquel terrible asalto que recibiera mi fe de parte del infierno; pero en mi loco y orgulloso desvanecimiento, no advertia que cuanta mayor era la complacencia que experimentaba en mí mismo, tanto menor era la elevacion de mis pensamientos á Dios: ¡pobre loco! ¡habia edificado un castillo de naipes, y me creia invulnerable detrás de él, teniendo por toda arma de defensa la débil y quebradiza caña de mi vanidad! ¡Por este motivo, sin duda, á veces se me ocurrían estrañas vacilaciones, que atravesaban mi mente, iluminándola con la siniestra claridad del rayo, por algunos momentos, vacilaciones que desaparecían en el mismo instante de presentarse, pero que á mí, tan confiado en mí mismo, debían prevenirme, debían advertirme de la presencia de la tempestad en el horizonte de mi vida; y sin

embargo no lo hacian , porque , te repito , no confiaba en el cielo , cuando me creia bastante fuerte por mí mismo. ¡Pobre paloma la que juzga que tiene en su debilidad fuerza para abatir al milano que la amenaza !

Cuando mi madre y hermana llamaron á la puerta de mi cuarto para que las acompañara al santuario con el objeto de oír misa y comulgar , recibílas con alegría , sí , pero no con aquel apacible alborozo de otros dias , y despues de haberlas mentido diciéndolas haber pasado una buena y tranquila noche , bien léjos de pensar en Dios , bien pagado de mí mismo , y sin dar oídos á cierto remordimiento que me impulsaba á confesarme , las acompañé á la sagra Mesa , y en aquel santuario venerando cometí el mayor de los delitos ; cometí el crimen de recibir á mi Dios con la conciencia manchada ! Sí ! me atreví á comulgar estando en pecado , porque gravísimo pecado era haber comunicado con los espiritistas leyendo aquel infame papel , cuando sabia que de ninguna manera debia ni podia hacerlo ; sí ! porque gravísimo pecado era el haberme temerariamente puesto en peligro de caer de nuevo en la apostasía ; y era tambien un pecado el orgullo con que me atribuía á mí mismo la pretendida victoria en aquella tentacion , en la que no obstante , solapadamente acababa de hacerme caer el demonio .

Luego de haber indignamente recibido á Jesús Sacramentado , experimenté los efectos de mi gran iniquidad , porque el sobresalto de mi pecho redo-

bló; apoderóse de mí una inquietud indecible; perdí la paz y el sosiego del dia anterior, y en vez de pensar en el divino Huesped que tenia en mis entrañas, pensaba en Lia, en la excursion á los Pirineos, y á veces se me ocurrían estas dudas:

—¿Será verdad lo que me decia el papel? ¿Quién lo introdujo en mi cuarto? ¿Vino del otro mundo? ¿Fué mi padre quien lo escribió; fué su espíritu quien lo puso sobre la mesa? ¿Hé sido víctima de un lazo que se me ha tendido, y en el cual inocentemente y con el mas saludable fin habrán intervenido mi madre y mi hermana? ¿Soy ahora, tal vez, víctima de un lazo que me preparan los espiritistas para hacerme caer de nuevo en la mas infame de las apostasías? Pero ¿cómo habrán podido introducir aquel papel en mi cuarto, aquel papel que al entrar no ví encima de la mesa?... ¡Qué desasosiego!... Pero no, no: esto son imposturas, esto son tentaciones contra las cuales he de vivir prevenido, y en las cuales no caeré, porque tengo mas fuerza de lo que pensaba. ¿Para qué soy hombre? ¿Para qué tengo un claro juicio y una voluntad firme sino para discernir las emboscadas que se me preparan, y vencer á mi enemigo?

Y mi turbacion iba en aumento, y crecia mi sobresalto, y tenia la paz del alma perdida, y alborotado mi pecho por mil pensamientos impropios de aquel lugar, y del que dignamente ha recibido á Jesús en sus entrañas. Desde el desdichado momento en que cometí el sacrilegio, parecíame

tener dentro de mí, no paz, sino un fuego sordo que me atormentaba vivamente. Cuán largas y fastidiosas me parecieron las dos misas que oí! Cómo murmuraba de los sacerdotes franceses, quienes me parecían decir la misa con una solemnidad impertinente! Cómo espiaba sus menores acciones y comparándolas con las de los sacerdotes de España las reprobaba! Hasta la manera de pronunciar el latín, hasta la forma de las casullas me parecían soberanamente ridículas, y me lo parecía también el que celebraran casi todas las misas en la cripta, dejando frío el santuario, que no sirve para otra cosa, me decía, que para esposición de corazones en la cornisa, y de abigarradas banderas en sus paredes!...

Por fin salimos de aquel santo lugar, con disposiciones bien distintas, por mi parte, de las disposiciones en que salí el día anterior, y preocupándome poco del recogimiento de mi madre y hermana, y de la tristeza que revelaban sus rostros, me despedí de ellas hasta la noche, para juntarme con la comitiva, en cuya compañía iba á subir á lo mas alto de los picachos de los montes vecinos, y bajar á lo mas hondo de los sombríos valles, poblados de espesos bosques de centenarios abetos, y surcados por mansos y claros arroyos, que serpentean como una culebra de plata sobre un lecho de esmeralda.

Las admirables perspectivas, los efectos de luz, los sombríos bosques, el galano tapiz del suelo poblado de florecillas, las fuentes, los abismos,

los peñascos, los arroyos, la conversacion animada de mis compañeros, las historias, las anécdotas, los relatos, el valor de algunas jóvenes que no se espantaban de atravesar precipicios y caminar por vericuetos, lo claro del dia, lo saludable del aire, lo transparente del cielo, los ecos, los dulces suspiros del viento, los sordos crujidos de las ramas de los abetos, el balanceo gracioso de las hojas de los árboles, el trino del aire, el canto del pastor, el sonido del esquilon del manso, la blanca nubecilla que besaba el pico de una montaña, los ténues vapores que se balanceaban en el abismo, la niebla que lamia mis piés ocultando á veces al valle, el sol que besaba mi frente, la sombra caprichosa y fantástica que proyectaba sobre un punto lejano la nube que blanca en sus extremos y negra en su centro atravesaba el cielo, los gritos de admiracion, las alegres carcajadas, el mismo silencio á veces de la muda contemplacion en vista de las maravillas de Dios cantadas por la naturaleza, hicieron que me olvidara de mi madre, de mi hermana, del extraño estado de mi interior, y especialmente de aquella excelsa Madre de misericordia, á la que debia no solo mi salud, sino además mi vida, y me parecian soberanas impertinencias las exclamaciones con que algunos de mis compañeros ensalzaban al Señor Criador por las maravillas que sin cesar se deslizaban ante mis ojos.

Para librarme de uno de aquellos que mas me importunaban con sus exclamaciones y por sus

elevaciones á Dios, me quedé algo rezagado, y al volver de una loma, al pié de una fuente, á la sombra de las ramas espesas de un abeto, cuando menos pensaba en ello, me encontré con Lia. ¡Oh! que hermosa era rodeada de luz y de sombra, arrullada por el murmurio de la fuente, sentada en la verde y ufanosa yerba, blanca como la nieve, sin aquellas rosas tan encantadoras que admirára un tiempo en sus mejillas, pálida, y teñido su rostro tan bello de un tinte de profunda melancolía!... ; Qué salto me dió el corazón al verla! qué temblor agitó todo mi cuerpo! qué extraña cosa pasó por mí, que me parecía ir á morir en un desmayo, en un arrobamiento, ó en un deliquio, dulces á la vez como el amor satisfecho, y amargos como la muerte eterna!... Quise dar un grito, no sé si de espanto ó de dicha, y no pude; quise huir y no pude; quise caer rendido á sus piés y no pude tampoco, y mirándola con los ojos espantados y al par tiernos, con deseo y con aversión, me quedé fijo ante ella como si viera un especto horrible, ó como si fuera una estatua de mármol.

— ¿Qué queréis de mí? me preguntó irguiéndose altanera como aquellos abetos, cuyas cimas pretendían, al parecer, escalar el cielo.

La voz con que pronunció estas palabras era una voz poco segura; era una voz que traicionaba su arrogante altanería, yo no sé si de intento y estudiadamente, ó en realidad de verdad.

Para hablar hube de dar un gran grito, cual si

hubiese habido de romper un nudo que se me formara en la garganta, y con acento desentonado, cayendo instintivamente á sus plantas, la dije :

— Que arranques de este pecho rebelde un corazón que has abrasado con una de tus miradas, que has amarrado á tus destinos con esos cabellos tan rúbios como los cabellos de los ángeles, y con esa hermosura arrobadora que mata y vivifica al mismo tiempo.

— ¡ Caballero !... dijo con tono reconcentrado, despidiendo sobre mí una mirada de soberano desden.

— Sí, Lia, sí ; necesito que me arranques el corazón, porque necesito verme libre del amor que te profeso ; de ese amor que es todo el encanto de mi vida ; de ese amor maldito que nos separa como un abismo ; de ese amor que ha de hacer mi desventura eterna, porque tú eres mi vida desde que te ví, y es amor que nunca unirá nuestros destinos.

— Estáis loco, caballero, porque solo á un loco se le ocurren los despropósitos que á vos, pues mientras estais requiriéndome de amores con una fuerza volcánica, me llenais de maldiciones y dictérios. Retiraos.

— No puedo, no puedo, porque mientras quiero huir de tí, una fuerza invencible encadena mi alma á tus piés. Mátame, ó mata el amor que con un soplo, que con una mirada has encendido en mis entrañas.

Lia soltó una histérica carcajada, y se retiró dos pasos de mí, diciendo:

—Loco, loco de atar!... Ja, ja, ja!... Pobre chico!...

—Sí, loco, porque tú has absorbido mi juicio; loco porque has trastornado mi corazón; loco porque te has llevado lo mejor de mi alma, dejándome solo las heces de la vida; loco porque ni siquiera en mi amarga desventura hallo en tus labios una palabra de compasión. ¿No me conoces, Lia? yo soy aquel ser infortunado que te vió para amarte, y te amó para no poseerte; yo soy aquel ser infortunado que por tí una y dos veces ha llegado á las puertas de la muerte; yo soy aquel ser infortunado que no vive mas que en tí, que solo piensa en tí desde que vió tus encantos; yo soy aquel ser infortunado que viene á pedirte la paz y la ventura que me has robado, y mira tú cuán grande es mi desdicha, que ni siquiera merezco de tus ojos una mirada de compasión, y de tus labios una palabra que cicatrice las heridas incurables que abriste en mi alma. Loco soy, porque loco es el hombre que pierde la tranquilidad por una mujer; porque loco es el hombre que en estos tiempos llega dos veces á las puertas de la muerte por una mujer, que en vez de compadecerle se complace en desgarrar el alma de amores llena; pero si á tal estado he llegado, tú tienes la culpa, Lia, tú tienes la culpa!...

— ¡Cielos! dijo Lia cambiando de entonacion, y dando á su acento la fuerza del despecho y del

amoroso enojo. ¿Cómo me habla este malvado? ¿qué es lo que osa decir á su víctima el verdujo? ¿No te basta haber hecho trizas el corazon de una mujer, cuyo amoroso sacrificio no podrá nunca alcanzar tu alma grosera, que aun necesitas llenarme de baldones, insultarme con tus palabras, y pisotear vilmente el santuario de mis ternuras, que te estaba consagrado á presencia del Espíritu Supremo, y por inspiracion de tu mismo padre? Me llama cruel, mientras que se complace en abrir las sanguinolentas llagas de mi corazon con sus palabras desatentadas! me llama cruel, y viene á turbur la paz de mi soledad para envenenar con sus espresiones las heridas que ha abierto en mí!

— ¡Lia! exclamé llorando y en el colmo de mi ventura al saber que me amaba. Lia, es verdad lo que estoy oyendo? es verdad que eres aquella misma Lia que conocí en Barcelona? es mentira que seas una ilusion venturosa, que levanta y hace hablar mi amor en el teatro de mi amargo infortunio? ¡Oh! repite esas palabras; que yo oiga una vez mas de tus labios encantadores la espresion del amor con que tu alma corresponde á las ardientes vibraciones de mi alma; que yo oiga tu voz enamorada, aunque sea llena de enojo, para cubrir de baldones la pasion avasalladora de mi pecho; sí, que yo oiga una vez mas tu acento enamorado echándome en cara crueldades que nunca han existido, y ¿qué me importa ya morir? Bajaré al sepulcro contento, porque sabré

que la mujer amada se ha estremecido de amor al arrullo cariñoso de las vibraciones mas dulces de mi alma.

—Qué cruel eres; qué infame! ¿Por qué te complaces aun en extasiar mi espíritu con esas palabras; por qué en vez de esos acentos volcánicos de amor no pones tu mano sobre mi rostro, y no me escupes á los ojos, para que en el mismo momento el amor de mi pecho se trueque en odio y en deseos de venganza? ¿Qué me importan á mí tus padecimientos, si tengo dentro del corazon un infierno que arde, y atormenta mi pecho y no sabe reducir á polvo mis entrañas?

—Lia, Lia!... exclamé estático, levantando á ella mis manos suplicantes y mis ojos arrasados en lágrimas. Lia, qué infelices somos!

—Qué infeliz me has hecho! Mira, Pio, mira mi rostro, y pregunta á mis mejillas donde están las rosas con que se adornaban el desventurado dia en que te conocí; qué se ha hecho de la alegría que brillaba en mi cara; donde fué la paz y el contento de mi vida; á do es ida la felicidad de mi alma? y ellas te contestarán que las ha robado el verdugo de mi corazon, primero con sus imprudencias, despues con sus enfermedades, mas tarde con su cruel desprecio y por fin con sus insultos y maldiciones!... ¡Ay! y es verdad que un abismo nos separa; y es verdad que nuestros espíritus no se confundirán nunca como dos melodías, allá en los espacios infinitos; y es verdad que dos almas criadas la una para la otra, habrán eter-

namente de vagar errantes como dos cuerpos, impulsados de la fatalidad en distintas direcciones, por las inmensidades del cielo!... Parece mentira que haya aquí tanto amor, y no haya ni una sombra de esperanza!... exclamó poniendo la mano sobre su corazón y estrujando desesperadamente entre sus dedos los pliegues del vestido.

— Ah! y yo no soy acaso tan desdichado como tú? Y yo no soy mas desdichado que tú? Dime: cuándo el amor ha puesto por dos veces tu vida al borde del sepulcro? dices que me amas, y no has necesitado un milagro como lo he necesitado yo para volver de la muerte á la vida!

— Qué mayor milagro que vivir como vivo teniendo muerto el corazón, y sintiendo que las llamas del infierno devoran mis entrañas? Quiéreme hacer méritos de su enfermedad! Oh! dichosos mil veces los que heridos de un amor sin esperanza pueden morir, y ¡ay sin ventura de mí! que en vano invoco la paz que solo la tumba puede devolverme!... Duda de la inmensa fuerza de la pasión que me devora, y no tiene corazón y naturaleza de mujer apasionada, no tiene un alma como la criada solo para amar! El roble se ha doblegado á la fuerza del huracán, porque no habia fuerza superior en él que le diera resistencia, y la débil flor se ha mantenido erguida á pesar de las iras del vendabal que sobre ella se desencadenara; porque la sostenia el espíritu divino del amor...! Dime ahora quién ha amado mas, y de consiguiente, quién ha padecido mas.

— ¡ Perdon, Lia, perdon, si exaltado por la locura de mi amor héte ofendido; perdon! ¡ Ay! podía dudar de tu amor cuando te he hallado aquí?

— Y á mí ¿qué me importan tu amor y tus dudas? A mí, pobre avecilla herida en el pecho, sin esperanza de gozar en la vida un dia apacible, qué me importan ya tu ingratitud, tu amor, tus trasportes, tus irresistibles vehemencias, tus enfermedades, tu locura, tu pasion volcánica ó tu muerte? Piensas tú que yo soy como las mujeres de tu tierra, yo que llevo en mis venas la sangre caldeada por el sol de Oriente, y las pasiones que bullen en el pecho de una hebrea? ¿Piensas tú que yo amo solo por el placer de amar, sin importarme ser correspondida, ó que siendo correspondida me importa mucho el amor de que soy objeto si no puedo ser dueña por siempre del ser á quien amo?... Y con todo, yo no sé qué locura, yo no sé qué vértigo háme arrojado como un torbellino en pos de tí; yo no sé que impulso me ha precipitado á esta tierra; yo no sé que ceguera me domina! Me tiene fascinada una cosa que respiro y me envenena; una cosa que es el aire que has respirado tú, que es la tierra que pisas tú, que es el cielo que miras tú, que es el sol que te calienta, que es el aroma de las flores que embalsaman el aire que aspiras; una cosa que es el lazo que atrae nuestros destinos, al mismo tiempo que la fatalidad los aparta para siempre!... Esto me ha conducido aquí bien á mi pesar; esto me encadena aquí, y esto me traerá fatalmente allí don-

de estuvieres tú, aun cuando reniegue de mi amor y tu amor precitos; aun cuando maldiga el momento en que te veo, y el momento en que no te veo; el momento en que te oigo, y el momento en que mi alma te sueña... ¡Oh! maldito sea el instante en que dijeron de mí que una mujer había visto la luz; maldita sea la que me recibió en sus brazos, y no supo ahogarme entre ellos; maldito el instante en que apareciste á mis ojos para desencadenar las tempestades en el mar antes tan apacible de mi vida!... Maldito también tú... ¡ah! no, no, Dios mío; exclamó llorando á lágrima viva, cubriendo su rostro con sus manos y cayendo de rodillas; no, no le maldigais; bendecidle; que al menos uno de los dos sea feliz!...

Y los sollozos se precipitaron tan atropelladamente á su garganta, que por unos momentos pensé si la ahogarian. Yo la recibí medio desmayada en mis brazos. Parecía una flor blanca tronchada por el huracán; parecía una paloma nivea agonizando.

— Lia, serénate, te ruego.

— Déjame, abandóname, huye de mí! Yo soy un obstáculo á tu felicidad: si muero olvidada de todos, no será extraño que tú al fin llegues á olvidarme también, y entonces podrás sustituir mi amor por el amor de otra mujer que hará tu ventura.

— ¡Imposible!

— Imposible, dice, y olvida que hace pocos días encargó me dijeran borrara su amor de mi pecho

como él procuraria borrar mi amor del suyo! suspiró plegando las manos, y con un acento que parecia el murmurio de la fuente que borbotaba á nuestros piés.

— Pero, Lia, tú no perdonas nada: tú te complaces en axacerbar las llagas de tu alma, vertiendo veneno gota á gota en la mia. Díme; ¿por qué si tú me amas y yo te amo no hemos de pertenecer el uno al otro, y ver en venturosa paz, deslizarse tranquilos y felices los dias de nuestra existencia, como entre guijas, yerbas, y florecillas se deslizan á través del valle las aguas de este manantial?

— ¿Qué dices? Me hablas de venturosa union; te complaces en rodearme de ilusorias flores porque te inspiro compasion en este momento, pero no consideras que las ilusiones que pretendes hacerme concebir, poco han de tardar en convertirse para mí en aceradas espinas. ¡Qué cruel eres, Pio!

— Te engañas, Lia, ó no conoces mi amor. ¿Por qué mis proyectos de ventura no han de realizarse; por qué no han de unirse nuestros mútuos destinos, cuando tan fuertemente unidos están nuestros corazones?

— Tú lo has dicho: porque nos separa un abismo; porque la pasión que nos devora es una pasión maldita!

— No profanes así la santidad de la pureza de nuestro amor; no la profanes como la he profanado yo en un arrebató de turbacion y locura. Si nuestras almas han confundido sus dos existen-

cias en una, allá en los espacios infinitos, arrebatadas á la inmensidad en alas de apasionada melodía; si en noche serena y apacible, á la luz de la luna, las dos se han unido dándose un ósculo público de amor, y el Sér Supremo ha bendecido este amor y unido nuestros destinos, ¿por qué no hemos tambien de unir estos destinos acá en la tierra, para entonar el himno de la ternura al Dios que nos ha criado el uno para el otro?

— ¡Tú lo has dicho; porque un abismo nos separa!

— Y ¿por qué ambos á la vez no hacemos esfuerzos para salvar ese abismo?

— Porque tú, Pio, preferirás siempre tu fanatismo á mi amor.

Al oirla palidecí y me puse á temblar. ¡Ay! por una parte sentia los efectos de la atraccion de mi madre y de mi hermana, á las cuales debia tanto, y por otra la fuerza avasalladora de una infernal pasion, que me sujetaba á voluntad de una mujer, que tal vez era muy apasionada, pero que tambien podia ser muy calculadora y no tener corazon.

— ¡Me has entendido y callas! dijo agitando la cabeza: hé ahí el abismo que se abre entre los dos; hé ahí lo que hace imposible nuestra union, que por otra parte, si se llevara acabo, separándonos tanta distancia, nunca nos daria la felicidad!... Y se atreve á decir que me ama, él que ha merecido saber de su padre mismo que el Espíritu Supremo habia unido nuestros destinos! ¡Y se

atreve á ponderar su amor, él que no quiere renunciar á sus necias preocupaciones de antaño! ¡Ah! y este infame osa decir que me ama!...

— Pero, Lia, por piedad, dime : ¿ por qué no podemos unirnos profesando tú una religion y yo otra?

— Yo unirme con un apóstata; yo unirme con quien ni oye la voz de la verdad, ni la voz de su amor, ni la voz de su padre, espíritu bienaventurado que le comunica los oráculos de Dios? ¡ Nunca, nunca! Primero arrancaré del pecho mi corazón, y apagaré sus latidos entre mis manos, y rogaré al Espíritu Supremo que borre de mi espíritu tu letal amor, en gracia á la fidelidad que le estoy demostrando. Primero la muerte que la apostasía; primero esa muerte cruel y dolorosa que roe mis entrañas, antes que unir mis destinos á tus destinos, y mi vida á tu vida de renegado... Adios, Pio; adios. El Espíritu Supremo ha querido que nos halláramos hoy á solas, en el silencio de estas montañas y de estos bosques, para hablarnos por primera y última vez de amor. Yo he podido conocer los quilates del tuyo, y tú medir los quilates del mio: si alguna vez en la imposibilidad de ser feliz te debates en las amarguras de la desesperacion, piensa que tambien una mujer llora por tu causa, y si el cielo castiga en tí mi desventura, no murmures ni le maldigas; acuérdate entonces de la infortunada Lia, cuyo recuerdo febril te perseguirá sin cesar.

Diciendo estas palabras me señaló el grupo de

mis compañeros que descendía de la montaña y llegaba al valle para almorzar junto á la fuente. Al divisarme movieron grande algazara y suponiéndome rendido y fatigado, mostrábanme las señoritas, que sin dar muestras de cansancio, á pesar de los motivos que para ello tenían, llegaban ligeras y risueñas como gacelas, bien que bañadas en copioso sudor.

Yo para vindicarme, y renegando en mi interior de la inoportunidad en que llegaban, híceles entender que no el cansancio, sino el haber hallado perdida en aquellas malezas á una compatriota mia, habia sido la causa de quedarme rezagado. Y en el mismo momento les presenté á Lia, cuya hermosura y encantadora gracia les dejaron sorprendidos. Pedíles igualmente permiso para incorporarla á la comitiva, y no es decible la alegría con que señoras y caballeros se apresuraron á contestar afirmativamente á mi súplica. Entonces, Lia, me dijo en catalan, por temor de ser entendida si me hablaba en castellano:

— Bueno; Lia no desmentirá á Pio, pero Pio debe saber que Lia no ha llegado sola hasta aquí, y por consiguiente que su compañero la seguirá de cerca ó de léjos, velando siempre por ella.

— Es el de los puños de hierro; es el obstáculo que se ha opuesto siempre entre los dos? Hará bien, Lia, si nos sigue de léjos, porque á presentarse ante mí le descerrajo un tiro.

Mis palabras parecieron complacerla.

XVII.

RODANDO AL ABISMO.

Llegamos á Lourdes al anochecer, y despues de haber dejado á Lia en la Fonda de la Cueva, me dirigí á la de los Pirineos, en donde me hallaba instalado con mi madre y hermana. Las dos salieron á recibirme risueñas, y aunque hice yo por parecer alegre, con todo, poco costó á su penetracion conocer que algo grave habia pasado por mí, ya que no me era dable desvanecer el tinte sombrío que el estado de mi corazon esparcia por mi rostro. Creí sorprender en los labios de mi madre un suspiro, y en los ojos de mi hermana una mirada triste: preguntáronme cómo me habia ido la expedicion y si me habia divertido mucho, y obtuvieron de mí una respuesta afirmativa. Ellas á su vez me refirieron que durante mi ausencia habia llegado una peregrinacion compuesta de seis mil individuos; que aquella noche debian ir del templo parroquial al santo templo de la montaña, y á la cueva milagrosa, todos con velas encendidas, banderas y cantos, y me dijeron que suponian no faltaria á presenciar el magnífico espectáculo que presentarian la montaña, el templo y la cueva. Contra lo que esperaban, obtuvieron de mí una

evasiva, pues pretestando hallarme rendido, las dije que bien á pesar mio deseaba acostarme. Pareceríales natural mi excusa, puesto que no insistieron, diciéndome tan solo que ellas no querían privarse de un espectáculo tan magnífico y edificante, y por tanto que deseaban asistir á él, de lo que me alegré.

Al acostarme no me acordé de Dios; me olvidé de trazar sobre mi frente, boca y pecho la señal santa de la cruz, y despues de haber pensado largo tiempo en Lia y en las escenas y emociones del dia que acababa de pasar; y despues de haberme debatido con el demonio del amor, que me incitaba á renegar de todo para poder unirme con aquella mujer, y con la voz, débil ya, de mi ángel custodio, que me inspiraba un horror y aversion profundas á un matrimonio, que dados sus antecedentes no podia ser mas que del diablo, me dormí al fin, pero mi sueño fue mas que sueño una pesadilla aterradora, ya que las mismas dudas, los mismos combates, las mismas palabras, los mismos turbulentos afectos vinieron á levantarse ante mi espíritu, que acongojado hacía me revolver en el lecho como si fuera presa de uno de los delirios de mis pasadas enfermedades. Inútil es que te diga cuán fatigado estaba al dejar la cama, y cuán profundas huellas dejara en mi rostro aquella noche, huellas que espantaron á mi madre y á mi hermana cuando las divisaron.

— ¿Estás malo? preguntáronme sobresaltadas y con aquel cariño, con aquella solicitud que tan conocidos tenia.

— No, por fortuna ; pero sin duda el demasiado cansancio del día de ayer ha sido causa de que no descansara bien por la noche , y como aun estoy débil, por eso notais en mi rostro las huellas de una noche poco apacible.

— Pero ¿ es verdad que estás bien, hijo mio? díjome mi madre con tono suplicante.

— Tranquilícese V., madre mia; estoy muy bien.

— Dios lo quiera.

— Y ahora díganme algo de la procesion de ayer noche , y del brillante aspecto que debia de presentar la montaña, iluminada por tantos miles de luces, y repercutiendo los ecos de millares de voces, que cantaban las maravillas de Dios y de María Santísima.

Y mi hermana me esplicó los detalles de la procesion, el efecto de las luces en la oscuridad de la noche , la impresion que la produjeron los cantos de tantos miles de seres en el religioso silencio del valle y de la montaña, y se estasió ponderando cómo el alma se eleva á María , y cuán inefables consolaciones experimentaba presenciando aquella ceremonia, y cuán edificante era su aspecto. Añadió despues que aquella mañana habia gran funcion en el templo de la Virgen, y cómo deseaban asistir á ella, me preguntó si las acompañaria, á cuya pregunta contesté afirmativamente y con regocijo, no por la Virgen Santísima, en la que ya no pensaba, sino por figurárseme que entre tan grande multitud de peregrin-

nos no me sería difícil dejar á mi madre y hermana, haciendo como que las perdía, para visitar á Lia, de la que nada esperaba, pero á la que deseaba tener siempre ante mí, y oír su voz fascinadora, aun cuando fuese para oírla decirme que me aborrecía. La alegría con que contesté á mi hermana cuando me propuso acompañarlas al templo, pareció tranquilizar bastante el espíritu agitado de mi madre, y como me veían risueño, acabaron por deponer todos sus temores, y prestar crédito á la esplicacion que las diera de la causa que marcara huellas tan profundas en mi rostro durante la noche.

Llegada la hora de acudir al templo partí con mi madre y hermana, y al llegar al extremo de la ciudad por la parte del santuario, cuando estuvimos frente la Fonda de la Cueva, ví palidecer á María. Era que como yo acababa de ver á Lia, asomada á una de las ventanas del *hotel*. Miróme disimuladamente y al soslayo, y yo, á duras penas dominándome, hice por parecer indiferente y como si nada hubiese advertido. Viendo María mi indiferencia aparente, sospechó que nada había visto y se tranquilizó. Así llegamos al santuario, cuyo interior y alrededores hallábanse cuajados de una multitud innumerable, que daba al sitio un aspecto sumamente animado y devoto.

— ¿Podremos entrar? preguntó mi madre.

— Harémos todo lo posible por conseguirlo, y si Vds. no se espantan, yo estoy resuelto á asistir á la solemnidad, que á mi parecer deberá ser es-

pléndida. Segun he oido, celebra de pontifical un obispo, y predica otro obispo, que es uno de los oradores mas célebres de Francia; Monseñor Pie, obispo de Poitiers.

— Entonces probemos si podemos entrar.

La anchurosa nave de la iglesia estaba llena de bote en bote, y fueron inútiles los esfuerzos que hicimos por penetrar en su sagrado recinto. Yo hube de significar mi disgusto por ello, prestando el deseo que tenia de oir al señor Obispo de Poitiers, ya que tan celebrada fama gozaba de orador.

— ¿Por qué no te quedas, pues? A tí te será mas fácil que á nosotras penetrar entre la apiñada multitud: me dijo mi escelente madre.

— Entonces si le parece á V. bien me quedaré.

Y convinimos en que despues del oficio nos encontraríamos en la fonda á la hora del almuerzo. Entonces nos separamos; ellas para ir á la plazoleta y visitar á la Virgen Inmaculada, y yo para hacer un poco de tiempo, y volver presuroso sobre mis pasos apenas las perdiera de vista, con el fin de dirigirme al *hotel* de la Cueva para ver á Lia. ¡Oh! ¡cuán rápidamente habia descendido por la escala de mi perdicion, desde el fatal momento de recibir indignamente á Jesús Sacramentado; desde el momento de cometer el mayor de los crímenes que puede llevar á cabo el hombre.

¿Me esperaba Lia? Lo ignoro; pero lo cierto es que la encontré sola en su aposento, vestida con una coquetería tal, y á la vez con tan estudiado

descuido, que bien sea por efecto de los sentimientos que privaban en mi corazón, ó bien que realmente fuese así, nunca mis ojos habíanla visto tan hermosa, tan seductora, tan irresistible. También ella llevaba impresas en su rostro las huellas del insomnio; también como yo parecía fatigada, no por el cansancio del cuerpo sino por el trabajo del espíritu; pero esto en vez de disminuir sus encantos, la presentaba á mis ojos cien veces más arrebatadora.

— ¿Qué me quieres? me preguntó con acento ligeramente severo y profundamente melancólico. ¿No me despedí de tí ayer para siempre? ¿Por qué vienes á turbar el débil reposo que puedo encontrar en mi soledad, vagando y fantaseando por el triste campo de mis recuerdos?

— Es que necesito verte como necesito respirar para vivir. El destino ha encadenado nuestros corazones, y es para mí una necesidad verte y oírte, porque sin ello no puedo vivir: si á tí no te sucede lo mismo; si tú no necesitas verme y hablarme como yo necesito hablarte y verte, es que no sabes lo que es amor por mucho que lo ponderes; es que vives en la ilusión de que amas, pero no vives de la vida del amor.

— Las huellas impresas por la noche en mi rostro, y el delirante afán con que asomada á la ventana miraba á la multitud que pasaba por debajo de ella, para ver si lograba la dicha de verte, aunque supiese con horror que fanatizado acudías al teatro de las *supercherías clericales*, todo esto te di-

rá si es ó no verdad que te ame con delirio, pero aun hay otra cosa que podria decirlo mejor; ésta cosa es el sacrificio, la inmolucion que por tí he hecho dentro de mis entrañas.

— ¿Qué sacrificio? ¡Oh! cuéntamelo por piedad; pon una gota de agua fresca en mis labios abrasados por la fiebre; desliza una gota de miel sobre mi corazon amargado por mi inmensa desdicha.

— Eso nunca: el sacrificio que se publica, carece de mérito: proceder así, es propio de almas calculadoras, no de almas delicadas: objetóme con resolucion inquebrantable.

— La confianza del amor todo lo autoriza, y ese sacrificio revelado, Lia, ha de aumentar á mis ojos el valor incomparable de tu alma.

— Así lo creo, puesto que lo dices, pero á pesar de todo insisto en mi negativa. La mujer que revela el sacrificio que el amor le ha inspirado, es una mujer vulgar, y si por aquella revelacion aumenta el amor en el pecho del amante, en cambio pierde la estimacion que antes la profesaba. A pesar de todo, debo decirte que ni siquiera este justísimo egoismo me inspira al denegarte lo que me pides, á la verdad, sin título alguno legítimo, porque á pesar de los lazos fatales que unen nuestros corazones, nada hay, nada habrá nunca de comun entre Pio y Lia.

— ¡Qué palabras tan agobiadoras!

— Lo son como la realidad; son palabras que oprimen mi corazon por lo menos tanto como el tuyo.

—Y no hay medio... exclamé con angustia.

—Ninguno; tú lo sabes, ninguno! El abismo nos separa y nos separará para siempre.

—Parece imposible que amándonos tanto no encontremos un medio para...

—¡Tú amarme! exclamó exaltada, interrumpiéndome. Mientes, sí, mientes mil veces. Mientes cuando me lo dices á mí, mientes cuando se lo dices á Dios, mientes si por acaso te lo dices alguna vez, porque si realmente me amaras; porque si no te hubieses propuesto martirizar y destrozár mi corazón, ya habrías encontrado el medio de labrar nuestra mútua fidelidad; pero tú no eres hombre, tú solo eres un verdugo de esta pobre mujer, que no ha cometido mas delito que convertir toda su vida en esencia de amor, para perfumar con ella, si no tus destinos, al menos el purísimo recuerdo que guarda de tí en el santuario de su pecho.

Estas palabras me enloquecieron y yo no sé como no morí al oirlas. Lia conoció el efecto que acababan de producirme, y léjos de compadecerse de mí, continuó con mas exaltacion:

—¡Qué él me ama! ¡Cómo saben mentir los hombres, y cómo nos ciegan á las infelices mujeres que tenemos la mala suerte de dar oidos á sus palabras, píldoras de acíbar mortal, rebazadas con una gota de miel! ¡Qué él me ama, y dice que hay un abismo entre los dos, un abismo que ha de separarnos para siempre!... ¿Y crees tú, hombre cruel, en la existencia de ese abismo, que

una gota de amor puede llenar en un momento? Dí; ¿crees en la existencia de ese abismo mentido, como crees en la existencia del amor que me profesas, que no es amor sino repugnante pasion?

—¡Lia! exclamé suplicante, cayendo rendido á sus piés, fanatizado por su exaltacion.

—Retírate, infame; déjame morir de la asfixia del amor, ya que quieres que muera la flor que debia poetizar el pensil de tu vida; pero al menos déjame morir en paz.

Y pálida, sudorienta, temblorosa, sollozando, vertiendo á mares las lágrimas de sus ojos y ocultando el rostro entre sus crispadas y calenturientas manos, se dejó caer en un sofá. Yo me senté á su lado, tomé entre mis manos una de las suyas, acerquéla á mis labios, dejé caer en ella dos lágrimas ardientes, y la dije:

—Lia, tranquilízate, porque ese tu estado te mata y me mata á mí: Lia, oye, oye al pobre Pio, víctima como tú de la fatalidad; calma tu llanto, apacigua tu excitacion, cálmate, y díme de qué manera puedo yo cegar al abismo que se abre entre los dos, porque estoy resuelto á todo.

—¡Mientes!... exclamó con voz ahogada por los sollozos, y sin apartar del rostro la mano que no tenia entre las mias; y sin dejar de gemir; sin que cesara la excitacion nerviosa que la dominaba.

—No, Lia, no miento; mi corazon, que te habla, te dice la verdad; las lágrimas que mis ojos vierten te hablan mas claramente que las palabras

de mi boca;... Dime, ¿qué es lo que debo hacer para cegar ese abismo? ¡Dímelo, porque estoy dispuesto á todo, amor mio, á todo!... Mirame con tus ojos seductores; dije removiendo la mano que tenia en el rostro; y lee en mis ojos lo que mis labios te dicen.

— ¡Te engañas á tí mismo, ¡infeliz! te engañas á tí mismo!

— Oh no, Lia, no; habla, y ya verás tú como tus palabras son órdenes para mí; dime que me separe de lo que mas amo en el mundo; dime que abandone á mi madre tierna, y á mi incomparable hermana, y te convencerás de la inmensidad de mi amor, por la prontitud con que te daré gusto. ¿Qué mas puedo decirte, infeliz de mí? ¿Qué mas puedes exigirme tú? ¿Qué será lo que no haga yo por complacerte, cuando tan dispuesto estoy á llevar á cabo, en aras de tu amor, un sacrificio tan grande?

— No exijo tanto de tí; no es con ese sacrificio sino con una gota de amor con lo que puedes cegar el abismo abierto entre los dos.

— Dime; dime, pues, lo que debo hacer; te lo ruego por compasion.

— ¿Y me lo preguntas? Dice que me ama y le tienen fanatizado los curas; le dieron un tósigo, le hicieron perder la razon, le produjeron violenta calentura, le propinaron despues un específico, y para separarle de mí hiciéronle creer en un milagro!

— El tósigo, Lia, me lo dieron tus ojos; me lo

dió tú desden ; me lo dió tu crueldad y la crueldad de aquel hombre misterioso, al que detesto con todas mis fuerzas : no fué impostura mi doble enfermedad, ni lo fué tampoco el milagro por el cual volví en un momento de la muerte á la vida.

— ¡ Qué necio, ó qué malvado eres ! pero ya sea necedad, ya sea maldad, lo cierto es que tu fanatismo, solo tu fanatismo hace eternamente imposible nuestra dicha :

— Pero ¿ qué debo hacer ? exclamé aturrullado por la violencia de la pasion de Lia.

— Ó sacrificarme tus necias preocupaciones religiosas, ó renunciar para siempre á verme. Yo no puedo ni debo tolerar estas entrevistas que á la vez que desgarran las heridas de mi alma, harian trizas de mi reputacion inmaculada. Te he sacrificado mi felicidad, pero nunca te sacrificaré mi honor.

— Lia, por compasion...

— ¿ Y la tienes tú de mí ? Por permanecer fiel á preocupaciones religiosas, que hasta son ridiculas en nuestra época, sacrificas tu dicha y mi dicha ! ¡ Desdichado ! Mi corazon herido se levantará siempre ante tus ojos para no darte un momento de paz en la vida, y pedirte para siempre cuenta de mi ventura, como el remordimiento la pedia á Caín de la muerte de Abel.

— ¡ Calla, calla ya ! ¡ Ay ! me parece que la maldicion del Señor va á reducirme á cenizas !... Estoy loco, mi corazon estalla, mi cabeza hierve, mi razon turbada no sabe ya que palabras envia á

mis labios, pero tú, mujer fatal, me exiges una apostasía en testimonio de amor, y en el ara maldita de ese amor voy á ofrecerte el sacrificio de mi felicidad eterna, á cambio de una dicha incierta acá en la tierra... Quieres que reniegue de Cristo como tus abuelos que le crucificaron? ¿Quiéres que reniegue de María, como tus abuelos que despedazaron su inocente y tierno corazón? ¿Quiéres que reniegue de la religion que me ha dado los únicos dias felices de mi vida, los dias de mi infancia? Pues bien, sí, voy á complacerte; voy á sacrificarlo todo á este amor fatal que sin duda ha encendido Satanás en mi pecho, pero advierte que al dejar la religion de mis padres, no quiero que me hables ni de tu estraño judaismo, ni de tu singular espiritismo, ni del descompuesto protestantismo, ni del mahometismo, ni de nada que pretenda elevar los ojos y el espíritu del hombre á las regiones infinitas, porque al abandonar á Cristo, lo abandono por tí; porque al desechar por Dios á mi Redentor, no quiero reconocer mas divinidad, ni tributar mas culto, ni quemar mas incienso que á esa tu hermosura, Lia, que á esa tu hermosura que no respetarán los gusanos, ni perdonará la podre de la tumba. ¡Ah! cuando en un acceso de locura, cuando en el maldito vértigo que has producido en mí con tus lágrimas, y tus sollozos, y tus gemidos, y tu desesperacion, me has obligado á sacrificarte lo que aun anteayer me daba á gustar las mas apacibles dulzuras del alma, grande es la deuda que contraes conmi-

go; grande es tu deber de hacerme feliz, puesto que por una dicha incierta, por una dicha problemática, por una dicha que tal vez sea incompleta, y sin duda breve, renuncio desatentado á las apacibles delicias del cristiano, y á la ventura eterna.

— ¡Qué monstruosidades, qué locuras, qué desvaríos acaban de salir de tu boca !

— ¡ Ah ! ¿ Has querido que llenara el abismo que nos separaba, y ahora que lo ves colmado te espantas ? ¿ Has querido que me desprendiera del manto del *fanatismo* como lo llamas, y te quejas y espantas porque reniego de todos los fanatismos, es decir, de todas las religiones ? ¿ Has querido que hiciera profesion de fe de *espíritu fuerte*, y te espanta y te aturde ahora verme demasiado *ilustrado*, como se le llama hoy al que alardea de no creer en nada?... ¿ Vacilas?... Mujer, ídolo, diosa, demonio, amor mio, alma de mi alma, ó como quieras que te llame la pasion frenética que ruje por tí dentro del infierno de mi pecho ; díme ; ¿ vas á ser ahora tú la que con tu fanatismo, mezcla de la cábala judáica y de la magia espiritista abras el abismo que yo acabo de llenar ?

— ¡ No, nunca ! exclamó apretando con fuerza mi mano ; tal como acabas de presentármeme me espantas, ó me asombras, pero así te quiero ; así te deseo ; fuerte, varonil, enérgico, despreocupado, no obedeciendo mas que á la luz de la razon.

— Pobre razon la mia, trastornada por tus exaltaciones, fanatizada por tu amor, rendida por el

fluido magnético que se escapa de tu naturaleza de fuego, alborotada por la desesperacion, ciega y delirante por la fiebre que hace hervir la sangre en mis venas! pero ya que esta razon quieres, ya que te admira y te apasiona esto que llamas fortaleza, virilidad, energía y despreocupacion, lo tendrás, Lia, lo tendrás, porque en adelante solo de exaltacion en exaltacion, de locura en locura procuraré rodearte, ídolo mio, de tanto incienso, que mucho temo ha de parecerte hasta demasiado.

Si Lia me hubiese amado; si no la guiaran el cálculo tal vez, ó acaso las inspiraciones y manejos de las sectas secretas, al oirme así, al advertir que ó estaba loco ó me complacia en pisotear su amor y mi amor, hubiera espantada huido de mí, porque á la verdad yo daba miedo en aquellos momentos, y era imposible que inspirara otro sentimiento que el del horror y espanto. Pero todo sucedió al revés de lo que en circunstancias naturales hubiera acontecido; y el corazon de aquella mujer, muerto para toda creencia, cuando no pensaba verme en tal estado, hubo de reconocer mi superioridad sobre ella oyendo mis aterradoras blasfemias, y vacilar entre caer á mis piés adorándome, ó seguir representando el papel que se le habia marcado, tal vez con amenazas de muerte; tal vez con halagos y promesas de bienestar y de riquezas.

Lia con los ojos modestamente inclinados, tomó mis manos entre las suyas y me presentó su frente para que la besara. Yo la aparté de mí y dije:

—Quita. No tocarán mis labios la frente de la diosa hasta que sea mía.

Este desdeñó rindió aquella altanera mujer: en adelante me pareció una esclava. Había querido que renunciara á Cristo, el cual devolvió sus derechos y su dignidad á la mujer, y la insensata no atendia á que rotos los vínculos del amor en lo que tienen de santos, yo no habia de ver en ella mas que una *cosa*, yo no habia de mirar en ella mas que un mueble de lujo, mas que un instrumento vil de mis caprichos ó de mis pasiones. ¡Qué extraño es el corazon de esos desdichados séres que pretenden emanciparse porque quieren elevarse mas allá del sábio puesto que ocupan en la creacion! ¡Desprecian y mofan el afecto puro, elevado y santo que debe hacerles felices, porque en él ha vinculado el Señor la felicidad de la mujer y de la familia, y caen rendidas y humilladas á los piés de aquel que mientras las pisotea las hace entender que quiere encumbrarlas! Estas mujeres, por su mal, se parecen á los perros perdigueros; nunca lamen mas cariñosamente la mano de su dueño como cuando les apalea. ¡Desdichadas! ¡que si ellas comprendiesen lo que *hasta materialmente* las importa calentar sus almas delicadas al calor sacrosanto de la religion católica, no se verian tantas infelices gemir y llorar males que no tienen consuelo, porque hasta les falta el último, que es el de Dios, que es el de la fe!

¿Pero á qué divago en consideraciones, que á tí,

amigo mio, tan penetrado de las verdades católicas, han de parecerte enojosas por lo triviales?

Lia estuvo por unos momentos como confundida por el peso de aquella mi superioridad, que de tal modo la humillaba blasonando de puritanismo: luego temeria acaso demostrarme demasiado su flaqueza, ó recordaria tal vez las instrucciones y misteriosos mandatos á que obedecía, pues serenándose me dijo:

— Mal correspondes al abandono amoroso de mi pecho, y mi delicadeza ha merecido de tu parte un desaire injustificable.

— No digas eso, Lia, no digas eso. ¿Qué mas deseo yo sino caer en tus brazos rendido de amor? ¿Á dónde va mi corazón sino al tuyo, sediento de sentir los latidos que da dentro de tu pecho, y en cada uno de aquellos latidos hacerte regaladísima confianza de amor? Pero dime; el por qué haya sacrificado mi fe en aras de la pasión que me inspiras, ha de ponerte á tí en el caso de sacrificarme tu decoro y tu honor? Yo no puedo aceptar en tal caso; yo no quiero aceptar de tu parte semejante sacrificio.

— ¿Y se deshoja la flor de la pureza por un besado en la frente de la mujer que se ama?

— No quiero saberlo, Lia, no; pero me parece que si no se deshoja la flor de la pureza, se marchita con un beso la flor de la modestia, y ya que no puedo soñarte envuelta con los cendales de los ángeles, deja al menos que te mire rodeada del respeto que infunde la modestia. No tomes, pues,

á desden, lo que solo ha sido, si tú quieres, egoísmo de mi parte: deja que mire en tí, adornando tu belleza, todas las hermosuras posibles en el mundo.

— Esa moral me parece tener bastantes resabios de la moral que predicán los curas, reñida con la moral expansiva de nuestra época.

— Pues, si yo supiese, Lia, que mi mujer ha de profesar otra en materias de pudor, antes de firmar el contrato de matrimonio la mataría, y me suicidaría despues. La que no se respeta á sí misma, ¿ cómo ha de respetar la delicada honra de su marido, y cómo han de respetarla los demás?

— Esas palabras, y sobre todo el espíritu que las inspira me tienen alarmada.

— Sepamos en qué. Ya sabes que he venido aquí para colmar el abismo que nos separaba.

— Sí; temo que una vez pasados los primeros dias de la exaltacion, vuelvas á profesar las necias y abominables ideas del fanatismo clerical.

— No, nunca; y aquí estoy para darte la prueba que me exijas.

— ¿ Cualquier prueba? preguntó volviendo á ponerse en el terreno en que desempeñaba tan bien su papel.

— Cualquiera.

— ¿ Me engañas?

— Tu duda me ofende, y tantas palabras me impacientan. Pide esa prueba y la tendrás.

— Entonces exijo de tí me traigas una de esas hostias en las cuales los católicos creen que está

Jesús, tan verdaderamente, y tan poderoso, y tan alto como en los cielos.

Yo me estremecí ante tal proposicion y exigencia. Aquella mujer ¿era mas vil ó mas malvada de lo que á primera vista parecia? era como las frutas que producen los árboles del mar muerto; hermosas y lozanas por defuera, y polvo y gusanos en su interior, ó era un pobre instrumento de otros seres que hacen en el mundo lo que haria Satanás si pudiera obrar á su antojo?

— ¿Por qué me pides eso? ¿Qué idea te anima, Lia? pregunté con varonil firmeza.

— ¿No sabes acaso que yo soy hebrea? Mis antepasados crucificaron á Jesús...

— Y yo mismo héle adorado. No esperes que cometa el crimen de poner esa Hostia en tus manos.

— Y tú no esperes ni la posesion de mi amor, ni la realizacion del ideal de tu alma.

— ¡Ah, Lia! voy creyendo que estás equivocada; voy creyendo que á un renegado de la religion de Jesús, le cuesta poco olvidar á una mujer, ¡porque hay tantas hermosas en el mundo!... Yo mismo al entrar aquí, y cuando era cristiano, no te amaba mas que ahora, pero mi amor era mas hermoso; tenia raíces mas hondas, se abismaba en lo infinito: ¿qué hay de extraño que mi amor haya cambiado de naturaleza desde el momento en que he renunciado á un mas allá de la vida? Yo te amaba para este mundo y para el otro: sí he renunciado á la vida de los cielos, necesariamente ha de haberse bastardeado el amor espiri-

tual, vaporoso, bellissimo que te profesaba, y si no ha mitigado en intensidad, por lo menos ha cambiado de naturaleza. Ayer podias espantarme con esta amenaza, pero hoy, pero en este momento, no.

Mi entonacion era tan resuelta, y mis palabras tan sinceras y francas, que Lia no pudo dejar de conocerlo así, y temiendo con razon haber dado un paso en falso; temiendo sin duda que la presa se le escapara, trató sagazmente de retroceder. Así es que me dijo:

— Creia que me amabas mas.

— Y yo á mi vez creia lo mismo de tu parte. Si he cometido el crimen de renegar de Cristo, esto debe bastarte, ya que tal era el abismo que nos separaba. Pedirme una vileza mas, para que yo te viera profanar la Hostia consagrada, esto, Lia, hubiera sido degradarme demasiado, y envilecerte á tí propia ante mis ojos, viéndote profanar indignamente una cosa sacratísima, en la que tú, á diferencia de mi madre y de mi hermana, piensas que no hay mas que un poco de pan. Por otra parte; no he renunciado ya á todas las religiones posibles? ¿Qué tengo, pues, que ver con la religion católica?

— Es que esto hubiera sido el sello puesto al pié de tu abjuracion.

— Ya basta y hasta sobra el sello de mi palabra: el que no se contente con ella nada tiene que ver conmigo.

— Señor, ¡ cómo ha cambiado ! exclamó instinti-

vamente aquella mujer, espantada ya tal vez de su misma obra.

— De tal manera he cambiado, Lia, que de católico ferviente tu amor me ha trocado en ateo, no teórico, sino práctico. En adelante tal vez hallarás mas pasión, mas fuerza, mas violencia en mi amor, pero ya es imposible que busques en él aquella delicadeza, aquella ingénita poesía que respiraba mi corazón cuando he penetrado aquí. Al abandonar toda creencia, el amor que antes sentía mi alma por tí, se ha diluido yo no sé en qué fuego, yo no sé en qué desesperación.

— Es natural. El cambio brusco que se ha obrado en tus ideas, la radical revolución que en tí acaba de tener efecto, te tienen trastornado. Ya se irá apagando ese fuego de que me hablas; ya se irá desvaneciendo esa desesperación, que no es mas que una excitación nerviosa; ya irá irradiando poesía sobre tu existencia el generoso cambio que acabas de hacer, y á ello te ayudará complacida la inmensa ternura que para tí guarda y atesora mi pecho.

— Puede ser, pero permite que dude de ello hasta tanto que vea si tus vaticinios se realizan. Pero me has pedido una prueba, y si te he negado la primera, estoy resuelto á darte la segunda. Habla: mi amor sabrá hacer otro sacrificio por tí, si un nuevo sacrificio me exiges.

— No exijo mas prueba, Pio, sino que te afilies en una sociedad de esas que llaman secretas, las cuales dando de mano al fanatismo, solo rinden

culto á la filantropía, y al límpido esplendor de las generosas y nuevas ideas de bienandanza y emancipacion que difunden por el mundo.

— Son esas por acaso las *generosas* ideas que en tal estado han puesto á la España, á la Francia y á la Italia? Si tales son, permite que dude de su nobleza, y de su generosidad, y de la bienandanza que traerán á las generaciones que se proponen regenerar; permite que dude de su bondad, cuando tú misma las has calificado de secretas. Si tan buenas son, ¿por qué se envuelven en el misterio y en la sombra?

—Hacen lo que hizo el Cristianismo en sus principios.

— Pero el Cristianismo bajaba á las catacumbas porque era implacablemente perseguido.

— Y ¿no lo es la masonería acaso?

— Supongo que no, cuando todos los reyes, segun dicen, y todos los gobernantes de Europa, salvo rarísimas excepciones, forman parte de sus filas, y visten el mandil y empuñan la escuadra. Esto, pues, y los trastornos y revoluciones que producen y han producido, deben disponer poco en su favor á un espíritu recto, pero á mí ¿qué me importa ya? Entraré á formar parte de las sociedades secretas, y si tu amor me impulsa, yo te prometo que no me quedaré rezagado, que no formaré entre los soldados, sino que en breve se me contará en el número de los capitanes. Ansioso de complacerte, marcharé resuelto á mi objeto, y tú podrás conocer la intensidad y la violencia del

amor, por las proezas que lleve á cabo impulsado por él, importándome poco edificar ó destruir.

— Bien, Pio, bien. Eres digno de mí, y desde luego me tienes como una esclava á tu disposicion. Comprendo realmente ahora cuán grande es el amor que me profesas, por la grandeza del sacrificio que me inmolas; comprendo tambien que te inspiren cierta repugnancia los trabajos y aspiraciones masónicas, porque solo conoces las sociedades secretas por la relacion que de ellas te ha hecho el fanatismo clerical; pero por lo mismo tengo por seguro que variará de opinion tan luego como conozcas tal cual es al masonismo... Y ahora, amor mio, en prenda de eterno efecto, permite que Lia te haga un presente, de poco valor material, es cierto, pero que en cambio tendrá todo el valor de la pasion que arde por tí en mis entrañas. Acaso por ello me califiques de liviana en tu interior, pero si tus preocupaciones me acusan, acudiré á pedir justicia á tu corazon, y tengo por cierto que me absolverá una ligereza que solo el amor puede haberme inspirado.

— ¡Oh Lia! con cuánta fruicion conservaré ese presente de tu amor! dijela verdaderamente complacido, y sintiendo lo que decia. ¿Qué es? la pregunté con la entonacion mas curiosamente enamorada que puede salir de los labios de un mortal.

— Unos gemelos para los puños de la camisa. Mira.

Y sacó del seno una bolsita primorosa, pendiente de una cadenilla de oro que llevaba suspendi-

da del cuello. Abrió la bolsita, y me presentó unos gemelos formados por un triángulo y dos manos entrelazadas que lo cortaban por mitad. Este triángulo y emblema masónico estaba primorosamente bordado en cabello rubio como un rayo de sol, y montado sobre oro y esmalte. •

— ¡Oh, qué precioso recuerdo! exclamé acercando á mis labios aquel presente.

— ¿Te gusta? preguntóme con el acento de la mas viva y amorosa complacencia.

Yo por toda contestacion volví á besar aquella prenda, y luego dije:

— ¡Ah, Lia! Y alguna vez llegué á dudar de si correspondias á mi inmensa pasion!

— ¡Cuán injustos soleis ser los hombres para con las pobres mujeres, cuyo corazon tierno no llegaréis á conocer jamás! Tú ignoras en qué circunstancias he bordado esos gemelos para tí, arrancando uno á uno de mi cabeza los cabellos con que los bordaba; tú ignoras cuántas eran las angustias y los sobresaltos de mi alma cuando los trabajaba pensando en tí; tú ignoras, amor mio, cuántas fueron las noches que dejaba la cama para trabajar en esa prenda de amor que te consagraba, cuando no sabia si en efecto llegaria para mí la dichosa ocasion de podértela entregar. Yo te amaba con toda la fuerza, con toda la ternura de mi corazon desde el dia venturoso en que te ví; mi amor como el tuyo brotó en un momento, y al aparecer fue grande como el espacio, profundo como los insondables abismos de la mar; contrade-

cido por un tirano, como suelen ser contradecidas todas las pasiones vehementes, puras y grandes. Las notas mas apasionadas de mi arpa, aquella noche tan apacible como triste, iban dirigidas á tí; yo sentia dentro de mi pecho repercutir con fuerza volcánica los latidos de tu corazon, y por eso las vibraciones que mis manos arrancaban á las cuerdas del arpa eran tan ardientes y vago-rasas, pero como me hallaba supeditada por una voluntad de acero, eran tambien al mismo tiempo tan tristes, porque como te conocí al verte y oírte, te mí con razon que la vehemencia de tu amor te impulsara á dar el atrevido paso que diste saltando á mi jardin, y puesto que no podia de otro modo, queria con aquellos acordes tan melancólicos advertirte del riesgo que los dos corríamos, sí, dando curso á tu natural volcánico ímpetu, cometias cualquier imprudencia. No quiero recordar la triste escena del jardin, ni la tempestuosa que se representó en mis habitaciones por parte de un hombre á quien detesto con toda mi alma, pero aquella noche de terrores, de ansiedades por tu suerte, y de amargas lágrimas, mi corazon enamorado con toda la fuerza de mi naturaleza oriental, cuando se hubo restablecido el silencio y todo descansaba en torno mio, obligóme á dejar con el mayor sigilo la cama, donde la angustia no me dejaba dormir, y pensé en tí, y lloré de amor, y tuve la inspiracion de bordarte unos gemelos con mi mismo cabello, ya que no podia hacerlo con las fibras mas delicadas y sensibles de

un corazón que no era mío, sino que te pertenecía ya del todo. No intentaré relatarte las mortales angustias que hube de sufrir cuando supe por Lázaro la gravedad de tu estado, ni me es posible tampoco pintarte los terrores de mi alma al saber que estabas poco menos que á las puertas de la muerte. Durante aquellas largas horas de fiebre mortal en que te debatías pronunciando el nombre de la mujer que adorabas, en la quietud de la noche yo abría las puertas del balcón, sacaba de mi seno esa memoria que te consagraba mi amor, y trabajaba en ella, aun á riesgo de cegar, interrumpiendo solo mi trabajo para mirar las puertas cerradas del balcón de enfrente, detrás de las cuales la muerte pretendía hacer presa del ídolo de mi amor. Y llegaba el día, que no me traía mejores noticias de tí, y yo debía esconder esa amorosa prenda en mi seno para que no fuese descubierta, y ocultar las angustias, y los sobresaltos, y el amor y la inquietud de mi alma bajo el velo de una sonrisa hipócrita, y de una aparente tranquilidad, que destrozaba mis entrañas, y acababa mi existencia. ¡Ay! cuántas veces, durante la noche tan suspirada por mí, ya que en ella podía estar sola y sola pensar en tí, me figuraba hallarme á la cabecera de tu cama, prodigándote todos los cuidados y desvelos que solo el amor sabe inspirar á la ternura de una mujer, y al volver en mí de esta querida ilusión, lloraban mis ojos lágrimas de fuego que venían á caer sobre la memoria que te consagraba!

Cuántas veces me decia que tú no llegarías á poseer ese amoroso recuerdo, porque la muerte se interpondría entre los dos, antes que nuestros alientos y nuestros destinos pudiesen unirse en uno, como uno habia hecho el amor de nuestros corazones! mas no por eso me desalentaba, no por eso dejaba de trabajar en este recuerdo de mi ternura, y entonces me decia: «Si no puedes decirle que le amas en vida, se lo dirás en muerte; si no puedes depositar en sus manos esta prenda de amor, irás á depositarla sobre su tumba. De todos modos él será el único amor de mi vida.» Y despues, ¡con cuánto regocijo supe tu mejoría, y con cuán inmensa pena conocí tu recaída, á consecuencia de lo que vístes en mí, despues de aquellas armonías, y de aquel canto enamorado, dirigido por mi alma á tu alma, para decirte que vivias dentro de mi pecho del mejor aliento de mi vida! Pero ¡ay! la fatalidad me tenia encadenada á aquel hombre, que era mi verdugo, y aunque mi congoja era tan amarga como la muerte, ¡pobre Pio! ¡yo no puede hacer otra cosa que lo que hice! ¡Yo tu amante mas apasionada, yo era quien te mataba!

—¡Oh! exclamé sin poderme contener, y poniéndome en pié; dime quién es ese hombre; dime dónde está, porque ayer me dijiste que aun te hallabas supeditada por él.

— Ese hombre es sagrado para mí: aunque sea tu enemigo, Pio, lo respetarás si por acaso lo encuentras alguna vez en la vida.

— ¡Yo!

— Tú obrarás así, si verdaderamente me amas.

— No lo entiendo...

— ¿Y eso qué importa? ¿Se entiende todo lo que pasa en derredor nuestro? ¿Es hasta prudente el deseo y el afán de comprenderlo y de explicarlo todo?

— Lia; me pareces un eterno misterio.

— Sí; pero en tal caso, soy un misterio de amor. ¿Puedes conocer los secretos que la naturaleza ha escondido en las inmensidades del espacio? Pues más difícil es aun conocer los secretos de ternura que el amor condensa en el corazón de la mujer apasionada, si esta sobre ser mujer es de raza hebrea.

— Continúa, continúa tu arrebatadora confianza, amada mía, porque ella me parece una de las melodías que me dejaste oír aquella noche enloquecedora, cuando cantabas el poema de tus ternuras á la luz melancólica y apacible de la luna.

— Mientras tú te debatías de nuevo en las angustias de la muerte, yo con más afán que nunca robando las horas al sueño, terminaba este bordado, y entonces sí que pensaba que lo terminaba para un muerto; y entonces sí que derramaron lágrimas mis ojos, y suspiros mi corazón! Entonces cuando al asomar el día escondía mi trabajo de la noche en mi seno para que de nadie fuese descubierto, me decía: «¡Si yo le pudiera comunicar la mitad del calor y de la vida que late en

mi pecho! ¡Si yo pudiese apretarlo sobre mi corazón como aprieto este recuerdo que mi amor le consagra, ¡oh! cuán pronto volveria la vida con sus resplandores á brillar en él!...» Y piensa tú cuál fué mi regocijo, cuán grande mi alborozo, al saber por conducto del médico que te habias restablecido en un momento, cuando menos esperanzas ofrecias de curar! Se me figuró ver en ello una trama de no sé que jesuita, en la que habian inocentemente intervenido tu madre y hermana, pero con todo, yo me alegré por tu estado, y pensando que desde entonces alboreaba para nosotros el dia mas risueño de la dicha, supliqué á Lázaro que fuera á visitarte y te entregara una carta mia, en la que, aun á riesgo de parecer liviana, al confesarte mi amor y mis tristezas, me vindicaba ante tus ojos por lo que debias pensar de mí, teniendo en cuenta las dos escenas del jardin y del balcon, y te suplicaba me perdonaras haber sido causa de tus dos enfermedades. Al mismo tiempo te encargaba que no pretendieras sondear el misterio de mi extraño proceder, y que dejaras á mi mano el orillar las dificultades que se presentaban para que nos viéramos, y para que nuestros corazones confundidos en uno, tuvieran la dicha de elevarse en mútuo vuelo á los espacios infinitos, para decirse allí, cantando á Dios, lo que en la tierra á la sazón no podian. Pero ¡ay! tú cruel conmigo que tanto te amaba; tú ingrato no quisiste aceptar aquella carta, y con tal desden, y con las palabras que dijiste á Lázaro para que me las tras-

mitiera, heriste mi delicada susceptibilidad de mujer, y abriste en mi enamorado corazon una herida profunda, una herida incurable.

— No me acuses por ello, Lia : tú hubieras obrado como yo. Olvida aquel paso inspirado por lo que yo creia mi deber.

— ¡ Deber de apartarse del corazon que Dios ha unido inevitablemente á tus destinos ; deber de desgarrar un alma que vive solo del aliento de la tuya ! ¡ Deber de matar una existencia que te ha consagrado la esencia de la flor de su ternura ! ¿ Empiezas á comprender ahora, Pio, cuán duros, cuán inhumanos son y crueles los deberes de los católicos ?

— Y dime, Lia ; ¿ son mas blandos y mas humanos los deberes que imponen á sus secuaces el espiritismo y el judaismo ? porque si son mas blandos, porque si son mas humanos, para no acusar á esas dos religiones he de acusarte á tí de crueldad, ya que tú hebrea y espiritista, obedeciendo á no sé qué deber que te imponia la fatalidad, me colocaste por dos veces á las puertas del sepulcro.

Lia sorprendida y cortada, se quedó mirándome sin saber qué decir. Yo continué :

— Dejemos á un lado las religiones, y te suplico que ni por asomo me hables de nada que tienda á lo sobre natural, ya que he renunciado á ello.

— Procuraré complacerte para darte gusto : observó haciendo como que condescendia conmigo, cuando su silencio era impuesto por faltarle razones para deshacer las que en defensa del Catoli-

cismo acababa de presentarla contra el judaismo y espiritismo.

— Ahora te ruego que continúes, alma mía.

— Después supe que salías para Lourdes, y no pude contener el ímpetu de mi corazón, que me impulsaba á respirar el aire que tú respiraras, á servirme de la luz de que tú te sirvieras, á vivir del aliento vital que tú no quisieras, y guardando sobre mi pecho la dulce memoria que conservas en las manos, me consolaba pensando que si tú no me amabas, que si tú no querías tener por esclava á Lia, ella te erigiera un altar en su corazón, y sobre él recibiendo sus latidos y ayes, hallábase aquella memoria que te tenía consagrada, aquella memoria que era mi amor, mi pasión, mi vida, mi todo, porque era á la vez la historia de nuestros amores, de nuestras angustias, de nuestros sobresaltos, de nuestros sueños y de nuestros dolores. ¿Qué espíritu bienhechor me condujo aquí, donde al parecer debía romperse el último eslabón de la cadena de nuestra felicidad, y en cuyo punto hemos visto asomar el esplendente sol de la dicha en el límpido horizonte de nuestra vida, después de una tempestad como la del día de ayer, que parecía habernos para siempre sepultado en una noche eterna? Yo no lo sé, pero sin duda debe ser un espíritu bienhechor; el espíritu tal vez de tu bondadoso padre, que desde el otro lado del sepulcro vela por nuestra dicha. Deja que mi corazón reconocido se humille para darle las gracias; deja que la flor de mi amor se abra para en-

viar al cielo el perfume mas suave de su gratitud, y deja, Pio, que implore su bienhechora ayuda, que le suplique more en esa prenda que te ofrece mi ternura, para que él sea en adelante el lazo que una nuestros destinos para siempre, bajo un cielo azul, en un horizonte de color de rosa, llevando una vida encantadora, rodeada de las flores mas bellas, y embalsamada por los aromas mas suaves y embriagadores del amor.

—Lia; aunque me ria yo de eso de los espíritus, no por ello dejaré de apreciar esta prenda de la delicadeza de tu amor en lo que vale, y por ello te doy las mas expresivas gracias, y te las doy tambien cumplidas por tu bondad en abrimme tan espontáneamente tu pecho generoso, y referirme la historia de nuestros amores, en la parte que me era desconocida. Con que; ¿tú eras aquella mujer, en la que me figuraba ver tu dulcísima imágen, y eran tuyas aquellas melodías, por medio de las cuales me revelabas lo mas dulce y etéreo de tu amor? Benditas sean las enfermedades que he sobrellevado, benditos sean los trasportes imprudentes de mi alma, bendita sea la fuerza misteriosa que me impulsaba á tí sin que pudiera contrarrestarla; bendito el venturoso dia en que te vieron mis ojos, en que te oyeron mis oidos, en que mi alma se recreó y se expansionó saboreando el inefable placer de contemplarte, y en que mi pensamiento puso un beso purísimo en los labios de tu alma, y en que mi vida derritada se vertió en el adorable molde de tu corazon. Lia, Lia;

ya disipadas las nieblas que oscurecían el horizonte de nuestra vida, nos sonríe el esplendente sol de la ventura; ya removidos los obstáculos que nos impedían acercarnos, tú serás mía, y yo seré tuyo para siempre; yo te daré mi nombre y mis destinos, y tú me darás la felicidad, tú perpetuarás mi nombre, enlazado con tu nombre en nuestros hijos. No dilatemos ya nuestra unión; no, que un amor como el nuestro, no consiente dilaciones.

—Has dicho que todos los obstáculos estaban removidos, y mucho temo te hayas engañado: musitó con acento ligeramente sobresaltado.

—Ah sí; aquel hombre al cual odías con el mismo odio que yo...

—Ese obstáculo no me infunde ningún cuidado, Pio, porque si no lo venzo yo, lo vencerán otros. Pertenezco á la lógiá masónica de señoras de Barcelona, intitulada *El Perfecto Amor*, y me protege todo el masonismo, como te protegerá á tí tan luego como te hayas iniciado en sus secretos. Ya ves tú si tengo motivos para no temer nada por mi parte cuando mi protector es tan poderoso.

—¿Entonces crees que los obstáculos que se presentarán han de venir de mi parte?

—Si no de tu parte, cuando menos de parte de tu familia. ¿Cómo ha de consentir que des tu nombre á una hebrea, á una mujer descendiente de la raza que llevó á Jesús al patíbulo?

—Mi amor; exclamé con el orgullo de Satanás, picado tan cautelosamente por la sagacidad de

Lia; mi amor que como lava hirviente ha pasado por encima de Dios y de la religion, atropellándolo todo, ¿piensas tú que ha de detenerse ante el pequeño obstáculo á que aludes? Para unirme contigo no me ha detenido Dios, y me detendré ante la oposicion de mi madre y hermana? Si Dios era el lazo que me unia con ellas, ¿cómo quieres que no rompa ese lazo si he roto con el que me sujetaba á la divinidad? No temas, Lia, no temas: yo voy á tí como Gave al Garona y como el Garona al mar: yo obro ya por una necesidad fatal.

— Pero me sobresaltan las reminiscencias que conservas del Catolicismo, y si pienso que tu madre no podrá quebrantar tu voluntad con un mandato, me aterran las lágrimas y las súplicas que ella y María te dirigirán, buscando conmoverte. ¡Ay! ¡y qué infelices seríamos, Pio, si hubiéramos de separarnos para siempre; si hubiésemos de renunciar al dulcísimo porvenir con que nos brinda nuestro amor!

— Tranquilízate. Seré tan inflexible á las súplicas y al llanto, como decidido ante la voluntad de mi madre cuando me ordene renunciar á tu posesion; y si conozco que aquellas súplicas y llanto van á conmovirme, pediré fuerzas y decision á tu memoria, y el recuerdo arrobador de la mujer que adoro me las dará.

— Ojalá sea así; dijo tristemente, tomando de mis manos los gemelos, y poniéndolos en los puños de mi camisa, mientras conservaba los que habia, regalo afectuoso y tierno de mi hermana.

Yo no me opuse á lo que hacia aquella mujer, ni siquiera pensé en la profunda herida que se abriria en el alma dulce y delicada de mi hermanita cuando notara aquella sustitucion. ¡Oh! ; cuántos grados habia descendido en el camino de la abyeccion y embrutecimiento desde un par de horas atrás ; desde aquel malhadado instante en que renunciando á Cristo, me habia arrojado en brazos de Satanás por el camino de un amor infernal !... Yo mismo me desconocia!

— No te los quites ; me dijo ; hasta que arrojes mi amor de tu corazon.

— Te lo prometo : contestéle, poniendo un beso en su mano.

Y luego pensando en mi hermanita con cierto remordimiento por el olvido en que la tuviera, y por las palabras que habia dicho que á ella se referian, proseguí :

— Aunque en los gemelos que te quedas haya bordado un nombre de María, coronado por una cruz, voy á suplicarte un favor.

— Dí : balbuceó sonriendo, y tal vez presintiendo lo que iba á rogarla.

— Que desheches tus preocupaciones de secta, siquiera para eso, y los conserves como una prenda de mi amor y una memoria de mi hermana. Están bordados con cabello de los dos.

— Mucho me costará, pero te lo prometo... Mira ; dijo, poniéndolos en la bolsita que pendia de su cuello y ocultando esta en su seno ; aquí encontrarás este recuerdo el dia de mi muerte. ¿ Estás contento ?

En aquel momento conocí que Lia estaba afectada, y pensé que su alma no debía ser tan mala como á veces parecia. En el decurso de mi vida me he convencido de esta verdad. Dichosa ella, y dichoso yo, si no estuviera supeditada por el maldito poder que encadena su voluntad, y destruye los mas bellos impulsos de su corazon.

Poco despues dábamos fin á la entrevista y nos despedíamos para no vernos ya sino en Barcelona, donde ella cuidaria de avisarme el punto en que deberia tener lugar.

XVIII.

EN EL ABISMO.

Mi salida de la Fonda de la Cueva coincidió con la terminacion de los divinos y solemnes officios en el Santuario de María, así es que me dirigí inmédiatamente al *hotel* de los Pirineos, donde se hallaban esperándome aquellas santas mujeres que me amaban tanto. Como por el camino oí á unos peregrinos describir la funcion y hablar del sermón de Monseñor Pie, pude relatarlas someramente lo acontecido en el templo, y como á pesar de cierto aire intranquilo y misterioso, emanacion de mi estado moral, hallábame mas alegre y decididor que nunca, mi madre y mi hermana se felicitaron de la dicha que rebosaba su hijo y su hermano.

Despues del almuerzo empecé á insinuarlas que deseaba regresar á Barcelona, y si bien mi madre queria pasar en Lourdes unos seis dias mas para concluir una novena, con todo, en virtud de mis instancias resolvió el regreso para dos dias despues, y volvimos á la ciudad condal pasando por Tarbes y Tolosa, y entrando por Perpiñan en Cataluña.

Noté que así María como mi madre me obser-

vaban cuidadosamente, porque sin duda las pobres veían en mí dibujarse las sombras de un misterio que las tenía sobresaltadas, pero como yo me hacia el hipócrita, y estaba alegre, y las acompañaba al templo, y en él me miraban con una devoción al parecer fervorosa, su alarma no era muy pronunciada, y hasta pienso que nada temían por parte de mi apostasía. Yo obrando de aquella manera empezaba á obedecer las pérfidas insinuaciones y terribles mandatos de las sectas secretas, en una de cuyas logias, con ridículas y nécias ceremonias se me habia iniciado, por los manejos y obras de Lia, que á su vez habia obedecido en todo á los mandatos de las mismas logias, que en mal hora pusieron en mí su malvada mirada.

Todas las semanas nos reuníamos los *hermanos* de mi logia con las *hermanas* de la logia intitulada *El Perfecto amor*, para asistir á un banquete, en el que no reinaba por cierto gran cosa la moralidad, y del cual salían casi siempre borrachas la mayor parte de las *hermanas*, ya que se las obligaba á beber un sin número de copas de vino, capaces de trastornar, no digo la débil cabeza de una mujer, sino hasta la de un payés del Campo de Tarragona. Terminado el convite, que no podia dejar de ser una orgía, y con la cabeza llena de los vapores del vino, de las ideas que allí se virtieran, de las voces de mando híbridas y ridículas del presidente del festín, y de no sé cuántas y cuán repugnantes cosas mas, (porque aquel foco de la ilustracion moderna es un verdadero pudridero,

del que es necesario apartar, segun frase de Donoso Cortés, la vista con horror y el estómago con asco); terminado, repito, el convite ó la orgía, como quieras llamarlo, cada *hermano* acompañaba una *hermana* á su casa, y se despedia de ella mirándola muchas veces completamente beoda, que es el estado mas repugnante en que puede presentarse la mujer á los ojos de un hombre.

No quiero, ni puedo detenerme en relatarte, amigo mio, las abominaciones de las sectas secretas; solo te diré que por mas que dominen el mundo, nunca saldrán del misterio á que las condena su vergonzosa naturaleza, porque sus ceremonias y sus actos mas sencillos avergonzarian á la mas descocada meretriz si los hubiese de llevar á cabo á la luz del sol. No es que quiera decirte que ostensiblemente se falte á la decencia allí, pero sí que se falta al decoro que uno se debe á sí propio, y que aquello es la escuela reglamentada de la degradacion humana mas repugnante. Allí se alardea de libertad, de igualdad y de fraternidad, y te encuentras siempre vil instrumento de la voluntad de un ser que no conoces, y á cada paso con una embozada amenaza de muerte si no obedeces, ó con la punta de un puñal ó de una espada que te dice lo que va á ser de tí, si cerrando los ojos no te lanzas al abismo atado de piés y manos, si no llevas acabo el asesinato, la ruina ó la calumnia que se te impone. Muchos masones tontos solo ven allí un punto de reunion donde se come, se bebe, se divierte, se declama

contra lo mas sagrado, y se instruye al pueblo en la ciencia de la demolicion de la sociedad humana, á cuya demolicion háselo aplicado el título de *civilizacion moderna*, pero así los que han penetrado, por ser mas malvados y de talento, en los grados secretos de aquella trama infernal, enemiga de los hombres porque lo es de Dios, como los que sin penetrar en dichos grados ven las cosas con claridad, á pesar de las sombras de que se procura rodearlos, aquellos convites, que en España años atrás solo se concebían en ciertas tabernas y en ciertas casas, aquellas diversiones madres del can-can, aquellas declamaciones base de nuestras desdichas, aquellas instrucciones en el mal que han convertido nuestra patria en un *presidio suelto*, como dijo siendo ministro el general O'Donnell, degradan de tal manera al individuo, le hacen perder de tal modo á sus propios ojos la dignidad, que poco á poco se convierte en un autómeta encadenado al diabólico cuerpo masónico, autómeta que no puede obrar, ni hablar, ni siquiera pensar por su cuenta, sino que debe hacer lo que se le manda por parte de un déspota malvado, decir y declamar lo que se le ordena, siquiera uno se convierta en papagayo y pensar tan solo lo que se le permite, y siempre con arreglo á la base demoledora y tenebrosa de la sociedad secreta. De allí el amor y la fraternidad están proscritos, y solo tiene asiento allí el odio, tanto mas terrible, cuanto mas embozado se presenta en la capa de la amabilidad; allí domina un despotismo absoluto, en vez

de la igualdad y de la libertad que pregonan sus corifeos, y bien podria escribirse en el frontispicio de las lógias esta frase: *Renuncia á todo, para entregarte atado de piés y manos al Gran Oriente*; allí como no puede dejar de suceder, puesto que es cátedra y casa del demonio, domina por un contraste singular en vez de la fraternidad una discordia eterna, si bien pasa desapercibida para el gran número. Los conventos de Satanás derruyeron los conventos de Dios, porque estos necesariamente hubieran impedido el desarrollo de aquellos en nuestra España. Y despues dirán que la sociedad humana puede pasarse sin conventos!

Pero viniendo ya á mi historia, cúmpleme decirte que si bien me repugnaba mucho ver á Lia, delicada como una azucena, encantadora como una paloma, apurando sendas copas de vino á la órden del presidente de la mesa del convite, con todo nunca la ví beoda, ni ébria; nunca el acompañarla á su casa hube de renunciar á sostener con ella animada conversacion. ¡Ah! si yo la hubiese visto ébria; si hubiese notado en sus ojos la chispa del embrutecimiento producido por el vino; si hubiese advertido que su lengua removiéndose torpemente en su boca tenia mas ganas de hablar de las que en estado intelectual y físico le permitian, estoy positivamente cierto que en vez de amarla con locura la hubiera odiado profundamente y la apartara con asco de mí, por mas que todo el poder masónico de ambos mundos la protegiera, porque á mis ojos lo mas asqueroso, lo

mas repugnante, lo mas nauseabundo que puede presentarse, es una señora vestida elegantemente, de fina educacion, de esmerado trato, de juventud y hermosura esplendentes, completamente borracha, soltando por la boca el vino de su estómago y los conceptos mas vergonzosos y repugnantes, ó bien con los ojos fuera de sus órbitas, el rostro encendido como el de una bacante, los labios secos y entreabiertos, el aliento oliendo á taberna, y la cara abotagada, reirse cuando tantos motivos tiene para llorar, y soltar frases incoherentes, ó pedir mas vino para aplacar su sed, ó dormirse como si fuera muerta en la sala del festin y despertar en su propio lecho, sin saber cuándo ni quién la ha trasladado allí. Esto que te parecerá una paradoja, amigo mio, fue lo que ví en la lógia *El Perfecto amor* mas de una vez, y de ello me lamentaba con Lia, que al oirme no podia menos de sonrojarse y de darme la razon.

Una de aquellas noches en que con tales impresiones nos retirábamos á nuestras casas, Lia me dijo:

—Nuestras relaciones amorosas no pueden continuar ya por mas tiempo si mi reputacion intachable ha de seguir siendo limpia como hasta aquí, y yo pienso con razon que tú quieres por esposa á una mujer que sea tan honrada á los ojos de Dios como á los de los hombres. Se hace preciso, pues, que actives los preparativos para que nuestros fervientes deseos sean luego un hecho.

—Mañana hablaré á mi madre.

— Si tú supieras cuán alarmada me tiene la contestacion negativa, que á buen seguro te dará!...

— No hay motivo para ello. ¿Te has de casar con mi madre ó conmigo?

— Los temores que te espuse en Lourdes quedan en pié. ¿Cómo ha de consentir tu madre en emparentar con una hebrea, cuyo solo nombre inspira horror á los católicos, y cómo sus lágrimas y sollozos no han de vencer por fin tu corazón?... ¡Ay, Pio! ¿por qué nos conocimos? dijo suspirando.

— Y yo te repito como en Lourdes que nada obtendrán ni las negativas, ni las súplicas y lágrimas de mi madre. A pesar de todo, tú serás mi mujer.

— ¡Quiéralo el cielo! observó tristemente.

Y sin decir otras palabras llegamos á su casa, donde triste y afectada la dejé para encaminarme á la mia, en la que comenzaban á ser sospechosas mis ausencias nocturnas, y sobre todo mi estraña conducta. María acaso empezaba á esplicársela, llena de angustias y terrores, porque habia notado la sustitucion de los gemelos que me regalara, por los gemelos masónicos que me diera Lia; pero la pobre no conociendo el significado del triángulo y las manos enlazadas cruzándole, solo recibiera una herida en el amor entrañable que me profesaba. ¡Cuánto mayor y mas profunda hubiese sido esta herida, á conocer que aquel era un emblema masónico, puesto que para ella un franc-mason era algo parecido á un demonio encarnado!

Mentiria si dijese que al ir á dar el hondísimo disgusto á mi madre de proponerla mi casamiento con una hebrea, no tenia sobresaltado y lleno de remordimientos el corazon, y no se levantaban ante mí su amor entrañable, los inagotables desvelos de que por su parte habia sido objeto durante toda mi vida, su delicada salud, y el temor de que un disgusto tan grande acabase tristísimamente su vida de un golpe; mentiria si negase que una voz interior me clamaba no ser aquella digna manera de pagarle sus ternuras, no ser aquel el proceder que de mi parte merecia una madre tan buena; pero yo me hallaba en el abismo de la perdicion; si no muertos, cuando menos muy aletargados yacian los sentimientos en mi alma, y por otra parte el amor que profesaba á Lia, el orgullo de sostener la palabra que con ella tenia empeñada, y hasta cierto temor de lo que me pudiera acontecer por parte de la francmasonería si no llevaba adelante, sin miramientos de ninguna especie, un matrimonio patrocinado por ella, me obligaron á dar de mano á todos los respetos y naturales consideraciones, y á no detenerme en tan criminal paso, ni siquiera ante la muerte probable de mi madre.

Aquella noche fue de tormento indecible para mí. Cuando pensaba en el terrible efecto que mi revelacion y proposicion harian en una madre tan buena; cuando recordaba una á una las atenciones y las ternuras de que por su parte habia sido objeto; cuando recogitaba su profunda piedad, su

virtud á toda prueba, su inquebrantable amor al Catolicismo y el cuidado con que me educara en tan santos principios; cuando el ángel de mi guarda ponía delante de mis ojos la muerte amarguísima que daría á su corazón maternal, casi tomaba la resolución de romper con todo, y por no afligir á mi madre, de renunciar para siempre al amor de Lia; mas luego la intensidad de este amor, la egoísta dureza de mi corazón apasionado, la imprudente palabra que tenía empeñada de pasar por todo para llegar á la posesión de aquella mujer, mi misma horrenda apostasía, que me llevaba frenético y casi rabioso, y el temor del puñal asesino de las sociedades secretas, hacían que cerrara los ojos, y que me dijera:

— Puesto que la fatalidad me impulsa, ¿puedo hacer otra cosa? He empezado la carrera, y no es posible detenerse en ella. La recorreré toda sin mirar atrás, y suceda lo que sucediere.

Y de nuevo se presentaban ante mis ojos la efigie llorosa de mi madre pidiéndome que tuviera piedad de ella, y la efigie seductora de Lia, invitándome á la felicidad, y pidiéndome que no labrase su eterna desventura y mi desventura eterna con una debilidad...

¡Qué noche mas triste fue aquella para mí! ¡Qué dudas, qué combates hubo de sostener mi pobre corazón! ¡Qué angustias é indecisiones devoraron mi alma!...

Y llegó con sus albores la mañana, y yo seguía en las mismas dudas, en las mismas angustias,

en los mismos combates, y temblaba al pensar que iba á llamar á mi madre para herir de muerte su corazon con el puñal de mi infamia, y temblaba al pensar que no me era dable retroceder y que fatalmente debia dar aquel paso maldito.

Ocurrióseme por fin una idea, que á mi parecer mitigaba el rigor del paso que iba á dar, y animado por ella entré en las habitaciones de mi madre, á punto que regresaba de misa; pero despues, ya sea por olvido, ya sea por despecho, ya sea por juzgarlo innecesario, me olvidé de aquella idea, que al fin y al cabo habia sido únicamente el cebo puesto por el infierno para hacerme tragar el anzuelo de mi iniquidad.

Qué astuto es el demonio, y cuán prevenido debe andar siempre el hombre si no quiere néciamente caer en los sútiles lazos que le pára!

XIX.

EL GOLPE MORTAL.

— ¿Qué me quieres? preguntóme la bondadosa madre de mi alma, tal vez con alguna zozobra.

— Cuando al venir aquí no hubiese otra razon que la de saludarla y saber cómo ha pasado V. la noche, me parece que seria suficiente para autorizar mi presencia en sus habitaciones.

— Es cierto, hijo mio, pero hace tanto tiempo que tienes olvidado ese deber de los buenos hijos, que no debe estrañarte te haya dirigido aquella pregunta. De todos modos te agradezco el interés que me demuestras, y correspondiendo á él debo decirte haber pasado la noche bastante bien.

— Me alegro: dije poniendo mis labios en su mano por última vez en la vida.

Y como me quedara algo cortado, conoció que deseaba pedirle alguna cosa, y haciéndome tomar asiento á su lado, con maternal bondad me dijo:

— Pero tú deseas, Pio, pedirme algo, y estoy dispuesta á oir tu peticion. Háblame con la confianza que solias hacerlo en otros dias, porque tu madre no ha variado.

—Lo que quiere decir, que hé cambiado yo. No es verdad?

—Eso lo sabrás tú, hijo mio : yo solo afirmo no haber cambiado yo.

—Puede ser muy bien haya V. notado en mí cierto desvío, pero le aseguro á V., madre mia, que habrá sido siempre involuntario, é hijo de ciertas preocupaciones que me traen agitado.

—¿Y es acaso de esas preocupaciones de lo que viene á hablarme mi hijo? preguntóme sonriendo.

—Sí, madre mia: de esas preocupaciones voy á hablarle á V.

—Entonces puedes empezar, que ya te escucho, deseosa cual nunca de contribuir á tu tranquilidad.

—Y á mi dicha ; ¿no es verdad, madre mia?

—¿Y qué madre hay que no desee contribuir con todas sus fuerzas á la ventura de su hijo?

Yo me quedé silencioso, y no sabia cómo empezar.

—Pero bien ; sepamos que cosa sea lo que me quieres comunicar?

—¿No lo ha adivinado V. ya?

—No, por cierto ; y te suplico que vayas luego al grano, porque esos rodeos me tienen inquieta. Nadie pensaria al oírte sino que eres una niña corta de genio, que va á participar sus primeros amores á un padre severo, y que no sabe cómo empezar.

—Pues quítele V. al asunto lo de la niña y lo del padre severo, y tendrá explicado el motivo que me ha conducido aquí.

— Mi madre soltó una ruidosa y franca carcajada al oirme. ¡Ay! aquella carcajada era sin duda la última de su generosa y amante vida. Luego me dijo :

—Vamos; nunca hubiera podido suponer en tí una cortedad tan inverosímil, porque sobre no tener el carácter de que ahora das tales pruebas, habia pensado siempre que inspiraba suficiente confianza á mis hijos para hablarme con toda libertad, y depositar en mi corazon las confidencias mas íntimas del suyo.

—Es que cuando se trata de la felicidad de la vida, el genio mas espansivo teme.

—¿Y qué tiene que temer mi hijo de mi parte? ¿Acaso ha podido deducir nunca que yo iba á oponerme á su union con una mujer virtuosa y honrada?

—Es que yo ignoro hasta qué punto podrá llevar sus exigencias de familia, exigencias que en muchas gentes y en no pocos matrimonios rayan hasta lo ridículo.

—Si por exigencias ridículas de familia entiendes tú materias que afecten á la limpidez del apellido ó á la honradez y virtud de la persona, puedes dar por cierto, Pio, que yo las tendré tambien, porque debo velar por el nombre y la reputacion inmaculada de tu difunto padre; pero mientras me complazco en suponer que no querás de ningun modo poner una mancha en tu limpio apellido, debo decirte que no llevaré mis exigencias al terreno de los intereses. Tu ma-

dre que bendecirá tu casamiento con una mujer pobre, pero virtuosa, honrada y digna, no podría nunca darte su consentimiento si, contra lo que debe y puede esperar de tí, la propusieras casarte con una mujer indigna de tu apellido, ora sea por sus cualidades personales, ora por los antecedentes de su familia, aun cuando hubiese de llevarte en dote las riquezas de Creso.

Mi madre al hablarme de esta manera tenia un acento y una actitud solemne. Hubiérase dicho al verla, que la reputacion, la honra y el decoro sin mancha de mi apellido, hablaban por sus labios. Yo la dije:

—No me he acordado siquiera de preguntar por el dote de la mujer que amo, y en punto á honrada me complazco en afirmar que lo es tanto como yo.

—¿Será, sin duda, de alguna familia conocida en Barcelona?

—No sé si tendrá V. noticia de ella, porque hace pocos años llegó de Rumanía.

—¿Estranjera? preguntó con cierta repugnancia.

—Nacida de padres descendientes de España en el Oriente de Europa.

—¿Y cómo se llama?

—Lia: contesté con cierta timidez y mucho temor.

—¡Qué nombre tan singular! Solo recuerdo haberlo leído en la historia de Jacob, de quien era esposa una mujer de ese nombre. Pero esto le

hace poco al caso. Supongo que tendrá relaciones en Barcelona, por las cuales pueda yo venir en conocimiento de los antecedentes de su familia.

— Bastantes relaciones tiene, pero dudo que nadie pueda darte antecedentes de su familia, ya que es huérfana, y vino á España acompañada de un hermano de su madre, el cual hace tiempo que murió dejándola sola.

— No quiero vagar en suposiciones poco delicadas, hijo mio; pero si esa señorita no es una aventurera, ha de ser bien infeliz, y debe apeteecer con ardor encontrar de nuevo la familia perdida.

— ¡Aventurera, Lia! Eso no, madre de mi alma.

— Quiero participar de la buena opinion que te merece, y créeme, Pio; si por acaso es digna de tí, nadie con mas espontaneidad que yo le abrirá el corazon, para que en mí encuentre una nueva madre. Tú no sabes cuánta lástima me inspiran los pobres huérfanos, y mucho mas si se hallan en las condiciones de la mujer que amas. Ahora bien; díme dónde vive Lia, para que pueda tomar informes de ella, y yo te prometo que si es digna de tí, poco he de tardar en tener tres hijos en vez de dos... Ya ves ahora con cuánta sin razon temias espontanearte con una madre que tan ardientemente desea tu felicidad.

— Es que haya tal vez quien se empeñe en presentarla á sus ojos de distinta manera de lo que es. Las huérfanas no tienen quien las proteja, y fácilmente la maledicencia hincan en su honra ó en su reputacion el diente envenenado!

— ¿Y yo soy acaso tan ligera para dar de plano asentimiento á una calumnia? ¿Tengo en tan poco la reputacion de una mujer, que me baste la chismografía del vulgo para juzgarla? Una señora que sabe lo que se debe, procura dar á las demás lo que merecen: díjome mi madre con el recelo natural que en su alma habian levantado mis rodeos y temores. Luego añadió: Pero bien; ¿no me dirás dónde habita Lia?

— La pared del jardin divide el de su casa del nuestro: contesté con cierta impaciencia y mal disimulado malhumor, que no pasó desapercibido para mi madre.

— ¡Ah!... dijo tristemente; es la hermosa señora que te ha llevado dos veces á las puertas de la muerte?

— Yo le aseguro á V., madre mia, que ella es inocente; completamente inocente.

— A pesar de todo, hijo mio, preciso es confesar que es de muy mal agüero para tu felicidad lo que con ella te ha pasado.

— ¿Y V. cree en agüeros, madre mia?

— Yo solo creo en lo que cree la Iglesia, y la Iglesia me prohíbe dar oídos á esos resabios del gentilismo. Al hablar así no he querido dar á la palabra *agüero* otro sentido que el que comunmente recibe en la locucion familiar.

La conferencia terminó aquí porque me faltó el valor para decir á mi madre lo que tenia por seguro habia de provocar una rotunda negativa, al mismo tiempo que dilacerar su bondadoso corazon

viendo de lo que era capaz de proponerle aquel hijo que tan cuidadosamente habia procurado educar en los santos principios del Catolicismo ; pero si el valor me faltó para el efecto, en cambio mi corazon llenóse de despecho, y renegaba de Dios, de mi madre, de mí mismo, de Lia y de lo que ya llamaba preocupaciones malvadas del Catolicismo, opuestas al curso regular y á las leyes de la naturaleza.

Aquel dia lo posé rabioso, y no osé presentarme á Lia por temor de que leyera en mi turbacion lo que llamaba yo mi cobardía. Y lentas se deslizaron las horas , y la inquietud y el despecho devoraban mis entrañas, mientras que en el frenesí que me dominaba hacia propósitos de pasar por todo y atropellarlo todo para llamarme ante la ley esposo de aquella mujer.

Al dia siguiente mi madre me llamó á su cuarto. Estaba pálida ; su rostro desencajado, y sus ojos hinchados y rojos, me dijeron desde luego así lo que iba á oír de sus labios sin color, como el hondo sentimiento que devoraba su alma.

— Siéntate; me dijo con voz débil como un suspiro.

Yo tomé asiento sin decir una palabra, pero resuelto á romper con ella si me ordenaba romper á su vez con Lia. El aspecto de mi rostro debia ser altanero porque al poner mi madre sus ojos en los míos creí notar que se estremecía. Despues de un momento de silencio, me dijo :

— No sé lo que te habrá hecho tu pobre madre

para que le prepararas un disgusto tan grande en los últimos días de su vida.

— Ignoro qué cosa puede motivar un exordio de esa naturaleza: díjele con fiereza.

— ¿Qué ignoras la causa del amargo desconsuelo que devora mi corazón? Pio; no añadas la impostura á la mas refinada ingratitud...

— Solo puedo atribuirle á una cosa, y esta es, que arrebatada por unos celos tan necios como infundados, se opone V. á mi casamiento.

— No añadas el insulto mas descarado á tu inconsiderada conducta. ¿Cuándo has podido deducir que tu pobre madre habia de oponerse por celos á tu union con una mujer virtuosa y honrada?

— Y ¿cuándo ha podido saber V. que Lia no era ni honrada, ni virtuosa?

— Yo solo he sabido que es imposible tu matrimonio con una mujer de las condiciones de Lia; y al pensar que tú, educado tan cuidadosamente en los principios católicos, has podido no solo enamorarte de ella, sino proponerme casarte con ella, cuando no es posible que ignores quién es, fuerza se me hace preguntarte por los agravios que te habrá hecho tu madre, para que la obligues á beber la copa de la amargura, cuando debia solo esperar de tí consuelos y alegrías.

— Y ¿cuáles son las condiciones que reúne Lia para que haya yo de renunciar á unirme con ella? dije con tono agresivo, con acento lleno de ira mal disimulada.

— ¿Acáso no las conoces tan bien como yo, para que quieras obligarme á enumerarlas?

— Precisamente porque no conozco ninguna de esas condiciones pregunto á V. por ellas; y el ver que V. ha sabido en un dia lo que yo no he podido conocer en mucho tiempo, justifica los temores que hace poco le indicaba; sí, justifica mis temores de que V., arrastrada por necia pasion de celos, no quiere que me case mientras V. viva, y confiando en el respeto que siempre la he demostrado, habrá inventado, con ayuda de no sé quién, una calumnia contra la honra, ó el buen aprecio que merece Lia, pensando que yo daria por buenas las razones con que procurase justificar su negativa, por absurdas y necias que fueran.

— Conozco á Lia en esas palabras, pero no conozco al que las pronuncia: dijo poniéndose en pié y con acento solemne y dignísimo. Yo te he llamado para darte una contestacion á lo que ayer me propusiste en mal hora y descaradamente, pero no para ver en los labios de mi hijo el precez y malvado insulto con que atropella á su madre. Puedes retirarte: añadió señalándome la puerta.

— No lo haré sin antes haberla notificado que á despecho de quien quiera que sea, yo llamaré mi esposa á esa mujer. Vea V. ahora lo que mejor convenga para evitar un escándalo, porque mi resolucion es irrevocable.

— Y yo te anuncio que llamaré á la muerte en mi ayuda, antes que vea á esa hebrea aventurera

penetrar por las puertas del santuario de mi casa.

— No será tanto: balbuceé descaradamente y sonriéndome con una sonrisa sarcástica.

— Sal de aquí: díjome con irresistible imperio, señalándome de nuevo la puerta de la habitación.

— Saldré, pero para volver dentro de algunas horas á conocer su última resolución.

— Es inútil; puedes evitarte esa molestia: contestóme ocultando el rostro entre sus manos, y con la voz ahogada por hondísimos sollozos seguidos de una tos seca, débil, estraña...

Salí resueltamente de la habitación sin volver la cara atrás, sin acudir en ayuda de aquella pobre madre, que abandonada de las fuerzas se dejaba caer en un sofá medio muerta; sin que me inspirara compasión, sin que hiciera vibrar una siquiera de las fibras de mi alma aquel llanto, aquel sollozo, aquel gemido histérico y mortal. ¡ Ah! ¿ qué le importaba su madre en aquellos momentos á este malvado? Al encaminarme á mi cuarto encontré de paso á María, la que al verme no tuvo siquiera valor para dirigirme la palabra: ¡ tanta fiereza, tanta ira debía revelar mi rostro, que la llené de espanto! La pobre no conocía nada de la entrevista que el día anterior tuve con mi madre, así es que se dirigió á las habitaciones de esta para preguntarle por la causa de mi irritación. Juzga del efecto que le produciría el hallar medio muerta á la que le había dado el ser!...

Corrió á ella desalada, hízole varias preguntas que no obtuvieron respuesta, prodigóle todos

aquellos cuidados que inspira la ternura á los corazones angelicales, y como á pesar de todo, continuara aquella santa mujer en una especie de sollozo ó hipo nervioso, dió María un gran grito pidiendo auxilio, y pronto los criados estuvieron á la puerta de la habitacion; pero mi desdichada madre que queria ocultarles aquel drama para no deshorrar á su hijo, no pudiendo hablar, hizo á mi hermana una señal para que no entraran, y tendiéndola los brazos, quedóse en ellos desmayada y presa de una horrible convulsion.

Otro grito mas espantado de María fué motivo para que entraran en el cuarto los criados, con ayuda de los cuales la trasladó á la cama, y mientras con un aturdimiento propio de las circunstancias procuraban por todos los medios que les sugeria su buen deseo devolverla el sentido, uno corria en busca del doctor, y otro iba en mi busca. Al médico le encontraron pero á mí no, porque pensando lo que iba á suceder, con una crueldad inverosímil me salí de casa.

El doctor hizo salir á los criados y quedándose á solas con mis pobres madre y hermana, despues de disponer lo conveniente para calmar la escitacion nerviosa de aquella santa mujer, preguntó á María por la manera cómo habia sobrevenido aquel accidente.

—No lo sé: hubo de contestarle llorando la affligida María. Mi hermano acababa de salir de aquí, y al entrar yo hela encontrado gimiendo, medio

desmayada, y al llamar á los criados se ha lanzado á mis brazos quedando sin sentido y presa de una convulsion espantosa. Por amor de Dios le suplico, doctor, que me conserve á mi pobre madre, porque sin ella, ¿qué seria de mí?

— ¡Pobre mártir! dijo el médico mirando á mi madre; y luego volviéndose á mi hermana añadió: ¡Pobre ángel!...

— Por amor de Dios, le ruego, señor, que devuelva V. el sentido á mi madre: exclamó María plegando las manos y llorando á mares.

— María, para eso estoy aquí, y al efecto se le han propinado los remedios que deben dar en breve el resultado que apetecemos.

Y con la ansiedad que es de suponer, aquel ángel de mi vida preguntaba por los resultados que podia dar el espasmo de la que la tragera en sus entrañas.

— Seria un crimen hacerla alentar muchas esperanzas. Me temo que su señora madre ha de vivir poco tiempo.

— Doctor; por piedad...

— María; los médicos poseen la ciencia de curar á los enfermos, pero no tienen el poder de obrar milagros. Su señora madre puede vivir algun tiempo, pero ¿quién sabe si seria mejor para ella una muerte próxima? Una afeccion moral la puso enferma del corazon, y por lo que V. me ha dicho, mucho temo que el estado de doña Carmen sea efecto de algun gravísimo disgusto.

— Pero mi hermano es incapaz...

— ¡Niña, niña !... Su hermano, ¡ triste es decirlo ! es hasta capaz de casarse con una judía.

— ¿Qué dice V. ? exclamó María con verdadera angustia.

— Por lo que veo, conozco yo mejor que V. la causa del grave accidente que le ha dado á su señora madre ; balbuceó el médico con acento profundamente compasivo.

— ¡ Dios mio, Dios mio ! dijo María cayendo medio desvanecida en una silla. ¡ Qué desdichadas somos !

Y el doctor, temiendo que en fuerza del dolor mi hermana perdiera el sentido, apresuróse á decirle :

— María , es necesario que se revista de valor, por que si V. falta , ¿ quién va á dar á su pobre madre los cariñosos auxilios de que tanto necesita ? Si tu corazon desmaya, niña, ¿ quién dará ánimo, quién dulcificará las heridas del de esa pobre mártir, tan digna de mejor suerte ? Y diciendo esto señalaba á mi madre, que empezaba á dar señales de volver á la vida.

María exhaló un gran suspiro, levantó los ojos al cielo como pidiendo las fuerzas que necesitaba, púsolos luego, preñados de lágrimas, en la madre desvanecida, y luego levantándose resuelta, dijo :

— Dios me dará ese valor, puesto que mi madre lo necesita. No tema V. por mí, mientras quede en ese cuerpo querido un soplo de vida.

Poco despues la santa madre de mi alma habia recobrado el sentido, pero continuaba llorando y

gimiendo, y los sollozos se atropellaban en su garganta con histérica precipitación.

— Madre de mi vida; exclamó María abrazándola con ternura infinita; sosiégase V., por Dios.

— Déjela llorar, María; díjola el médico; deje V. que en sollozos se exhale un poco la inmensa pena de su corazón.

Y mientras mi hermanita enjugaba con sus besos las lágrimas que lloraban los ojos de mi madre, ésta pudo por fin romper el nudo de sollozos formado en su garganta, y decir abrazándola:

— Hija de mi alma; ruega á la misericordia divina que se te lleve de este mundo en compañía de tu madre. ¡Qué desdichada serias si quedaras sin el débil apoyo que te presta la infortunada mujer que te ha dado la existencia!

— ¡Madre, madre!...

— Ángel mio, luz de mis ojos, vida mia; ya que yo no puedo ampararte en el tristísimo porvenir que te espera, no me abandones tú en los pocos días que de vida me quedan. ¡Qué triste sería mi muerte si me faltaran tu compañía y tu ternura para endulzar las amargas horas de mi agonía!

Y la abrazaba con nervioso frenesí; y la apretaba á su corazón como si quisiera introducirla en él, así para asegurarse de su compañía, como para guarecerla de los males que la amenazaban; y la besaba con delirio, y regaba su rostro con abundantes lágrimas, cual si con ellas quisiera comunicarla el virus mortal que la estaba devorando, para que María no quedara en la tierra des-

de el momento en que aquella santa hubiese para siempre cerrado los ojos.

¡Qué cuadro aquel mas desolador! ¡Ah! ¡aquella era mi obra! Y yo no estaba allí, ni siquiera para cumplir con el mundo!... ¡Qué malvado he sido, y cuán bueno debe ser Dios, pues ha perdonado mis crímenes!

XX.

CAMINO DE LA MUERTE.

La enfermedad de mi madre era de aquellas que á pesar de ser mortales no obligan al enfermo á guardar cama, así es que al dia siguiente la autora de mis dias por consejo del mismo médico se levantó. Estaba tan delicada la pobre, que parecia milagro que la vida siguiera morando en aquel cuerpo abatido y puesto á las puertas de la muerte por mi monstruoso proceder. Puesto que no podia dejar de hacerlo, entraba yo de vez en cuando á enterarme de su estado, y á mis preguntas contestaba siempre con una sonrisa tristísima y alguna vez con una lágrima que procuraba ocultarme, lágrima que á pesar de todo no siempre lograba vencer.

Mi hermana desconsoladísima, sintiendo cuán aprisa se disipaba aquella vida tan amada, oraba mucho, implorando de Dios, por mediacion de la Virgen Inmaculada, la salud de nuestra madre y mi conversion; pero ¡ay! el Señor que recibia sus fervientes oraciones, habia resuelto concederme el bien inapreciable de mi conversion solo para cuando hubiesen volado al cielo aquellos dos án-

geles custodios, aquellas dos santas mártires del amor que me profesaban, queriendo sin duda significarme que no merecia tenerlas á mi lado.

Cierto dia en que nuestra madre, sintiéndose morir, la habló de mí y de lo que debia hacer despues de su muerte, María abrazándola cariñosamente, y como si quisiera retenerla en la tierra, la dijo, ahogando el llanto en el corazon, para no trastornarla :

—Dios no querrá que V. muera por ahora, madre mia, ya que tan necesaria es su preciosa vida á esta su hija ; porque dígame V. sino; ¿qué seria de mí si me quedara sola en el mundo ?

—María ; tengo el presentimiento de que vivirás poco, y que han de acabar tu preciosa existencia las heridas de las espinas que tu hermano clavará en tu corazon.

—Si mi destino es vivir huérfana y triste en el mundo, plegue á Dios que mi vida se acabe el dia en que se apague la suya, madre mia.

Y haciendo una pausa, y como reconviniéndose del deseo que mostrara de morir para no padecer, añadió con una entonacion sobrenatural; con una solemnidad y un acento que solo son propiedad de los ángeles :

—Dios mio ; perdonad mi egoismo : haced en mí vuestra santa voluntad. Yo os ofrezco lo que voy á padecer por la salvacion de mi pobre hermano. Afligid mi vida, si quereis, pero dadme la dicha de verle convertido antes de mi muerte.

Despues volviéndose á mi madre, que conmovi-

da lloraba, viendo el corazón incomparable que latía en el pecho de su hija, añadió :

—Pero yo espero que toda esa tempestad no será mas que una nube de verano, porque viendo Pio los estragos que ha causado en la salud de V. su desatentada resolución, volverá prudentemente atrás y evitará un estrago mayor tomando otro partido... Y quién sabe? continuó despues : el cielo prueba muchas veces la constancia de los corazones, y cuando haya visto la de V., acaso nos reserve dias mejores, y la felicidad de verla buena y alegre, gozando de una completa paz.

—No, no, hija mia ; balbuceó tristemente agitando mi madre la cabeza : las cosas han llegado á tal punto, que se necesitan víctimas inocentes para aplacar la ira de Dios. Esas víctimas somos tú y yo.

—Y no es posible que se contente con una sola, en tal caso ? ¿No es posible que viendo cuán necesaria ha de serle V. á Pio, para guiarle por el camino del bien apenas se haya convertido, se contente con descargar en mí su justicia, á fin de que no se pierda mi pobre hermano ? ¡Ay ! yo de ahora en adelante, por mi tierna madre, y por mi infortunado hermano, le ofrezco mi vida en sacrificio.

Y poniéndose lentamente de rodillas, elevó los ojos y las manos juntos al cielo, y con acento blando, tiernísimo y generoso, dijo :

—Dios mio , Dios de amor : tomad mi vida, recibid el sacrificio que de ella os hace esta pobre

pecadora por la conversion de su hermano, pero perdonad á mi desconsolada madre, y dadla, Señor, la dicha de que ella, que ha padecido tanto por Pio, vea alborear el dia de su conversion. No desoigais mis fervorosas preces, que aunque salidas de un pecho indigno, están inspiradas por un verdadero amor, y son tan sinceras como Vos sabeis.

—María; díjola mi madre besando cariñosamente su boca: María; te he permitido hacer ese sacrificio, porque sé que Dios no ha de oírle por ahora.

— ¡ Lo sabe V.!... dijo sorprendida mi hermanita. ¿ Es posible que Dios no oiga la voz del hijo que se inmola por su bondadosa madre, y por un hermano extraviado ?

—Hija mia; tú no puedes penetrar los designios de Dios, siempre inescrutables, siempre dignos de todo nuestro respeto, y Dios ha decidido aceptar primero mi sacrificio que el tuyo. Te hablo con tanta seguridad, porque es cosa que tu madre la sabe de mucho antes de nacer tú.

María miraba con asombro aquella santa y tierna mujer, y le parecia oír en su voz la voz del cielo que le hablaba. Entonces mi madre la refirió la vision que tuviera cuando ella y yo nos agitábamos en sus entrañas, y terminó diciéndola:

—Ya ves, hija de mi alma, como todo se va cumpliendo al pié de la letra, y lo cumplido ya me garantiza la exactitud de lo terriblemente espantoso que está por venir. Yo moriré antes que

tú, y tú me seguirás despues de haber agotado las heces de la copa de hiel que habrá bebido tu pobre é infortunada madre.

— ¡ Ah ! pero muriendo las dos, ¿ Pio se salvará ? preguntó con resolucion generosa.

— ¿ Cómo quieres que se pierda el hombre que pertenece á la Madre de clemencia ? ¿ Cómo quieres que la Vírgen Santísima deje perecer á un hijo suyo ?

— Entonces bendigo mi muerte, por cruel que ella sea, si despues de esta muerte mi hermano ha de volver sinceramente y para siempre á Dios. Yo temblaba por mi eterna salvacion, porque pensaba no haber hecho nada para ganar el cielo, pero ahora empiezo á tranquilizarme: ofreceré á Dios el sacrificio de mi vida por la conversion de mi hermano, y la misericordia divina me mirará con bondad, llegada mi última hora, en atencion á este pequeño acto de caridad.

María, la generosa María estaba trasformada al hablar así. A mi madre, que la estaba oyendo y contemplando con orgullo y ternura, le parecia una de aquellas vírgenes que mientras aguardaban en el anfiteatro el salto de la fiera, ofrecian su generosa vida al Señor por la conversion del mundo pagano. Abrazóla con un trasporte de amor maternal imposible de describir, y besó, bendiciendo á Dios, aquella boca que tales palabras acababa de proferir ; aquella boca por la que respiraba y hablaba un corazon digno de los ángeles.

Apenas acababa de tener lugar esta escena tan conmovedora, cuando yo resuelto penetré en la habitación de mi madre, para decirla con crueldad incalificable :

— Vengo para conocer su última resolución en lo tocante á mi casamiento.

— Y yo no puedo decirte otra cosa, hijo mio; contestó palideciendo y desencajándosele el rostro en fuerza del dolor; que lo que una vez te dije ya. Tu madre no verá un matrimonio que no puede bendecir. Dile á Lia que al preparar los vestidos de boda, no se olvide del vestido de luto, si es que al menos quiere cumplir con el mundo.

— ¡Qué necio empeño el de V.!

— ¡Qué locura mas incalificable la tuya! Dime, infeliz: ¿cómo quieres que yo pueda estrechar sobre mi corazón á una descendiente de aquellos que crucificaron á mi Cristo? ¿Cómo quieres que pueda llamar hija mia á una mujer sobre cuya cabeza ha caído gota á gota la sangre de mi Redentor y del tuyo? ¿Cómo quieres que tu madre, mujer honrada y cristiana, consienta en que su hijo tome una concubina en vez de una esposa? Primero la muerte que llamar hija mia á una hebrea, que estrechar en mis brazos á quien lleva sobre su cabeza la maldición divina, que ver en mi casa, asilo y santuario de la honradez cristiana, á la concubina del hijo que eduqué con tanto cuidado en los preceptos de la moral evangélica.

— Y yo á mi vez debo decirla; antes morir que retroceder un paso, cueste lo que cueste: guturé con despecho y con ira sin límites.

Entonces María, con las manas plegadas y los ojos anegados en llanto, cayendo á mis piés exclamó :

—Pio, por compasion ten misericordia de nuestra pobre madre, no asesines á la que te dió la vida en sus entrañas, á la que tantas atenciones y cuidados debes, á la que tantos desvelos te ha prodigado, á la que te ama mas que á su vida; no manches el límpido apellido que llevas, no quieras ennegrecer los dias de tu vida con el remordimiento de la muerte de una madre tan buena. ¡ Ah! cuando la hayas perdido la llorarás, y entonces darias toda tu vida por devolvérsela á ella, pero ya no será hora, porque el amor de nuestra madre no podrá sustituirlo otra mujer en la tierra. Compadécete de ella, compadécete de tí mismo, compadécete de tu desgraciada hermana, que, muerta nuestra madre, tan sola ha de quedar en el mundo !...

—Y nuestra madre se compadece acaso de mí? grité mas irritado por aquella súplica.

—Pio, qué la matas con esas locas palabras !... exclamó mi hermana con entonacion inimitable.

—Y á tí, ¿quién te mete en lo que no te llaman?

—La querida existencia de mi madre no me interesa á mí, que sin ella quedaré huérfana y abandonada en el mundo? ¿ No me interesa á mí que de ese modo maltrates á la que me dió el ser? ¿ No debo salir, siquiera con la súplica, en defensa de mi querida enferma, á la que te complaces en abrevar de acibar cuando la ves agoni-

zando?... Pues si yo su hija; si yo débil mujer, su única defensa en este momento, no me levanto ante tí para recordarte tu deber, ¿qué le queda en la tierra á la infortunada? ¡ Los hijos se le habrán trocado á tan buena madre en viboreznos!... No, Pio, no; mientras aliento me quede, yo tan débil me levantaré ante el fuerte, quien quiera que sea, para defender á la que defendió la debilidad de mi infancia, á la que me ha protegido y escudado durante todos los dias de mi vida.

—María, calla; guturé; porque si continuas no podré contenerme.

— ¡ Pio! gritó mi madre procurando levantarse para cubrir con su cuerpo á mi hermanita, y cayendo sin fuerzas en el sofá donde estaba reclinada.

—No, hermano mio; no esperes que ponga silencio á mis labios, mientras sigas faltando tan indignamente á nuestra pobre madre: verdad es que soy débil, pero por lo mismo, ya que solo tiene mi debilidad para ampararla contra tus indignas agresiones, no cometeré el crimen de enmudecer y dejar de recriminarte mientras la maltrates.

— ¡ Ay de tí, María! dije apretando con furia los puños y amenazándola.

—Mátame si quieres y no diré una palabra, ni oirás de mis labios una queja, pero no faltes indignamente á la que merece todo tu amor y respeto; no amargues mas su agonía abrevándola con la hiel de tu criminal locura.

—Esto ya escede los límites de la paciencia : guturé.

Y poseido de un vértigo caí sobre ella, arrojéla por tierra de un puntapié, sin advertir que pasaba por encima del cuerpo de mi madre desvanecida, y luego salí loco de la habitacion, golpeándome la cabeza, avergonzado de lo que habia osado cometer, y á la vez irritado conmigo mismo de no haber hecho mucho mas.

Mi angelical hermana ahogando el dolor moral y material que sentia, ya que le diera el puntapié en el pecho, acudió en socorro de la infortunada madre de mi alma, á la que con ayuda de una camarera puso cuidadosamente en la cama, mientras que daba órden para que fuesen en busca del médico.

— Dios te perdone, hermano mio, el mal que has hecho á tu pobre madre. ¡Está loco, Señor, está loco! No tomeis en cuenta sus iniquidades, y por las entrañas de la Virgen pura, devolvedle la razon : balbuceó aquella angelical criatura, olvidando mi criminal conducta para con ella.

Cuando mi madre volvió en sí, con voz desfallecida y llorando, lo primero que dijo fué:

— Hija mia; voy á pedirte un favor.

— Hable V., madre mia.

— Tu hermano está loco, ¡el desdichado! perdónale.

— Sí, sí; le perdono.

— No digas nunca á nadie la vergonzosa escena que ha pasado aquí. No le deshonres, hija mia.

Despues quedó abatida , respirando con mucha fatiga y demostrando sentir un vivo dolor.

—¿Cómo está V., madre mia?

— ¡Ay! el corazon me duele mucho.

Poco despues volvió á decirla :

—Este dolor aumenta ; me parece que me va á dar un síncope. Manda llamar, hija mia, al padre Ignacio. Deseo reconciliarme con mi Dios, el único que puede darme fuerzas en esta hora suprema.

Y perdió de nuevo el sentido, siendo inútiles por mucho tiempo todos los medios que su dolorida hija empleaba para devolverle la vida , que poco á poco la iba abandonando. A las voces de socorro de María, los criados que se hallaban en casa acudieron presurosos, y yo no pude escusarme de acudir tambien. Mi hermana me dejó libre un lado de la cama y pasó al opuesto, indicándome lo que debia hacer para devolverla el sentido; y yo no osando mirarla siquiera , obedecia como un niño á todas sus indicaciones. En este estado de confusion nos hallaron el médico y el padre Ignacio. Aquel la tomó el pulso, y haciendo un desconsolador ademan mandó retirar á los criados.

—¿Cómo está? preguntóle llorosa y temblando María.

— ¡Mal, muy mal! Si no logramos dominar pronto este síncope, mucho temo que no verá otra vez la luz del sol.

El padre Ignacio al oir el augurio del médico se puso á rezar en voz baja por aquella que sin sen-

tido miraba en la cama; mi hermana invocaba el auxilio del cielo, suplicándole que almenos le permitiera hablar otra vez con su madre, y al mismo tiempo con febril ansiedad asistia al médico en cuanto era necesario; el doctor dictaba órdenes, conservando entre sus manos una de las de la desmayada, y yo miraba todo aquello con atonismo, sin saber qué hacer, si implorar la misericordia divina ó blasfemar.

—¿Qué ha pasado aquí, preguntó el doctor; pues de un modo tan repentino se ha puesto tan grave doña Cármen?

—Nada: contestó María con decision, recordando las palabras que poco antes nuestra infortunada madre la dirigiera.

—Entonces; dijo hablando conmigo: la infeliz habrá sabido que están publicados los edictos de tu matrimonio con la hebrea Lia. Pio; das la muerte á una mujer incomparable, y á una madre como hay pocas!

—Dios te perdone! balbuceó el padre Ignacio; como te perdona la infeliz.

A las frases del jesuita contesté con una mirada de odio inestinguible, y tal vez lo hubiera hecho desatentadamente con palabras, si en aquel momento la enferma no hubiera dado señales de recobrar el sentido.

Cuando ya en sí volvió los ojos á uno y otro lado de la cama para reconocer á los que allí estábamos, al verme me tendió una mano sin fuerza, la estrechó cariñosamente, acercóla á sus labios

frios y sin color, y puso en ella un beso cariñoso, mientras que sus ojos se llenaban de silenciosas lágrimas, y con acento débil decia:

— ¡ Hijo mio, hijo mio!...

Aquella espresion de su maternal amor, y aquellas palabras tan sentidas, tan tiernas, tan llenas de la ternura de su corazon, estuvieron á punto de hacerme llorar; y mira tú cuál debia ser la dureza y la crueldad de mi pecho impío: á pesar de todo no me hicieron vacilar un momento en la resolution infame que la habia puesto á la muerte!

Algunos momentos despues dejábamos el cuarto, á instancias de mi madre, para que se quedara á solas con el padre Ignacio, pues queria confesarse. Yo que habia ya recibido la órden de las sectas secretas de asesinarlo, le miré en aquel momento con la misma ira, con la misma rabia, con el mismo odio con que debe el demonio mirar una cruz. Y balbuceé en mi interior.

— ¡ Y qué ese malvado viva aun para conocer todos los secretos de mi vida!

Aquella tarde mi madre recibió devotísimamente el Santo Viático, y quiso que se le administrara la Extrema-Uncion, porque decia:

— ¿ Quién sabe si moriré de repente?

Tal vez la infeliz tenia un presentimiento de su muerte. El cielo, siempre clemente, se complace en infundir este presentimiento á ciertas personas piadosas que deben morir en un momento.

¡ Cuán bueno es Dios!

XXI.

DOS PASOS EN BALDE.

Después de las escenas que te acabo de relatar, mi afligida madre pareció haber recobrado algún tanto la salud, pero con todo, su rostro era cada-
vérico, sus ojos brillaban como dos luceros desde el fondo de la cavidad de sus órbitas, y una tos estraña y seca la molestaba con bastante frecuencia. Su voz era apagada, sus fuerzas nulas. Parecía hallarse tranquila, pero sus penas eran tanto más fieras cuanto aparecían poco en la superficie. Cuando mi hermana se formaba la ilusión de que al fin tal vez Dios la conservaría para amparar su orfandad, aquella pobre mártir se contentaba con sonreír tristemente y señalarle el cielo, donde tienen para siempre fin las amarguras de la vida.

El padre Ignacio y el doctor la visitaban invariablemente dos veces al día, y á menudo se encontraban en el cuarto de la enferma para decirse en una mirada, que á pesar de aquella aparente reaccion, cada día tenía un grado menos la esperanza de salvarla. Uno de aquellos días salieron juntos de mi casa, y el bondadoso jesuita dijo al médico:

— Doña Cármen se muere; ¿no es verdad?

— Sí, desgraciadamente. El desatentado proceder de su hijo la mata, y pienso que como la pobre dice, no ha de ver las bodas de Pio.

— Y si éste cambiara de proceder; si renunciara á ese enlace fatal, habria aun esperanzas de salvarla?

— Está tan delicada, que así puede matarla un pesar como una alegría. Con todo, Padre, si de la alegría muriese, estoy cierto que daría su muerte por bien empleada; pero no por eso vaya V. á presumir quiera yo significar que un cambio de conducta de Pio habria de llevarla al sepulcro, pues podría ser todo lo contrario.

— Entonces estoy decidido con doble motivo á dar un paso.

— ¿Cuál? preguntó el médico al jesuita con algun recelo.

— Hablar con Pio; convencerle de que debe renunciar á este funesto enlace.

— Ruego á V., Padre, que no haga eso por cuanto mas ame en el mundo, porque tal vez queriendo evitar una muerte tengamos que llorar dos.

— No le entiendo, amigo mio.

— Aunque con profunda pena, me es fuerza revelarle un terrible secreto que acabo de conocer.

— Hable V., que me tiene alarmado: dijo el padre Ignacio. ¿Qué nuevas desgracias se acumulan sobre esa familia tan digna de mejor suerte?

— Es que la desgracia no atañe esclusivamente á esa familia tan apreciable; no, padre Ignacio: es que la desgracia le alcanza á V. tambien.

— ¿A mí? preguntó con serenidad aquel santo varon. ¿Y qué desgracia me amenaza, pues? sepamos.

— V. debe saber que las sectas secretas le han jurado un odio de exterminio por los muchos y notables afiliados que les ha arrebatado, pero lo que, á buen seguro ignora, es que han fulminado ya contra su persona veneranda una sentencia de muerte.

— Morir en la China ó en el Indostan á manos de los idólatras, donde pueden de un momento á otro llevarme las órdenes de mis superiores, que he jurado obedecer, ó morir en Barcelona á manos de hombres peores que los paganos, con tal que sea morir por la santa causa de Cristo, me es completamente igual: contestó con una naturalidad incomparable.

— Pero V. tiene el deber de guardar su preciosa vida, en cuanto le sea dable.

— Pero ¿qué tiene que ver, doctor, una cosa con otra?

— Le he dicho que las sectas secretas habian dictado ya contra V. una sentencia de muerte, y cuando fulminan una sentencia, nombran un verdugo, que tiene el deber de matar si no quiere caer á su vez atravesado por las dagas de los sicarios que le vigilan.

— Pero bien, amigo mio; ¿qué tiene esto que ver con el asunto de que tratábamos?

— ¿Es que no quiere V. entenderme, padre Ignacio? ¿Es que no quiere comprender que el ver-

dugo nombrado por la francmasonería no es otro que el mismo Pio?... ¡Ah! desista, le suplico, de provocar sus iras con santas reflexiones, que despues de todo no producirán resultado alguno, porque el desdichado obra ya por necesidad; porque el desdichado se ve en el caso de casarse con la mujer que la masonería le ha designado, por su desgracia.

— Y V. piensa que el corazon de Pio es de peor condicion que el de los demás hombres? ¿V. cree que no hay en su pecho una fibra sensible, que vibre en el momento de tocarla? ¿V. piensa que se ha apagado en su alma la llama de las santas ternuras y del amor que profesaba á su madre? Si V. lo cree así, yo opino de distinto modo, y cuando es posible que salve la vida de la santa mujer que le concibió, y cuando es posible que le aparte del abismo en que se halla sepultado el infeliz, no puedo acordarme del riesgo que corre mi vida, amigo mio; riesgo, que despues de todo, no creo sea tan inminente como V. teme.

— Ya supongo yo que no ha de asesinarle en sus habitaciones, pero el paso que va á dar V., Padre, ha de provocar su ira contra V.; ha de hacer su muerte inevitable, por lo cual vuelvo á suplicarle por todo lo que mas ame en el mundo, que renuncie á ese propósito descabellado.

— ¡Bah! bah! bah! querido doctor; no me conviene la humana prudencia que me aconseja V.... Y despues de todo, si sucediera lo que me ha indicado, ¿qué? ¿Soy acaso inmortal? Morir asesi-

nado por la causa de Jesucristo, que es la de la conversion de las almas, no es mucho mejor que morir en una cama, rodeado de todas las comodidades? Y al fin y al cabo; ¿qué mayor dicha quiere para un hijo de san Ignacio, que la de morir por la causa de la caridad?... Pero ya verá V., doctor; ya verá V. como no tengo tanta suerte: añadió sonriendo y con tono el mas tranquilo y jovial del mundo.

Viendo el médico que todos sus esfuerzos eran inútiles para impedir que aquel santo varon, impulsado por el espíritu de la caridad cristiana, fuese á provocar la fiera en su misma guarida, temblando despidióse de él, y el separarse decia:

— ¡Y que el mundo odie á esos hombres, que no reparan en esponer la vida para salvar á sus hermanos!... Pero ¡es natural! ¿Quién sino la virtud ha de verse perseguida en unos tiempos en que triunfa tanto pillo?

Al dia siguiente con la sonrisa bondadosa, la afabilidad en el rostro, la cordialidad en las palabras, y la tranquilidad del que nada teme en sus ademanes, se presentó el padre Ignacio en mi cuarto. Yo al verle me estremecí, no sé si de miedo ó de ira, y es muy posible que fuera á la vez de una y otra cosa, pero procurando disimular cuanto pude para no darle á entender mis propósitos acerca de su vida, salí á su encuentro, mostréme afable con él, hícele tomar asiento, y le rogué me dijera el motivo de tan inesperada visita.

— Es inútil que disimules, amigo mio; me dijo; y puesto que nos conocemos de mucho tiempo, con la franqueza que siempre has visto en mí, te diré que tú sabes tan bien como yo á lo que vengo. Conozco tu corazon generoso, tus nobles sentimientos, y el amor entrañable que profesas á tu pobre madre, y por eso vengo á suplicarte que tengas compasion de la que te trajo en sus entrañas y con tanta ternura te ha amado.

— Padre Ignacio; por muy familiar que sea V. en esta casa, y por íntima que fuese su amistad con mi padre, el paso que está dando debo decirle con disgusto que no es mas que una oficiosidad inútil.

— Nunca peca de oficioso el ministro del Señor que trata de restablecer la paz en el seno de una familia querida; nunca peca de oficioso el ministro del Señor que trata de salvar la vida á una pobre madre que muere de pena, por un paso poco meditado de su hijo: dijo el jesuita con dignidad.

— Yo le digo á V. que á pesar de sus buenas razones, el paso que está dando conmigo es una repugnante oficiosidad; con todo, no cometeré yo la descortesía de despedir de mi cuarto al que viene á hablarme de mi mal aconsejada madre, porque no quiero que nunca pueda decirse haber sido yo la causa de su muerte, si esta sobreviene, como me temo.

— Y ¿quién sino tú será la causa de esa muerte?

— Se lo acabo de indicar á V.: por una parte la fatal intolerancia religiosa que predicán Vds., que

se proclaman ministros de un Dios de amor, y por otra parte los consejeros necios que tiene mi madre. Aquella intolerancia y estos consejeros, serán pues los fautores de su muerte ; pero son Vds. tan hábiles, que sabrán admirablemente cargar á otro el mochuelo, como suele decirse, y ante el mundo apareceré yo como el verdugo de mi madre, yo víctima dos veces del fanatismo.

— No contestaré á los ataques que me dirijas, Pio, porque no he venido á hablarte de mí, sino de tu madre, ni me entretendré en refutar tus falsas aseveraciones y gratuitas suposiciones, porque me consta que unas y otras no pueden salir de tu corazón ni de tu entendimiento: solo te diré que quien mata cruelmente á la pobre doña Carmen eres tú con ese matrimonio inverosímil que pretendes contraer. ¡ Ah ! díme: ¿ qué te propones enlazándote con una mujer hebrea que odia por naturaleza todo cuanto mas aman tu madre y tu hermana?

— Me propongo labrar mi dicha, que solo ella puede darme: repuse secamente.

— Y para labrar esa dicha necesitas pasar por encima del cadáver de tu madre y tal vez del de tu hermana? Triste ha de ser en resultados una ventura que necesita por lo menos el sacrificio de una vida que no puede reemplazarse!

— ¡ Bah ! bah ! bah ! padre Ignacio; acabo ya por perder la paciencia, y de consiguiente le diré que si piensa que yo estoy para oír sermones se equivoca. Puede dirigirlos á quien tenga gana y

humor de escucharlos, pero no á mí, que ni se los pido, ni se los necesito. No sé si me esplico bastante claro para que me comprenda V.

— Y yo no sé si soy bastante esplicito para que me entiendas tú ; pero ya que á ello me obligas, te diré que ese matrimonio no puede efectuarse.

— ¿ Por qué ? le dije sonriendo con altanero desprecio.

— Porque tu madre necesita vivir, y moriria indudablemente si te unieras con esa mujer ; porque si ese matrimonio se llevara adelante tendrias siempre ante tus ojos la sombra irritada de tu padre, para pedirte cuenta de la mancha y de la ignominia que habrias arrojado sobre el limpio apellido que te legó ; porque los amigos de tu familia huirian de tí con horror, y porque tú necesitas ser feliz y no lo serás con esa mujer, sobre cuya cabeza pesa aterradora la maldicion de Dios.

— Padre Ignacio ; está V. hoy impertinente hasta lo absurdo, y mi paciencia empieza á rayar en heroismo. Le suplico, pues, que se retire y me deje en paz, escusándome la contestacion á las palabras que de sus labios acaban de salir, porque temo seria demasiado dura.

— Pio, por Dios ; dijo aquel venerable sacerdote poniéndose en pié : compadécete de tu pobre madre.

— Que se compadezca ella de mí.

— Desdichado!...

— Ya basta : grité levantándome. O sale V. de mi cuarto, ó le dejo solo en él.

— Saldré, Pio, ya que así despides al mejor amigo que tienes, pero antes de salir te diré que poco has de tardar en arrepentirte del paso que das; que poco has de tardar en echar de menos á tu santa madre, y quizá á tu angelical hermana. Entonces con toda la sangre de tu cuerpo querrás borrar este desacierto de tu vida; entonces con todo el aliento de tu alma querrás devolverlas la existencia que les arrebatas, porque no hallarás consuelo en la tierra, pero tus buenos deseos solo servirán para aumentar tus infortunios, puesto que no te será ya dable volverlas á ver. Mas ellas no pienses por esto que te abandonen: desde el cielo velarán por tí, desde el cielo rogarán por tí, y dia ha de venir en que habiendo obtenido de Dios tu verdadera conversion, te verán postrado ante su sepulcro, golpeando tu pecho, y llorando tus pasados extravíos. Sí, Pio, sí: aun á pesar tuyo te salvarás.

— Ya le he dicho á V.; guturé procurando frenar mi coraje; que estaba abusando inverosímilmente de mi paciencia, y si no hubiesen contenido mis ímpetus sus canas y su antigua amistad con mi padre, á bofetadas y á puntapiés le hacia salir de aquí. Le ruego, pues, que no siga provocándome por mas tiempo, porque es posible que á pesar de mis esfuerzos no pueda dominarme. Pero ya que V. en son de profeta me ha pronosticado mi *santa* conversion, deje á mi vez que le pronostique yo su próxima muerte, padre Ignacio.

— Y si tú crees que ese pronóstico es nuevo pa-

ra mí, te equivocas, Pio. Ya sabia yo que las sociedades secretas habian decretado la muerte de este indigno ministro del Señor; pero como soy tan viejo, y me he acostumbrado á mirar de cerca mi último dia, me impresiona tan poco la muerte, que sabiendo hasta el nombre del que ha recibido la órden de asesinarle, no he vacilado en hacerte esta visita.

— ¡Padre Ignacio! exclamé inmutado ante aquella revelacion é imperturbable serenidad.

— Vaya, Pio; me dijo sonriendo y con calma; no quiero molestarte por mas tiempo. Queda con Dios, y que Él te ilumine.

Y se retiró de mi cuarto dejándome aterrado. ¿Quién habia podido revelarle aquel secreto, que á mi juicio muy pocas personas conocian? ¿Qué hombre era aquel, que en unos dias tan revueltos y azarosos, sabiendo que era yo el nombrado para asesinarle, venia á provocarme con su evangélico ministerio, ministerio de paz, de concordia y de amor, y venia á hacerlo sin temblar, sin preocuparse, lleno de serenidad y de calma? Realmente aquel paso, que me dejaba desconcertado, tenia algo de divino: ¡ah! sí, tenia ese *quid divinum* que acompaña al ministro de Jesucristo, siempre que se halla dominado por el santo espíritu de su sagrado Maestro.

Y mientras yo, oprimido bajo el peso de la grandeza sobrehumana del jesuita me hallaba como anonadado y todo corrido, el padre Ignacio hablaba con María de esta suerte:

— Todo es inútil, hija mia, porque hasta parece que los malvados sectarios, que le han enredado en sus telas mas fuertes y sútiles, le han arrancado el corazon de raíz, y han sustituido aquel corazon noble y generoso, obra de Dios, por otro impío y malvado, obra de Satanás!

— Y ¿no hay remedio? preguntó mi hermana desolada y llorando á mares.

— No debe desesperarse de su conversion, pero dudo que renuncie á ese matrimonio fatal. Se conoce que el pobre obra impulsado por una fuerza que no se atreve á contrastar.

María quedó pensativa por unos segundos, como pidiendo consejo á su generosa alma de lo que debia hacer para salvar á nuestra madre. Luego como si la iluminara un rayo de esperanza, dijo:

— Probaré el último recurso, por mucho que me cueste. ¡Ah! ¿no vale mas que una humillacion la vida y el consuelo de mi pobre madre?

— ¿Qué piensas hacer? preguntó el jesuita admirando aquel alma de ángel.

— Encomiéndeme V. á Dios, para que dirija mis pasos, é inspire mis palabras. Voy á llamar á las puertas de un corazon, y ver si me responde.

El padre Ignacio movió la cabeza en son de duda, pero no se opuso al paso heróica que María iba á dar, y no quiso quitarle aquella última esperanza con una palabra.

Hallábase á la sazón Enrique, nuestro primo, en casa, aquel Enrique que desde sus mas tiernos años demostraba por María una preferencia sin-

gular, enamorado como estaba de las incomparables prendas de su alma. Mi hermanita se dirigió á él con resolucion estraña, dado su carácter tímido y dulce, y le dijo:

— Enrique; ¿quiéres acompañarme?

Y sin preguntarla siquiera á donde, lo que era tan natural, le dijo que sí. Y en un momento se vistió María, y ambos á dos salieron á la calle.

— ¿Dónde vamos, María?

— Vamos á apurar el último recurso; voy á ver si salvo á mi madre y á mi hermano.

Y sin decir una palabra mas llegaron á la casa de Lia. María temblaba al llamar á la puerta, pero acudió al cielo en demanda de valor, y la pobre y generosa hermana mia pudo dominarse bastante. Mientras esperaban se les abriese la puerta, estrechando cariñosamente la mano de Enrique, le dijo en tono suplicante:

— Enrique, ruega á María Santísima que me ampare.

— Y ¿qué valen mis súplicas, María?

— Ruega por mí, porque mucho deben valer las oraciones cuando Dios nos manda que oremos.

Mi hermana, pálida como la luna, agitada como la hoja de los árboles por la brisa, con el pensamiento fijo en nuestra madre, fue introducida en las habitaciones de Lia, mientras que Enrique esperaba, lleno de conmocion y admirando y amando cada vez mas aquel ángel, en una pieza contigua. Lia, al verla, se sorprendió, porque no esperaba semejante visita.

— ¿Qué se le ofrece á V., amiga mia? le preguntó cariñosamente, abrazándola impulsada por la angelical atracción que obraba sobre los corazones de cuantos tenían la suerte de tratarla.

Mi hermana rompió en un copioso llanto, con el cual regó las mejillas provocativas de la herbrea, y por algun tiempo no pudo contestarla, embargada como tenía la voz por los sollozos. Lia procuró calmarla con blandas y cariñosas palabras salidas del corazón, y cuando aquella angelical criatura se hubo repuesto un poco, con voz suplicante como la de los ángeles que interceden por los náufragos, dijo:

— Perdone V., si con mi llanto vengo, señora, á turbar su felicidad; pero qué no le será permitido á una hija que tiene la madre moribunda; á una débil niña cuando va á quedar huérfana en la tierra?

— Si yo puedo hacer algo en obsequio de V.; si puedo de alguna manera enjugar las lágrimas que llora, y acallar el dolor que le atormenta, hable V., amiga mia, y me consideraré feliz con haber podido serle útil.

— V. lo puede todo, bondadosa señora; V. puede devolver la vida á mi pobre madre que agoniza; V. puede darme á mí la dicha, ya que solo ambiciono vivir olvidada atendiendo al cuidado de la santa mujer que me trajo en sus entrañas.

— ¿Qué tarda, pues, María, en decirme lo que debo hacer?

— Aun á pesar de ser V. tan buena como her-

mosa, temo decírselo, señora, porque temo oír de esos labios tan bellos una sentencia desoladora para mi alma.

—¿Teme V. pedir un favor á quien la ama ya como á una hermana, pues tal serémos en breve?

—Y sin embargo; dijo cayendo á las plantas de Lia, y besando sus mórbidas manos; y sin embargo, por la memoria de sus padres, por las caricias y los besos con que la madre de su corazón cubrió sus mejillas, señora; por el recuerdo del último momento de aquella que le dió el ser; por el mismo amor que profesa á mi hermano Pio, le suplico me perdone si la pido que renuncie á este amor.

Lia se irguió por un momento altanera, pero luego viendo el desconsuelo y la humilde actitud de mi hermana, movida á compasión la contestó con bondad:

—María; me pide V. por lo mas sagrado para mí, la única cosa que no le puedo conceder, y créame V., niña angelical, que lo siento muy de veras.

—¡Ah señora! ¿qué no haria yo de cuánto me pidiese V. por la memoria, por los besos y por el último momento de mi madre? ¿A qué no renunciaria yo de cuánto por tan tiernos objetos se me suplicara? Y si yo, pobre y débil niña de mezquinos sentimientos, procederia así, no es posible que V., generosa señora, deje de obrar de la misma manera. ¡Oh! me alienta la esperanza de que su corazón magnánimo no se hará sordo á mi suplicante voz.

—Le juro á V., María, que ni por los recuerdos venerandos que evoca, los cuales han de levantar en el corazon de una huérfana como yo una tempestad de lágrimas y de dolores, puedo acceder á la que me suplica. No está en mí renunciar ya á la posesion de Pio.

—No se ofenda V., si á pesar de esa negativa insisto en mi súplica ferviente. Mire V. mis lágrimas, mire V. mi desolacion y mi congoja, mire V. á sus piés, y dígame recordando las amarguras de su pecho en la hora de la agonía de su madre, si puedo hacer otra cosa que suplicarle me conserve la mia. V. que sabe cuánta falta le hacen á una hija las ternuras y los consejos de un pecho maternal, me permitirá que la ruegue por su misma orfandad, que no quiera dejarme á mí sola y perdida en el laberinto del mundo.

—María ; no puedo enfadarme con V., ni puedo dejar de compadecer su dolor, y de escusar, atendida su dolorida situacion, lo que en otros labios y en otras circunstancias habria de ofender mi susceptibilidad. Pero hágame V. el favor de tomar asiento á mi lado, y contestar á mis preguntas con esa angelical sinceridad que me tiene encantada. ¿Quién sabe si despues que hayamos hablado no le parecerá á V. tan negro el porvenir; quién sabe si no le parecerá difícil ya salvar la vida á su pobre madre? la dijo levantándola cariñosamente, y obligándola á tomar asiento á su lado.

— ¡ Oh ! si V. devolviese la vida que se le esca-

pa á mi pobre madre, todos los años de mi existencia pasados al servicio de V. me parecerian poco.

—Dejemos á un lado esas efusiones de su corazon, María, y dígame con sinceridad: ¿Por qué causa su buena madre se espanta de recibirme por hija, hasta el punto de parecerla mas aceptables las tinieblas del sepulcro que á mí por esposa de Pio?

—Ella es una buena cristiana, y V. es una hebrea, Lia. Mi madre, (yo la ruego que no se ofenda, porque ni ella ni yo pensamos ofenderla); mi madre ve sobre la cabeza de V. toda la sangre de Cristo, nuestro Redentor, pesar como una eterna maldicion!... ¿Cómo quiere V. que no se aflija hasta la muerte, viendo que esa maldicion va á caer sobre el hijo de sus entrañas, desde el momento en que se case con V.? Por otra parte, Pio, cegado por el amor que ha sabido inspirarle, hace algun tiempo que trata á mi pobre madre como si no fuera su hijo mas querido, y por mas que no sea así, ella piensa que el proceder de mi hermano está inspirado por V.

—María, amiga mia. Mucho temia oir de sus labios la primera de las dos razones que acaba de esponder, y me lamentaba de ello, porque si le han dicho á su pobre madre que yo tenia un mal corazon, la han engañado. No quiero entrar ahora en apreciaciones sobre si lo que creen los cristianos de los hebreos es un lamentable error, ó si es verdad que pese sobre nuestras cabezas la sangre de Jesús; pero sí que debo decirle á V., que Lia sa-

bria ser buena esposa, buena hija y buena hermana, porque siente latir dentro del pecho un corazón tierno, y sediento de los goces de la familia, de los que hace tanto tiempo me veo privada. Si ustedes los cristianos no fueran tan intransigentes...

—Es que la verdad no puede transigir con el error, y por otra parte, Jesucristo, salido de su nación, Lia, no ha cerrado las puertas del cielo á nadie de cuantos crean lo que Él vino á predicar, y practiquen lo que Él practicó.

Lia sonrió benévola, y viendo que no eran aquellas ni ocasión, ni persona oportuna para sostener una disputa, dejando á un lado toda cuestión de principios, continuó:

—Si no fuese por esa intransigencia justa ó desatentada, nuestro matrimonio, nuestra union podría ser tan legítima como la que mas, ya que teniendo en cuenta las creencias de su familia, el casamiento podría ser mixto, y llevaria mi condescendencia, en obsequio á su madre, hasta el punto de recibir primero la bendicion nupcial de manos de un sacerdote católico, antes que poner mi firma al pié del contrato civil... ¿Y quién sabe, María, si entonces viendo sus incomparables virtudes, y atraida por el dulcísimo calor de la ternura de su madre, yo llegaria á sacudir la maldicion de la sangre de Jesús, que como V. dice, pesa sobre mí, para reconocer al Dios de mi madre y de mi hermana por mi Dios y Redentor?

—¡Oh Lia! exclamó mi hermana cayendo á sus

plantas, y apretando tiernamente sus manos; conviértase V. antes; caiga V. á los piés de Jesucristo, reconociéndole por su Dios y Redentor; lávese de la culpa original y borre la maldición de Dios que sobre V. pesa, recibiendo las aguas regeneradoras del Bautismo, y yo no solo le aseguro que será mi hermana, yo no solo le aseguro que mi madre sanará completamente, sino que además al recibirla en nuestros brazos, al llamarla ella su hija, y yo hermana mia, experimentaremos la mayor y mas inefable ventura de la vida.

— ¡No puede ser!

— ¿Por qué no? Yo no la pido que renuncie á la mano de Pio; muy léjos de ello, le doy la seguridad de que nuestra mayor dicha será contarla entre el número de los individuos de nuestra familia, y de amarla con todo mi corazon. Vea V. de qué manera puede devolver la felicidad á mi casa, y labrar su ventura! ¡Oh! qué grande se la daría Dios en este mundo y en el otro! Con cuánto placer me constituiria en su criada mas amante y fiel, mirando en V. á la salvadora de mi pobre y desconsolada madre! Hágalo V., Lia, por piedad; hágalo por la memoria de los dias felices de su infancia, cuando reclinando la cabeza en el pecho de su madre se dormia con el sueño de los ángeles.

— Usted no sabe, amiga mia, que mi madre me hubiera primero ahogado entre sus manos, antes de consentir en que me hiciera cristiana?

— No haria lo mismo ahora, si saliera del sepulcro para aconsejarla.

—De todos modos, María, esto no se hace así tan precipitadamente, y no podemos dilatar por mas tiempo nuestro casamiento.

— ¿Por qué? preguntó mi hermana con verdadera angustia.

—No quiera saberlo V. jamás, María.

—Y siendo V. tan buena; y siendo V. tan digna de ser amada, ¿será tan cruel que no quiera devolver la vida á mi infortunada madre? Lia; no se le estremecen las entrañas al considerar que antes que V. entre en mi casa, habrá salido de ella para siempre la que trajo á Pio en sus entrañas, la que tan regalada y cuidadosamente le crió para que la amara á V. convertida?

—Calle, por Dios, María; calle por Dios! balbuceó mi amada conmovida profundamente.

—Oh no, no puedo callar, porque á la vez imploro de V. la conservacion de la vida de mi querida y pobre madre, la felicidad de V. y de Pio, y la ventura mas colmada para mí: ¿cómo quiere V. que enmudezca cuando defiendiendo tantos y tan caros intereses para mí? ¿No hubiera V. hecho lo propio por su madre? Pues ¿cómo no hace lo mismo por la mia, que la sustituirá tan perfectamente? No se esfuerce V. por parecer cruel, porque estoy leyendo en su corazon, y V. es buena, Lia, V. es digna de ser hija de mi pobre madre; mas digna que yo... que yo, que amo tan poco; que yo que no he sabido hallar aun el secreto de conmovier ese corazon tan bueno, para obtener de él nada menos que la vida, que la

existencia querida, que la idolatrada compañía de mi madre...

—Calle V. por Dios, amiga mia, porque sus palabras destrozan mi corazón.

—Consérvelo V. entero para labrar la dicha de aquellos seres que amo mas que á mi vida.

—No puede ser por hoy.

—Dilate el matrimonio.

—No puede ser tampoco.

—¡Qué cruel es V. ! exclamó María medio desmayada.

Lia la recibió en sus brazos, y mientras aparecía en sus ojos una lágrima que les arrancára el dolor y la angustia de mi hermana, la dijo casi al oído :

—Dios haga que no comprenda V. nunca el maldito secreto que tan cruel me presenta á sus ojos, María, hermana mia. ¡ Ah ! no me acusen, por piedad, por mas que me presente con un carácter bien repugnante ante V. y su madre ; no me llamen el verdugo de sus nobles corazones por mas que lo parezca, y por la compasion que tanto V., como su señora madre me inspiran, les ruego se compadezcan de la infortunada huérfana, que aparece muchas veces distinta de lo que es en el fondo ; completamente distinta de lo que desearia aparecer.

—Pero mi pobre madre morirá !... exclamó llorando María y abrazando á Lia.

—Hermana mia ; si por desgracia acontece esa muerte por mi causa, cuando la veas á punto de

espirar, ruégale en nombre mio que no me maldiga, y suplicale no se olvide de mí, ¡desdichada! en la presencia de Dios... Y si lo juzgas oportuno; si piensas que merezco me vindiques á sus ojos, dile que tambien mi religion me prescribe honrar al padre y á la madre, para que yo, pobre huérfana abandonada y sola; para que yo que puedo saber lo que vale una madre, pues la he perdido, deje de ver con profundo disgusto que Pio no se porta con ella como debe.

—Cumpliré, Lia, cumpliré tus encargos, y mi madre, á la que tanto mal, involuntariamente causas; y yo, que por tu causa voy á quedar huérfana, te perdonaremos, y rogarémos por tí; ella desde el cielo que habrá conquistado con sus virtudes y angustias, yo desde la tierra, soledad erizada de espinas y bañada en lágrimas.

Y entonces se despidieron, anegadas ambas en amargo llanto. Lia mirándola desaparecer, decia:

— ¡Qué ángel mas infortunado!

María ahogando sus gemidos y su llanto en el fondo del alma, mar á la sazón de amarguras, balbuceaba:

— ¡Madre de mi vida, madre mia!...

XXII.

LA MUERTE DE UNA MADRE.

—¿Qué has hecho? preguntó la pobre enferma á mi hermana, apenas supo el paso que acababa de dar.

—Madre de mi alma; contestóle María ahogando las lágrimas que pugnaban por aparecer á sus ojos; dar el último paso; ver si lograba obtener de Lia lo que en vano se ha tratado de alcanzar de Pio.

—Si hubieses antes consultado conmigo, no hubieras dado ese paso.

—Era mi deber, porque deber es de los buenos hijos tratar de consolar á sus padres. ¡Ah! si no hubiese procedido así, toda mi vida me hubiera remordido la conciencia.

—Es una humillacion...

—¿Y por qué humillaciones no pasaria yo, á trueque de devolverle la salud, madre mia? ¿Por qué humillaciones no hubiera pasado V. para devolvérmela á mí, si hubiese visto perdida la mia? ¿Y es V. acaso de peor condicion que yo, ó tal vez una madre vale menos que un hijo?

—María de mi corazon, único consuelo de tu pobre madre en los últimos dias de su vida!...

dijo abrazándola y besándola tiernamente, mientras que la generosidad espontánea de mi hermana conmoviendo su pecho maternal, hacía brotar dos lágrimas como dos gotas de rocío en la corola amorosa de sus ojos.

—No me hable V. de morir; por Dios se lo suplico.

—Ya te tengo dicho que no debes forjarte ilusiones. El sol de la vida de tu madre está para hundirse en los abismos de la eternidad, y no volverá á lucir para tí, querido ángel de mi alma.

—Dios es misericordioso...

—Precisamente por eso, María; precisamente por eso. ¿De cuántas y cuán continuas amarguras abrevaría Pio mi vida, si estuviese condenada á verle casado con una hebrea, con una mujer descendiente de la raza de aquellos que crucificaron á mi Redentor? ¿De cuántas y cuán continuas amarguras abrevaría Pio mi vida, si estuviese condenada á verle recorrer como caballo desbocado la carrera de abominacion que ha emprendido? Por eso, Dios misericordioso me llevará á su seno, donde la desdicha y los dolores no caben por toda la eternidad. Si me amas, hija mia, no continúes rogando por la salud y por la vida de tu infortunada madre; pero suplica al Señor que me conceda la gracia de morir en sus amorosos brazos, asistida de la ternura maternal de la Inmaculada Virgen.

María lloraba. La pobre no podía hacer otra co-

sa, viendo que el último consuelo de aquella madre, por ella tan querida, era la muerte.

—No llores, ángel mio; la dijo acariciándola blandamente; que aunque tu madre muera, no te dejará huérfana en el mundo. Yo te prometo velar por tí desde lo alto del cielo; yo suplicaré antes de morir, á la compasiva Madre de Dios, que sea tu madre, y Ella te protegerá y guiará mejor que yo por las espinosas sendas que tendrás que recorrer en la corta carrera de tu vida.

—Sí, madre mia, sí: no me abandone desde el cielo, porque yo tiemblo de quedarme en la tierra sin su bondadosa y protectora sombra; no se olvide de la pobre María, cuando goce de la felicidad de los bienaventurados en la patria de los justos, y ruéguele al Señor que abrevie los dias de mi triste existencia.

—Tu existencia es preciosa, María, y no morirás sin que conozcas el valor que tiene. Ahora, vamos á postrarnos de rodillas ante la Imágen Santa que recibió el espíritu de tu padre. Al ir á reunirme con él, necesito consagraros de nuevo á la Madre de Dios; necesito atraer sobre tu cabeza, de una manera especial, su proteccion valiosa. ¡Ah! cuando te haya dejado en sus manos; cuando en mi corazon sienta la voz del cielo diciéndome que me ha oido la Madre de clemencia, entonces yo, ya mas tranquila, moriré en paz.

Y las dos, con paso remiso se dirigieron á la habitacion de mi casa, consagrada á María San-

tísima, donde has visto que murió mi padre, en brazos de aquella santa mujer que iba á visitarla, acaso por última vez en su vida, llevada del brazo por mi angustiada hermana. Allí, María de rodillas, y mi madre sentada detrás, oraron con fervor y con lágrimas por algunos momentos. Luego levantándose ésta y dirigiéndose á la Madre de Dios, dijo :

—Madre de clemencia, Madre de misericordia : no creia yo que en los últimos dias de la vida hubiese de venir aquí angustiada por el peso de amargos infortunios ; no creia yo, pobre pecadora, llegára un momento en que solo pudiese presentaros á uno de los dos hijos que tanto ama mi corazon, para ponerlos en vuestras bondadosas manos en mis postreros instantes, como en las mismas manos los puse apenas sentí que se agitaban en mi seno maternal. Pero puesto que vuestro divino Hijo, para castigar mis pecados, ha permitido que de tal modo se alborotára el mar de mi existencia en mis postrimeros dias, yo acato resignada la justísima senténcia que me oprime, y con llanto en los ojos, y con el corazon desolado, os ruego, Madre mia, que mireis maternal y clementemente al desdichado hijo extraviado, y que no os olvideis nunca de que es hijo vuestro. Yo, hoy en vísperas de mi muerte, os le vuelvo á consagrar. Por las agonías de vuestro adorado Jesús llamadle al buen camino, y no permitais que muera olvidado de Vos. ¡ Ah ! mirad tambien con un cariño especial á esta hija,

ángel salido de mis entrañas, y cuando por mi muerte se quede sin proteccion y sin madre en la tierra, haced Vos con ella los oficios de madre; guardad su inocencia, conservad su tierno corazon, velad por su vida, y dulcificad con vuestro amor las amarguras que tendrá que apurar. Si Vos no la amparais, ¿quién me la protegerá? Si Vos os negais á ser su madre, ¿quién la amparará; á qué árbol se arrimará la bébil yedra de su inocente vida? Si Vos no la dirigís con santas inspiraciones, ¿á quién acudirá para pedir consejo?

Aquellas dos prendas de mi vida, nunca suficientemente lloradas por mis ojos, oraron fervientemente en silencio, derramando sus atribulados y suplicantes corazones á las plantas de la Virgen Santísima, que no desoye nunca las plegarias de los tristes cuando imploran su patrocinio eficaz. Luego, sonriente mi madre con la sonrisa de la esperanza, estendió sus manos, y poniéndolas sobre la cabeza de mi hermanita, con voz grave, majestuosa, y al par profundamente conmovida, dijo:

—María, hija mia: la Madre de Dios ha oido mis preces y hablado á mi corazon. Yo te bendigo en su nombre con la bendicion maternal; yo te digo en su nombre, que si me pierdes, no por eso quedas sin madre. Séle fiel en el corto período de vida que te queda, y cuando llame á las puertas de tu corazon, no resistas á las inspiraciones que te envíe, porque, hija mia, tu vida será el precio de la salvacion de tu hermano. Alza, ven á mis brazos, ángel de mi vida...

Y las dos se abrazaron tan tierna, tan cariñosamente, que no es posible te formes una idea de ello; y las dos confundieron sus lágrimas, que no sé si llamar de felicidad. Después de una pausa larga, necesaria en ambas para dar expansión á sus almas, mi madre la dijo á María:

—¿Amas mucho á Pio?

—¡Oh! le amo mas que á mi vida.

—Ámale al desgraciado, porque ese tu amor le salvará; porque ese tu amor será su único escudo contra los esfuerzos que haga el infierno para perderle. Hija mia; ¡qué hermoso destino es el tuyo, si es verdad que le amas tanto como dices!... salvar á tu Pio, salvarle para siempre!...

—¡Qué dicha!... exclamó con efusion incomparable aquel alma angelical.

—Pero ¿no temblarás si para obtener esa dicha te pide Dios el sacrificio de la vida?

—No; María, mi Santísima Madre, me dará fuerzas para morir alegre.

—Júramelo ante esa santa efigie, á cuyas plantas exhaló su aliento tu amado padre.

—Lo juro, madre mia, lo juro: exclamó llorando de placer y conmocion, cayendo de rodillas y extendiendo ambas manos con entusiasmo hácia la santa efigie de la Inmaculada Concepcion.

—Hija mia, Dios te bendiga, Dios que premiará el generoso sacrificio que acabas de hacer. Tu pobre madre que no puede recompensártelo mas que con la gratitud de su alma, va á desprender-

se de una prenda sagrada para ponerla en tus manos.

Y sacó de su pecho una bolsita, sobre la que muchas lágrimas de amor derramara en vida, y de la bolsita un escapulario del Sagrado Corazon, manchado de sangre.

—Toma; la dijo; esta sagrada reliquia, que yo juré no apartar de mi pecho hasta la hora de mi agonía. Ha llegado ya el momento de que me desprenda de ella para ponerla en tus manos. Era el escapulario del Corazon divino que llevaba tu padre en el acto de morir, y la sangre de que le ves manchado, es la sangre del pecho del autor de tus dias; es la sangre de un santo, que brotaba aquí mismo, en el acto de consagrar sus hijos á la Madre de Dios, para que les protegiera y les salvase. Yo lo recogí cuando hubo espirado, y cuando la sangre en que se tiñiera era aun caliente, lo deposité sobre mi corazon, como una prenda de mi amor y de mi fe. He guardado hasta hoy esa prenda querida, y en este momento me desprendo de ella porque Dios lo quiere, y yo no debo vivir mas. Hija de mi alma, luz de mis ojos, aliento de mi vida; pónla sobre tu corazon como una memoria de tu padre y mia, y ella te dará fuerzas cuando las necesites para ofrecer tu vida en sacrificio por la salvacion de tu hermano, porque con esa prenda va la bendicion de Dios.

Y diciendo esto, puso aquella bolsita, despues de besarla y darla á besar á María, al cuello

de mi hermana, que la deslizó en su casto seno temblorosa por la emocion que la dominaba. Iban ya á retirarse de aquella bendita estancia, cuando ésta dijo á la primera :

—Roguemos á María Santísima por la conversion de Lia, para que abra los ojos á la luz, y reconozca por su Dios y Redentor á Jesucristo, muerto por sus padres.

— ¡ Alma generosa !... Sí ; roguemos por esa infortunada hebrea, que tanto mal nos ha hecho, y perdonémosla como Cristo desde lo alto de la cruz perdonó á todos los que le atormentaban. ¿ Quién sabe si nuestras oraciones, unidas á los méritos de Jesús, alcanzarán tambien su conversion ?

Y aquellos dos incomparables corazones oraron con fervor á María, Madre de clemencia, por la mujer, que impulsada por las sectas secretas, presentándose peor de lo que era en realidad, tanto mal las habia hecho. Despues llenas la una de inefable consuelo, y de gran resignacion la otra, salieron de allí, amando entrañablemente todo lo que el corazon del hombre no ama por naturaleza, esto es, la muerte, el sacrificio, y á los que habian llenado de hiel la hermosa y noble copa de su existencia. Entonces fué cuando mi angelical hermana refirió á la que la concibiera, la conversacion habida con Lia, y gustosa cumplió con los encargos que la habia ésta hecho. Conmovida mi madre oyó aquella relacion, y meditando en la negativa misteriosa de Lia, vió

la mano de las sociedades secretas, siempre inexorables, parecióle yo menos criminal á su corazon tan dispuesto á perdonar, porque me consideró tambien bajo la tirana opresion de una terrible amenaza: y despues de una pausa en que estuvo abstraída en sí misma, dijo:

—María; tráeme recado de escribir.

—¿Para qué, madre mia?

—Quiero hacer una súplica á Lia, que espero no me negará.

Mi hermana la miró con asombro, pero no por eso dejó de traerle lo que la pedia, y aquella santa mujer, escribió:

«¿No le será permitido á una moribunda dirigirla á V. una súplica, Lia? Las palabras de mi «hija me han conmovido, y ya que tiene V. un «corazon, ¿se negará á darme el consuelo de exigir que el matrimonio de V. con Pio sea matrimonio celebrado en faz de la Iglesia católica? «Tal vez mi súplica ha de costarle algun sacrificio, pero hágalo V., siquiera porque será el primero y último que tendrá lugar de hacer en mi «favor; sí, hágalo V., y Dios oirá bondadoso las «plegarias que por V. dirigirá desde el cielo, la «que le perdona generosamente el mal que la ha «hecho, si bien sin voluntad. — CÁRMEN.»

Esta carta, enviada desde luego á su destino, tuvo la siguiente contestacion:

«Señora; permita que la dé, aunque indigna, «el nombre de madre, pues madre mia ha de ser, «ora esté en el cielo, ora viva en la tierra. Dentro

«cuatro dias me caso con Pio, y aunque hebrea, en
«obsequio de V. (si bien que ocultamente por lo
«que me puede interesar), he dispuesto primero
«recibir la bendicion del sacerdote católico, antes
«que concluir mi matrimonio ante el poder civil.
«¿Cree V. que tal vez haga un sacrificio proce-
«diendo así, pero esto qué importa? Si sacrificio
«hay, ¿no merece acaso esta reparacion el daño
«que la he causado? Dentro cuatro dias, yo, pobre
«huérfana, formaré parte de su familia, y si Dios
«le concede á V. la vida, como se lo ruego fer-
«vientemente, espero con mi proceder y conducta,
«resarcirla de los pesares y angustias, que con-
«tra mi voluntad y bien á pesar mio, la he causa-
«do; pero si por desgracia ha muerto V., tengo
«la firme convicción de que Dios la permitirá ver
«desde el cielo los secretos de mi alma, y enton-
«ces me hará la justicia de creer que soy mas in-
«fortunada que criminal. De todos modos, recibo
«de rodillas el generoso perdon que me concede,
«y ruego al Altísimo porque permita justificarse
«á los ojos de V. con su amante conducta, á la
«huérfana. — LIA.»

—Gracias, Dios mio, gracias, porque en medio de mis amargos infortunios me dais la alegría de saber que mi hijo no vivirá legalmente amancebado, y porque al menos encontrará una mujer de corazon, por mas que hoy por hoy se halle supeditada por influencias fatales, que no osa vencer su debilidad.

Después volviéndose á María, la dijo en tono profético :

— Guardaré este billete sobre mi corazón, de donde lo retirarás el día de mi muerte. Quizá el Señor se digne mirar con ojos de misericordia á la que lo ha escrito, por el inefable consuelo que acaba de dar á mi alma.

Y pasaron los días, y llegó el fijado para mi casamiento, en el que Lia me sorprendió lo que no es decible al notificarme ser su voluntad que antes del acto civil recibiera nuestro matrimonio la bendición de la Iglesia católica. Por de pronto no supe que decirle, pero luego convine en ello, tomándolo por uno de los muchos caprichos que se le ocurren á una mujer joven y hermosa. Con todo, no pude abstenerme de decirle :

— Ahora pareces tú la fanática.

— Qué sé yo! me contestó con cierta melancolía; desde que llevo sobre el corazón aquellos gemelos en que tu hermana bordó el Nombre de María, no sé lo que pasa por mí, y los amo tanto, que para quitármelos me habrían de quitar la vida. De todos modos, yo tengo prevenido todo lo conveniente para el paso que vamos á dar, aunque en secreto : será la primera vez que penetraré en un templo católico.

— ¿ Y eres tú la que en Lourdes me pedias una Hostia consagrada? dijela riendo.

— Ya te he dicho que no soy la misma desde que traigo sobre mi corazón aquel precioso re-

cuerto de tu hermana, considerado por mí, como un amuleto inapreciable.

Y se hizo tal como Lia lo quiso. Ambos por distintas calles nos dirigimos al templo de Nuestra Señora de la Merced, donde todo estaba preparado por la prevision de Lia, y recibida la bendicion nupcial, y llegada la hora oportuna, con gran fausto y acompañamiento de individuos de las logias nos encaminamos al antiguo palacio de los reyes, convertido como sabes en edificio donde funcionaban los juzgados. Allí tuvo lugar, entre bromas poco decentes y nada respetuosas, la ridícula ceremonia de nuestro matrimonio civil. Lia era ya mi mujer. Por la mañana habia encargado á María se lo notificára á mi madre, pues yo, penetrado de hondo remordimiento, no me atreví á ello.

—¡La pobre va á morir, Pio!... me dijo llorando amargamente.

—No temas, María; Dios no lo querrá.

Y me despedí de ella, mientras que en el salon de la casa los criados de una confitería preparaban y adornaban la mesa para el servicio del refresco.

Mi madre preguntó á María con una sonrisa mas triste que las lágrimas:

—¿Qué significa el movimiento desusado que noto en la casa?

Mi hermana no tuvo valor para contestar á dicha pregunta, y dominando á duras penas el llanto se hizo la distraida. Entonces la primera sacó

la carta de Lia, que guardaba en el seno, la leyó tristemente, cerróla y volvió á ocultarla en el mismo lugar, al tiempo que se renovaba aquella tos seca, estraña, desgarradora de que te he hablado. Entonces dió muestras de nuevo dolor en el corazón. María viéndola palidecer más y más, alarmada y corriendo en su auxilio, le dijo:

— ¿Cómo está V.?

Pero la pobre enferma no contestó á esta pregunta, y como si venciera difícilmente al dolor, balbuceó:

— ¿Dónde está Pio? Dile que venga; deseo verle, quiero abrazarle...

— Pio ha salido, madre mia; pero no creo que tarde en volver... Y dígame; ¿cómo está V.? le preguntó María con verdadera, con justísima alarma.

— Dios le perdone como le perdona su madre!... musitó con voz mas difícil.

— Pero, madre mia, madre de mi corazón; esclamaba aquel ángel en forma de mujer; no quiere V. contestar á su pobre hija? Y apretaba mientras tanto sus manos con verdadera angustia, y las cubria de besos, y las regaba con sus lágrimas.

— ¡Ay! cuánto me duele aquí..., dijo apretando con la mano el pecho, en la parte donde se perciben los labios del corazón.

— Mandaré llamar el médico: indicó María, disponiéndose presurosa á salir.

— No, no, no lo hagas, hija mia... Quiero estar

sola contigo... ¡Soy tan dichosa teniéndote á mi lado!... Oye, hija mia, oye: le dijo apretándola convulsivamente las manos: no te olvides del sacrificio que ha de reunirnos en el cielo, y despues de mi muerte no te separes de tu pobre hermano: sé el ángel de la guarda del pobre extraviado... y Dios recompensará tu caridad... ¡Ay! ¡cómo me duele el corazon!

— ¡Madre mia! gritó temblorosa y espantada la pobre jóven.

— Pon la mano aquí. ¿Sientes latir el corazon de tu madre?... Esas grandes palpitaciones son las postreras... ¡Si supieses cómo ama el corazon de una madre!... No te olvides de ser el ángel del pobre Pio... Díle que he muerto bendiciéndole... Díle que le perdono... díle á Lia que me he acordado tambien de ella, y que Dios y yo la bendecemos por el consuelo que me ha dado... Y á tí, ¿qué te diré, hija de mis entrañas?... Adios; hasta luego... allá en el cielo serémos mas felices que acá en la tierra...

María exhaló una voz desgarradora, de espanto y de angustia indescriptible; recibió entre sus brazos á mi madre, que tosiendo con mas fuerza con las manos crispadas se apretaba el pecho, hácia la region del corazon. En aquel momento penetró el padre Ignacio en el cuarto, y detrás de él entraron algunos criados, atraidos por el grito desgarrador de mi hermana.

— Padre Ignacio; exclamó la moribunda; le re-

comiendo á mi pobre María : despues de Dios, sea V. su padre.

— Tranquilícese V., doña Cármen : dijo el buen jesuita.

— Todo se acaba : la luz se oscurece, y este dolor aquí en el corazon...

Despues intentó ponerse de rodillas, á pesar del desasosiego que le daba el dolor, y sostenida por los brazos de María, recibió en esta postura la absolucion postrera , de manos del hijo de San Ignacio.

Un momento despues decia con voz enamorada:

— Jesús, María, José..

Y torciendo la cabeza se estremeció, quedando cadáver en los brazos de mi angelical hermana. Acababa de rompérsele la aneurisma que se le formara en el corazon, á consecuencia de los sinsabores, y disgustos, y sobresaltos, y dolores con que yo, hijo ingrato, la habia abrevado de algun tiempo á aquella parte. ¡Pobre madre de mi alma, cuán cruel fuí contigo, acreedora á todo mi amor!

— ¡ El doctor, el doctor, que mi madre se muere ! exclamó María sintiéndose oprimida por el peso querido de aquel cadáver.

— Es tarde, hija mia ! díjola el santo jesuita poniéndose de rodillas para orar por el eterno descanso de la que acaba de espirar.

— ¡ Tarde !... balbuceó medio desmayada María, reclinando su cabeza sobre la de nuestra madre, y derramando á mares lágrimas silenciosas y re-

signadas, por sus ojos. Dios mio, premiad sus virtudes en la gloria de los cielos; Virgen purísima, acordaos de que sois mi madre, y no abandoneis á la pobre huérfana, que acude á Vos en la soledad amarguísima de la vida.

Las criadas depositaron aquel cadáver querido en la cama. María á pesar de su intenso dolor quiso desnudarla, y recogió del pecho, tibio aun, de la que la trajera en sus entrañas, la carta de Lia, que allí quiso conservar hasta su último momento. También María guardó en su púdico seno aquel papel que diera á nuestra madre el último consuelo en la vida. Despues encendió dos velas, puso sobre el cadáver un Crucifijo, y se arrodilló junto á él para orar. En esta disposicion la encontramos Lia y yo, cuando seguidos de los convidados regresábamos de palacio. La sangre helóse en mis venas, y tuve miedo de acercarme al venerado cadáver, por temor de oír de sus labios hiertos una justísima reconvencion. Lia palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas. Al ruido que hicimos, María volvió la cabeza, y viéndonos se levantó con calma, acercóse á mí, tomóme de la mano, y conduciéndome junto al cadáver, me dijo:

— ¡Ha muerto perdonándote y bendiciéndote; Pio, ha muerto pensando en tí!

Y volviéndose á mi esposa la condujo tambien junto al cadáver querido, y la dijo:

— Ya no late aquel corazon que solo sabia amar; Lia, nuestra madre ruega por tí desde el cielo.

Y los tres nos prosternamos llorando. Ellas ora-

ban á la par, pero yo, desdichado de mí, blasfemaba, maldiciendo al Dios de bondad, y achacándole la obra de aquella muerte, que solo era debida á mi conducta nefanda y criminal.

XXIII.

EL ASESINO.

El día de mis bodas fue día de luto para mí, y los convidados que asistieron á mi casa, cuando pensaban sentarse en derredor de la mesa, hubieron de retirarse en presencia del cadáver de mi madre, siquiera para cumplir con las formalidades que exige el mundo, y de las que no puede escusarse cualquier persona, por descreída que sea, si quiere vivir en sociedad.

Algunos de mis infames compañeros, entre los cuales se contaba Lázaro, acercándoseme al oído, dijeron dándome el pésame:

— Tales son los efectos del fanatismo. Perezca de la faz de la tierra una religion que nunca se harta de víctimas; perezcan los malditos curas que llevan esa peste por do quiera, y con ella envenenan los corazones y acaban las vidas! El tiempo de la regeneracion ha llegado ya. ¡Ay de ellos!

Y mientras tanto la poderosa voz del remordimiento, gritando aterradora desde el fondo alborotado de mi pecho, me decia:

— Tales son los efectos de las sectas secretas!
¡Asesino! ¿qué has hecho de tu madre?

¡Oh qué día, oh qué noche fue aquella, Dios

mio! ¡Qué espantosamente resonaba en el fondo de mi corazón la voz de *asesino de tu madre!*... ¡Qué terror se apoderara de mí; qué agitación tan mortal me dominaba! qué espantos fueron los míos, qué tédio el que por la vida sentía, qué deseos de huir de mí mismo! qué fantasmas ensangrentadas se levantaban ante mí, qué gemidos, qué suspiros alborotaban mi alma en el silencio y la soledad de la noche!... ¡Dichosos mil veces los que no conocen el remordimiento, porque su vida tranquila se ha deslizado ante Dios como un manso río, y ¡ay de mí que aun le siento alborotar mi alma con su voz ronca como la del mar irritado!...

Yo ignoro lo que hubiera sido de mí entonces, de mí que me había cerrado las puertas del cielo, y la dicha de acudir á Dios en busca de consuelo, si no hubieran sido las oraciones de mi hermana, que rogaba por la madre y el hermano infortunado, junto al santo cadáver de aquella, y si estas oraciones no hubieran infundido palabras en Lia, que haciéndome amar la vida, me retrajeron del propósito que casi tenía formado de suicidarme. Este estado no desapareció tan pronto; digo mal, no ha desaparecido aun, si bien, gracias á Dios, el remordimiento despues de haberme convertido al Señor se ha trocado en dolor profundo, pero tranquilo como un mar en calma. Por entonces, despues de haber entregado á la tierra los restos mortales de mi madre, y de haberla hecho suntuosas honras fúnebres, para salvar las apariencias, me

entregué con mayor furor á la impiedad, y deseo de acallar la turbulenta voz de mis remordimientos, que me tenían medio loco, entreguéme con frenesí á toda clase de excesos y de tropelías contra la Religión, pensando, insensatamente apagar la hoguera, que cada vez ardía mayor en mi pecho, á fuerza de echarla combustible. El vértigo infernal que me dominaba, tenía complacidos á muchos de mis compañeros francmasones, pero á otros les traía prevenidos. Para unos era un héroe, y para otros un traidor embozado, que con el puñal carlista procuraba atisbar la república para hundir en sus entrañas la daga homicida, cuando mas confiadamente descansára en mí. A estos les era tanto mas sospechoso, cuanto mas rápidamente recorría el camino de la maldad.

El presidente de mi lógia, hombre verdaderamente execrable y digno de un grillete, me llamó cuando pensaba que mas satisfecho debía estar de mis maldades, y con recelo y amenaza naturales en los que dirigen los destinos y la marcha de las sectas secretas, me dijo:

— Los hermanos murmuran de tí, y algunos piensan si eres un carlista disfrazado de republicano; debes, por consiguiente andar muy prevenido, porque entre nosotros la traicion se paga siempre con la vida.

— ¡Yo carlista! ¡Yo traidor á la república! exclamé con rabia.

— No he dado oidos á las acusaciones vagas que se dirigen contra tí, y si quieres sincerarte, debes

cumplir inmediatamente las órdenes que hace tiempo tienes recibidas. El jesuita vive todavía, y la masonería no admite tantas dilaciones.

—No vivirá mucho tiempo : respondí con tono resuelto.

— Pero no ha muerto aun ; me dijo seca y altivamente. Por otra parte, los *hermanos* tienen otros motivos para dudar de tí y de tu sinceridad, ya que despues de tus promesas de unirme con la virtuosa Lia sin reconocer para nada la antigualla del fatalismo clerical, te has casado canónica y secretamente, antes que pública y solemnemente, obligando á la pobre Lia á faltar á los deberes que su religion la impone, y faltando villanamente á la palabra que tenias con nosotros empeñada.

El deseo de no comprometer á Lia me hizo callar, pero como iba á alegar cuando menos una excusa, aquel malvado continuó en tono mas acre :

—No cabe disculpa alguna á tu felonía. Si tú matrimonio canónico hubiese sido público y solemne, si hubieses tenido á tu derredor en el camarín de la Merced parientes y amigos, podrias decir que las conveniencias sociales y las necias preocupaciones de tu familia se te habian impuesto, mas es lo cierto que á tu casamiento canónico no asistió ni un pariente, ni un amigo, y el mundo cree que solo estás casado civilmente con Lia. Ahora bien ; no tienen fundado motivo de dudar de tí los *hermanos* que secretamente te acusan al conocer tu avilantez? Por otra parte, las exequias de tu madre han acabado de ponerles en

guardia contra tí, y aunque comprendo que tu hermana y tus parientes te han obligado á ello, con todo, es bueno prescindir de ciertas preocupaciones necias, aunque sea á costa de alguna desunion en la familia, y sitiarse por hambre á esas malvadas aves nocturnas que se guarecen en los templos católicos, y que hacen siempre su agosto á costa de los tontos.

Luego mitigando un poco la dureza del tono con que me hablaba aquel déspota malvado, añadió:

— Me complazco en suponer que todos tus actos son sinceros y dignos de alabanza, y si me veo obligado á hablarte en tales términos, es impulsado solo por el afecto que te profeso, y por los intereses de la francmasonería, que castiga severamente á los morosos y á los traidores. Justificate, pues, *hermano*, y acredita indudablemente que obras con sinceridad.

El miserable que acababa de hablarme así, era uno de los que mas alto declamaban contra la *tiranía* de los reyes y de la Iglesia católica; era uno de los que con mas gritos proclamaban la libertad y la emancipacion de los pueblos, y lo que llamaba «derechos del hombre conculcados por el fanatismo clerical.» ¡Ah! parece imposible que ante tan sangrienta ironía echada al rostro de quien conocia á las personas y los procedimientos de las sectas secretas; parece imposible que viéndome apostrofado y pisoteado tan vilmente por aquel mónstruo, que no me dejara ni un átomo de dignidad sin herir, yo de carácter altivo

no rompiera de entonces para siempre con aquellos satélites del infierno, importándome poco la muerte que podían decretar contra mí!... Y mira tú hasta qué abismo había descendido! Yo no osé contestar á las palabras que acababa de oír; yo no osé salir en defensa de mi dignidad, y me contenté con morder mi lengua, lleno de ira y despecho, despues de lo cual me propuse acreditar-me de malvado entre los malvados, y presentarme como un reptil, como un mónstruo á los ojos de cuantos me conocieran, pretendiendo tan solo los aplausos de los sectarios y de todo lo mas soez y repugnante que se güarecia en Barcelona. Hasta aquel momento, Dios me era indiferente; desde allí en adelante, este poco de polvo hediondo declaraba á Dios una guerra sin cuartel!... ¡Insensato, loco, miserable de mí!... olvidaba que al escupir al cielo la inmunda saliva de mi boca habia de caer en mi rostro.

Por de pronto resolví entrar en la horrible secta de los solidarios, que es lo mas impío y malvado que ha vomitado el infierno sobre la tierra, para la perdicion de los hombres. Al recibirme en ella se me obligó á estender de mi puño y letra una declaracion, por la que maldecia y renegaba de Cristo y de toda idea que tendiera á lo sobrenatural, comprometiéndome á no bautizar á mis hijos, á no entrar en ningun templo y á oponerme en lo posible á que mi familia entrara, á no rezar nunca, y á no admitir á la hora de mi muerte sacerdote alguno cerca de mí, á morir sin

confesion, sin ningun auxilio espiritual, y á disponer que como si fuera un perro no se me enterrara en tierra sagrada. Esta declaracion debia tener fuerza ejecutiva, sobre todo á la hora de mi muerte, para cuyo fin dos sectarios debian relevarse noche y dia á la cabecera de mi cama, y no dejarme solo ni un momento hasta que me vieran sepultado, pudiendo reclamar en su auxilio la fuerza pública si por acaso mi familia ó mis parientes, mas fuertes que ellos, llegaban á imponérseles y á contrariar mi voluntad.

Parece imposible que un hombre que ha recibido las aguas regeneradoras del Bautismo, que un miembro de Jesucristo, que un ser educado tan cuidadosamente como yo en los principios católicos, llegára á estender y á firmar la espantosa blasfemia de aquella declaracion; mas ¡ ay ! ¿ qué es lo que no hace el malvado que empieza por cometer el crimen de los crímenes, cual es recibir indignamente á Jesús Sacramentado, tragándose así, como dice San Pablo, su propio juicio de condenacion? ¿ Qué es lo que no hace el hombre que entra en el camino del mal bajo este pié, y que recorre tan rápidamente, como yo lo recorrí, dicho camino, hasta matar á su santa madre de un disgusto, y hasta aceptar el encargo de asesinar á un sacerdote, de quien solo beneficios habia recibido? Mi conducta monstruosa parecerá á muchos inverosímil, y á mí mismo se me figurará á veces una horrible pesadilla, mas ¡ ay de mí ! que á pesar de todo es una espantosa verdad !...

No todos los individuos de mi logia pertenecian á la secta de los solidarios, pero sí que habia algunos en ella, quienes por ser los mas viles y malvados, eran los mas bien quistos y las eminencias de aquel ántro. Estos cuidaron de rehabilitarme en el concepto de los que dudaban de mí, y desde entonces llegué á ser un *personaje*, al que se encargaron diversas comisiones á la cual mas impías é infames. Con todo, y á pesar de todo, no dejaba de recordárseme de vez en cuando el deber que tenia de asesinar al padre Ignacio, y yo para sellar mi reputacion masónica buscaba oportunidad de cometer aquel nuevo crimen, que debia colmar la medida de mis monstruosidades.

Habian llegado aquellos tristes dias para Barcelona en que tres de sus mas hermosos templos, por los manejos de las sectas, pasaron de los mannos de Dios á las de Satanás: la ciudad condal, que viera en 1835 tanta abominacion y matanza, iba á ver mayores abominaciones aun, puesto que en vez de incendiarse las casas del Señor, los templos profanados de Belen, San Jaime y San José, fueron convertidos en teatro de los hechos mas repugnantes, y en punto donde se reunia la hez de la sociedad, para entregarse á bacanales, sin freno, acompañada de inmundas meretrices, y de mujeres que valian menos aun, á pesar de llamarse *honradas*. El órgano santo amenizaba aquellas fiestas dignas del infierno, y al compás de sus místicos acentos se bailaba el can-can, con asistencia alguna vez, (segun es público por

haberlo dicho Orense en las Córtes), de las autoridades locales, provinciales, y del distrito militar. Los Santos eran allí burlados, remedadas asquerosamente las ceremonias de la Iglesia por hombres y mujeres completamente ébrios, arrojando vino y blasfemias por sus bocas, y yo ví una efigie del *Ecce Homo* con un tabaco en la boca, y ví á un malvado dándole bofetadas para obligarle á fumar, mientras que nosotros con grandes carcajadas celebrábamos su *heróica y chistosa* ocurrencia. ¡Ah! deja que pase por alto la relacion de las escenas que ví en aquellos santos templos, poco antes morada de la oracion, y entonces convertidos en algo peor que un lupanar; deja que las pase por alto, tanto porque la lengua que las refiere, al relatarlo teme pegarse al paladar, como por la hondísima, por la inmensa pena que siente mi alma, dolorida y avergonzada considerando que pude profanar de tal manera en mi mayor edad aquellos benditos asilos, donde tantas veces orara de niño en compañía de mi madre y de mi hermanita.

Si esto sucedía en los templos, ¿qué no habia de pasar en la ciudad? Si Dios y su santísima religion, únicos baluartes que enfrenan las muchedumbres y dan paz y sosiego á los pueblos, eran tan villanamente tratados, ¿cómo era posible que hubiese orden en Barcelona? ¿cómo era posible que no dominase la anarquía del infierno en una ciudad en donde, á pesar del Catolicismo del vecindario, ya por miedo, ya por una maldita apa-

tía, hija del liberalismo egoísta, se presenciaban tales inauditos desmanes sin escarmentar á la diabólica minoría, hez de la plebe, que los comedia? Así es que Barcelona estaba aterrada como el que se halla encadenado sobre un volcan que amenaza con roncós, subterráneos truenos una erupción espantosa; las gentes que podían huían al campo ó al extranjero; los grupos de descamisados se agitaban en la Rambla ó en la Plaza de San Jaime, comentando las noticias de la guerra, y vomitando imprecaciones y amenazas contra los sacerdotes y contra toda persona honrada, á la que calificaban desde luego de carlista; se proponía en público extirpar el mal con sangrientas hecatombes; se hablaba de petróleo y de incendiar este templo y aquellos palacios; hacíanse manifestaciones compuestas de miles de trabajadores, en las cuales se amenazaba fieramente á todo lo digno ó á todo lo que al menos no parecía asqueroso; pronunciábanse al aire libre discursos contra el capital y los carlistas, eterno *bú* de aquellos cobardes; armábanse algunas calles y se formaban juntas de vecinos para defenderse unos á otros de las hordas salvajes que pretendían desterrar á Dios del mundo; los soldados borrachos paseaban noche y día por do quiera insultando á sus jefes, á las señoras y á todo cuanto bien les parecía, y algunos periódicos fomentaban semejante inmundo hervidero de pasiones y de desórdenes, en aquel tiempo en que todo el cieno de la sociedad subía á la superficie para

provocar el disgusto á la vida á todo hombre sensato y de honor. Si los primeros tiros de aquellas máquinas anárquicas se dirigian contra los sacerdotes, inútil es decir, que los ministros de Dios no podian vestir el hábito talar, aquel santo hábito que es el ángel de la guarda del que lo lleva; y como los pobres, por mas que trabajaran por remedar el porte de los seglares, no sabian imitar sus ademanes, eran luego descubiertos, y algunos perseguidos y asesinados vilmente por las calles, otros presos de noche en sus casas, á pesar de prohibírsele la Constitucion á aquellos sicarios que tanto hablaban de libertad y de legalidad, y en este estado eran hacinados en una cárcel, ó en el fondo de un barco, pudiendo considerarse feliz el que lograba una orden de destierro. Hombres inocentes eran cruelmente asesinados por meras sospechas, y un anciano se vió muerto de un tiro en mitad de la calle y en pleno dia, por solo el crimen de ser padre de un sacerdote!...

No quiero recordar mas horrores de aquellos dias, en que tan lamentable espectáculo dió al mundo la culta Barcelona, entregada á manos de lo mas abyecto de su plebe, y solo diré que hombres que nunca habian tenido nada de carlistas, miraban á la montaña, como punto de salvacion única para la patria, y se preguntaban con angustia el por qué las huestes de D. Carlos no venian á tomar posesion y á restablecer el orden en la ciudad condal. Aquel que conozca á nuestros comerciantes, no necesitará mas palabras que la

mencionada pregunta para formarse una idea cabal del estado de Barcelona.

Siendo, pues, tanto el odio que se desplegara contra los ministros del Señor, y quedando del todo impunes los asesinatos en aquella época de anarquía, ¿podía apetecer yo mejor oportunidad para derramar la sangre del padre Ignacio? Pero ¿dónde se albergaba? ¿En qué punto podía haberse escondido? ¿Cómo no iba de visita ya á mi casa, para consolar la profunda aficcion, el sin igual desconsuelo de María mi hermana, así por la reciente y nunca bien llorada muerte de nuestra santa madre, que tan sola y triste habíale dejado, como por el vértigo infernal que me dominaba á mí, á quien queria tanto? ¿Había salido de Barcelona? No; el padre Ignacio; me contestaba á mí mismo; no teme; es soldado que muere en la brecha..... Pues entonces, ¿dónde podía hallarse?

Era al anochecer de uno de aquellos dias turbulentos. Yo preocupado con tales ideas saliera de mi casa y me dirigia á una de las repugnantes é infernales fiestas que los republicanos celebraban en uno de los templos caidos en su poder, cuando al doblar de una esquina dí de manos á boca con el padre Ignacio, vestido con cierto elegante descuido y desfigurado por unas largas patillas y bigote canos. Yo al verle me estremecí y puse la mano en la empuñadora de una daga; él se detuvo tranquilo y sonriente, y á pesar de haber notado mi movimiento, no hizo ademan alguno de temor.

—Maldito jesuita; le dije gritando; ha llegado tu última hora.

—Pío; me dijo con admirable tranquilidad; no añadas un nuevo crimen á la cuenta de tus pecados; no ofendas á Dios derramando la sangre de un hermano tuyo.

—Es un carlista, es un traidor, es un jesuita! grité asestándole con rabia tres puñaladas, y sintiendo que su sangre caliente mojaba mis manos, llenándome de horror y desesperacion.

—Pío; dijo el bondadoso Padre cayendo; yo te perdono, infeliz, como te ha perdonado tu madre!...

Esta voz de perdon y el recuerdo de mi pobre madre, acabaron de llenarme de terror. No sé lo que pasó por mí, pues como si me viera perseguido por una cuadrilla de asesinos empecé á correr, y no me detuve hasta encontrarme, á mi juicio, seguro, en el templo profanado, rodeado de mis compañeros los republicanos.

— ¿Qué significa esa sangre?

— He matado al maldito jesuita, y el pueblo que me perseguia queria matarme á mí.

— ¡Gracias al diablo!... dijeron: por fin ha caido; pero tú, Pío, eres un valiente soldado. Unos pocos como tú, y la república se ha salvado!... añadieron en tono zumbon viendo mi espanto.

Mientras tanto la multitud se agolpaba, formando estenso corro, en torno del padre Ignacio, comentando el caso, y exagerándolo, y no prestándole socorro alguno. Léjos de ello, algunos pilletes y

gente de su ralea, entre los cuales la francmasonería alista sus soldados, le miraban complacidos desangrarse, y se mofaban de él, y proyectaban acabar de matarle arrastrándole por las calles, cuando llegó al corro una señora cubierta con un túpido velo y despues de informarse de lo que habia pasado, pudo anhelante llegar hasta el pobre herido que acababa de perder el sentido, á tiempo que aquellos pilluelos y gente baja le tenian asido ya de los piés, á los cuales ataban una faja para arrastrarlo. La Providencia envió milagroso socorro al desgraciado Padre, quien siendo reconocido por la señora, fue motivo para que esta exclamára en tono desgarrador :

— ¡Ignacio !

Todos al oír aquella voz se sorprendieron, y miraron á la que la habia proferido. La misteriosa mujer aprovechando aquella suspension, con admirable perspicacia, gritó :

— Socorro, hijos de la viuda !

— ¿Qué quieres? ¿qué necesitas? preguntáronle algunos individuos poniéndose junto á la mujer y en torno del herido, al cual cubrieron con sus cuerpos. Los pilluelos soltaron la faja diciendo :

— ¿Quién ha dicho que era un carlista ?

— Socorro; mi pobre Ignacio, víctima de una venganza ruin, va á morir.

Acto seguido se levantó del suelo por brazos robustos, con todo cuidado, aquel que parecia cadáver, y fue trasladado á una casa de socorro, donde se le hizo la primera cura, sin que le abando-

nara nunca aquella mujer, que le atendía con una solicitud especial. Luego supo conducir tan perfectamente las cosas, usando con tanto tacto de las voces masónicas, (una de las cuales acababa de salvar al padre Ignacio), que cuando los grupos se hubieron despejado, y estando ya muy entrada la noche, le hizo conducir á su casa en una camilla, sin que la autoridad tuviera conocimiento de ello, ya que en períodos masónicos la autoridad solo sabe lo que la francmasonería quiere que sepa. El público tampoco se enteró. Parecía, y era en efecto así, que la Providencia, velando por aquella vida tan preciosa, lo conducía todo de un modo admirable, para que nadie se enterara de lo que á la misteriosa mujer convenia tener envuelto en el mas riguroso y absoluto secreto.

—¿Quién era aquella mujer? me preguntarás tú, amigo mío.

—Era la hebrea Lia; era mi esposa; era la que conocia mis propósitos de asesinar al padre Ignacio, obligado por los mandatos y amenazas de las sectas secretas; y aquella mujer instalaba al pobre herido en mi misma casa, y lo entregaba complacida al cuidado de mi hermana María, la cual al verle de aquel modo dió un grito de horror, grito que pudo sofocar mi esposa, haciéndola comprender que la menor indiscrecion podía perder al padre Ignacio.

—¡Providencia divina! exclamó el jesuita al reconocernos y saber quién era la que le habia librado de morir arrastrado por las calles, salvándole tan ingeniosamente.

— Lia, Lia; dijo abrazándola tiernamente mi hermana; Dios te bendiga; Dios te lo premiará!

— Ya ves, hermana mia, como no soy tan mala como te habian dado á suponer; dijo Lia con orgullo y satisfecha complacencia.

Y como habia cambiado á todos los criados, (escepto la camarera de mi madre, que servia á María), sustituyéndolos por los suyos, que conocia fieles, encargóles el mas absoluto silencio, encariéndoles la necesidad de que yo no conociera nada de la existencia del herido allí, y envió uno para que viniera con el médico de la casa.

¡Oh! ¡qué complacida estaba cuando despues del reconocimiento, el facultativo, amigo del santo jesuita, anunció que las heridas no presentaban gravedad amenazadora! ¡Oh! qué satisfecha, oyendo las felicitaciones del doctor, exclamó:

— Aunque hebrea tengo un buen corazon: he sabido defenderlo un poco de los ataques de los hijos de la viuda, doctor, y no soy tan mala como algunos presumian.

— Dichosa V., y dichoso su esposo, Lia, si vuelve á Dios ese corazon tan magnánimo. Yo me complazco en declarar que me tenia V. engañado. La mujer de corazon no está lejos de ser una mujer católica.

— ¡Eso nunca! exclamó resuelta.

María se estremeció de horror ante aquella terminante negativa; pero el médico, conocedor del corazon humano, frunció las cejas en son de duda, encogióse de hombros y sonrió.

XXIV.

CUATRO CORAZONES.

Amaestrado en la malvada escuela masónica, y hombre sin creencias ya que habia hecho profesion de insultar todo lo mas santo, todo lo mas venerando, todo lo mas digno; oprimido bajo el peso de tantos y tan enormes crímenes; salpicado con la sangre de un sacerdote, del cual solo beneficios habia recibido; noticioso de que la plebe habia arrastrado el cadáver de un hombre por las calles, hasta que despedazado lograron quitárselo los agentes de la autoridad, y suponiendo que aquel hombre era el padre Ignacio, con loco frenesí, con cierta desesperacion, dominado por un vértigo infernal, dí al traste con todos los respetos, é hice gala de presentarme á los ojos de Barcelona con toda la horrible desnudez de mi alma ennegrecida por el crimen, triunfante á la sazón en todas partes.

Mi hermana estaba pálida, enfermiza, como un lirio que no ve la luz del sol, y sus hermosos ojos habian enrojecido á fuerza de tanto llorar, y su voz estaba apagada, cual si no tuviera fuerzas ya su vida para espresar sus dolores y sus pensamientos tristísimos. Salia poco de casa, y no visitaba á

ningun pariente, ni amigo, porque temiendo las preguntas, y dudando si lograria vencer su dolor para no traducirlo en lágrimas, temia, la pobre, ponerme en mal lugar ante los ojos de aquellos, y ya sabes con cuanto empeño habíala nuestra santa madre encomendado que no me deshonrara, que procurase ocultar mis faltas en lo posible: fiel pues á este encargo, velaba con nimioso cuidado por mi reputacion. A pesar de todo, no era posible que mis parientes, y sobre todo la familia de Enrique, desconociera lo que debia pasar por la mia, cuando tan públicos y escandalosos eran los actos de mi vida, de los cuales se ocupaba Barcelona con horror; y al pensar en lo que debia padecer María puesta bajo mi tutela, la compadeció sinceramente, y resolvió dar un paso, único por el cual humanamente podia salir mi hermana de la opresion y tiranía de mi tutela. Este paso se lo propuso el mismo Enrique á su padre; este paso era su casamiento con ella, á pesar de que estaba para unirse en matrimonio con una señorita de Barcelona, cuyo limpio apellido, cuya virtud, cuya hermosura y cuyas riquezas conocia toda la ciudad. Rogerio abrazó á su hijo con entusiasmo y le animó á personarse con María, y hablarle de su resolucion para saber si ella aceptaba. Mi hermana, agradeciendo el generoso impulso de Enrique, le dijo:

— Enrique; tú ya sabes lo mucho que te he querido desde la infancia, y sabes tambien que no soy orgullosa. Por este motivo no te darás por ofendido si no admito tu proposicion. Mi casamiento con-

tigo hubiera tal vez en otras circunstancias labrado la dicha de tu vida y de mi vida, si como creo, buscas solo satisfacer la necesidad que tiene de amar el corazón á una persona que tiernamente nos corresponda; mas hoy ya nuestro matrimonio es imposible.

—¿Por qué, María? preguntóla Enrique con tristeza profunda, viendo la melancolía de mi hermana al contestarle de aquella manera. ¿Es acaso porque habia intentado unirme á otra mujer?

—No, Enrique; le contestó procurando sonreír.

—¿Entonces no puedo conocer yo ese motivo; yo que estoy dispuesto á libertarte de la horrible tiranía de tu desatentado hermano?

—¡Tiranía! te equivocas, Enrique. Mi hermano no se cuida de mí; mi hermano me tiene completamente olvidada.

—Entonces ¿cómo justificas tu palidez, tus ojeras, el llanto continuo que derraman tus ojos, tan hermosos en otro tiempo, y la delicadísima salud que tienes? Por mas que te empeñes en negarlo, yo no te he de creer, porque conozco á Pio lo bastante, y por desdicha conozco tambien lo que hace en público: ¿cómo quieres que dé crédito á tus palabras de que no te maltrata, de que no te abreba de amarguras?

—Amarguras, sí, tengo muchas, sabiendo lo que hace Pio, y cómo tiene el desgraciado olvidadas su alma y la reputacion de mis padres, que de tal manera ofende; pero no pasa de ahí, y todo esto me parece que debe justificar bastante el estado en que me ves, y al cual has aludido.

— ¿Y piensas pasar toda la vida al lado de Pio y de esa hebrea? ¿No prefieres pasarla en el seno de mi amante familia, y en los brazos de un amoroso esposo?

— ¡Mi vida! mi vida, Enrique!... contestóle sonriendo tristemente.

— Sí; ¿tu vida incomparable ha de perderse así? ¿Cuándo puedes labrar mi felicidad te niegas á ello?

— Otras sabrán y podrán hacerlo mejor que yo, y sin duda serás dichoso con la señorita con quien vas á casarte. Olvida á la pobre María.

— No puedo, no quiero, y si no admites mis sinceras proposiciones, pensaré que me desairas.

— Es imposible, Enrique; es imposible: díjole reprimiendo el llanto á duras penas.

— ¿Y no puedo conocer la razon, María? preguntóla con cierta desesperacion.

— Te la diré en confianza, Enrique: estoy desposada; contestóle palideciendo.

— ¿Y no rompo yo todos los vínculos con mi novia para unirme contigo?

— Tú puedes hacerlo y yo no, porque tú pretendes casarte con una mujer, y yo voy á unirme con... Y al llegar aquí se detuvo, como quien teme haber dicho demasiado.

— Con quien? sepa yo su nombre al menos.

Y acercándose María al oído de Enrique, le dijo en voz baja é insegura:

— ¡Con la muerte!

Enrique rompió en copioso llanto y puso sus la-

bios en una de las manos de mi hermana : ésta levantó sus ojos al cielo con angelical resignacion, y se mantuvo serena y como trasformada. Parecia el ángel del sacrificio.

— María ; díjole Enrique cuando el enternecimiento le dejó hablar : la soledad en que vives y los poderosos motivos que tienes para estar triste, provocan en tí esos pensamientos lúgubres.

— Enrique ; te equivocas : lo único que puede consolarme, dados los motivos que tengo para estar triste , es la soledad , ya que en ella puede mi alma expansionarse en Dios. Deja á la huérfana que va á morir el único consuelo de que puede gozar en su agonía , y ten por seguro que si hubiese de contraer matrimonio, tú serias el único elegido de mi corazon. Ahora, querido primo, permíteme te diga adiós, puesto que perentorias ocupaciones me llaman.

Y se despidió de Enrique desconsolado, para dirigirse á la habitacion donde yacia en el lecho del dolor el padre Ignacio, á quien el médico desde por la mañana habia declarado grave, ya que las heridas inflamadas presentaban síntomas amenazadores. El pobre ángel de mi vida, constituido en enfermera de aquel santo varon, con sobresalto indecible espiaba los menores síntomas, y temiendo que el cielo se lo arrebatara tambien , á veces suspirando, decia :

— Dios mio ; cuán sola, cuán abandonada quereis que muera esta pecadora, puesto que quitándome al padre Ignacio me quitais todo amparo en

el mundo!... Socorredme, Madre y Refugio de pecadores, en esta gran necesidad, y si el Señor ha resuelto quede sola los pocos dias que me restan de vida, yo me resigno gustosa á sus inescrutables decretos, y le ofrezco, unido con sus méritos, todo lo que padezco, todo lo que debo padecer en mi soledad y desamparo, por la conversion del pobre extraviado. ¡ Oh ! llamadle al buen camino, Señor; enderezad sus pasos por el sendero del bien; tened en cuenta que por él derramásteis toda vuestra sangre, que por él exhalásteis vuestra preciosa vida entre tormentos inauditos, y no permitais que se pierda quien tanto os ha costado.

La oracion la consolaba un poco, y la oracion y la ofrenda de sus padecimientos y tristezas constituian la ocupacion de su incomparable vida. Noticiosa de los crímenes á que me entregaba con vertiginoso frenesí, habíase constituido en hostia permanentemente expiatoria, y cuanto mayores eran mis excesos, tanto mayor era la fe que tenia en mi radical conversion. La bondad divina hablaba en su pecho, atenaceado por mis iniquidades, el lenguaje de la esperanza, y aquella voz santa la animaba á padecer y á ofrecerse gustosa por mí al Corazon de Jesús.

— Qué vivo solitaria, me ha dicho Enrique, y eso no es cierto; se decia; vivo en compañía de Jesús; qué mejor compañía puedo apetecer? Vivo en compañía de Jesús crucificado; ¿ cómo pueden las penas no parecerme gustosas? Vivo para ob-

tener la conversion de Pio, esa conversion anhelada que el Corazon divino no me negará; si luego muero, ¿por qué temer? ¿Qué mejor empleo podrá dar á su vida esta pobre y débil niña?

Así discurría; así se hablaba la generosa María; y en aquellos momentos sentia acrecentarse hácia mí el natural amor que me profesaba, y daba por bien empleada su muerte próxima, ya que recordando las palabras de mi madre la tenia por segura, pensando que el hombre tiene un destino que cumplir en el mundo, y que cumplido ese destino carece de objeto ya su vida. ¡Dichoso el que como mi hermana lo lleva fielmente á cabo, porque Dios le dará la vida eterna!

En las horas que el padre Ignacio tenia menos cargadas por efectos de la fiebre, hablaban constantemente de mí, de Lia y del sagrado Corazon de Jesús, consuelo y refugio seguro de los atribulados, y en los divinos secretos de aquel Corazon amantísimo encontraban el uno bálsamo á sus dolores físicos, la otra á sus agudos dolores morales, y los dos sentian arder violenta en sus pechos la llama santísima de la caridad, que solo se enciende en el alma al contacto del pecho sacratísimo de Jesús. Cierta dia el padre Ignacio viendo aumentar, por lo que oia referir, el vértigo infernal que me dominaba, dirigiéndose á María, la dijo:

— Hija mia, nuestras oraciones aisladas valen poco para inclinar el Corazon de Jesús á la misericordia; necesitamos obligarle amorosamente á

obrar un gran milagro, la resurreccion del alma de tu pobre hermano, y para ello es preciso que otros muchos no solo oren por él con la voz, sino además ofreciéndole todos sus sufrimientos y buenas obras. Durante el largo insomnio de esta noche estaba pensando en tu desdichado hermano, y preguntándome el por qué tus oraciones angelicales no eran oidas, y no lo eran las mias tan pobres, me ha dado la inspiracion de hacerle inscribir en el Apostolado de la Oracion, é implorar las oraciones de todos los socios por el alma infeliz de Pio. Dios que no puede deshechar las súplicas de tantos miles de cristianos como forman parte del Apostolado, oirá por fin cariñoso nuestros ruegos, y nos dará el consuelo de convertir á Pio. Anda, pues, y sin pérdida de momento recomiendan al Apostolado de la Oracion la conversion de tu hermano, y no te olvides de recomendar tambien la de la generosa Lia, á la que debo la vida.

Y María, llena de esperanza, dejó la cabecera del lecho del dolor del padre Ignacio, siendo sustituida por Lia, y salió de casa, sola, ella tan tímida; para dar el importante paso que el buen jesuita acababa de indicarle. Mientras tanto, mi esposa prodigaba tales cuidados al herido, que á la verdad parecia una hermana suya. Esto le obligó al Padre á decirla:

— Quién la viera á V. así, Lia, prodigando tantos cuidados á un anciano jesuita, despues de haberle salvado de una horrorosa muerte, no creeria, aun que se lo jurasen, que fuera V. hebrea, y que

se halla afiliada á las sectas secretas, ya que así los de su religion como la francmasonería tienen jurado un odio de muerte á los hijos de San Ignacio.

—Pues, ahí verá V., padre, que ni todos los israelitas, ni todos los francmasones somos tan malos como las gentes nos pintan.

—¿Y no puedo saber la causa que la impulsó á salvarme de muerte tan horrible y cierta?

—¿Por qué lo pregunta V.? ¿No le basta saber que le he salvado?

—Porque me parece que si conociera esa causa, habria de ver en ella un nuevo motivo de estarle agradecido; porque francamente, Lia, no se acomete la difícilísima y arriesgada empresa de salvar á un hombre en las condiciones en que me hallaba yo, si no es impulsado por un poderoso motivo.

—No era bastante el de salvar la vida á un hombre y el de evitar la cruel y salvaje escena de verle arrastrado por esas calles?

—Bastante era sin duda, pero no fue ese el único móvil que la inspiró, no lo oculte V., Lia; no fue ese el móvil que le impulsó á conducirme tan sagaz y delicadamente á su casa, que es la casa del que obedeciendo á órdenes de la secta me dió tres puñaladas.

—¿Pio, fue? preguntó Lia con verdadero horror.

—¿Y no lo estaba V. presumiendo acaso, cuando ha hecho todo lo posible para ocultarle mi presencia aquí? observó el jesuita sonriendo tranquilamente.

— ¡Oh! con cuánto horror debe pensar en él!
¡Qué tormento debe ser para V. permanecer aquí!...

— Al contrario, y ruego á V., Lia, me haga la justicia de creer que hablo con sinceridad. Pienso mucho en Pio, pero es para perdonarle y encomendarle á la clemencia divina, imitando en esto á mi divino Maestro, que perdonaba y rogaba por sus verdugos desde lo alto de la cruz. Por otra parte, ningun terror ni sobresalto me domina aquí. Yo sé que Pio, no por crueldad, sino por debilidad, ha tratado de asesinar-me, y como le conozco, sé tambien que es incapaz de repetir en mí la escena de la calle, y sobre todo en su misma casa; mas si á pesar de todo repitiese aquí dicha escena, Lia, no teme la muerte el ministro de Jesucristo... Ahora bien: ¿quiere V. satisfacer mi curiosidad?

Lia miró con asombro al hombre que le hablaba, hombre que le pareció extraordinario, porque no habia creído nunca que aquellas palabras pudieran salir de los labios de un mortal. Y sin embargo, salen de los labios de todo fiel y sincero discípulo de Jesucristo; pero mi esposa solo conocia á estos discípulos por las malvadas calumnias que de ellos oyera entre los israelitas y los masones; ¿qué tiene, pues de extraño le asombraran tanto? Despues de haber reflexionado un poco, y dominada por una emocion que no pudo ocultar, contestó á la pregunta del padre Ignacio, diciendo:

— Yo no sé que poderoso influjo tiene sobre mí la pobre y angelical María: pues bien; la única idea que me animó á salvarle á V.; el único propósito que me obligó á conducirle aquí con tanto sigilo, fue solo el afan de darle el gusto de poder cuidarle á V., y el deseo de conservar su vida, para que V. con sus consejos sábios la devolviera á la pobre María, que se está muriendo, en fuerza de las angustias que devoran su alma. Ahí tiene V. la esplicacion que me pedia; en cambio le ruego se digne no revelarla nunca, que el que le ha herido es su hermano, porque el pesar la mataria.

— Habia ya formado el propósito de que esto fuera para ella un eterno secreto; juzgue, pues, con cuánta satisfaccion le daré á V. palabra de conservarlo para ella y para todo el mundo. Y ahora le doy, Lia, las gracias por haberme complacido tan bondadosamente, y la anuncio no ser cosa difícil que al fin, con ese gran corazon, llegue á saludar á la luz indefectible, reconociendo por el Mesías, que su raza inútilmente espera, á Jesucristo, que la recibirá con los brazos abiertos.

— ¡ Nunca! dijo Lia con resolucion.

El jesuita calló para no empeñarla en su negativa, y para evitar así que en adelante por orgullo dejara de hacer las buenas obras que te he referido, temerosa de que estas la condujeran por fin á hacerse católica y renunciar á las vanas esperanzas de los israelitas; pero si aquel santo varon enmudeció, fue solo para elevar su alma á Dios, con el objeto de pedirle iluminase á Lia, y premiara

sus buenas obras, llamándola al seno de la Iglesia católica, donde únicamente puede salvarse el hombre.

Cuando María estuvo de regreso halló silenciosos al padre Ignacio y mi esposa.

Aquellas dos largas conversaciones hicieron que el herido se recargara bastante, y al encontrarle en tal estado, el médico alarmándose prescribió al enfermo un silencio absoluto.

— Porque no es posible salvar su vida si el recargo y la gravedad aumentan; dijo á mi hermana con aquella entonacion de autoridad con que los médicos que aman á un enfermo reprenden á los enfermeros que han cometido alguna indiscrecion.

XXV.

JUSTICIA DIVINA.

Desde que allá en Lourdes renegué de Cristo, no habia gozado mi alma un momento de paz; pero por lo que despues he sabido, desde el instante en que mi hermana, por consejo del padre Ignacio, me recomendó á las oraciones del Apostolado de la Oracion, mi vida se convirtió en un infierno. ¡Qué horribles eran los dias que pasaba; qué espantosas las noches que les sucedian; qué aterradoras las pesadillas que alborotaban mis sueños, si por acaso llegaba á cerrar los párpados para descansar un poco! Donde quiera vivia sobresaltado, en ningun lugar me consideraba seguro, siempre temia y no sabia lo qué; espectros sangrientos de noche, sobresantos indescritibles de dia, tedio á la vida y al mismo tiempo horror á la muerte... fuego en el corazon, rabia, desesperacion, ganas de maldecir, y blasfemar, y esfuerzos por huir de Dios y de mí mismo; y siempre me encontraba delante de Dios y de mi conciencia, que implacables presentaban ante mis ojos las escenas mas horribles de mi vida!... En la locura que me dominaba, procuraba sofocar aquellas voces con nuevas maldades, y ciego me entregaba á los mas atroces y re-

pugnantes escesos, sobre todo contra la religion, pensando, ¡insensato! poder acallar la tempestad embravecida de mi alma soltando nuevos y furiosos vientos sobre el mar alborotado de mi existencia! ¡Pobre y desdichado de mí! ¡Aquello era vivir en el infierno! Satanás tiraba de mi alma con desesperado esfuerzo, y Dios compasivo la atraía tambien con su gracia. Luchando entre estos dos irreconciliables poderes, puedes formarte una débil idea de lo que yo padecia entonces, y no te extrañarás de que lo atropellara todo, maltratando á María, y á mi misma esposa, si por acaso se interponia generosa entre el verdugo y la víctima, la cual nunca se quejaba, permitiéndose por todo desahogo elevar los ojos con beatitud al cielo, y suspirando ofrecerle en el santuario de su pecho aquellos malos tratos por mi conversion.

— ¡No se enmienda! Dios no nos oye, padre Ignacio! decíale á veces con el corazon desolado.

— Pobre mártir; no desmayes, no pierdas la fe, antes al contrario, espera contra toda esperanza, porque á veces el Señor se complace en permitir que el mal suba de punto, tanto para probar la fe de los que imploran el remedio, como para demostrar irrefragablemente ante la magnitud del mal, que la curacion ha sido completamente divina. Pídele fuerzas á Dios, hija mia, que no te las negará, para llevar la pesada cruz que te oprime, subiendo á la cuesta del Calvario.

Uno de estos dias, en que mas agitado, mas rabioso y desesperado estaba, mis malvados compa-

ñeros de lógia, y sobre todo los solidarios, haciendo broma me recordaron que no les habia dado aun el banquete de boda, y me dijeron que no me lo perdonaban.

— Pues bien ; observé ; mañana por la noche os convido á todos.

— ¿Dónde tendrá lugar el convite?

— En uno de los templos que están en nuestro poder. La sala será magnífica, y el festin no ha de desdecir de la sala.

— ¡ Bravo! bravo! exclamaron todos dando gritos y palmadas, porque aquella gente que solo vivia para comer y blasfemar, esperaba en la comida y en las abominaciones una fiesta digna de ellos y de Satanás que les inspiraba.

Y no se equivocaban , porque yo me propuse echar el resto de mi impiedad en aquel festin sacrílego ; porque yo me propuse no faltara en el convite nada de lo que podia irritar á Dios y complacer el infierno, que neciamente suponía haber triunfado de Jesucristo en Barcelona.

Tal vez no debería entrar aquí en la descripción horrible del aparato de aquel festin infame ; tal vez sería mejor no relatarte todo lo que dispuse y todo lo que se hizo en aquel convite infernal ; pero puesto que de mi relacion ha de resultar grande gloria para Dios y gran confusion para los comensales , y sobre todo para mí , vil gusano de la tierra, no puedo prescindir de referirte sucintamente cuanto hicimos , y lo que en el templo pasó durante las tres largas horas que estuvimos

sentados á la mesa , á la cual quise que asistiera mi esposa , con otras de sus *hermanas* de la *lógica El Perfecto Amor*, quienes , segun nosotros, siendo todas casadas no habian de ruborizarse por todo lo que allí se hiciera ni dijese , insiguiendo para el efecto la *moral* de las sociedades secretas.

Estaba la mesa parada en el centro de la iglesia, y los Crucifijos y las santas imágenes de la Virgen Inmaculada esparcidas acá y acullá entre inmundas figuras , servian de candelabros , y sostenian las velas que nos alumbraban. En las columnas ardian palmatorias, las lámparas de los altares estaban encendidas, y el altar mayor iluminado cual en las grandes fiestas de la Iglesia. Dentro del Sagrario, donde antes se espusiera á la adoracion de los fieles á Jesús Sacramentado, habia hecho colocar entre banderas tricolores y bayonetas una impura efigie de la Venus de Mileto, completamente desnuda y cubierta con el gorro frigio. Aquella repugnante saturnal empezó por un simulacro de comunion : el órgano hacia oír los compases de la Marsellesa, multitud de cortesanas, pagadas por mí, para el efecto, cantaban, reian, palmoteaban, blasfemaban, bebian y bailaban , moviendo una baraunda infernal, mientras que de dos en dos, hombre y mujer , remedando la devota actitud de los que acuden á la sagrada mesa para recibir el Pan de los fuertes, que es el verdadero cuerpo de Jesucristo, nos arrodillábamos al pié del altar, y allí un infeliz revestido con los sagrados ornamentos ponía sobre nuestra lengua una tajada de lango-

niza de Vich, vomitando inconcebibles blasfemias; despues dejábamos aquel sitio para hacer plaza á otra pareja, y antes de ir á ocupar nuestro respectivo asiento en la mesa, puestos de rodillas hacíamos un profundo acatamiento á la impúdica imágen de Venus, que dentro del sagrario representaba la república.

Cuando estuvimos todos sentados á la mesa, y las cortesanas y los voluntarios devoraban grandes tajadas de carne, y apuraban toneles de vino en el fondo de las capillas moviendo la algazara consiguiente, calló el órgano, y el que iba revestido con los ornamentos sagrados subió al púlpito para blasfemar y escandalizar de tal manera, que á pesar de ser ellas quienes eran, y de hallarse en nuestra compañía, las mujeres que se llamaban *honradas* llegaron á ruborizarse, y á desear que el orador pusiera fin á sus inmundas palabras. Despues por algun tiempo hubo un silencio relativo, hasta que los estómagos comenzaron á llenarse y el vino á subir á la cabeza. Desde aquel momento empezó una confusion infernal, confusion que anduvo aumentando hasta un punto indescriptible. Las desdichadas meretrices al son del órgano bailaban en torno de la mesa, y aclamaban á la república y á los novios; algunos voluntarios cantaban canciones republicanas desde el coro ó las tribunas; sucedíanse los platos, rompíanse las copas y botellas, los manteles chorreaban vino por todas partes, hacíanse libaciones á Venus, y á la República, y á la felicidad de los novios, y era ya

cosa de no entendernos cuando llegamos á los postes.

Empezaron los brindis. Imagínate si puedes lo que ellos serian, pues yo que tantas y tan grandes iniquidades acabo de describirte, no me atreveré á hacerte mencion de ninguno. Las mujeres *honradas* habian perdido el freno del decoro, merced á las múltiples libaciones, y yo no comprendo, al recordar lo que salió de sus labios, como sus maridos no las estrangularon allí mismo. A mí me parece que no hubiera perdonado á Lia, (que se conservaba serena y miraba todo cuanto pasaba á su alrededor con soberana repugnancia y desden), si por acaso las hubiera acompañado en sus desenvolturas y palabras. Habia llegado la ocasion en que me tocaba hablar; el público ébrio lo pedia á gritos, y no era cosa de resistir á la fuerza de aquel *sufragio universal*. Púseme en pié; llené de vino de Champaña una copa que tenia delante; toméla y la levanté á la altura de mi cabeza: por un momento no se oyó la respiracion siquiera de tanto borracho como me rodeaba, por esperar el brindis del novio. Busqué en mi imaginacion una idea y no la encontré, y como á pesar de todo debia decir algo, y queria que llamara la atencion, el espíritu maligno me hizo poner los ojos en el Crucifijo que tenia delante, (sosteniendo tres velas, una en cada mano, y otra en lo mas alto de la cruz), y pensé que seria de efecto una blasfemia: en su consecuencia dije estas horrendas palabras:

— A tu salud, Jesús, mártir de la libertad, fundador de la democracia, que tan galantemente te has prestado á alumbrar la mesa de bodas de un compañero de glorias y fatigas.

Y bebí un poco del vino de la copa, presentándosela luego á la divina efigie y diciendo:

— Bebe á mi dicha...

Y acerqué la copa á los entreabiertos labios de la Imágen de Jesús crucificado por mi amor, representado allí en el amarguísimo paso de la última agonía, diciendo:

— Bebe, ó me ofendo...

Y derramé el espumoso vino en el rostro y cuerpo acardenalado y herido de la santa efigie de mi Salvador, añadiendo luego:

— Pues ¿no ha cerrado la boca y derramado el vino? ¿A mí con esos desaires? Pues sabe que yo castigo siempre al que como tú me desprecia, y aun cuando seas mártir de la libertad y primer fundador de la democracia en el mundo, no he de perdonar tamaña ofensa.

Y diciendo esto descargué una tremenda bofetada en el divino rostro, derribando con ella al Crucifijo, con grandes aplausos, y carcajadas, y plácemes, y alaridos de cuantos habia en el templo profanado, que celebraban mi brindis por *agudo y original*. De pronto todos callaron porque yo volvía á hablar. Levanté los ojos y la mano al cielo, y dije:

— ¡No tienes vergüenza si no aceptas el reto del hombre que ha puesto su mano en tu cara!

En el mismo momento un poder sobrehumano magulló todos mis huesos, y una fuerza incontrastable me derribó por tierra, dándome dolores cien veces mas agudos que los dolores de la muerte. Jesucristo habia aceptado el reto, y me aplastaba con su poder como se aplasta un insecto venenoso que pretende mordernos. Nadie habia allí que no viera en aquel hecho la justicia de Dios, y mientras yo me retorcia y gritaba en fuerza del dolor sobrenatural que me atenaceaba todo el cuerpo, mis compañeros de bacanal huian aterrados dejándome casi solo, temerosos de que la misma fuerza los derribara tambien, como si fueran una hoja muerta, que al soplo ligero de la brisa se viene al suelo para no levantarse.

El fuego de la ira de Dios devoraba mis entrañas; la mano vengadora del Señor oprimia mi cabeza causándola un dolor inconcebible; tenia el rostro amoratado, y la lengua apenas podia moverse dentro de la boca en castigo de sus blasfemias; la mano que pusiera en el rostro de la veneranda efigie de Cristo, y el brazo que levantara al cielo para retar con orgullo satánico al mismo Cristo, habian quedado en un instante sin movimiento; tenia el cuerpo acardenalado, y en algunas partes negro como si fuera cangrenado; crugian mis huesos cual si desconyuntados y rotos fueran removidos por una mano misteriosa; rechinaban mis dientes hundiéndose en la lengua blasfema que de tal modo habia osado retar y apostrofar á su Salvador; retorciáanse todos mis miembros como si se-

res invisibles tiraran con tornos cruelmente de mis nervios, y echando espumarajos y dando bramidos de dolor, me agitaba en espantosa convulsión, hiriendo con mi cabeza y con todo el cuerpo fuertemente la tierra, humedecida por el vino! No es decible lo que padecí, y yo mismo al recordarlo no puedo explicarte ni darte idea de aquel tormento verdaderamente infernal, verdaderamente digno de las satánicas blasfemias y diabólicos actos que especialmente llevara á cabo durante aquella noche de sacrilegios continuos y horrendos.

Mis compañeros mudos, silenciosos y aterrados fueron desfilando, y temerosos diciendo ser una insensatez llevar tan allá la impiedad. En un momento me quedé poco menos que solo, sin haber casi nadie que acudiera en mi auxilio, de tantos como poco antes me aclamaban por héroe de la fiesta! Temían aproximarse á mí los que quedaban, y mirando como me debatía entre aquellas convulsiones y atrocísimos dolores, estaban confundidos considerando la justicia de Dios, y no osaban acercárseme por temor de contraer aquella misteriosa y cruelísima enfermedad. Lia me miraba pálida y aterrada, y sin duda debía pensar que en efecto Jesucristo, tan vilmente ofendido y blasfemado por mí era Dios, puesto que de un modo tan terrible contestara al reto sacrílego que le dirigiera. ¿Quién sabe lo que en aquellos momentos pasó por su alma? Lo cierto es que trasudando de congoja y llorando de dolor, levantó del suelo el Crucifijo derribado de una bofetada por su espo-

so insensato; puso en la llaga del corazon un reverente ósculo, tal vez sin advertir lo que hacia, depositó despues con cuidado la santa Imágen encima la mesa, y hecho esta especie de acto de desagrazios al Señor, (que grande debia ser cuando era hecho por una hebrea , y en presencia de los que en el templo quedaban, flor y nata de la impiedad de Barcelona), tuvo valor para acudir á mi auxilio. Pero ¡ ah ! ¿ qué podia hacerme ? ¿ Con qué calmar el espantoso dolor que me mataba con tormentos infernales, si todos estaban penetrados de ser aquello un castigo del cielo , por mas que no osaran decirlo con la lengua ? De todos modos procuró levantarme un poco, y puso mi cabeza hinchada y casi negra sobre su regazo para evitar al menos que siguiese con ella hiriendo el suelo ; mas ¡ ay ! Lia no tenia fuerzas para sostener el empuje y las sacudidas de la convulsion que me agitaba, así es que con aquellas sacudidas la derribé, y yo mismo fuí á dar de boca contra el suelo con tanta fuerza , que por diversas partes de mi cara empezó á manar sangre !... Entonces me pareció que un ser invisible hundia sus garras aceradas en mi garganta , y que otro ser las hundia en mi occipucio, y ambos seres sin piedad sacudian con fuerza mi cabeza, haciéndome dar de boca contra las losas del pavimento y obligándome á morder el fango formado en ellas por el vino derramado, por mi sangre y los espumarajos que arrojaba... Habia blasfemado de Cristo con aquella boca impía , y Cristo entregándome á los ministros

de su ira, me obligaba á sentir y conocer todo el peso de su poder, toda la iniquidad de mis viles y sacrílegas blasfemias; me obligaba á confesar que no en vano se revuelve contra Él el pecador, y que si muchas veces tolera con paciencia las mayores ofensas, no es porque le falte poder para castigarlas, sino porque su misericordia infinita le hace dilatar el castigo, para ver si por fin el pecador reconocido llora sus crímenes y se convierte. Pero, ¿había yo colmado ya la medida de mis iniquidades, y era para mí llegada la hora del castigo que empieza en la vida y no acaba nunca? Ó era que el Señor, siempre lleno de clemencia, con aquella justicia espantosa que obraba en mi cuerpo quería llamarme á penitencia, y llamar á contrición á todos cuantos presenciaran todos los episodios de aquel cuadro horripilante? Esto debió ser y no lo primero, ya que alguno se convirtió desde entonces, y no volvió á pisar los umbrales de aquel templo profanado, y no se le vió otra vez en las lóginas, donde se conspiraba contra Dios y contra el hombre. ¡Cuán misericordioso es Jesucristo; cuán bueno y clemente su Corazon, que siempre espera, que siempre llama el pecador á penitencia, y para obligarle á renunciar para siempre á la culpa, ora le aterra con castigos ejemplares, ora le llama con inefables consolaciones y dulzuras celestiales!...

Por fin la convulsion fue cediendo, pero no cedió el vivísimo dolor que me atormentaba, sin perdonar siquiera la médula de mis huesos, ni cedió

tampoco la parálisis de mi mano y brazo derecho; y en este estado, ya muy adelantada la noche y casi cercano el día, fui trasladado á mi casa, por los ruegos de Lia, en una de las camillas de los voluntarios republicanos que tenían el cuartel en el mencionado templo. ¡Ay! cuánto hube de padecer en cada uno de los movimientos de la camilla en el trayecto del templo á mi casa! ¡Cuánto me hicieron sufrir en el momento de desnudarme para ponerme en la cama! ¡Oh, justicia de Dios, cuán digna eres de que los hombres te tiemblen!...

XXVI.

ÁNGEL DE LUZ Y ÁNGELES DE TINIEBLAS.

No hay palabras para pintar la consternacion del ángel de mi vida cuando me vió llegar en tal estado á mi casa. No conocia una palabra de cuanto habia sucedido; ignoraba de consiguiente la manera cómo me sobrevino el horrible mal que me atormentaba, pero dada su fe y mi vida escandalosa y blasfema, al ver mi cuerpo poco menos negro que un tizon, al mirar mi rostro hinchado y cubierto de fango y sangre cuajada, al observar que mi lengua ensangrentada apenas cabia en la boca, y al notar mi grito contínuo, parecido al ahullido de una fiera, su buena penetracion la dió á entender que un mal tan terrible y repentino no podia ser efecto de otra causa que de la justicia de Dios, y al pensar así la verdad, temblando como agitada de fiebre de quartana, y con una desolacion y un dolor en el alma que solo los ángeles pueden comprender, dejóse caer medio desmayada, balbuceando en un lastimero grito:

— Infeliz hermano mio! ¿ qué será de tí?

Y el Señor, que tál habia puesto mi cuerpo en su rectísima justicia, dejándome el uso de todos los sentidos, quiso que oyera distintamente las

palabras de unos, los comentarios de otros, y el grito luctuoso de mi angelical hermana, si desolada por el estado de mi cuerpo, mucho mas afligida por mi estado moral, y por el pavoroso destino eterno que por mí temia. ¡Ay! aquellas voces, aquellas conversaciones, y la exclamacion desgarradora de María, vinieron á aumentar el inmenso cúmulo de males que me estaban devorando, y al ver que no podia espresarme, ni siquiera significar que les entendia, encendiéndome en desesperada rabia aumentaba en intensidad y fuerza el continuo ahullido que salia de mi boca. ¡Oh qué tormento era aquel!...

Los criados salieron corriendo en busca del doctor, y dos de mis compañeros malvados se quedaron en mi habitacion, tomando asiento libremente en ella, encendiendo un cigarro y hablando de cosas indiferentes con el tono mas natural del mundo, como si allí no hubiera dos mujeres que lloraban inconsolables mi desgracia; como si allí no hubiera un enfermo y un dolor que respetar; como si allí no hubiera un hombre que estaba padeciendo lo que pocos habrán padecido, y cuyo dolor y cuya posicion angustiosa insultaban con su tranquilidad; mejor, con su desvergonzada desfachatez. Aquellos eran dos de los solidarios que mas amistad me demostraran en otro tiempo; que al parecer mas interés se tomaban por mí; aquellos eran de los que todo querian concederle, todo hacerlo por el hombre, y nada conceder ni hacer por Dios, y en aquel mo-

mento crítico en que tantas atenciones y cuidados necesitaba, demostraban lo que significa el hombre para los que no le aman en Dios y por Dios. Me veían agonizar entre dolores inauditos, y fumando y hablando vaciedades me abandonaban y me miraban con la misma indiferencia con que se ve morir un perro desconocido! ¡Qué desengaño mas cruel para mí que lo veía y oía todo; para mí que habia dado oídos y crédito á las frases campanudas con que hablaban antes del hombre y de lo que merece y se le debe, con qué condenaban por cruel é irracional la asistencia que da la Iglesia católica á los fieles que mueren en su seno!

Mi hermanita y Lia estaban mirándome consternadas á la cabecera de la cama, sin saber lo qué debían hacer para mitigar mis dolores ó aliviar mi suerte, y la primera entre lágrimas y sollozos exclamó una vez:

— ¡Y qué el desdichado no pueda reconciliarse con el Dios, á quien ha ofendido, antes de morir!..

— Señorita; contestóla uno de los dos solidarios con acento agresivo, duro y descortés; es que Pio, aunque pudiera hacer lo que V. dice, no lo haría.

— ¿Qué no se confesaria mi desgraciado hermano, á poder hacerlo? preguntóle María con una entonacion de autoridad y desden que nunca hubiera supuesto en ella. ¿Y quién se lo habia de impedir?

— Nosotros; obtuvo por contestacion con un descaro sin igual.

— Y ¿quiénes son Vds. para meterse en lo que no les importa, y para pretender inmiscuirse en los asuntos de mi casa?

— Nosotros somos la fuerza aquí; se entiende, la fuerza del derecho. Nosotros representamos la voluntad del enfermo, y para hacerla cumplir nos hemos quedado, y no le abandonaremos hasta que haya curado ó muerto.

— Lo que deben hacer Vds. es salir de aquí inmediatamente, si no quieren que ordene á los criados les pongan á la puerta.

— Lo mejor será que deje V. esas bravatas á un lado, si á su vez no quiere que hasta le prohibamos entrar en esta habitacion. Lo hemos dicho; aquí representamos la voluntad terminante del enfermo, y no hay fuerza que nos obligue á dejarle hasta que haya curado ó muerto.

— ¡Insolentes!... Verémos si en mi casa soy dueña yo, ó si lo son Vds.

María encaminóse á la puerta con decision, resuelta á llamar á los criados y en último extremo á la autoridad, para que hiciera valer sus derechos conculcados, y obligara á dejar la casa á aquellos infames. Uno de estos, que comprendió la intencion de María, dijo saliéndola al encuentro:

— Ruego á V. que antes de dar un paso inútil, y promover un escándalo que no tendria resultado, me oiga por un momento. Es natural que ignorando las facultades que de Pio hemos recibido, y la manera cómo debemos hacer respetar su vo-

luntad, conozca la naturaleza de dichas facultades. Entonces comprenderá V. hasta qué punto han de ser inútiles todos los pasos que dé para obligarnos á dejar este cuarto.

María, completamente desconocida por la altanería y dignidad con que hablaba con aquellos satélites del infierno, se detuvo, miróles con soberano desprecio, y no se dignó decirles siquiera una palabra. El solidario que la hablara, con desvergonzada sonrisa, continuó:

— Existe una asociacion, ó secta, como V. quiera, llamada *de los solidarios*. Los socios que entran á formar parte de ella, hacen por escrito una declaracion, entre otras cosas, de no querer sacerdote católico, ni ministro de religion alguna, junto al lecho de su muerte. En esta declaracion confian á la vigilancia y la solicitud de sus hermanos el fiel cumplimiento de todos sus extremos, y exigen que para el efecto dos asociados, noche y dia, estén á la cabecera de su cama á fin de impedir que las respectivas familias sorprendan la debilidad de sus facultades mentales, y les obliguen á faltar á los compromisos contraidos, requiriendo la proteccion de las autoridades, para que amparen á los socios vigilantes, si por acaso las familias quieren imponerse por la fuerza. Pio, como miembro de la secta de los solidarios, tiene extendida y firmada dicha declaracion, que obra en nuestro poder; por cuya causa, y para hacer que se respete y cumpla su voluntad, estamos nosotros aquí. Este es el motivo de la negativa que la hemos da-

do, y por consiguiente la suplico, señorita, que deje de promover escándalo alguno, ni llamar en su auxilio á las autoridades, las cuales al ver la declaracion de su hermano, en vez de darla proteccion contra nosotros, nos la darán contra las pretensiones y exigencias de V.

Las palabras de aquel malvado cayeron como una bomba en el alma atribulada de la pobre María, que de una manera tan resuelta y tan enérgica, deponiendo su natural timidez, defendia contra dos hombres descarados y desconocidos los intereses sagrados de mi alma. Cómo no murió en aquel mismo momento el ángel de mi vida, en fuerza del dolor intensísimo que sintió su corazón, milagro fue de la misericordia de Dios, que para otros dolores la reservaba, antes que tuviera la dicha de verme convertido. Con todo, la fuerza sobrenatural de la caridad que la dominaba por completo, hízola erguir altiva y decir:

— ¡Mentira! Mi hermano no puede pertenecer á la horrible secta de los solidarios; mi hermano es católico, y como católico quiere y debe morir. Salgan Vds. de aquí.

— No saldremos, á pesar de los pesares. Aquí estamos y aquí nos quedamos. La declaracion de que he hecho mérito, nos autoriza y nos obliga á ello.

— Y ¿dónde está esa declaracion? Quiero verla.

— Obrará dentro pocos momentos en nuestro poder.

— Salgan, miserables, inmediatamente, ó les obligaré á salir á la fuerza.

Y acto seguido llamó á los criados, á quienes en tono imperativo que no admitía réplica, dijo:

— Acompañad hasta la puerta, de grado ó por fuerza, á esos señores.

— Lia; ampáranos; dijeron con acento amenazador.

Pero Lia, atenta á mi cuidado, hecha un mar de lágrimas, y tal vez envuelta entre los torbellinos del huracán de la duda, (nacida en la escena del templo, y aumentada por la inverosímil firmeza de mi hermana), hizo como que no oía las palabras de los solidarios, quienes obligados por los domésticos salieron rugiendo de ira y diciendo:

— Poco hemos de tardar en volver, y veremos entonces si se nos impone la fuerza como ahora.

María les despidió con una mirada de soberano desprecio, y tan luego como hubieron atravesado los umbrales de la habitación, cayendo de rodillas y levantando las manos plegadas al cielo, con voz ahogada por el llanto, dijo:

— Corazón divino, no permitas que esos malvados vuelvan á penetrar aquí. Salva al pobre pecador, por el cual derramaste toda tu sangre; por el cual exhalaste tu último aliento!...

Y poniéndose repentinamente en pié, sacó de su virginal pecho el escapulario del Sagrado Corazón, que mi madre puso en sus manos pocos días antes de morir, y colgándomelo del cuello con una fe y una esperanza sin límites, exclamó en aire de triunfo:

— ¡Jesús te protege, Pio; Jesús vencerá!...

Desde aquel momento sentí calmarse un poco mis dolores, pero ni el estado de mi lengua me permitía hablar, ni aunque me lo hubiese permitido, dada la desesperación y rabia de mi alma, hubiera proferido más que blasfemias é imprecaciones contra todo lo sagrado. Yo, ¡desdichado de mí! me hubiera arrancado aquella santísima preseña, que así calmaba mis dolores físicos, que así me llamaba á contrición prometiéndome misericordia, si hubiese podido valerme de mis manos, pero ya te he dicho que tenía el brazo derecho como seco, y el brazo izquierdo como roto, por el dolor intensísimo que me daban todos los huesos y nervios si intentaba moverlo! ¡Infeliz! ¡Dios que-ria salvarme y yo tenía empeño en condenarme!

Lia mirando el efecto que sobre mis dolores causara aquel ensangrentado escapulario, y viendo el cuidado con que mi hermana procuraba ocultarlo debajo de mi camisa y ponerlo sobre mi corazón, no pudo abstenerse de preguntarla:

—¿Qué amuleto le pones?

—El escapulario del Corazón divino, vencedor del infierno; el escapulario de aquel Corazón todo amor, que solo desea obrar misericordia en los pecadores. Esta santa reliquia, bañada en la sangre de mi padre, y que mi madre llevó sobre su pecho hasta los últimos días de su vida, le protegerá. El manto del amor y misericordia divina cubre á mi hermano; le escuda al infeliz el Corazón de Jesús... Lia; ¡Jesús vencerá!

—Mucha esperanza tienes, María.

— No mas de la que debo tener en Aquel que por redimirnos bajó del cielo, y siendo Dios se hizo hombre, quiso vivir pobre y perseguido, y morir como un malhechor enclavado en una cruz.

Lia hizo un movimiento de duda. María con acento suplicante, la dijo:

— Hermana mia; yo te ruego que si vuelven aquellos malvados, lo que es posible, procures ocultarles la existencia de la santa presea que Pio lleva sobre su corazon, de esa presea, de ese escapulario bendito, que, ó le abrirá las puertas del cielo, ó le devolverá la vida.

— María, aunque yo no crea, aunque yo no tenga tu fe, prometo darte gusto en lo que me pides; contestó mi desconsolada esposa, deseando de lo íntimo de su corazon, por un inesplicable misterio para ella entonces, que las esperanzas de mi angelical hermana se convirtieran en realidades.

Y en efecto; volvieron los solidarios poco despues del médico, que declaró no entender la singular y moral enfermedad que de improviso tan gravemente me diera. Tambien el doctor creyó ver en ello la mano vengadora de la Justicia divina. Cuando este buen amigo iba á despedirse, los dos solidarios, en aire insultante de triunfo, presentaron á María la declaracion estendida y firmada por mí, de la que la hablan poco antes. La iba á rasgar y hacer pedazos, cuando el que antes hablara la dijo con sorna:

— No hay inconveniente en que rasgue ya ese documento. Lo ha visto el alcalde de barrio, y

aunque no exista ese papel, la voluntad del enfermo quedará firme, porque la autoridad nos amparará.

—Con todo, no quiero que exista ese documento infame.

Y diciendo esto, y desafiando al que intentara quitárselo, hizo de aquel papel menudos pedazos, arrojándolos á la chimenea que ardía, y donde no tardaron en convertirse en un poco de ceniza.

— ¡Qué bestialidad ! murmuró uno de los solidarios.

—Ahora vuelvo á repetirles la orden de abandonar esta casa, donde no volverán á penetrar si la autoridad no les franquea el paso.

—No tardaremos en estar aquí. Salud.

Los dos infames solidarios salieron resueltos en busca del alcalde de barrio, que en efecto les dió toda aquella proteccion que hubiera decididamente negado á una persona de bien ; y se constituyeron junto á la cabecera de mi cama como dos tiranos, como dos fiscales de todos los actos de mi familia, y sobre todo de los de mi pobre hermana, que no se cansaba de llorar, invocando la misericordia del Corazon de Jesús en favor de su descarriado Pio. Eran dos centinelas del infierno, amparados por la ley en el allanamiento de mi casa, y sin un milagro de la divina clemencia, no era posible arrojarlos de allí.

Cuánto y cuán indecible era el desconsuelo de María al ver que yo iba empeorando, que me acer-

caba á la muerte, que no habia esperanza para mí, dado el carácter ininteligible de mi enfermedad, y que ni hablaba, ni daba muestra alguna de arrepentimiento, mientras que los dos solidarios estaban á mi alrededor como una muralla de fuego, separándome de toda comunicacion con lo que debia salvarme!...

Ah! los ángeles que vieron aquel dolor, profundo como el mar, solo ellos podrian describírtelo.

XXVII.

EL SACRIFICIO DE LA VIDA.

Yo me moría. El doctor, hablando de mi enfermedad con el padre Ignacio delante de mi angelical hermana, acababa de decirle :

—¿Cómo quiere V., Padre, que la ciencia le devuelva á Pio la salud, si el terrible y desconocido mal que le mata es la misma ira de Dios que le oprime? ¿Qué puede el hombre, qué puede la medicina con todos sus específicos para desarmar la justa cólera del cielo, y para devolver la vida al que Dios hace morir entre espantosos dolores?

El padre Ignacio se quedó dolorosamente pensativo, mientras que mi pobre hermana lloraba á mares un infortunio tan grande. Poco despues, como inspirado del Señor, dijo :

—Es preciso salvar su alma y su cuerpo.

—Son dos cosas imposibles. Solo vence Dios la enfermedad de Pio, y los satélites del infierno que le rodean, amparados por nuestras autoridades, solo pueden ser arrojados de aquí por el cielo : y mucho temo que el desgraciado enfermo haya colmado ya la medida de sus iniquidades ! contestó tristemente el doctor.

—Allí donde abunda la iniquidad, la clemencia divina quiere tambien que abunde la gracia, y no ha muerto Jesucristo entre atroces tormentos para dejar que nuestro infortunado amigo se pierda. Me anima la esperanza de verle salvado por la oracion.

—Dios lo quiera: balbuceó el médico en son de duda.

Y se despidió de ellos, dejando al padre Ignacio pensativo y á María llorando el infortunio espantoso de su querido hermano. Y ambos á la par oraban, y ofrecian al cielo sus dolores, sus crueles penas, unido todo á los méritos de Jesucristo, por mi conversion. Mi hermana percibia poderosa en su pecho la voz de nuestra santa madre, diciéndola haber llegado la hora del sacrificio; haber llegado la hora de ofrecer su preciosa vida al adorado Corazon de Jesús, por mi salvacion y por mi salud, y si no lo habia hecho ya, no era ciertamente porque temiera morir, no era porque le doliese perder la vida por mí, que tan mal correspondiera á su amor tiernísimo, sino porque deseaba no dar un paso en una cuestion tan importante y trascendental sin haberlo consultado antes con el padre Ignacio, sábio director de su alma incomparable.

Despues de un rato de silencio y fervorosa oracion, desplegó María los labios, y con virtuosa timidez, dijo:

—Padre mio; aquella santa mujer á quien debo la vida, poco antes de morir, en voz profética me

dijo llegaría un momento en el cual el estado de la salvacion de Pio seria desesperado.

—Tu madre, aquella santa mártir del amor maternal, estaba dotada, en efecto, del don de profecía en todo cuanto se relacionaba con el porvenir de sus hijos. Dios, que recompensa siempre la virtud, premió la suya acá en la tierra con el espíritu profético en lo que á vosotros se referia. ¡ Oh qué santa madre la tuya !

—Era el cuarto dia antes de su muerte. Impulsada por la fuerza del amor que nos tenia, y viendo cuán sola iba yo á quedar en el mundo, me condujo á las plantas de la Inmaculada Virgen, rogóla fervientemente que no me desamparara, que fuese mi madre, que me recibiera bajo su manto protector y mirase por mí como por la mas débil y pobre de sus hijas, repitiendo en aquel momento solemne la consagracion que de nosotros hiciera á la Madre de Dios, cuando aun habíamos de nacer. Al mismo tiempo elevó á la Madre y Refugio de pecadores una súplica tristísima por la conversion del infortunado Pio. Yo tengo por cierto que su oracion ferviente y angustiada fué oida por el corazon maternal de la Virgen Santísima, porque consolada un poco y mas resignada, mirándome con inefable ternura y estrechándome entre sus amantes brazos, me anunció que mi vida seria el precio de la salvacion de mi hermano, si yo queria ofrecérsela á Dios para el efecto.

—Y ¿qué la contestaste? preguntóla el santo

jesuita conmovido por la relacion de María, y mas conmovido aun por el espíritu de generoso sacrificio que adivinaba á través de su humilde actitud, de la ternura de su acento, del interés con que hablaba, de la timidez virtuosa de sus palabras y del vivo carmin que coloreaba sus mejillas, antes pálidas con la palidez de la muerte.

— ¿Podia vacilar, padre mio, yo que amo tanto á mi hermano? Al pensar que juntos habíamos nacido, que juntos nos habíamos criado, que tanto nos habíamos amado, y considerar que si Pio se perdía habríamos de vernos eternamente separados y sin poder amarnos, sin poder glorificar juntos, á Dios despues de habernos colmado de tan grandes beneficios; al ver la ternura con que mi dulce y pobre madre me hablaba de él, y cuán tristes estaban sus entrañas, sobresaltadas y llenas de terror por la futura suerte de Pio, yo no podia hacer mas que una cosa; yo no podia ni debia hacer mas que prometerla ofrecer al Señor el sacrificio de mi vida, por la salvacion de mi hermano, cuando el cielo me lo pidiera. Despues de esta promesa solemne, padre mio, la tranquilidad perdida se restableció en el alma de mi pobre madre: fué el último consuelo que la pude dar, y con este consuelo murió en paz.

— ¡Generosa criatura! baluceó el jesuita sin poder evitar que una lágrima de conmocion mo-
jara sus párpados ante las palabras tan tiernas como sentidas de mi hermana.

Ésta, que tenia los ojos bajos por la turbacion

santa que le daban sus angelicales palabras, no advirtió aquella lágrima, que hubiera, de ser vista, colmado la medida de su turbacion, y continuó:

—Me parece, padre mio, haber llegado la hora del sacrificio, y creo oir en mi interior la voz dulce y santa de mi madre, exigiéndome el cumplimiento de mi palabra.

—Pero, María; ¿no temes morir? preguntóla el padre Ignacio poniendo en ella una mirada escrutadora, pues deseaba convencerse de si aquel supremo sacrificio era efecto de una ardiente caridad, ó de una pasajera ilusion, á lo que tan propensas están las mujeres y los temperamentos débiles y nerviosos. Quería saber si lo que mi hermana le iba á proponer era un verdadero sacrificio, meditado y resuelto con tiempo, ó si solo era un arranque generoso del que María fuera á arrepentirse en breve, antes de darla ó negarle prudentemente el permiso que le pedia.

—Vivir despues de la muerte de Pio sola y desamparada, sin un árbol protector que me dé amada sombra protegiendo mi debilidad, y añadirles á esas tristezas la cruel consideracion del destino eterno que probablemente le cabria muriendo en el estado actual, padre mio, dígame si á todo ello no es preferible la muerte?

—Pero la muerte, hija mia, es muy cruel; es lo mas aterrador que le sobreviene al hombre!

—Morir, desde que Cristo embotó el aguijon de la muerte; morir, sabiendo que la vida perdida es el precio de la salvacion del alma de mi her-

mano; morir, imitando á Jesús que dió la vida por el amor que me tenia, y pensar que la muerte es la única puerta por la cual puedo entrar en el goce de las eternas venturas, reuniéndome en el cielo con mi Dios, con mi Madre la Virgen Santísima, y con mis amados padres, no diga V. que sea un paso cruel; no diga V. que sea espantoso.

María estaba transformada por el espíritu que encendia é iluminaba su alma incomparable, y el santo jesuita la contemplaba con veneracion, mientras iba reconociendo en ella un verdadero espíritu de sacrificio, pues la miraba enardecida por el sagrado fuego de la caridad mas aquilatada. Con todo, ne se dió por satisfecho, y dijo:

—Tu ardor juvenil, tu inexperiencia y la escitacion moral bajo cuyo influjo te hallas, María, solo te dan á ver la muerte bajo un prisma rodeado de poesia y de las flores del amor; pero la muerte tiene crueles agonías, tiene espantosos tedios, tiene horrores de que no puedes formarte ahora una idea, y es muy posible que al sentir sobre tí el cúmulo de angustias y males compañeros de la muerte, te arrepientas del generoso sacrificio que me propones.

—Yo apoyada y sostenida por el Corazon sagrado de Jesús, sabré vencer las agonías, los tedios y los horrores de mi última hora, y Él, que conoce la espontaneidad y el motivo de mi sacrificio, por su infinita misericordia no permitirá me ar-

repienta de haberlo hecho. Jesús, fuerza y constancia de los mártires; Jesús que dijo: *No hay mayor acto de caridad que el de dar la vida por el prójimo*, me asistirá; estoy segura de ello, estoy segura de que no permitirá que la muerte para mí tan hermosa y seductora, se convierta en espantosa y triste.

— Pero ¿y si lo tiene resuelto de otro modo en sus inescrutables designios?

— ¡Oh! déme el Señor valor, y vengan sobre mí todas las agonías posibles. Yo moriré alegre, yo al morir he de bendecirlas, pensando que aquellas agonías son el precio amado de la conversión de mi hermano; pensando que aquellas agonías le abren las puertas del cielo; pensando que si le pierdo en la tierra por algunos años, le gano en la gloria por siempre.

El entusiasmo mas angelical se espresaba en aquel momento por los labios de María. ¡Qué bella estaba en su cuerpo! qué bella estaba en su alma! qué digna se presentaba de los ángeles sus hermanos, y qué singular contraste ofrecíamos ella y yo!... El padre Ignacio convencido ya de que la vocación de María era ofrecer por mí su vida al Señor, no pudo contener la emoción que le dominaba, y estrechando la calenturienta mano de mi hermanita con una efusión incomparable, la dijo:

— Ahora bien, María; debo decirte que tus deseos son santos; que Dios llama á las puertas de tu pecho, Dios que quiere los ángeles en el cielo.

Ofrece, pues, al Señor el generoso sacrificio de tu vida por la conversion y salvacion de Pio, pero ofréceselo en union de los méritos del Corazon Sagrado de Jesús y por conducto del Corazon Inmaculado de María. Ignoro si aceptará tu sacrificio, porque á veces se contenta con el de nuestro deseo, pero ora lo acepte, ora no lo acepte, estoy cierto de que la ofrenda generosa de tu vida hecha á Jesucristo alcanzará lo que tan ardientemente suplicas. Pio se convertirá.

— ¡ Oh qué dichosa voy á ser !... ¡ Oh qué dichosa soy, Jesús mio, con poder ofreceros mi vida en rescate del alma de mi hermano, como se la ofrecísteis Vos al Eterno Padre en rescate del alma de todos los hombres ! ¡ Oh qué dichosa soy, padre Ignacio !... ¡ Morir en el seno de Cristo, y no tener una espina que destroce mi corazon en la última hora de mi vida !... exclamó cayendo de rodillas y levantando los ojos con beatitud al cielo, mientras plegaba las manos en cruz sobre el pecho.

El padre Ignacio que cada vez mas conmovido la contemplaba, dando gracias al Señor por haberse dignado permitirle conocer aquel ángel de candor, aquel alma tan llena de la caridad de Cristo, derramó una lágrima de ternura, y elevando los ojos al cielo, balbuceó :

— Misericordioso Jesús, acabad la obra que habeis comenzado; sostened hasta el último momento las fuerzas, la fe y la caridad de este vuestro ángel, haciendo brillar el faro de la esperanza en su alma incomparable.

María se levantó resuelta á no demorar ni un momento la ofrenda de su vida por mi conversion.

—Padre mio, ¿qué debo hacer? le preguntó decidida y sonriendo con grande alegría.

—Postrarte á la presencia de Jesús Sacramentado, y allí pedirle humildemente que si uno de vosotros dos ha de morir, acepte el sacrificio de tu vida en vez de tomar la de Pio, rogándole que por ese tu sacrificio te dé el consuelo de verle convertido y curado.

—Adios, padre mio; vuelvo pronto.

—¿Dónde vas?

—Jesucristo, espuesto en el Pino, me llama y espera.

—Dios te bendiga y encamine, hija mia.

Mi hermana puso con reverente amor sus labios en la descarnada mano del jesuita, que dió á la suya un afectuoso apretón, como para animarla. Cuando hubo salido de la estancia, el padre Ignacio cerró los ojos, que se llenaron de tiernas lágrimas, y pensando en el ángel de mi hermana, bendijo al Señor que en tan azarosos tiempos tales almas concedia á la tierra.

Mientras tanto, María entró en mi cuarto; puso una mirada inmensamente cariñosa en mí; preguntóme como estaba, y viendo que por el estado de mi lengua no podia hablar, tomó mi mano izquierda por ver si contestaba á su pregunta con un pequeño movimiento siquiera; mas yo sintiendo un odio rabioso hácia su ternura, no quise darla el consuelo de significar que le agradecía

sus buenos cuidados. Despues poniendo su blanca y escúalida mano en mi ennegrecida frente, me dijo :

—Salgo de casa un momento ; voy á buscarte una medicina que te pondrá bueno.

Yo la miré con irá, pero no sé si mis ojos espresaron el estado de mi interior, porque en mi terrible parálisis ni siquiera los ojos gozaban de la facultad de moverse dentro de las órbitas sin producirme agudísimos dolores, nunca sentidos, nunca imaginados por mí. Como se presumia que yo carecia de sentidos, los solidarios sobre todo, aumentaban mi desesperacion hablando libremente de las pocas esperanzas de vida que ofrecia, y significando su cansancio de permanecer tantos dias junto á mí. Cuando oyeron las palabras de mi hermanita, dijeron riéndose :

—Cómo no lo resucite V., todo irá bien.

—Espero resucitarlo.

—Ja ! ja ! ja ! bueno será eso, bueno será ! exclamaron soltando una carcajada.

—Señores míos ; dijoles con gravedad María ; no recuerdo que el documento que arrojé á las llamas les facultara para venir á escarnecer el dolor del cual estamos poseidas. Esas carcajadas junto al lecho de un pobre moribundo y á las barbas de una familia atribulada, tendrán de solidario todo lo que se quiera, pero no revelan un ápice de humanidad, ni siquiera de educacion. Respeten, pues, lo que puedo hacerles respetar.

Y mirándeles con altivez inverosímil en ella,

tan pacata, tan tímida, arregló la vuelta de la sábana de mi lecho, y saliendo de la habitación encaminóse presurosa al templo del Pino, donde estaba espuesto Jesús Sacramentado, para obtener de Él la medicina que debía darme la salud del alma y la del cuerpo, á cambio ¡ay! de su incomparable vida.

Una vez en el templo, temblorosa por la emoción que la dominaba, conmovida por el entrañable amor que me tenia, enardecida por el sagrado fuego de la caridad que la impulsaba, postróse reverentemente á las plantas de aquel Jesús todo su amor, toda su esperanza, todo su consuelo, y por algunos momentos anonadada en la profundidad de su pequeñez, adoró á Dios en el eterno Amador de las almas, y su corazón puro se derramó á las plantas y ante el acatamiento de la suprema Majestad en fervorosos y humildes afectos. Luego encendida su alma por el fuego de la caridad divina, sintiendo una voz interior salida del tabernáculo, que con celestial fuerza y suavidad la invitaba á sacrificarse, mientras la prometía fuerzas para llevar á cabo aquel gran sacrificio, y ardiendo en deseos de morir para salvarme y unirse eternamente con Cristo, levantó los ojos serenos, puso la mirada en Jesús Sacramentado, y con ardiente amor y profunda humildad, aquel corazón tan bello se expresó de esta manera:

—¿Qué soy, Jesús mio, ante tú presencia, sino grano diminuto de arena perdido en el fondo del mar; átomo ligero flotando invisible en el espacio

inmenso? Con todo, me atrevo en mi pequeñez á ponerme á tus plantas, pues no ignoro que tu inagotable misericordia ha de oír complacido mi humilde oracion. Señor Jesús; tú sabes que yo, vil polvo, tengo un hermano sobre el cual pesa inextinguible la mano de tu justicia, á causa de las iniquidades cometidas contra tí en aciago dia de extravíos; pero tú sabes tambien, Señor, que el infeliz ha pecado mas por humana debilidad que por malicia. No quiera tu Corazon amoroso condenarle; haga la justicia lugar en tí á la misericordia; no le endurezcas, Jesús amoroso, en el pecado, y ten presente que si lo ha cometido y ama aun, es por ceguedad, es porque no sabe lo que hace. ¿Y tú á quien el amor á los hombres ha herido el Corazon; y tú que derramas por aquella herida la caridad y la misericordia á torrentes sobre los pecadores, Jesús mio, querrás excluir de este beneficio inmenso á mi pobre hermano, y cuando perdonas amoroso á tantos culpables, le negarás á él la gracia de la caridad y la bendicion de tu misericordia? ¿No moriste por él pendiente de una cruz? ¿no derramaste toda la sangre por él? por él no diste cumplida satisfaccion á la justicia del Altísimo? no le amas aun como hijo querido á quien muriendo engendraste en el seno de la Iglesia? por él no quisiste quedar sacramentado en los altares, y acaso le excluiste del llamamiento que tu Corazon divino ha dirigido y dirige en estos últimos tiempos á todos los pecadores? ¡ Ah, no, amado Jesús mio! Tú que espiraste por él; tú que por

él has derramado con divina generosidad hasta la última gota de sangre, no querrás que esta sangre sea para Pio nuevo motivo de eterna condenacion, y le mirarás compasivo y clemente, recordando que está consagrado á tu amorosísima y tierna Madre. Yo invoco, pues, á favor de mi plegeria los ruegos y los méritos de la Virgen Inmaculada, me apropio los méritos de toda tu vida, Señor, y te los presento junto con mis súplicas por conducto del Corazon sin mancha de María, para que no puedas desechar, para obligarte á oír mi rendida peticion. Por esos tus inmensos méritos, pues; por los latidos y el amor que enardece tu Corazon divino, á los que uno los méritos y los latidos del Corazon Purísimo de tu Madre querida, Jesús mio, Jesús de mi vida, concédeme la conversion definitiva y estable de mi hermano y su salvacion eterna. Y si la justicia, para hacer paso á la misericordia, necesita una víctima, Señor, aquí me tienes; toma mi vida á cambio de la salvacion de Pio; perdónale á él que tan útil puede ser aun para tu gloria, y véngate en mí, pobre é inútil mujer. Virgen y Madre de mi corazon; por aquel dolor infinito que sintió vuestra generosa y atribulada alma cuando vísteis al soldado herir con la lanza el costado de Jesús, os suplico que presentéis mis ruegos al Corazon divino, y le obligueis con los vuestros á oír mis voces y aceptar mi sacrificio. Dadme, bondadosa Madre, una prueba indudable de que mi oracion ha sido oída por el Corazon de Jesús; heridme á mí sin piedad; aquí

me teneis; mas perdonad á mi pobrecito hermano!

Esta última palabra de la ferviente oracion de María no habia salido aun de sus labios, cuando el cielo lleno de misericordia heria sus entrañas con agudísimo dolor, que la hizo perder el sentido por algunos momentos. Cayó en tierra, abatida por el desvanecimiento y el dolor, y al volver en sí, con los ojos preñados en lágrimas de la mas profunda gratitud, de aquella gratitud que debia naturalmente brotar en pecho tan bueno, y tierno, y amante, miró á Jesús Sacramentado, y solo con gemidos de inefable consuelo pudo darle las gracias de haberla oido, y pedirle se dignara concederle las fuerzas y fe que necesitaba para llevar dignamente á cabo el sacrificio empezado, sin volver la vista atrás, sino con el pensamiento siempre fijo en su Corazon divino.

Y luego de haber exhalado su alma en ardientes lágrimas de consuelo y gratitud ante la presencia de Jesús, consolador y misericordioso, sintió como una voz interior que la llamaba á mi lado á toda prisa, y haciendo un esfuerzo supremo para vencer el abatimiento en que la postrara la enfermedad mortal que sus amorosas entrañas providencialmente acababan de contraer, dirigióse á nuestra casa, conteniendo á duras penas por la calle los sollozos de consuelo de su pecho, elevados como un himno de gratitud al sagrado Corazon por haberse dignado oír su plegaria. Aquel ángel incomparable era feliz á cuanto cabe al pensar que pronto tendria la dicha de morir por mí. ¡Cuán

hermosa era para ella la muerte, tan aterradora, tan llena de tedios y sobresaltos para los pecadores! Bien se puede decir que aquel dia, para otros tan triste, era para ella el mas alegre, el mas risueño, el mas venturoso de su incomparable existencia! Enrique la encontró por la calle, y al verla sola, y al notar el profundo desencajamiento de sus facciones, y el mortal color de su rostro, y la alegría de su sonrisa, y la conmocion de su mirada, poema de amor, de caridad y de sacrificio, sobresaltado se puso á su lado, y la dijo:

— ¿Cómo, María, andas sola y enfermiza por esas calles, en dias tan agitados?

— ¿Qué debo temer, Enrique? Mi desposado me defiende. ¿Quién se atreverá á faltar á la pobre niña que lleva en el rostro las huellas de una muerte próxima?

— ¡Ay! cómo ha puesto tu juicio y tu cuerpo el malvado proceder de ese Pio, indigno de tenerte por hermana! exclamó mi primo con justísimo enojo.

— No le maltrates al desdichado Pio, si no quieres destrozar con tus palabras mi corazón. Los malvados abusando de su inexperiencia corrompieron cautelosamente su alma; pero Pio de hoy mas será un modelo: yo te lo aseguro.

— Sí, sí, María; aliméntate de ilusiones...

— ¿Qué ilusiones puede alimentar la que va en breve á morir? Desde el borde de la tumba, Enrique, solo se ve y se dice la verdad.

— ¡Qué empeño en hablarme de la muerte! Mi-

ra ; yo espero que tú, por fin, te pondrás buena, y que serás mi amantísima esposa.

— Eso sí que son ilusiones, Enrique... No sé si debo, para desvanecerlas, hablarte como voy á hacerlo, pero espero que si peço Dios me perdonará, teniendo en cuenta el propósito que me anima...

Y haciendo una pausa para tomar aliento, y cogiéndose del brazo de nuestro primo, le dijo en voz baja, remisa, misteriosa, empapada en la dulcísima ternura de un amor celestial, del amor del sacrificio :

— Apenas puedo sostenerme; tiemblan mis piernas, y con dificultad los piés obedecen á mi voluntad. Mirame, Enrique : no es cierto que estoy adornada para la celebracion de mis bodas?

— ¡ Calla, por Dios, María ! exclamó estremecido nuestro primo.

— Tú piensas que deliro, pero te equivocas. Acabo de celebrar mis desposorios con Jesús Sacramentado, quien ha dado ya á mi alma las arras de eterna union, diciéndome que me quiere no en la tierra, sino en el cielo. Enrique ; las arras de esta boda son los síntomas de la enfermedad mortal que acabo de contraer, y mi divino Esposo ha hecho presente de ellas á mi alma hace pocos momentos. Dentro breves dias no existiré ya para los hombres, pero existiré en el Corazon de mi Dios, donde me ha preparado el tálamo de nupcias.

Enrique se quedó pensativo y afectado, lamentando vivamente lo que suponía delirio ó locura en mi angelical hermana, y maldiciendo para sus

adentros mi indigna conducta, que tales estragos habia causado en poco tiempo en mi amante familia. Como creia que mi María estaba loca ó delirando, tomó el partido de no contradecirla, y la acompañó hasta nuestra casa. Allí, despues de haber hecho un signo al criado para que la vigilara, se dispuso á partir, pero aquel ángel, impulsado por la inspiracion divina que le animaba, le dijo:

— Enrique, no te vayas; espera un poco.

— Es que iba á diligencias urgentes, María.

— A pesar de todo te suplico que no te retires. El corazon me dice que necesitaré de tí. Espera un momento.

Enrique cada vez mas convencido de que el juicio de mi hermana no estaba cabal, suspiró y volvió á maldecir mis locuras; pero á pesar de todo se decidió á darla gusto. ¡Tenia tan irresistible fuerza aquella súplica! Al verle condescender á sus ruegos, María le dijo:

— Mientras me cambio el vestido ¿quiéres hacerme el favor de entrar á ver á mi hermano, y esperarme en su habitacion?

Nuestro primo completamente preocupado, sin contestarla hizo lo que le pedia, y encontrando á mi esposa la preguntó por mi estado:

— ¡Mal, muy mal! contestóle Lia llorando á mares; hace cosa de media hora que le ha dado una agitacion espantosa. Se revuelve en la cama, da gritos inarticulados, estiende los brazos y nos mira á todos con ojos encendidos en ira, pero muy especialmente á los dos solidarios, á quienes pa-

rece querer devorar con la mirada. ¡Oh! qué enfermedad mas estraña y terrible!... Entra en el cuarto, que bien necesaria es tu presencia allí para ayudarles á contenerle é impedir que se arroje del lecho.

— ¿Qué maldicion, Señor, ha caido sobre esta casa? Pio espirando entre atroces dolores, y María, la angelical María, presa de delirio ó de locura!

— ¿Qué dices? preguntóle Lia aterrada.

— Sí; delirando ó loca héla encontrado por la calle, teniendo fuerzas apenas para andar. Me ha dicho haberse desposado con Jesucristo, de quien acababa de recibir unas arras de muerte.

— Y ¿dónde está? preguntóle Lia dando un grito aterrador.

— En su habitacion, segun me ha dicho.

— Entra, Enrique, en el cuarto de mi esposo, mientras yo corro al de la infeliz María.

Y mientras nuestro primo hacia lo que acababa de indicarle mi mujer, ésta desalada corria al cuarto de la hermana de mi alma, diciendo entre sollozos de terror:

— ¿Será verdad, oh escelso Jehová, que sobre nuestra raza pesa la sangre de Jesús como una maldicion que alcanza á todos nuestros allegados? Los temores de la madre de Pio eran aprehensiones hijas del fanatismo católico, ó espantosas realidades?... ¡Ay! qué sé yo!...

Diciendo esto penetró en las habitaciones de mi hermana, á la cual halló sentada y dando mues-

tras de gran fatiga. Al poner los ojos en su rostro angelical, transformado y embellecido por el soplo de la muerte, Lia dió un grito y corrió á estrecharla entre sus brazos.

—¿Cómo estás? la preguntó besándola con indecible ternura.

— Un poco cansada; contestóle María sonriendo.

— No es cierto; tú me engañas, porque tu rostro indica no sé qué síntomas aterradores. Háblame, hermana mia, con franqueza; habla á un corazón indigno de tí, pero que te ama tanto!... ¡Oh Dios! qué desgraciada soy!... ¡Mi esposo presa de horrible escitacion parece que va á morir, y mi hermana, mi consuelo, mi ángel, tambien enfermo!...

— ¿Qué has dicho? preguntó María poniéndose en pié, revestida de una fuerza increíble, sobrenatural. ¿Cómo está Pio?

— Ha entrado en una crisis espantosa.

— ¿Cuánto tiempo ha?

— Cosa de media hora: respondió Lia asombrada por la singular energía de las preguntas de mi hermana, y notando en ella algo superior al espíritu de este mundo.

— Explícame, explícame, Lia, lo que le pasa de media hora acá á mi hermano.

— Los hombres que están á su lado apenas pueden contenerle; batalla con ellos, les mira con ojos llenos de ira, y parece querer saltar de la cama para arrojarlos del cuarto. ¡Qué cuadro mas aterrador, Dios mio!

— Y ¿cómo con una sola mano puede hacer tales esfuerzos, que apenas logren contenerle aquellos malvados?

— Es que ha cobrado el uso del brazo y mano derechos.

— ¡ Ah ! Bendito, Jesús mio ; exclamó llorando lágrimas de gratitud y de ternura, hincándose de rodillas y poniendo los ojos en el cielo, al par que cruzaba con beatitud las manos sobre el pecho: bendito, Jesús mio ; gracias te doy por haber oído la oracion humilde de esta tu indigna sierva...

Y quedó como extática mirando el cielo, mientras que sus verdosas mejillas se coloraban del mas hermoso carmin , y las lágrimas mas dulces se deslizaban silenciosas por ellas.

— ¡ Cruel ! exclamó Lia llorando ; ¡ da gracias á su Jesús porque mi Pio se muere !

— ¡ Ah, no, hermana mia, no ; gritó aquel ángel alzándose y estrechándola cariñosamente entre sus brazos : Pio no morirá , no temas ; María te lo asegura ; Pio vivirá... Lia, hazle muy feliz, tú que podrás gozar de su compañía.

— ¡ Deliras , María ! Dios mio , qué desdichada soy ! dijo entre lágrimas y sollozos.

— No deliro, hermana mia, como piensas ; no, que la escitacion estraña que notas en mí , no es efecto de la fiebre , sino de la alegría. Pio se ha salvado ; Jesús ha vencido !... Corre á su lado ; no le dejes solo con aquellos impíos, que ya odia con todo su corazon... Anda, Lia, anda deprisa ; yo estoy luego contigo para ver como Jesús triunfa !

Y radiante de dicha acompañó á mi esposa hasta la puerta. Lia aturdida por aquellas palabras tan ardorosas y llenas de fe; subyugada por el imperio sobrenatural de mi hermana; sin saber ni qué decir, ni qué pensar, encaminóse rápidamente á mi habitacion. En ella me encontró fatigado y lleno de temor descansando en brazos de Enrique, y como si por el ademan y por la mirada le pidiera asistencia y amparo contra los dos solidarios, que se hallaban al otro lado de la cama, de los cuales me apartaba todo cuanto me lo permitia la superficie del lecho. Mi esposa se puso tambien á mi lado, y mientras que yo, queriendo hablarles, solo producía aun sonidos inarticulados y luctuosos, sus lágrimas caian copiosas sobre mi cabeza, que empezaba á recobrar su primitivo color.

María temblando á consecuencia de la emocion dulcísima de su alma generosa, fue á visitar al padre Ignacio, que ansioso esperaba su regreso.

— Padre mio; le dijo llorando aquellas dulces lágrimas de dicha que has visto ya; Jesús, mi divino Jesús ha oido la oracion de su sierva. Alégrese conmigo, y déme en nombre de Dios la bendicion, porque en breve la lámpara de mi vida se extinguirá.

— Hija mia; ¿qué ha sucedido? preguntóla con interés sumo el buen jesuita.

— La enfermedad mortal con que el Corazon divino me regala, roe ya mis entrañas; siento la presencia de la muerte piadosa aquí, en el pecho, y he percibido su primer soplo doloroso en el mo-

mento de terminar mi ofrenda á Jesús. Las fuerzas me faltan ; es grande mi abatimiento, apenas puedo andar ; no siento dolor alguno ya, pero conozco la presencia de la muerte en mis entrañas. Mire mi rostro... ¿ No es verdad que no estoy ilusionada ? ¿ No es verdad que voy á tener la dicha de morir por la conversion y salvacion de Pio?... ¡ Oh ! no, no es ilusion lo que digo, no ; Pio ha entrado en una crisis muy grande hace ya media hora, precisamente en el momento de sentir yo por primera vez, ante Jesucristo, la presencia de la muerte en mis entrañas. Lia me ha dicho que mira Pio con odio á los sectarios, que procura huir de ellos, y que el movimiento ha vuelto á su brazo paralítico... ¡ Ah ! no es esto el lenguaje con que mi adorado Jesús me dice : « He aceptado tu sacrificio ; tu hermano se convertirá y salvará, pero tú debes prepararte á morir ? » Gracias, gracias, Corazon de Jesús, consuelo de los atribulados, refugio de los que lloran, baluarte del cristiano, y única esperanza en la hora de la muerte ! Has oido mi humilde oracion, has aceptado mi pobre sacrificio, has dado consuelo á mi alma angustiada : termina la obra de misericordia que has empezado, asísteme en la hora próxima de mi muerte, y salva, Jesús amoroso, salva á Pio y á tu indigna sierva !...

— María ; dijo el padre Ignacio llorando lágrimas silenciosas de ternura, viendo patente allí la mano de Dios, y mirando tan heróico entusiasmo por la muerte en una débil niña, entusiasmo

comparable tan solo al de las vírgenes mártires: María, valor y constancia. No te hagas indigna del beneficio inmenso con que te favorece el Corazon de Jesús, vacilando ya un momento. Los ojos en el cielo, y el amor de Jesucristo en el pecho. Contados son tus dias; adelante, María, adelante; tus hermanos los ángeles te esperan, tus santos padres te bendicen, el Corazon de Jesús te ampara. Dichosa tú si no vuelves los ojos atrás, ni siquiera por un momento.

— Ruegue V. por mí, padre mio, para que la virtud y misericordia divina den á mi debilidad hasta el fin la fuerza de la gracia.

— María; tú eres el ángel de tu hermano; corre á la cabecera de su cama y no le abandones hasta que le tengas abrazado con Jesús su Redentor. Lucha con el infierno y vencerás, porque la fuerza que te ampara y tienes á mano es invencible. Anda; Dios está contigo, Dios obrará por tí; y no te olvides de que aquí hay un sacerdote, si bien enfermo, dispuesto á correr á la cabecera del lecho de Pio, para reconciliarle con el Señor.

Y desalada corrió á mi habitacion, donde estaba ya el médico, al cual se habia llamado. Cuando la ví aparecer en los umbrales de la puerta creí ver en torno de ella un nimbo de luz, como el que ponen los pintores en torno de algunos santos; sentí en aquel momento enardecerse en el pecho una inmensa llama de amor y de gratitud hacia ella, y estendiendo los brazos hice un esfuerzo supremo para romper las ataduras que tenian sujeta mi lengua, y exclamé:

— ¡Hermana, hermana mía !...

Ella se precipitó á mis brazos atropellando á los atónitos solidarios, que no acertaban á explicarse lo que veían, y yo besándola, y llorando, y apretándola contra mi seno, la llamaba mi consuelo, mi amparo, mi esperanza, mi alegría, mi vida, mi amor, y no sé cuántas y cuán tiernas cosas mas. Y ella lloraba de felicidad, y lloraban Lia y Enrique, y hasta el médico estaba enternecido, porque era preciso tener un corazón de acero para no conmoverse ante aquella escena.

— La medicina ha llegado; la resurrección se ha obrado, señores; dijo María á los solidarios con imponente y magestuosa entonación: aquí están Vds. de mas.

— Ya la hemos dicho en virtud de qué poderes nos hallamos aquí, y no hay fuerza que nos obligue á dejar este aposento, mientras nuestro hermano no lo deje vivo ó muerto; contestóla uno de aquellos dos satélites del infierno con procaz altanería.

— Protégeme, hermana mía, protégeme contra ellos; la dije temblando.

— No temas, Pio; Jesucristo triunfa. Esos señores abandonarán dentro unos momentos esta casa para siempre.

— Lo veremos: dijeron aquellos dos malvados levantándose amenazadores. Su hermano ha firmado un compromiso, y en virtud de ese compromiso estamos aquí, donde la autoridad nos ampara.

— Y el que lo ha firmado lo rescinde, y la autoridad les obligará á salir de grado ó por fuerza de esta casa : objetó el doctor adelantando unos pasos hácia ellos.

— ¿ Y es un renegado, es un traidor el que osa hablarnos así ? preguntaron los solidarios con ira.

— Es un hombre que ha conocido á Vds., y que se creeria deshonorado si les alargara la mano ; es un hombre que está aquí para amparar al débil y al enfermo en su derecho, contra las malvadas exigencias de la repugnante y vil pretension de Vds. Salgan, pues, de esta casa, que harto la han atropellado ya.

— No saldremos á pesar de los pesares, y Pio, fanatizado por Vds. no se confesará.

— Enrique ; dijo el doctor ; llame V. al alcalde de barrio.

— No me dejen solo con ellos, por compasion ; oh ! no ; me estrangularian ! exclamé con horror.

— Pio, valor y dime ; preguntóme con voz dulce y enérgica María : ¿ quiéres volver á la religion de nuestros padres ? ¿ Quiéres morir en los amorosos brazos de Jesús ?

— Sí, María, sí : Dios sabe con cuánta sinceridad estoy hablando ; Dios que lee en el fondo de mi corazon arrepentido. Abomino los horribles crímenes que á tal extremo me han puesto ; que han hecho que la mano justísima del Señor me oprimiera hasta este momento con dolores indescripibles ; rescindo el compromiso horrible que estos malvados me hicieran firmar, fanatizándome y va-

liéndose de unos momentos de locura y ceguedad, y ora muera, ora viva para reparar las culpas cometidas y los escándalos dados por mí, quiero vivir y quiero morir en Jesucristo, que con tanta paciencia me ha tolerado, y cuya inagotable misericordia tan patentemente se ha demostrado, aun en el horrible castigo con que me ha justamente oprimido.

— *Hermano*, tú estás loco; tú deliras; tú has renunciado para siempre al fanatismo, y no puedes retroceder: me dijo con voz amenazadora uno de los solidarios.

— Por piedad, hermana mia, líbrame de la presencia de esos hombres: exclamé con angustia. Y volviéndome al doctor y á Enrique, continué; vosotros no me abandoneis hasta que hayan salido de mi casa. Me asesinarían.

— No temas, hermano de mi alma; Jesús te defiende, Jesús te ampara! exclamó María llena de fe y animada de un valor asombroso; valor que tenía llenos de rabia á los solidarios, de la misma rabia que al oírlo debía estar cargado el pecho de Satanás.

Enrique y el médico encarándose entonces con ellos, les preguntaron con entonación resuelta:

— Digan si quieren salir de aquí de grado, ó si será preciso apelar á la fuerza.

— ¿Veamos? dijeron altivamente los dos cruzándose de brazos.

— Sí, lo veremos. Lia, ordene V. á un criado que llame al alcalde de barrio.

Lia salió resuelta, mientras que los sectarios echándose á reir tomaron asiento de la manera mas insolente y desvergonzada. Pensaban que mi esposa, dadas su religion y los compromisos de secta, no haria lo que se le encargara, pero se equivocaron, porque poco despues el alcalde de barrio, asistido de dos polizontes se personaba en mi cuarto, oia mi retractacion, y volviéndose á los solidarios, les decia:

—Señores, mi autoridad, ante la espontánea declaracion del enfermo, no puede ampararles ya, y me hallo en el caso de suplicarles abandonen sin pérdida de momento esta casa.

—Sí; saldremos de aquí, pero no sin antes decir á los traidores que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

El doctor sonrió con altivo desprecio, y yo volví los ojos á mi hermana, que con acento entusiasta, exclamaba:

—Jesús vence; Jesús triunfa: bendito sea el Corazon de Jesús! Lia; ¿no ves ahora cómo tenia razon tu hermana? díjola abrazándola cariñosamente al verla entrar, y estando poseida de un regocijo imponderable.

Luego alargando la mano á Enrique y apretándosela tiernamente, añadió:

—¿No es verdad, Enrique, que no deliraba ni estaba loca? Antes de tu boda asistirás á la mia...

Enrique conmovido inclinó la cabeza, procurando ocultarnos las lágrimas que lloraban sus ojos. Empezaba á pensar que en efecto María iba en breve á trocar la tierra por el cielo.

XXVIII.

HOSTIA PROPICIATORIA.

La fuerza y la energía sobrenatural de mi hermana durante la escena referida, la abandonaron tan luego como los dos satélites del infierno hubieron salido para siempre de mi casa. Yo tendré siempre presentes la majestad, el imperio de sus palabras, tan contra su delicada y humilde naturaleza; yo tendré siempre presente la fuerza y el valor celestiales con que luchó contra el infierno; con que ayudada y robustecida por Jesucristo, consiguió, débil y enfermiza niña, libertarme de todo el poder de Satanás, y hacer añicos las cadenas ominosas con las cuales me tenia amarrado. Cuando la pobrecilla volvió á la cabecera de mi cama para preguntarme si estaba contento, y mitigar los dolores de mi corazón con su angelical sonrisa, apenas podia mantenerse en pié, y su rostro antes tan bello, se iba rápidamente desencajando más y más, y sus ojos tan risueños, brillaban desde el fondo de las órbitas con un brillo siniestro, pero tranquilo. Parecian dos luceros que coruscan en el firmamento durante una noche oscura. Sus labios estaban amorata-

dos; sus pálidas manos ardian : toda ella parecia querer evaporarse.

—¿Cómo estás? me preguntó con voz remisa, empapada en toda la ternura de su pecho.

—Bendito sea Dios, y bendita seas tú del Señor; tú, ángel mio, que me has devuelto la vida del alma y la salud del cuerpo. ¡ Oh! ¡ si supieses cuán bien estoy á tu lado! Me parece que tu mirada vierte á torrentes sobre mí la bendicion del Señor, y que esta bendicion obra en tu hermano una regeneracion radical... Ven, Lia; acércate, y oye; díjela tomando su mano: las oraciones y el llanto de María me han devuelto la salud, y tú sabes como la perdí: si amas un poco siquiera á tu marido, mira siempre á mi pobre hermana como un ser sagrado y venerando, porque el corazon me dice, que todo despues de Dios se lo debo á ella... Emplea, en adelante, toda tu existencia en amarla y en rodearla de las mas dulces ternuras de tu corazon; ayúdame de esta manera á pagarle una deuda de gratitud.

—No á mí, sino al divino Corazon, siempre lleno de misericordia, debeis enderezar esa gratitud y esos afectos. La criatura solo ha sido aquí un instrumento de la misericordia que el Criador ha obrado contigo. ¡ Ah! no quiteis la gloria á Dios para darla á quien solo merece vuestro olvido, á quien solo pide un poco de amor en este mundo, y una oracion cuando haya dejado de existir... ¿Recuerdas, Lia? Cuando presa de horribles dolores y espantosas convulsiones se revolcaba Pio

en ese lecho, mientras los malvados solidarios iban en busca del infame documento que arrojé á las llamas, yo llena de fe en Jesús, puse sobre el pecho de Pio el escapulario del Sagrado Corazon, que llevaba sobre el suyo nuestro santo padre al morir; y en aquella circunstancia, animada de la mas firme esperanza, te dije: *¡Jesús vencerá!* y Jesús ha vencido. A Él, pues, debeis todo vuestro amor, toda vuestra gratitud, todos los transportes y efusiones de vuestras almas reconocidas, y no á mí, que me considero dichosa con haber sido un instrumento de la inagotable misericordia del Sagrado Corazon. Volveos á Él, pues, sinceramente.

— ¡Es un ángel! exclamó Enrique plegando las manos.

— Que se desvanece; que emprende el vuelo á las regiones de donde procede... observó el médico á media voz, despues de haberla estado mirando con gran atencion.

Lia oia atenta y con los ojos bajos las palabras de mi hermanita, y parecia sostener un combate interior; yo á mi vez recordando entonces las enormes culpas de mi vida, y comprendiendo la delicada insinuacion de María, dije:

— ¡Qué ingrato soy para con Dios! Acabo de recibir de su mano un beneficio tan insigne, y no he pedido todavia un sacerdote para que pueda en la saludable piscina de la penitencia lavar todas las iniquidades que ennegrecen mi alma. ¡Ah! y qué iniquidades son las mías, Señor; cuántas y cuán enormes!

— ¡Un sacerdote; la confesion!... Esta es la medicina, hermano mio, que devolverá la salud á tu cuerpo, devolviendo la vida á tu alma. Deja que sea yo quien te proporcione esa santa medicina.

María se levantó á duras penas. El doctor comprendiendo su intencion, apresuróse á decirla :

—Lo que V. pretende, es imposible.

Pero ella sonriendo apaciblemente, le contestó:

—Amigo mio; estoy muy fatigada y las emociones que acabo de experimentar me han causado una pequeña escitacion; ¿quiere V. darme el brazo?

Y ambos salieron de mi habitacion, despues de decirme María :

—Hasta luego, hermano mio : adios, señores.

Y se marchó sonriendo. El médico la dijo entonces con un interés igual al amor que aquel ángel sabia inspirar :

—María; V. está mala : revéleme lo que la molesta.

—Solo me molesta que Pio no se haya confesado aun, y reconciliado con Dios por medio de la penitencia.

—Pero V. está enferma; V. tiene calentura; V. trastea cuando deberia guardar cama.

—Amigo mio; ya hablaremos despues de eso. Ahora vamos á preguntar al padre Ignacio por el confesor que será prudente llamar. Yo desearia fuese un jesuita. Están esos buenos padres tan versados en el conocimiento de las enfermedades del alma, y la de Pio necesita tan buen médico!...

Y así diciendo llegaron á la habitacion del padre Ignacio, en la cual este santo varon esperaba con verdaderas ansias una alegre noticia, sin acordarse de sí mismo ni de las heridas, que empezaban á cicatrizarse.

—¿Qué hay? preguntóles con indecible interés.

—Padre mio, el Corazon de Jesús ha triunfado del infierno y de la enfermedad. Pio habla, Pio mejora rápidamente, Pio está ya libre, gracias á la providencial energía de nuestro amigo el doctor, de la fatal influencia de aquellos malvados, quienes han salido ya de esta casa, gracias á Dios; Pio, reconocido y lleno de arrepentimiento, quiere reconciliarse con el Dios de bondad á quien tanto ha ofendido, y vengo á preguntarle á V. por un confesor que sepa sondear y curar, en nombre de Dios, las llagas de su alma. Hágame, pues, la caridad de indicarme algun Padre de la Compañía.

— ¡Bendito sea Dios, cuya misericordia es inagotable!... exclamó el jesuita plegando las manos con beatitud. Y luego volviéndose á María, la dijo sonriendo: Pasa, hija mia, á la pieza contigua, mientras me visto con ayuda del doctor.

— ¡Qué barbaridad! objetó el médico. Padre Ignacio; lo que V. pretende, es imposible, y yo no lo consentiré jamás.

—Ya sabe, amigo mio, que esa prudencia humana no me hace á mí efecto alguno.

—Pero santo varon; ¿no ve V. que van á abrirse de nuevo las heridas, y entonces no habrá

medio humano de salvarle? exclamó el médico con cierta desesperacion.

—Y aunque muriera, (que no será), ¿ no está magníficamente empleada la vida del ministro del Señor que se pierde por reconciliar un alma con Dios? ¿ Qué mas dicha puedo apetecer que morir por tan noble y santa causa? preguntóle sonriendo tranquilamente el Padre.

—Eso es una temeridad incomprensible, padre Ignacio: pues qué, ¿ es V. el único confesor de Barcelona, ó acaso Pio va á morir para echar mano de un recurso desesperado?

—Y dígame V., doctor; ¿ ha sido por ventura una casualidad salvarme de una segura muerte, y por medios admirables verme conducido á esta casa? ¿ No ve V. aquí el dedo de la Providencia, siempre atenta al bien de sus criaturas? ¿ No ve V. aquí como Dios me dice: «Devuelve la paz y la tranquilidad á un alma que la tiene perdida?» Pues ¿ cómo quiere que yo continúe en este lecho, por mas que deban abrirse de nuevo mis heridas, si Dios me llama al cuarto del pobre Pio para oír su confesion, y devolver á su alma la paz?

—Es V. terrible, padre Ignacio, pero á pesar de todo, yo no le daré nunca el permiso para cometer semejante imprudencia.

—Pero me dará V. su brazo, y me acompañará hasta el cuarto de nuestro pobre amigo, ¿ no es verdad? Pues yo no le pido en este momento otra cosa: le objetó sonriendo amabilísimamente aquel corazon generoso, que despues de haber recibido

de mí una ofensa tan grande, esponia sin vacilar su vida para perdonarme en nombre de Dios y en su nombre.

—Ni el brazo, ni la mitad de la vida le negaría yo, Padre; pero conste que lo que va á hacer es contra mi voluntad.

—Pero es la voluntad de Dios. Ea; no hablemos mas: María, retírate al aposento contiguo, mientras me visto con la ayuda de este excelente amigo, pero testarudísimo doctor, siempre encastillado en su ciencia y en su prudencia humana.

Retiróse mi hermana, y el médico ayudó á vestir al padre Ignacio, dándole instrucciones sobre la manera cómo debia proceder para que las heridas padecieran lo menos posible. Un esfuerzo de su energía y del imperio que tenia sobre sí mismo, pudo conducir el santo jesuita hasta mi habitacion, pero padeciendo dolores y congojas horribles, que procuraba ocultar cautelosamente bajo el manto de una sonrisa tranquila y llena de felicidad y amor.

¡ Oh Dios mio! Cuando desencajado, cadavérico, pero sonriente, penetró en mi habitacion acompañado de mi hermana y del médico, pensé ver en él un espectro salido de la tumba, que venia á pedirme cuenta de la sangre derramada, y de la cruel muerte que recibiera por mi causa, ya que yo lo consideraba muerto en manos de la plebe, y se me figuraba aun verle espirando arrastrado sin piedad por las calles de Barcelona.

—¿Qué quieres de mí, pobre víctima de mis

maldades? le dije. Yo he derramado tu sangre inocente, pero obedecia á la presion de un poder maldito que me impulsaba al crimen: yo he sido la causa de que murieras lamentable y cruelmente arrastrado de la plebe por esas calles, pero estaba loco; Dios lo sabe, Dios á quien pido perdon de mis enormes culpas... ¡ Oh! retírate; te lo imploro por el Corazon de Jesús que me ha salvado; retírate, yo te prometo hacer penitencia, yo te prometo llorar tu muerte cruel y alevosa todos los dias de mi vida.

— Pio, amigo mio, hijo mio, cálmate, por Dios; el padre Ignacio no viene á turbar la paz de tu espíritu, sino á dártela en nombre de Jesucristo, de quien es indigno ministro; el padre Ignacio, que no ha muerto, como pensabas, está delante de tí para abrazarte, para olvidar y perdonar el mal que ciegameamente le hiciste; para reconciliarte con el Padre de las misericordias, y mostrándote el Corazon de Jesús tu Redentor y Salvador, decirte lleno de fe y de esperanza: Ámale y vive feliz; pobre infortunado, descansa de las áridas fatigas de tu alma, y cobra alientos reclinado en el pecho de Jesús.

Los dos tiernamente nos abrazamos: todos llorábamos de dicha inefable. Lia no pudiendo contenerse, cayó de rodillas á los piés del jesuita y exclamó:

— Hombre ó ángel, bendito seas tú que me das á ver en la vida lo que siempre supusiera un sueño.

— Ministro indigno de Jesucristo, lo que me ve hacer, Lia, lo hizo desde la cruz mi divino Maestro; lo hacen desde entonces todos sus verdaderos discípulos.

— ¡Siempre Jesucristo! murmuró bajando la cabeza.

— Y no ve ahora, Lia, la mano de ese mismo Cristo, conduciéndome providencialmente á esta casa por ministerio de V.? ¡Ah! solo yo podia devolver la paz al alma de Pio, tan conturbada.

— ¿Tú le salvaste, amada mia? ¡Bendita seas; bendita seas! esclamamos María y yo, ella arrojándose á sus brazos, y yo mirándolo con envidia de no poder hacer lo mismo.

Entonces el médico, siempre cuidadoso y solícito por la vida del padre Ignacio, nos dijo:

— Vds. olvidan que la extrema caridad de ese hombre, impulsado solo por el deseo de dar la paz y el perdon á Pio, compromete seriamente su existencia inapreciable, pues las heridas deben haberse abierto de nuevo, y las recaídas son fatales. Si á pesar de mis esfuerzos no se ha podido conseguir impedirle dejar el lecho para venir aquí, yo les ruego á todos que tengan compasion de él y abrevien esta escena todo lo posible, para que pueda volver al reposo de la cama, tan necesario á su situacion.

— Oh, padre! ¿no le bastaba haberme perdonado? ¿Necesitaba hacer por mí este heroico sacrificio?

— El ministro de Dios debe sacrificarlo todo por la salud de las almas. Este es mi deber.

— ¡Es un ángel, Dios mio; es un ángel! balbuceó Lia.

— ¡Es un santo! musitó María, mirando cariñosamente al padre Ignacio.

— Ni una ni otra cosa, hijas mías: replicó gravemente el jesuita: soy un ministro del Señor, que no quiere añadir al número inmenso de sus pecados la falta de perdonar su vida por dejar de asistir al pobre enfermo que necesita de los ausilios de la Religion.

— ¡Ya basta; ya basta! Observó el médico: el Padre ha venido para confesar á Pio: que le confiese, pues, en el menor tiempo posible, para que pueda volver á la cama. Yo me esperaré para examinar el estado de sus heridas, que me tienen alarmado. Salgamos de aquí, para que el pecador se reconcilie con su Dios, y beba en el adorado pecho de Cristo la paz y la dicha perdidas.

Y salieron de mi habitacion dejándome á solas con el santo ministro del Señor, á quien contrito y humillado confesé todas mis enormes culpas, derramando á torrentes lágrimas de dolor. ¡Ay! cuánto bien me hizo aquella confesion! cómo descargaban aquellas lágrimas el enorme peso que oprimia mi conciencia! cuán admirablemente renacia en mi alma la paz y la alegría de otras épocas, y cuán dulcemente pronunciaba el santísimo nombre de Jesús, cuya virtud redentora, cuya misericordia infinita me colmaba de delicias incomparables, nunca gustadas, nunca imaginadas por el mundo! Cuando recibí del ministro del Señor

la absolucion , despues de haber oido afanoso las reflexiones que me hizo para animarme á seguir, sin desviarme , por la senda que emprendia, sentíame tan feliz , tan dichoso, estaba tan lleno de ventura mi pecho, que á duras penas pude contenerme para no publicar á voz en grito la felicidad de mi alma, el regocijo de mis entrañas ; y derramaba lágrimas que eran bálsamo á mis males físicos y morales; y me parecia que la cruel enfermedad, justísimo castigo con el cual Dios me oprimiera, se iba desprendiendo de mí, iba desapareciendo; y que me volvian las fuerzas, y con ellas la agilidad ; y que se me dotaba de un valor nunca sentido, gracias al cual no me intimidaba la muerte con que acaso castigarían los solidarios las humillaciones sufridas por mi causa. Tan admirablemente sentia estos providenciales efectos, que no pude renunciar al deseo de participarlos al padre Ignacio.

— Hijo mio; me dijo con acento misterioso: hoy por hoy ignoras el secreto de la misericordia que ha obrado Dios en tí, pero este secreto no lo es para todos; no lo será siempre para tí. Bendice al Señor por haberte concedido un ángel por hermana. ¡ Ah, Pio ! si no hubieran sido las oraciones de la pobre María , ¿ dónde estarías á estas horas?... ¡ Probablemente estarías perdido para siempre !... Ama y venera con todo tu corazon á la angelical María, porque por mucho que la ames, nunca podrás pagarla lo que ha hecho por tí ; lo que muy pocos séres en el mundo hubieran hecho...

— ¿Y no puedo conocer ese secreto? pregunté con interés y amor entrañables.

— La conocerás, Pio, cuando estés completamente bueno.

— Y ¿quién sabe si curaré?

— Sí; curarás, porque Dios exige de tí una reparación pública de los escándalos que has dado; porque quiere que se haga notorio tu arrepentimiento, y que éste tal vez abra los ojos á muchos de los que conocen el castigo justísimo de que fuiste objeto; porque quiere que hagas tanto bien como mal en poco tiempo has hecho, cuando ciego corrias por el camino de perdicion. Tú curarás, Pio; pero ¡ah! cuán cara compran otros, hijo mio, la salud de tu alma y de tu cuerpo!...

Mientras esto sucedia en mi habitacion, en la pieza contigua, donde se reunieran para dejarme á solas con el padre Ignacio, aquellos mis fieles amigos estaban silenciosos, pensando en lo admirable de la misericordia divina, y en lo humanamente increíble de las escenas que acababan de tener lugar. Lia estaba sujeta á una lucha desesperada, que levantaba en su alma enorme tempestad, promovida por sus preocupaciones judáicas y por los violentos toques de la gracia que herian su corazon; el doctor recapacitando cuánto de milagroso hubiera en poco tiempo en aquella casa; Enrique recordando las palabras de María y mirándola transformada con una transformacion singular, y mi hermana abatida, reclinándose blandamente en los brazos de Lia, con los ojos vueltos

hacia el cielo, inmóvil, cual si estuviera arrebatada por un éxtasis divino. El médico saliendo incidentalmente de su abstraccion, puso la escrutadora mirada en el ángel de mi vida, y acercándose alarmado á ella, preguntóla :

— María ; ¿ cómo está V. ?

Pero mi hermana no le contestó. No le habia oido. Quizá en aquellos momentos estaba viendo al Corazon adorable de Jesús derramando sobre ella un rayo del fuego amoroso que le abrasa, y merced al ardor que aquel fuego despedia desde el pecho de María , miraba esta evaporarse su vida tan pura é inocente, y desprenderse el alma sin dolor alguno de un cuerpo tan débil... quizá penetraba los secretos del porvenir del hermano que amaba tanto... quizá en deliquio amoroso, reclinada en brazos de Jesús, le pedia la conversion de su cuñada... ¡ Ah ! ¿ quién sabe lo que pasaba á la sazón por su alma incomparable ? Tal vez sentia el soplo de la muerte, blando y cariñoso descender sobre su existencia etérea, como descende sobre el cuerpo fatigado el dulce soplo de reparador bebeno. Observando tanta inmovilidad, y llamada la atención de todos por las palabras del médico, con afectuoso interés y cierta alarma la rodearon, mientras Lia la apretaba con veneracion contra su pecho agitado, y el primero la tomaba la mano, que ardia, por efecto de la calentura mortal que la devoraba.

— María ; repitió sacudiendo blandamente su mano.

— ¿Qué me quiere V., amigo mio? le preguntó con una sonrisa tranquila, y como si despertara de un sueño blando y regalado.

— ¿Cómo está V.?

— Muy fatigada, muy rendida; siento algun abatimiento, y creo tener un poco de calentura; pero no hay que alarmarse: me lo darán tal vez el cansancio, las emociones, y el exceso de energia que he debido desplegar para defender al hermano de mi alma.

— ¿Y nada mas? preguntóla el doctor con entonacion y mirada escrutadoras.

— ¿Qué mas puede ser? observó con admirable tranquilidad.

— Bueno; es necesario que se acueste y tome un poco de descanso. La recetaré una pocion, y espero que á no tardar estará V. completamente repuesta; dijo con acento por el cual se traslucia su alarma.

— Sí, sí; á no tardar: balbuceó María poniendo con entusiasmo amoroso sus ojos en el cielo.

— ¡ Parece una lámpara que se extingue! musitó entre dientes y suspirando Enrique; parece un lucero que se apaga... parece un ángel que remonta su vuelo á la eternidad!... Será verdad, Dios mio, que no deliraba la pobre María?...

Y ésta volvió á quedar abismada en aquella especie de éxtasis, con el rostro, si bien desencajado, radiante y sonrosado por el carmin mas puro; los labios entreabiertos, como para dar paso á un ligero pero continuo suspiro de amor; los ojos ri-

sueños y fijos en un punto incierto, para todos menos para ella, en la inmensidad; inmóvil, transformada con una transformación estraña, que haria sonreír á los ángeles y hacia llorar á los hombres.

— María; díjola mi esposa dulcemente; ¿qué te pasa? ¿No se lo dirás á esta hermana que te ama tanto?

— Lia; ¿te da congoja ó te fatiga el peso de mi cuerpo?

— Ángel mio; no, nunca peso tan dulce habian sostenido mis brazos.

— Pues, déjame así unos momentos: estoy tan bien!

— Pero debe acostarse, niña; V. tiene calentura, y en ninguna parte se hallará mejor que en la cama: díjola el médico.

— Despues, amigo mio; despues que haya vuelto á abrazar á mi querido Pio. No me niegue, le ruego, esta satisfaccion. Mientras tanto, déjenme gozar de este dulcísimo reposo por unos momentos mas.

— Con tal que los desatinos que se cometen hoy en esta casa no den el resultado que me temo, todo irá bien: murmuró el doctor con tono malhumorado, paseándose á grandes pasos por la habitacion.

Apenas estas palabras acababan de ser pronunciadas, llegó á sus oídos la voz débil del padre Ignacio, que risueño les llamaba á mi habitacion.

— Gloria á Dios, que me ha librado de las gar-

ras de la muerte eterna, y me devuelve la salud del cuerpo, porque me ha mirado con ojos de misericordia! exclamé, no pudiendo dominar por mas tiempo mi entusiasmo. María, ángel mio, abrázame; abrázame tú, tambien, amada esposa. ¡Oh! si los hombres conocieran la paz y la dicha que moran en el alma del que se convierte á Jesucristo, no habria infelices en el mundo!...

A esta escena de ternura y de dulces lágrimas puso fin el médico, exigiendo que el padre Ignacio y María se encaminasen á sus respectivas habitaciones para meterse en cama.

— ¡Ah! tú tambien estás enferma! dije tristemente apretando la mano calenturienta de mi hermanita. ¡Es natural! Qué cruel he sido; ¿no es verdad, María?

— ¡Qué dulce, qué inefable, qué dichoso momento este, que compensa con exceso las angustias pasadas! Pio, Jesús ha perdonado tus pecados; no vuelvas ya la mirada atrás... Ahora queda con Dios: voy á meterme en cama para dar gusto al doctor, que tanto interés se toma por nosotros.

Lia acompañó mi hermana á su cuarto y la ayudó á desnudarse y acostarse.

— ¿Cómo estás? la dijo abrazándola y poniendo un beso en sus mejillas.

— Bien: contestóla sonriendo mi hermana con una sonrisa de gratitud inefable.

— Tú me engañas, hermana de mi corazon; tú me ocultas tu estado.

— No, no; amada Lia; ¡oh! qué bien estoy! El

mismo abatimiento que siento me da un placer, un bienestar tan grande, que no sé cómo ponderártelo. Por otra parte; tengo tantos motivos para estar satisfecha!... No ves á Pio alegre, feliz, y hasta casi bueno desde que se ha reconciliado con Jesucristo? Lia, hermana mia; continuó con entonacion mas sobrecargada de ternura, y acercándola á su pecho; y tú no querrás experimentar nunca la felicidad que experimenta tu esposo?

— ¡Ay María! qué tempestades rugen dentro de mi corazon y turban mi espíritu!

— Lia; continuó besándola cariñosamente: ¡oh! si tú supieras cuánto anhelo tu felicidad!...

Y las dos quedaron tiernamente abrazadas; Lia desahogando con lágrimas la opresion de su pecho, y María oprimiendo la cabeza de mi esposa entre sus brazos, imploraba del divino Corazon sobre aquella alma ciega la luz santa y salvadora de la fe. Mientras tanto, el médico examinaba las heridas del padre Ignacio, que contra toda esperanza, contra todas las leyes ordinarias permanecian cerradas y sin inflamacion.

— Vamos! exclamó: lo que sucede aquí le aturde y desconcierta á uno. Yo no sé por qué razones llamaran las gentes de esta casa al médico. ¿Qué tiene que hacer aquí la ciencia, si Dios toma por su cuenta la curacion de los males?

— Hola, doctor! ¿Tenia ó no razon cuando me reia de la prudencia humana? Hé aquí como el Señor, para convencerle de que este pobre jesuita ha hecho lo que debia no oyendo sus consejos, ni

haciendo caso de sus amenazas, ha querido que yo no recibiera daño alguno por haber asistido á un pecador.

— Y despues dirán que no hay Dios, ó que Dios no se cuida de los hombres y abandona buenos y malos á su estrella! balbuceó el médico pensativo. Luego continuó: Voy á ver lo que se le hace á la pobre María para dominar la calentura que la devora y reanimar su abatida naturaleza.

— Pienso, amigo mio, que nada podrán obtener los específicos todos de la medicina: observó con cierto misterio el padre Ignacio.

— V. exagera su estado. La enfermedad de aquella angelical criatura es muy sencilla, como quiera que á mi parecer solo reconoce por causa el cansancio y las encontradas emociones que ha debido experimentar.

— Verémos: contestóle el jesuita sin abandonar su misteriosa entonacion.

A pesar de lo que supusiera el doctor, la enfermedad estraña de María se iba agravando á medida que yo mejoraba, de manera que no parecia sino que una mano invisible disolvía su angelical naturaleza con el mal que la misma mano quitaba de la mia, pero sin darla el malestar ni los dolores que por espacio de tantos dias me atormentaran cruelmente. ¡Ah! alguna consideracion debia guardar la muerte al ángel de mi vida; algun premio debia recibir, aun acá en la tierra, su generoso sacrificio, de parte del Señor que bondadoso lo aceptara.

La muerte se aproximaba á pasos de gigante para mi hermanita, y de ello nadie dudaba, por mas que nadie osara decirselo á sí mismo, pensando cuán triste iba á ser nuestra existencia sin verse protegida por las blancas alas de aquel ángel de candor y caridad; sin verse embellecida y poetizada por su amor y por su ternura. No iba muriendo mi hermana, sino que iba evaporándose, si se me permite esta palabra. Estaba tranquila, estaba risueña, estaba muy contenta; hablaba de mí y de Lia con una fuerza, con una ternura, con un afán, que mejor que nuestra hermana parecia una madre moribunda, y nosotros sus idolatrados hijos. No se cansaba de hablarnos de las misericordias de Jesús, y de recomendarme le fuera fiel á mi divino Salvador; y sus recomendaciones eran tan dulces, tan penetrantes, tan amorosas, que se apoderaban del alma y la elevaban insensiblemente al Señor. Lia por una parte deseaba estar siempre oyéndola, y por otra procuraba huir de ella.

— Sus palabras tan dulces, tan tiernas y tan ardientes; decia á veces mi esposa; me dan vértigos. Cuando la oigo, me parece que me arrancan el ser, y cuando enmudece me quedo sin vida!...

El padre Ignacio y yo nos hallábamos casi restablecidos del todo, y el médico hacia ya algunos dias que nos permitia trasladarnos al cuarto de la pobre María, la cual viéndonos en torno suyo era completamente feliz.

Cierto dia pregunté al doctor por el estado de aquel ángel tan querido.

—Es una lámpara que se extingue por falta de aceite : me contestó con cierta desesperacion, producida por ver la impotencia de la medicina en aquella estraña enfermedad.

—O por exceso : replicóle melancólicamente el santo jesuita.

—Pero es una lámpara que se extingue ! balbuceé yo con profundo desconsuelo. Doctor ; devuélvame V. la vida, por Dios, y le daré toda mi fortuna. ¿Qué me importa trabajar y ganar el sustento con el sudor de mi frente si la tengo á mi lado ?

—Pio, es tarde ! ¿Qué quieres que hagan los ángeles en la tierra ? preguntóme el jesuita, mientras que el médico herido en lo mas profundo de su alma por mis palabras, agitaba la cabeza como el que lucha sin esperanza con una fuerza incontrastable.

—Proteger á sus pobres hermanos los pecadores ; consolar las amarguras del corazon desolado ! exclamé.

—La patria de los ángeles es el cielo ; desde allí seguirá cubriéndote, Pio, con sus nítidas alas ; desde allí enviará á tu corazon el rocío bendito que ha de mitigar los dolores de tu alma.

— ¡ Oh Dios mio ! ¡ Cuán infame, cuán malvado he sido !

—Pero cuán bueno es Dios, que despues de haber perdonado al pecador, quiere que viva feliz y tranquilo, confiando siempre en Él, en este valle de lágrimas, en esta tierra de miserias.

—¿Y no hay esperanza de salvarla?

—Mucho temo que no, Pio. De todas maneras haré todo lo posible por conseguirlo: contestó el doctor.

—Oh, sí, sí; amigo mio; sálvela V.; devuélvala la salud y la vida, y disponga de mí.

Desde aquel día yo era avaro de los momentos de la vida de mi hermana. Pasaba á su lado las horas contemplándola con profunda veneracion; procuraba leer en su rostro transformado el estado de su enfermedad; recogia en mi alma con amorosa avidez todas sus palabras, y contaba uno á uno los instantes que de vida la quedaban. ¡Ah! al considerar que aquella era mi obra, (puesto que ignoraba aun su generoso é inmenso sacrificio), aun cuando conocia cuánto mis lágrimas la afectaban, no podia á veces contenerlas ni ocultarlas á sus ojos, que me miraban con indecible ternura. Y llegó la víspera del día de su muerte: me habia empeñado en pasar la noche á la cabecera de su cama, para no desperdiciar los pocos momentos que me era dable ya pasar á su lado, y mientras Lia dormitaba de tristeza sentada en una butaca, yo oraba y lloraba.

—¿Por qué lloras? preguntóme María tomando mi mano entre las suyas calenturientas y sin fuerza.

—María; ¡qué malvado he sido! Pero tú me perdonas; ¿no es verdad, ángel mio?

—Y ¿cómo puedo no perdonarte si te ha perdonado Dios? Por otra parte, Pio, si tu alejamiento

del Señor me causaba pena devoradora, cuando te miro en brazos de Aquel que nos ha redimido, mi satisfaccion, mi regocijo, son tambien imponderables. No turbes, pues, mi alegría, mi dicha de ahora con un recuerdo del pasado; yo te lo suplico.

— Ah sí; pensemos en el porvenir, pensemos en los felices dias que se deslizarán para nosotros cuando hayas recobrado la salud.

— Felices son los dias pasados en la santa paz y amistad del Señor, por muchas amarguras de que se vean rodeados, porque el hombre affligido de dolores se considera feliz con ellos, cuando piensa que de dolores, de contradicciones, de angustias, de trabajos y martirios inmensos se vi siempre rodeada la vida de Jesucristo. Esta es la verdadera dicha; sufrir con Jesucristo y por amor á Jesucristo, porque entonces si el cuerpo padece, el alma no solo está tranquila, sino que disfruta, sino que goza en la paz del Señor. Por otra parte; no es posible hallar en la tierra la dicha que sueñan los hombres, ya que como decimos en la *Salve Regina*, este mundo es un valle de lágrimas, donde gimiendo y llorando pasamos la vida.

— Pero podrémos gozar aun de esa felicidad celestial de que me hablas; y tú al conocer los peligros de que presiento voy á verme rodeado, me guiarás de la mano, me conducirás al Corazon de Jesús, me enseñarás á identificarme con sus dolores, para que le ofrezca los míos en expiacion de mis enormes culpas.

—Sí, hermano mio; no sé que voz secreta dice á mi corazón, que en efecto llegarás á gozar de esa paz, de esa dicha de que me hablas, por medio de tu union con Jesucristo; pero la misma voz secreta me dice que no será en compañía de tu pobre hermana.

—¿Por qué no, María? preguntéla con honda tristeza, temiendo la respuesta que iba á darme.

—Porque los destinos de los hombres tienen un fin; porque la vida tiene un término, y el de tu hermana está cercano.

Yo rompí en sollozos, que despertaron á Lia, la cual alarmada y pensando si María acababa de espirar, se puso en pié, y con el aturdimiento del que despierta de improviso, precipitóse á la cabecera de la cama, sin darse por de pronto noticia de nada. La pobre enferma acarició blandamente una de sus manos, sonrióla con la ternura de los ángeles, y luego hablando conmigo y tomando una de mis manos entre las suyas, apretábala cariñosamente, mientras decia:

—¿A qué llorar? ¿á qué desconsolarte así? ¿No sabes acaso que tu hermana no es inmortal? ¿No sabes acaso que todos debemos morir? Yo te ruego que moderes tu afliccion; yo te ruego que te resignes á la voluntad de Dios, quién así para el bien de todos lo dispone.

—Pero ¡morir! perderte para siempre! haber de renunciar al benigno influjo de tu alma, y al encanto de tu palabra y de tu mirada!...

—No me pierdes, Pio, aun cuando dejes por al-

gun tiempo de verme ; no vamos á separarnos para siempre , sino que yo te precedo en la vida eterna, donde te esperaré rogando á Jesucristo por tí, y suplicándole me permita vivir unida contigo en su divino Corazon.

—Pero ¡ ay ! qué pena siente mi pecho , hermana mia ; pena que se multiplica cuando pienso que si estás así es por mi culpa ; por los malditos extravíos de mi vida !

—Te equivocas, hermano mio, y te suplico por el amor que me profesas, dejes de turbar la santa paz de mi alma con esas palabras de desesperacion. No, Pio, no ; y lo digo para tu tranquilidad ; no eres tú la causa de mi próxima muerte ; me la envia la misericordia divina, y por ello le está rendidamente agradecido mi corazon. Cuán bueno es Dios, pues quiere que muera en sus brazos ! cuán dulce el amor de mi divino Esposo, que me invita á las celestiales nupcias ! ¡ Oh ! si supieses cuán feliz soy !... Voy á reunirme con nuestros santos padres ; voy á mirar cara á cara la incomparable hermosura de María , mi santa Madre ; voy á donde los ángeles me llamarán su hermana, y las vírgenes me abrazarán diciéndome su compañera ; voy á ver á mi Cristo, voy á reunirme con el divino Esposo por el cual suspira mi alma !... ¡ Oh cuán feliz soy !... No llores, Pio, no llores ; antes bien alégrate de mi dicha ; ¿ qué mejor esposo quieres para tu hermana que Jesucristo ? ¿ Qué mayor ventura quieres para María que la gloria del cielo, donde van á tener lugar mis bo-

das? No vayas á creer que te olvide cuando me una para siempre con Él, en el tálamo sagrado de su Corazon. Oh, no! mi primera súplica será por vosotros dos, hermanos míos, y en día tan venturoso Jesús no sabrá negarme la felicidad y el consuelo que para vosotros le pida... No me veréis con los ojos del cuerpo, es verdad, pero me veréis siempre con los ojos del alma reinando con Jesús, y hablándole de Pio y de Lia con el lenguaje del amor.

—¡Ay! exclamó mi esposa arrebatada por el místico y dulce entusiasmo de María: si así mueren los cristianos, la muerte debe ser la delicia mas grande de la vida.

—Dichosos, Lia, los que espiran en el dulce ósculo de Jesucristo; dichosos los que mueren en un puro acto de amor de Dios; y dichosa yo; continuó con mayor transporte de alegría santa; dichosa yo, que antes de morir una vez mas le recibiré en mi corazon!...

Yo continuaba llorando y sollozando amargamente, pero á decir la verdad, las palabras de mi hermana tenian el secreto de reconciliarme con la muerte, que habia de quitarme aquel tesoro incomparable. Ella me dijo entonces con mas blando acento; con el tono de una amorosísima reconvenccion:

—¿Tanto te aflije la dicha de tu hermana?

—Oh no, María, no; pero tus palabras disuelven mi corazon en llanto de ternura!... Y qué yo tuviera este ángel tantos años á mi lado sin cono-

cer lo que valia !... exclamé besando con veneracion su mano descarnada y abatida.

— ¡ Dios mio! suspiró María; por vuestra misericordia infinita libradme de los lazos que me tiende Satanás, en esta hora suprema de la vida, con las lisonjas de mi hermano. Polvo vil soy, Señor, y hoja seca que arrebató el viento á tu presencia.

Este suspiro de María me hizo enmudecer, y en adelante me propuse ser mas cauto con mis palabras, para no herir con ellas su profunda, su angelical humildad. Despues de una larga pausa me dijo con tono suplicante:

—Pio, hermano mio; la luz de mi vida se apaga por momentos, y no he recibido aun á mi divino Esposo, en forma de Viático. Bien veo que por ser de noche voy á daros alguna molestia, pero esperando me perdonaréis por ella, quiero suplicarte llares al padre Ignacio para que me reconcilie con mi Dios, y dispongas las cosas á fin de que Jesucristo venga á mí, ya que no puedo yo ir á recibirle en su santa casa.

Sin perder momento llamé al santo jesuita, que á los pocos instantes se hallaba al lado de María para oír su última confesion, y atizar más y más con sábias exhortaciones, el fuego del amor divino que ardia en aquella alma incomparable. Despues recibió con el fervor de un serafin á Jesús Sacramentado, teniendo las manos cruzadas con beatitud sobre el pecho, y los ojos llenos de incomparables lágrimas de ventura. El padre Ig-

nacio, Lia, los criados y yo de rodillas en torno de su cama, sollozábamos, y aun estaba el Señor en el cuarto, cuando mi hermana, con una voz que no vacilo en calificar de sobrenatural; voz cuyo eco conservo todavía dentro de mi pecho como un recuerdo del cielo, nos dijo:

—Pio, Lia, padre Ignacio: yo, miserable pecadora, os he ofendido á todos; perdonad á la pobre María, que va á comparecer ante el tribunal de Dios, como ella perdona de buen grado á todos los que la han ofendido... ¿No es verdad que me perdonais vosotros tambien; añadió dirigiéndose á los criados; vosotros á quienes he agraviado muchas veces?

Un gran sollozo fué lo único que se percibió en torno del lecho de aquel ángel, y un *sí* débil, pronunciado mas para darle una respuesta, que con otro motivo, pareció darla una gran tranquilidad y sosiego.

Acto seguido le fué administrado el último Sacramento, que abrazada á un Crucifijo recibió sumergida en las sublimes grandezas de un éxtasis, por el cual Dios, enamorado de sus virtudes, le daba, á no dudar, el goce anticipado de la gloria de los cielos.

En este feliz estado permaneció como una hora, durante la cual la misteriosa enfermedad que la elevaba en sus alas al cielo, hizo rápidos y visibles progresos; de manera que al ver su inmovilidad, algunas veces pensamos si habia espirado ya. Despues de aquella hora de misteriosas

confidencias entre su alma incomparable y el Corazon de Jesús, sin mover las manos, con las cuales apretaba cariñosamente sobre su pecho la imagen de Cristo crucificado, volvió los ojos á Lia, y la dijo con visible fatiga, pero siempre con una beatífica sonrisa :

—Tengo sed.

Lia se levantó; quedóse pensativa por unos momentos, y luego como venciendo una arraigada preocupacion, dirigióse á un sitio donde la misma María conservaba agua milagrosa de Lourdes, y vertió de ella en un vaso, púsola á calentar, echóla un azucarillo, y estando poseida de una grande emocion, la trajo á mi hermana. María bebió un poco de aquel agua, y despues dijo á mi esposa :

—María Santísima me quiere en el cielo, donde ya me espera.

Lia creyó penetrar la intencion de las palabras de la moribunda, que contestaban á la prueba á que aquella hebrea vacilante sugetaba á la Madre de Dios. Pedia un milagro á cambio de su conversion tal vez, y si bien el milagro se hizo, pues conoció mi hermana el agua de Lourdes, no fué el que mi esposa exigia. Así es que Lia viendo el milagro se estremeció. Entonces María con aquella voz mas débil á cada momento, pero siempre aumentando su ternura, la dijo :

—Lia ; dame tu mano.

Y apretándola débilmente con una de las suyas sin fuerza ya, y mirándola con inmenso cariño, continuó :

— ¿No es verdad que me amas mucho, hermana mia?

— ¡Oh sí! Dios sabe cuanto te amo: Dios sabe que daría la mitad de mi vida á poder impedir con ella tu muerte.

— Pues bien, Lia; no quieras estar eternamente separada de mí. ¡Ah! qué ha de ser muy cruel, hermana mia, que los que tanto se han amado en esta vida, hayan de estar separados para siempre despues de la muerte!

— Yo me convertiré al Catolicismo gustosa, si tu Cristo, muerto vilmente por las gentes de mi raza, me da una prueba de su divinidad; si ese Cristo, al cual amas tanto, te devuelve la salud y la vida.

— Eso no lo hará mi Cristo; yo le suplicaré que no te oiga. Ten compasion de mí, si verdaderamente me amas, y no te interpongas entre mi Esposo y yo, cuando va á conducirme al tálamo de su Corazon. Si pruebas quieres, hermana mia, bastantes tienes ya.

Al amanecer nos suplicó hiciéramos celebrar por ella una misa de agonía, y se envió un criado con este fin á la vecina parroquia. El padre Ignacio le aplicó la indulgencia plenaria de la Bula de la Santa Cruzada, y las otras muchas de la misma índole que podia ganar por las asociaciones y cofradías piadosas á que pertenecía; rezóla despues la recomendacion del alma, y la ayudó á bien morir, pronunciando de vez en cuando afectuosas jacu-

latorias dirigidas á Jesús, á María y á José. Entonces penetró Enrique en la habitacion, y viéndola moribunda cayó de rodillas junto á la cama, y dando una gran voz de amargura, dijo :

— María; dí una palabra de tus labios al pobre Enrique : ¡bendíceme al menos antes de morir!...

— Enrique; no resistas á la voluntad del Señor, que llamará á tu corazon; y no me olvides en tus oraciones. Adios, adios... Jesús te bendiga!

— Bendícenos á nosotros tambien : exclamé yo tomando de la mano á mi esposa y arrodillándonos.

— Pio, Lia, hermanos míos; ¡ qué consuelo tan grande es el de mi alma en esta hora suprema!... Yo os abrazo... yo os bendigo... yo rogaré á mi Jesús por vuestra eterna felicidad, y Jesús me la concederá... Adios, adios... esto se acaba, pero la verdadera dicha... la verdadera vida comienza... Bendicedles, hacedles dichosos, Jesús mio, en el tiempo y en la eternidad... os lo suplica la indigna esposa que va á unirse para siempre con Vos!...

Bañados en amargo llanto besábamos su mano fria mi esposa y yo, cuando percibimos un ligero estremecimiento en ella. El padre Ignacio comprendiendo que aquel era el supremo momento, levantó la voz, y dijo:

— Jesús, José y María, yo os doy el corazon y el alma mia!...

La angelical moribunda agitó los labios ligeramente, como si repitiera aquella jaculatoria suprema. Luego sus ojos ya sin luz se fueron cerrando, y un momento despues aparecia una sonrisa

inefable en sus labios; sonrisa con la cual saludaba la venida de su divino Esposo.

— ¡Ah! sonrie... ¡cuán bella está!... exclamó Lia mirando arrobada el rostro de mi hermana.

— Era un ángel y la patria de los ángeles es el cielo. Allí nos espera; allí intercede ya por nosotros, pobres pecadores: dijo el padre Ignacio con llanto silencioso, hincándose de rodillas, para rezar las oraciones que la Iglesia dedica á los muertos.

— ¡Muerta! exclamamos todos, poniéndonos de rodillas tambien y orando con fervor.

Un momento despues Enrique como desesperado se levantó. El pobre estaba ciego á causa del dolor: acercó su rostro al rostro de María, y despues de mirarla fijamente algunos instantes, balbuceó:

— Muerta! muerta!... Y desde niño habia sido el encanto y la esperanza de mi vida!... Muerta!...

Y luego volviéndose á mí, con entonacion desgarradora, exclamó:

— Cruel! Qué has hecho de tu hermana?

— Enrique, Enrique! soy el mas detestable de los hombres. Yo soy el que con mis locuras y extravíos he asesinado el ángel de mi vida, pero ella ha muerto perdonándome y diciéndome que Dios me perdona tambien! Tú la amabas y sientes su falta irreparable, pero tú puedes sustituir su amor por otro, mas yo, ¿con qué amor la sustituiré? Muerta ella, ¿dónde está el ángel de luz que

guie mis pasos vacilantes por los oscuros senderos de la vida?

— ¡Oh Jesús! exclamaba Lia presa de una verdadera desesperacion; si tú eres el Cristo, ¿por qué no has oido mis oraciones? Por qué me has arrebatado el único ser que me podia conducir á tí?

El padre Ignacio se puso en pié, y con imponente magestad, cual si por sus labios hablara el cielo; cual si fuese para nosotros el oráculo de Dios, con voz á la par grave y tierna, magestuosa y conmovida, nos dijo:

— Cesad ya de hablar impiamente, y humillaos ante el Dios que pone de vez en cuando ángeles en la tierra, para adorar sus inescrutables designios cuando vuelve á llamarlos á la gloria. No has sido tú, Pio, quien ha sacrificado su vida; fue ella la que la ofreció al Corazon misericordioso de Jesús por tu conversion y por tu salud, ella que obró así obedeciendo á una súplica que tu madre la hizo al morir... Ha muerto la angelical María, y ha muerto feliz, como mueren los héroes de la caridad; ha muerto comprando con su vida inapreciable tu conversion y tu vida, y la justicia de Dios, descargando sobre un inocente que paraba el golpe, te ha perdonado. Lia: comprende V. ahora el por qué Cristo no ha oido sus oraciones? Comprendeis todos ahora la súbita mejora que se observó en Pio el dia venturoso de su conversion? Pero sabed; porque las virtudes heróicas de los

su gloria por el...

muertos se han de publicar para entregarlos á la veneracion; sabed que el alma que animaba ese cadáver sonriente, no perdonó medio, ni oracion para salvar á su hermano; lo recomendó á las plegarias del Apostolado de la Oracion, para que obligaran al Corazon de Jesús á obrar misericordia en Pio, y entonces el mal moral y material de éste sufrió un recrudecimiento, porque sucede á menudo que Dios, para probar la fe del que le suplica, permite que los males aumenten cuando mas próxima está la hora de la misericordia, pues desea que nadie dude de que aquella es obra esclusivamente suya, y no de los hombres ó de la casualidad. Cuando menos esperanzas humanas habia Pio, de salvar, tu alma y tu cuerpo, María, la generosa María corrió á postrarse á las plantas de Jesús Sacramentado, ofreciéndole su vida en cambio de tu salvacion temporal y eterna; y Jesús, que oye las plegarias de los justos, allí mismo, en aquel preciso instante la dió á conocer que la habia oido, tocando sus entrañas, y promoviendo en ellas por algunos momentos un vivísimo dolor. Este dolor, que cesó luego, dolor providencial, promovió en su naturaleza una enfermedad estraña, incurable, que la ha conducido al cielo. Momentos despues; (solo habia pasado media hora) tú, Pio, te veias libre de la enfermedad del alma y de la del cuerpo en cuanto era mortal. Despues de haber visto el triunfo de Jesús sobre el infierno en tí; despues de haber visto aceptada por Jesús su generosa ofrenda por tí, ¿cómo querias que

dejase de morir dichosa? Ahora está en el cielo rogando por vosotros, y bendiciéndoos como os bendecia en la tierra: postraos ántes ese cadáver bendito, ante esa hostia propiciatoria, y alabando al Señor que os ha dado á conocer y amar un ángel, no os apartéis de la luminosa estela que María os ha trazado con sus virtudes en la vida, para que podáis tener la dicha de gozar con ella por siempre, en la bienaventuranza de la gloria, del Dios que por vuestro bien la puso en la tierra.

Y dicho esto volvió el santo jesuita á hincarse de rodillas y á orar. Nosotros, confundidos por aquella revelacion, nos postramos tambien en tierra, y besando aquellas manos queridas, y yo hiriendo con dolor mi pecho, rogamos al Señor que por la intercesion de María, tuviese misericordia de los que quedábamos como nave sin práctico en medio del mar de una vida llena de traidores escollos.

XXIX.

RESIGNACION.

Nuestro dolor era profundo pero tranquilo como las aguas de un mar en calma. La resignacion lo mitigaba, aquella resignacion santa que solo se encuentra en la verdadera Iglesia de Jesucristo, única que tiene bálsamos eficaces para todos los males del alma. Despues de haber orado por un buen rato, Lia, que era la que menos sabia consolarse, se levantó, y dijo:

—Perdonadme Dios, si voy á profanar los restos de un ángel tocándolos con mis manos, pero quiero al menos darme el consuelo de tributar los últimos deberes á una hermana tan querida.

Todos nos pusimos de pié al oirla, y ella preguntó:

—¿De qué manera puedo vestirla, padre Ignacio?

—Con las ropas y los cendales de la inocencia, que no ha perdido nunca su alma incomparable; la contestó el buen jesuita.

—Sí, vístela de blanco; orna sus sienes con una corona de azucenas y flores de azahar; pónla tambien el velo de la desposada, porque segun me dijo á mí el dia de contraer la enfermedad que la

ha llevado al cielo, hoy ha debido celebrar sus bodas con su Cristo; dijo Enrique. Y V., Padre, bendiga este anillo con la bendición del anillo de boda; añadió quitándose un hermoso y grande solitario que llevaba; tú, Lia, cuida de ponérselo en el dedo del corazón... Después, al ir á enterrarla, quitádselo, y vendiéndolo, distribuid en nombre de María y por amor á Dios, su importe á los pobres.

Entonces salimos de la habitación, y Lia con ayuda de la que fuera camarera de mi madre y hermana, arregló y vistió á ésta de manera que parecía una virgen dormida, soñando en sus hermanos los ángeles, á quienes inocentemente sonreía. Mi esposa encontró sobre el pecho de María un papel; tomólo, guardólo cuidadosamente en el seno, considerándolo como una reliquia inapreciable, acabó de dar los últimos toques á aquel adorno entre nupcial y mortuario, y tomando, sin estremecerse ya, un precioso Crucifijo de marfil, (el mismo que al agonizar apretaba contra su corazón mi hermanita), puso en él un beso, tal vez sin darse cuenta de lo que hacía, y lo colocó sobre el seno virginal é insensible de María, haciéndolo sostener por sus manos hiertas, cruzadas en el pecho.

Luego se postró á los piés de la cama; oró fervientemente, y alzándose dirigióse á mis habitaciones, deseosa de leer el papel que retirara del seno de mi hermana. Mi esposa al desplegarlo cayó sin fuerzas en un sofá. Aquel papel era la carta

escrita por Lia á mi madre cuatro dias antes de casarse conmigo; era aquella carta que tal consuelo diera en sus últimos momentos á la autora de mis dias. Al pié de ella, escritos con letra de María, leíanse estos conceptos:

«Esta carta hizo morir tranquila á mi santa madre, que la conservó sobre el corazon hasta el último momento de su vida. Retirada por mí, yo á mi vez, bendiciendo á la que la escribió, la guardaré sobre mi pecho hasta que muera, que será á no tardar. Si dispone el Señor que venga á manos de mi hermana, sepa ésta que moriré bendiciéndola por el bien que hizo á mi buena madre, y que desde el cielo rogaré por ella, como ruego desde la tierra, porque reconozca en Jesucristo al Mesías y se salve.

«Adorable Corazon de Jesús, único consuelo y esperanza mia: no permitas haya de verme eternamente separada de la pobre Lia, que no tiene la dicha de conocerte. Habla á su corazon tan generoso y magnánimo Tú que sabes hablar tan bien á los corazones generosos; cólmala de bienes y de felicidades Tú que tan espléndidamente premias las buenas obras, y no permitas que muera sin conocerte, confesarte y amarte, como á su Dios y Redentor.»

Lia una vez hubo leído estas líneas tan candidas, tan caritativas, tan cristianas, besó diferentes veces el papel, rególo con lágrimas, inclinó la cabeza sobre el agitado pecho, y estuvo largo tiempo meditabunda. Despues dobló cuidadosa-

mente el precioso escrito, volvió á besarlo, encerrólo en un gran medallon de oro y lo ocultó en su seno.

Al día siguiente se celebraban los funerales de mi angelical hermana, y al ver contrito y llorando al que algunos dias antes escandalizara con sus impiedades al pueblo de Barcelona; y al ver las muestras evidentes de arrepentimiento que daba, preguntábase la gente si era yo el mismo Pio, y no acertaban á creer un cambio tan radical y repentino, por cuyo motivo muchos se asombraban, y no pocos me suponian un hipócrita; pero es que unos y otros no conocian el misterioso secreto de cambio tan radical; es porque unos y otros ignoraban que el precio de mi conversion era la vida inapreciable del ángel que acompañabamos llorando al cementerio.

De regreso de la morada de los que descansan en el Señor, Lia, el padre Ignacio, Enrique, el doctor y yo, teníamos necesidad de hablar de mi hermanita; teníamos necesidad de recordar sus virtudes y su vida admirable, y con lo que allí supe por unos y por otros, he podido cohordinar esta relacion, que no tiene mas mérito que su misma sencillez, y las admirables lecciones cristianas que de ella á cada paso se desprenden. Si algun día, amigo mio, crees que ha de ser útil á otros su publicacion, te faculto para hacerlo, á condicion de cubrir y disfrazar la personalidad de los que en ella aparecen, y de desfigurar cier-

tos hechos que á pesar de todo levantarían el incógnito, en que deseo aparezcan veladas todas las personas.

Y si alguna vez tus lectores visitando el cementerio de Barcelona encuentran en una de sus islas una gran lápida de mármol negro y en ella esculpidos en mármol blanco los Sagrados Corazones de Jesús y de su Santísima Madre, debajo de los cuales se lee en letras blancas tambien el nombre de MARÍA, díles que adoren á Dios por haber criado el ángel que allí duerme el último sueño, y que se acuerden de mí para pedir al Señor mi perseverancia en el bien, porque como has de comprender, sostengo una lucha titánica, en la que no juegan el menor papel las sociedades secretas, que continuamente me están amenazando.

CONCLUSION.

Al llegar aquí enmudeció mi buen amigo, y yo debo enmudecer tambien, no porque me falte materia para hablar de cuanto con los años transcurridos ha pasado por Lia, por Pio, por el padre Ignacio, por Enrique y por el Doctor, sino porque esto seria penetrar en otro terreno que en este momento debo respetar. Pero si el público me dispensa la honra de leer estas páginas y comprar este libro, entonces me decidiré, Dios mediante, á escribir y publicar la segunda parte del *Sacrificio de la Vida*, con el título de MISERICORDIA DIVINA, deseoso de darle otra novela católica, en la que la mas púdica vírgen no encuentre una gota de veneno, y donde todos puedan hallar lecciones de provechosa enseñanza, y de verdadera moral evangélica.

Jesucristo y su Santísima Madre iluminen mi entendimiento y dirijan mi pobre pluma, para que hasta la hora de la muerte trabaje constantemente y sin levantar mano en la causa de su gloria, en la propaganda de su dulcísimo amor, y en la santificacion de mi prójimo y mia.

Al poner la última línea á este libro, dejad que elevando mis ojos y mi corazon á Jesús, á María y á José, en vez de escribir *fin*, esclame con toda la gratitud y amor de mi alma :

¡ BENDITOS SEAN !

ÍNDICE.

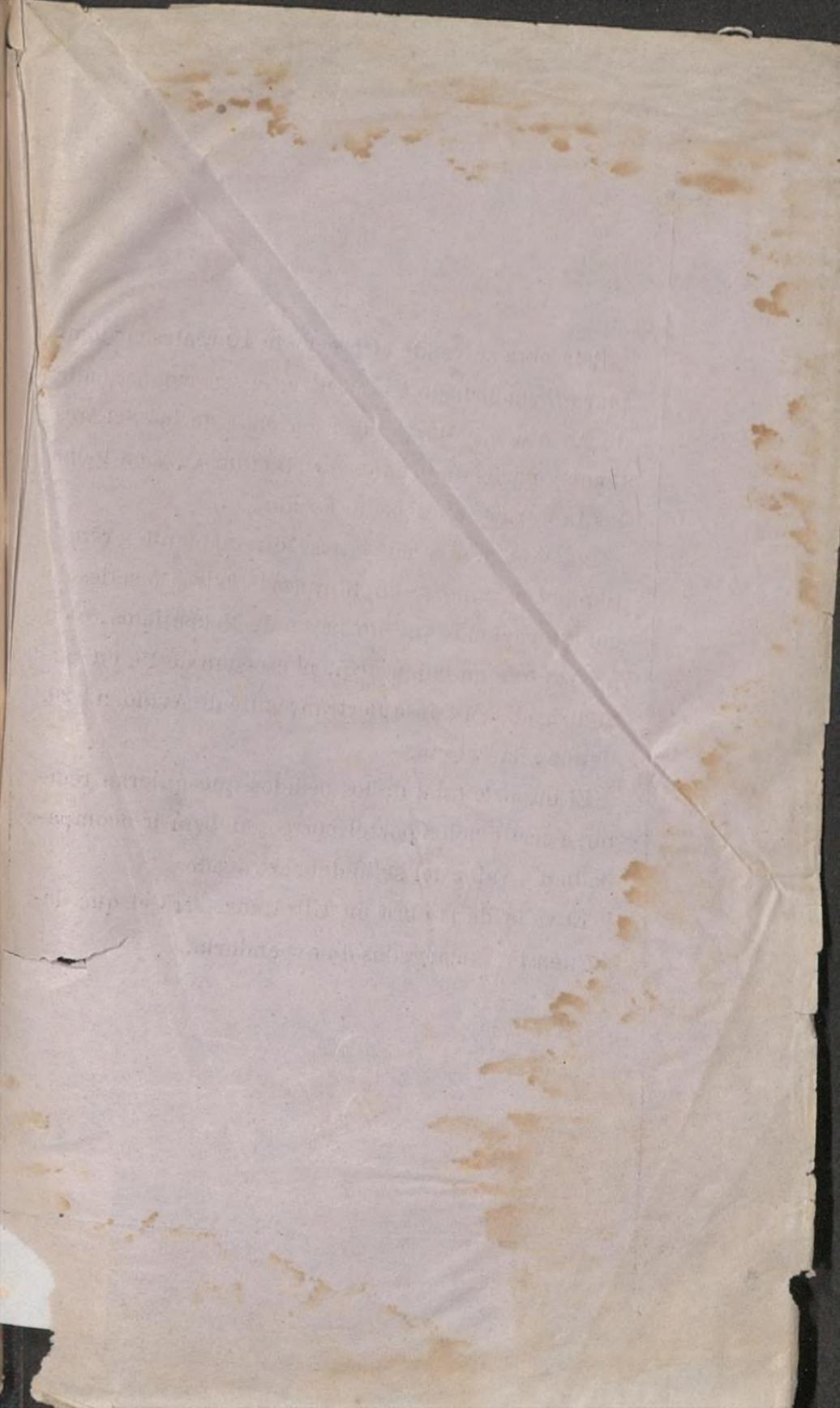
	PÁG.
Censura y aprobacion.	0
Dedicatoria al señor D. Manuel Pastor.	5
Introduccion.	7

EL SACRIFICIO DE LA VIDA.

I.	— Preludio.	9
II.	— El corazon de una madre.	11
III.	— A los piés de María.	25
IV.	— Un ángel en la tierra.	42
V.	— Celos.	53
VI.	— Verdades y terrores.	65
VII.	— Cómo muere un corazon.	74
VIII.	— El lazo.	84
IX.	— Abominaciones espiritistas.	100
X.	— Consecuencias de la sesion espiritista.	122
XI.	— La convalecencia.	140
XII.	— El milagro.	162
XIII.	— La oveja en el rédil.	195
XIV.	— Lourdes.	278
XV.	— La tentacion.	219
XVI.	— Tempestades del corazon.	240
XVII.	— Rodando al abismo.	247
XVIII.	— En el abismo.	282
XIX.	— El golpe mortal.	292
XX.	— Camino de la muerte.	307

	PÁG.
XXI. — Dos pasos en balde.	319
XXII. — La muerte de una madre.	330
XXIII. — El asesino.	357
XXIV. — Cuatro corazones.	373
XXV. — Justicia divina.	385
XXVI. — Ángel de luz y ángel de tinieblas.	397
XXVII. — El sacrificio de la vida.	408
XXVIII. — Hostia propiciatoria.	435
XXIX. — Resignacion.	469
Conclusion.. . . .	474

FIN DEL ÍNDICE.



Esta obra se vende al precio de 10 reales el ejemplar encuadernado á la rústica, en Barcelona, calle de Aviñó, n.º 20, tienda; en casa de los Señores Comisionados de la LIBRERÍA RELIGIOSA, y en todas las Librerías católicas de España.

Puede tambien adquirirse directamente, remitiendo su importe en libranzas, letras ó sellos de comunicaciones que no pasen de 10 céntimos, ó de guerra que no bajen de 5, ni escedan de 15, en carta dirigida á D. José Bertrán, calle de Aviñó, n.º 20, tienda, Barcelona.

El importe total de los pedidos que quieran recibirse certificados por el correo, deberá ir acompañado del valor del sello del certificado.

El valor de la obra en Ultramar, será el que designen los encargados de expenderla.

3332